



EL DESTINO DE LA SANGRE I

SANGRE PRIMIGENIA  
**EL DESPERTAR  
INMORTAL**

MANUELA RAMÍREZ

Derechos de autor © 2024 MANUELA RAMÍREZ

Todos los derechos reservados.

Los personajes y sucesos que aparecen en este libro son ficticios. Todo parecido con personas reales, vivas o muertas es mera coincidencia y no intencionado por la autora.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo de la autora.

Imágenes de portada y contraportada: © Manuela Ramírez

Depósito Legal: MA 2136-2024

ISBN: 9798327578630

*A mi marido, sabes que me escaparía contigo al fin del mundo.*

*A mi hermana M.<sup>a</sup> José, por darme el impulso que necesitaba para volar.*

*A mis ángeles.*

SANGRE PRIMIGENIA  
EL DESPERTAR INMORTAL

MANUELA RAMÍREZ

## NOTAS DE LA AUTORA

Esta novela no pretende ser una recreación fiel de la Historia. Aunque me he apoyado en personas reales, las fechas empleadas para la descripción de ciertos pasajes han sido modificadas a fin de ayudar al progreso de las tramas. Todas las situaciones descritas son inventadas, y me he tomado ciertas licencias para su desarrollo.

Lo que vas a leer es pura ficción, y solo para tu entretenimiento.

El universo que he creado cuenta con muchos personajes. Por este motivo, para facilitar la lectura, dispones de un glosario al final del libro.

Con cariño,  
Manuela

## Judea, año 33 d.C.

*Tras el último suspiro, el cielo, antes de un azul intenso, casi insultante porque el sol ofrecía un día delicioso de primavera, se tornó oscuro y opresivo. De la nada, multitud de truenos ensordecieron la estampa. Los terribles estruendos reverberaban con fuerza en los corazones de todos los presentes. A los creyentes les proporcionaron consuelo. A los retractores, sin embargo, les mostraron la barbarie que acababan de cometer.*

*—¡Padre, padre! ¡Ha muerto! —balbuceó Raisa. Corrió hacia él con los ojos llenos de lágrimas. Después se enroscó en su pierna y empezó a sollozar.*

*Gaius se armó de paciencia. Sin motivo alguno, su pequeña estaba sintiendo un dolor indescriptible que escapaba de su comprensión. Se agachó y le separó con suavidad las manitas de su pantorrilla. La tomó en brazos y comenzó a mecerla.*

*—Sí, cariño, ha muerto. ¿Por qué lloras, hija mía?*

*—Pero, padre, ¿acaso no lo notas aquí? —Le tocó el pecho, justo a la altura del corazón—. Era bueno, lo sé.*

*—¿Y cómo puedes saberlo si no lo conocías?*

*—Pues... no te lo puedo explicar. Es algo que siento aquí. —Esta vez, la niña se puso la mano encima de su propio corazón.*

*—Raisa, no creo que eso sea posible. Además, ¿por qué iban a condenarlo si fuera inocente? Ninguno de los tres podía salvarse porque eran culpables. Por eso los han juzgado y condenado. Venga, mi niña, no llores más.*

*Ella se enfurruñó por su respuesta.*

*—Los otros... no sé, ÉL no. ÉL no hizo nada malo —añadió entrecerrando los ojitos mientras se volvía hacia el monte.*

*Pasados unos segundos, apoyó la cabeza en su pecho y posó de nuevo la diminuta mano en su corazón. De pronto, el hombre comenzó a sentir que un peso enorme le desaparecía de los hombros.*

*—No lo hizo, padre. Sí, era muy bueno —prosiguió sin moverse—. ¿Por qué iba a llorar tanta gente si no lo fuese? ¿Es que no los oyes?*

*El hombre recorrió con la mirada todo a su alrededor. Muchos gemían de dolor, pero otros reían mientras se burlaban del que tenía una inscripción clavada en lo alto del madero que había arrastrado.*

*—¡INRI, INRI! —repetían aquellos a voz en grito. Sus carcajadas llenaban el aire de un hedor espeso.*

*Sin entender por qué, Gaius sintió esas risas como cuchillos perforándole la piel. Aunque no creía en la palabra de aquel hombre, la mofa ajena le taladró el alma. Echó un último vistazo a los tres crucificados y después elevó la vista al cielo. Parecía que iba a caer un diluvio. La cadencia de los truenos se intensificó, algo que pareció azuzar el ánimo de los presentes. El griterío se hizo insoportable, y su pequeña se le aferró al cuerpo como si la vida le fuera en ello. No había dejado de llorar en silencio. Con solo cinco años, era mucho más intuitiva y despierta que la mayoría de los niños de su edad.*

*Sin mirar hacia atrás, dijo con verdadero pesar:*

*—¿Has visto cuánta sangre, padre?*

*Aquella pregunta lo tomó por sorpresa.*

*—Sí, hija. Cuando una persona se desangra, es lo normal.*

*—Mira —dijo compungida—, me he cortado con la ramita que he cogido antes.*

*Raisa se soltó del cuello y le enseñó el rasguño en el dedo índice. Él le revisó la herida. Tenía la zona ligeramente enrojecida, el corte se veía algo profundo y sangraba un poco.*

*Con ternura, se llevó el dedito a los labios y lo besó.*

*—No es nada, mi niña. Mañana ya estará curado.*

*Ella volvió a mirar hacia donde no debía.*

*—No ha gritado, padre. Ni siquiera ha llorado. Yo no hubiera sido tan valiente en su lugar. No puedo creer lo que ha dicho después de las cosas tan terribles que le han hecho.*

*—¿Has oído lo que decía... desde aquí?*

*Raisa se giró hacia él y lo miró a los ojos antes de asentir.*

*—¿Por qué se ríe la gente? —soltó sin más mientras comenzaba a llorar de nuevo.*

*El pobre hombre, que ya no sabía cómo consolarla, se alejó a grandes pasos.*

*—Déjalo ya, hija. Venga, volvamos a casa. Le diré a Flavia que te prepare unas gachas. Te sentirás mejor cuando te las comas.*

*Ella volvió la cabeza hacia atrás. Muy seria, se borró las lágrimas de sus mejillas regordetas.*

*—Para, padre. Bájame al suelo.*

*Gaius se sintió aliviado al ver que había dejado de llorar y decidió complacerla para evitar que volviera a empezar.*

*—Espera aquí. No tardo.*

*—¿A dónde vas? —preguntó sin entender.*

*Raisa no respondió, sino que salió disparada hacia las cruces. Él, al darse cuenta, corrió tras ella. La niña se detuvo en seco delante de uno de los charcos de sangre que se habían formado tras las ejecuciones.*

*Con las manitas temblorosas, ignorando la marea incesante de gritos, burlas y quejas que se oían por doquier, abrió el zurrón que siempre llevaba colgado. Era grande, demasiado para su pequeño cuerpecito. Pertenecía a su difunta madre y lo cuidaba más que a nada en el mundo. Sacó una pequeña vasija de barro de su interior. Convencida, le quitó el tapón de cera de abeja. Se acercó al charco y la rellenó de sangre. Sin percatarse, se manchó el dedo, justo donde tenía el corte. Tras acabar, colocó el tapón con mucho cuidado. Lo guardó sin reparar en que la herida en su dedo se había curado.*

*Su padre se quedó mirándola. Cuando terminó, la niña se dio la vuelta y lo cogió de la mano.*

*—Cariño, ¿por qué has hecho eso?*

*—Porque ÉL me lo ha pedido.*

*—¿Quién?*

*Ella frunció el entrecejo, pensando en qué decir. Después pronunció unas palabras que ni tenían sentido ni correspondían a una niña de su edad.*

*—ÉL, padre —añadió, girando la cabeza hacia la cruz de en medio—. Me ha dicho que nos mantendrá a salvo. A nosotros y a todos nuestros descendientes. Llegará el día que mantendrá el equilibrio y los liberará de la muerte eterna.*

*Gaius la observó extrañado y asintió. No sabía qué responder a aquella declaración tan*

*solemne. Supuso que las ejecuciones la habían afectado profundamente.*

*Con adoración, la volvió a coger en brazos. Quería protegerla, pero sentía que en esa ciudad le iba a ser imposible. Pese a ser romano de nacimiento, había amado aquella tierra, puesto que era la que había visto nacer a su querida esposa y a su hija. Ahora el ambiente estaba enrarecido, y el ansia de poder lo llenaba todo a su paso. En realidad, en los últimos tiempos, vivir en ese lugar se había convertido en un infierno.*

*Deseó con todas sus fuerzas alejarse de allí. No solo de aquel monte que desprendía muerte a raudales, sino de su hogar, de la ciudad.*

*Pensó en la forma de abandonar esa vida. La respuesta le vino al momento. Como mercader de especias, tenía libertad para dejar atrás aquella barbarie. Sonrió para sí recordando que ese mismo fue el motivo por el que probó suerte en la provincia: quería labrarse un futuro. Poco después de establecerse, conoció a la madre de Raisa. Se enamoraron y se unieron. Por desgracia, ella falleció al dar a luz. Él solo permaneció en la casa con la pequeña por los recuerdos que albergaban esas cuatro paredes. Nada más.*

*Miró un instante al horizonte y tomó la decisión de que ya nada los retenía. Era como si algo o alguien le hubiese insuflado la determinación necesaria susurrándole que debía hacerlo. Aquellas palabras en su cabeza borraron sus dudas, de modo que se juró que se marcharían lo antes posible. De repente, notaba el aire viciado y le resultaba imposible continuar en Judea.*

*Sin mirar atrás, caminó monte abajo a paso ligero para recoger sus pertenencias. Lo subirían todo al carro y saldrían aquella misma tarde.*

*—¿Nos vamos a casa, padre?*

*—No, Raisa.*

*—¿No? Entonces, ¿a dónde...?*

*—A nuestro verdadero hogar. A Roma.*

## Roma, año 43 d.C.

*El gallo cantó por segunda vez. Raisa, aún con los ojos cerrados, dibujó una diminuta sonrisa mientras negociaba consigo misma esperar al tercer aviso. Su ama no le dio la oportunidad, ya que descorrió la cortina. Nada más hacerlo, su padre pasó por delante. No entró en la alcoba, pero sí le guiñó un ojo mientras canturreaba una musiquilla con su característico silbido.*

*—Arriba, hija. Ya ha despuntado el alba.*

*—Voy, padre. Edesia, eres un incordio —susurró—. Sabes que ya iba a levantarme. Y no eres mi nutrix<sup>[1]</sup>, sino mi...*

*—Esclava, noble Raisa. —Se inclinó de forma exagerada y le sacó la lengua—. Venga, arriba. Hoy es vuestro aniversario. Además, os falta decidir qué vais a hacer con ese baúl horroroso.*

*La joven sonrió. Quería a esa mujer como si fuera su propia hermana. Al llegar a la ciudad, su padre había decidido visitar un mercado de esclavos para surtir de personal su nuevo hogar. A ella la compraron a muy bajo costo. Estaba enferma y apenas podía mantenerse en pie. La habían flagelado por insolente, por lo que no era válida ni para trabajar en un burdel. Tras oírle decir a uno de los comerciantes que la chica no le servía ni para yacer en la cama y que esa misma noche iba acabar con su vida, puesto que no valía ni el mendrugo que gastaba para alimentarla, Raisa le rogó a su padre que pujara por ella.*

*Ya habían pasado casi diez años de aquello, y ninguno de los dos nunca se habían arrepentido de haberla salvado.*

*—Ese baúl era de mi madre. Después de desayunar, lo revisaré.*

*—Muy bien. Venga, voy a vestiros.*

*Edesia volvió a echar la espesa cortina. Ayudó a Raisa a cambiarse la camisola por una túnica de color verde esmeralda, que iba a juego con sus ojos, y le anudó la cintura con un cordoncillo dorado. Peinó sus preciosos cabellos rubios como el sol del mediodía y se los recogió en una cola baja con un fino lazo negro. Después le vertió un poco de agua en un recipiente para que pudiera lavarse la cara.*

*La esclava estiró la fina manta en el lecho y, antes de que descorriera la cortina, Raisa se miró en el pequeño espejo de cobre que le había hecho a mano su padre a su madre años atrás. Seguía tan pulido como antaño, por lo que reflejaba a la perfección sus bonitas facciones.*

*Entró en la cocina y lo vio dándole instrucciones a la cocinera, que estaba removiendo algo en el fuego.*

*—Padre, deja tranquila a Flavia. Al final vas a conseguir que queeme las gachas.*

*Se volvió hacia ella para quejarse cuando se fijó en que llevaba puesta la túnica que le había regalado la tarde anterior. La miró emocionado y se acercó para abrazarla. La mujer suspiró aliviada al verlo marcharse de sus dominios.*

*—Hija mía, feliz aniversario —expresó con amor—. Dieciséis años ya. Me recuerdas tanto a tu madre...*

*—Gracias, padre —respondió con los ojos brillantes.*

*—Así vestida pareces una gran patricia —añadió con orgullo.*

—Es una túnica preciosa —dijo emocionada—, pero no deberías haberte molestado.

—Es lo mínimo que te mereces por hacerte mujer. Por cierto, tu tribuni angusticlavii<sup>[2]</sup> vino hace un rato. Hemos hablado unos instantes y te ha dejado un presente —agregó, haciendo un gesto con la cabeza para señalar un enorme paquete envuelto con una tela suave de color claro rodeada por un cordoncillo de oro.

—¿Por qué no me has avisado? —se quejó—. Y deja de llamarlo de esa manera. Su nombre es Tiberius.

—No me creo que vayas a unirte a una familia noble de Roma. Sabes que esto cambiará tu vida para siempre, ¿verdad?

—Padre, yo... —Bajó la mirada. Entendía el paso que iba a tomar, pero no podía cambiar lo que sentía.

—Ya, ya. Te has enamorado de él.

—Sí. Es un buen hombre y mejor soldado.

—Eso es lo que me tiene confuso. Tiberius... —dijo, ladeando un poco la cabeza mientras ella asentía complacida— podría elegir a alguien más cercano a su posición. Por su rango militar y la familia de la que procede...

—Su familia me acepta, padre —lo interrumpió—. En verdad, nos aceptan a los dos. Ya llevas un tiempo tratándolos, ¿acaso has percibido hacia nosotros algún tipo de desprecio o animadversión?

—No, hija. Todo lo contrario. Es solo que...

—Entonces, tranquilo. Ellos son patricios, de acuerdo, pero tú eres un comerciante muy respetado. Suministras sal al ejército y otras especias. Mira nuestro hogar. Sabes que en nada se parece al de una familia humilde. No somos iguales, pero mañana formaré parte de su mundo, y, por tanto, tú también. Así que empieza a querer a tu futuro hijo Tiberius. Ah, y debiste despertarme para recibir el presente de sus propias manos.

—Tranquila, volverá un poco más tarde. No he sido capaz de disuadirlo del todo porque dice que ha de comunicarme algo importante.

—Eso está bien. —Sonrió satisfecha y se mordió la lengua para no estropear la noticia—. Flavia, ya puedes servir —dijo antes de salir de la cocina cogida del brazo de su padre.

—Bueno, hija, ¿ya tienes preparado todo lo que vas a llevarte?

—Casi. Solo me queda por escoger algunos enseres más de los que no quiero desprenderme.

Raisa sonrió al pensar cuán diferente iba a ser su vida a partir del día siguiente. No podía esperar a que llegara ese momento ni tampoco a compartir la sorpresa que Tiberius y ella le tenían preparada a su padre.

Después de acabar el desayuno, se dirigió a su alcoba con el regalo de su prometido. Lo dejó encima de la cama y, con sumo cuidado, deshizo el lazo del cordón. Al revisarlo, se sorprendió al descubrir que no era de color dorado, sino que llevaba finos hilos de oro entremezclados en el trenzado. Lo dejó a un lado y abrió el paquete. Dejó escapar una exclamación al desplegar el contenido. En sus manos sostenía la túnica más lujosa y bonita que había visto nunca. No reconocía la tela. Era suave, de un color azul profundo. Iba adornada con flecos e hilos de oro. Solo había visto ese tipo de vestimenta a las patricias, así que aquella túnica debía de haberle costado varios meses de sueldo. Claro que su padre era muy rico. O puede que ese vestido hubiera pertenecido a su madre o a la hermana mayor en algún momento, pero no se veía usado. Lo dejó con cuidado y cogió el pliego de papel que su prometido había

*incluido. Se alegró de que, pese a su constante negativa, él le hubiera insistido en que aprendiera a leer para poder estar en contacto en caso de que lo enviaran a una campaña lejos de Roma.*

*Apreciada Raisa:*

*Acepta este presente por tu aniversario. Me encantaría que te vistieras con él mañana cuando nos unamos. Mis padres lo han costeado, aunque yo he contribuido con lo que buenamente he podido.*

*No puedo esperar para ser tu esposo.*

*Siempre tuyo,  
Tiberius Graco*

*—¡Padre! ¡Padre! ¡Venid rápido!*

*—Dime, hija —dijo al entrar en la alcoba.*

*—Mira, padre. —Cogió la túnica y se la colocó delante del cuerpo.*

*—¡Es el vestido de una auténtica patricia!*

*—Este es el presente de sus padres, aunque él también ha colaborado. Me ha pedido que lo lleve mañana.*

*A Gaius se le llenaron los ojos de lágrimas. Ese gesto significaba que aquella familia romana sí que había aceptado a su hija sin restricciones.*

*El viejo mercader sonrió y abrió los brazos para abrazarla. Ella soltó la túnica sin pensarlo y lo rodeó con fuerza.*

*—Vas a ser importante, hija mía. Tus hijos lograrán grandes hazañas. Estoy convencido.*

*—Me vale con ser una buena esposa y bendecir a mi esposo con hijos varones fuertes.*

*—Verás cómo será así antes de que acabe el año.*

*Ella le dio un beso en la mejilla y se separó.*

*—Bueno, mejor será que comience con lo que había venido a hacer.*

*—Está bien. Me marcho ya. Volveré al mediodía, el soldado me lo ha hecho prometer. Me pregunto qué estará tramando.*

*—No sé de qué me hablas —trató de disimular ella.*

*—Vaya par. Anda, cuida bien de la casa.*

*—Por supuesto, padre.*

*Gaius la dejó para abrir su puesto de especias en el mercado, y Raisa volvió a la tarea de guardar el pequeño ajuar que aportaría a la unión. Abrió el raído baúl que había pertenecido a su madre. Allí atesoraba sus pocos vestidos, un par de zapatos y el zurrón que la había acompañado durante años hasta que se le partió la cinta de cuero. Su padre le había asegurado que lo repararía, aunque, entre una cosa y otra, nunca llegó a hacerlo.*

*Lo sacó con cuidado, como si se tratara del mayor tesoro del mundo. Revisó su interior y encontró en él unas pocas baratijas: una piedra blanca, que recogió años atrás cuando viajaron a Roma; flores secas del camino; un trozo de carbón y un pequeño frasco. Lo miró con curiosidad, puesto que no recordaba haberlo metido allí.*

*Trató de abrirlo, pero el tapón de cera estaba derretido por un lateral. Tiró con fuerza y, al sacarlo, el extremo le hizo un pequeño corte en el dedo.*

*—¡Será posible! —se quejó. Acto seguido, se lo llevó a los labios y lamió la sangre.*

*Miró el recipiente y le dio la sensación de que contenía algún líquido. Colocó el mismo dedo para tapar la boca y lo giró. Creyó que se trataba de una especie conservada. Esta*

desprendía un olor embriagador a rosas, como el campo en primavera, a... felicidad. Sin pensarlo, repitió el acto de llevárselo a los labios y recogió el preciado líquido con la lengua. Frunció el entrecejo porque no supo distinguir de qué se trataba. Tapó el bote con cuidado, lo guardó en el zurrón y decidió llevárselo junto con el resto de sus enseres.

La mañana pasó volando. Tras acabar de recoger, se dedicó a leer un pequeño manuscrito que le había regalado Tiberius. Mientras Edesia adecentaba la casa con esmero, Flavia preparaba un almuerzo más acorde al invitado que iban a tener.

A mediodía, su padre apareció con su prometido.

—Querida hija mía, mira lo que me he encontrado por el camino.

Ella levantó la vista de la lectura y les dedicó una espectacular sonrisa.

—Bienvenidos.

—Raisa.

—Tiberius.

—Venga, hija. Ordena que sirvan ya el almuerzo, luego he de irme para acabar un pedido. Vienen a recogerlo esta tarde.

Sin perder tiempo, Flavia y Edesia presentaron una mesa digna del mismo emperador. Había varios platillos llenos de tortas de trigo, carne aderezada con especias, queso, verduras cocinadas, garum<sup>[3]</sup> y varios tipos de fruta. El ama cogió una jarra y llenó las copas de barro con vino diluido en agua con miel.

—¡Menudo banquete! —exclamó el tribuno a modo de cumplido.

—Mis hombres no se merecen menos —dijo ella con solemnidad.

El almuerzo se desarrolló entre risas y ultimando los pocos flecos sueltos de la organización para el día siguiente. Debían estar una hora después del mediodía en la casa de los padres del soldado, allí tendría lugar la ceremonia. Tras una pequeña recepción, a la que habían sido invitados sus familiares y unos pocos amigos de la pareja, se marcharían a su nuevo hogar situado cerca del Tíber. Sin duda, otro regalo de los padres de Tiberius, quien había recibido del emperador una deferencia reservada solo a unos pocos.

—Bueno, he de irme ya si no quiero llegar tarde —comenzó a despedirse Gaius.

—Señor, quiero... —Tiberius miró a Raisa y la cogió de la mano—, nos gustaría que viniera a vivir con nosotros. Voy a dejar mi carrera militar para entrar en política. Hace unos meses, fui elegido para trabajar como magistrado. Mi padre es amigo íntimo de Claudio, y bueno...

—¿Vas a dejar de ser soldado?

—Desde el próximo mes, así será. Nuestro deseo es que usted deje de trabajar porque ya no será necesario. Estará al cuidado de mi querida Raisa y protegerá la casa cuando tenga que ausentarme. Por supuesto, sus esclavos serán bien recibidos y seguirán con sus quehaceres habituales.

—¿Y tú qué quieres, hija?

—Que vendas el puesto y te vengas a vivir con nosotros, padre. Ya has trabajado suficiente para dos vidas. —Carraspeó y se llevó la mano a la frente. La tenía perlada de un sudor helado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Tiberius algo preocupado.

—Sí, supongo que habré cogido frío. Pero, tranquilo, mañana estaré bien. Entonces, padre, ¿qué nos dices?

El hombre inspiró profundamente. Lo que le ofrecían era una oportunidad única que fue incapaz de rechazar.

—Claro que iré con vosotros.

La pareja sonrió desde el corazón y ambos se levantaron para abrazar al mercader, que contenía las lágrimas para no quedar en mal lugar. Tras despedirse, Raisa se retiró a sus aposentos porque no se sentía nada bien.

Al anochecer, su padre volvió a la casa y se sorprendió al no ser recibido por su hija.

—¡Edesia! —dijo elevando la voz.

La esclava apareció al instante.

—¿Dónde está Raisa?

—Señor, se siente enferma. Lleva toda la tarde acostada.

El hombre caminó deprisa hacia la alcoba y recorrió la cortina. Al verla, se acercó a ella y le tocó la frente. Hervía de fiebre.

—Hija, ¿qué te ocurre?

—Padre —dijo con un hilo de voz.

—¿Acaso te ha sentado mal el almuerzo?

—No lo sé. No puedo ponerme en pie. Noto el cuerpo como si estuviera en llamas y no he sido capaz... Agua...

El ama llenó un pequeño cáliz. Gaius ayudó a Raisa a incorporarse y le arrebató el recipiente a la esclava. Con cuidado, se lo colocó en los labios y ella bebió con bastante dificultad.

—Hemos de avisar a un «medicus» —añadió muy preocupado.

—Tranquilo, no es necesario. Estoy segura de que se me pasará.

—¿No me mientes?

—No, padre. Me encuentro mejor. El agua me ha hecho bien, aunque siento no poder acompañarte en la cena.

—No pienses en eso, hija. Edesia, ve ahora mismo a la cocina. Trae un poco de guiso templado y agua fresca con miel.

La mujer se marchó a paso ligero. Gaius volvió a tocarle la frente. Parecía que le había bajado un poco la calentura.

—Verás cómo te sientes mejor una vez comas algo —agregó mientras le colocaba la almohada detrás de la espalda a fin de conseguir que se mantuviera un poco más erguida.

—Seguro que sí, padre.

Raisa cerró los ojos. Unos instantes más tarde, Edesia apareció con una bandeja con los alimentos que el mercader le había pedido.

—Amo, yo la asistiré. No se preocupe. Después de que cene, la lavaré con unas friegas de lavanda y romero para que descanse. —La esclava le acercó otra almohada para que Raisa se incorporara.

—De acuerdo. Descansa, hija. Si empeorase, llámame —exigió.

—Por supuesto, amo.

Gaius salió de la alcoba con la preocupación instalada en sus facciones. Edesia trató de darle un par de cucharadas de estofado a Raisa, pero le fue imposible. Apenas probó bocado, ya que su cuerpo tan solo rogaba por agua.

—Necesito dormir —acabó diciendo.

—¿Y las friegas?

—Más tarde. Déjame descansar.

Ella asintió y retiró la comida para que el olor no la molestara. Cuando regresó a la estancia, Raisa ya estaba inmersa en un profundo sueño. Así que cogió una silla y se sentó en la

*cabecera para velarla.*

*La noche fue terrible. Pesadilla tras pesadilla, la joven prometida se sumió en un mar de dolor, vejaciones, latigazos, insultos y, por último, la crucifixión.*

*Aquellos sueños fueron demasiado impactantes.*

*Demasiado vívidos.*

*Al amanecer, abrió los ojos de golpe. Los recuerdos volvieron en tropel, llevándola hasta el momento exacto en el que, diez años atrás, tomó la sangre de los pies de aquel hombre al que habían destrozado.*

*—¡Su sangre! ¡Lo que he probado ha sido su sangre! —susurró entre sollozos.*

*Edesia se espabiló de golpe al oír su llanto.*

*—Ama, ¿qué os ocurre?*

*Ella no contestó. El silencio, que de nuevo se había apoderado de la escena, se vio interrumpido por el canto del gallo. Tres veces. Como siempre. Como en su sueño. Sintió una pena inconmensurable por la pérdida de alguien que ni había conocido. Era una niña cuando hizo aquello y se extrañó de que ese recuerdo lo hubiera enterrado junto con su vida en Judea.*

*Miró a Edesia, que tenía los ojos cansados por la noche en vela.*

*—Estoy bien. —Se tocó la frente. La fiebre había remitido—. Avisad a mi padre de que estoy recuperada. Dadme un momento y volved para vestirme.*

*—¿Estáis segura?*

*—Sí, tranquila.*

*La esclava asintió y se marchó de los aposentos. Echó la cortina para que tuviera la intimidad que parecía necesitar.*

*En cuanto la vio salir, Raisa cerró los ojos y liberó aquellos sentimientos que la habían atormentado desde hacía horas. Necesitaba dejarlos salir, así que, con las manos a la altura del corazón, rezó la primera plegaria de toda su vida.*

*«Sé quién fuiste. Sé quién eres. Me lo has mostrado. Espero que ÉL te haya otorgado el consuelo por el que rogaste con tanto fervor. Tu sangre está en mí, y ahora he de vivir con ello. Espero... No, te ruego, que borres de mí este dolor que me está destrozando por dentro. Tu fe no la entiendo, pero sí la siento en todo mi ser. Libérame, por favor, te lo suplico», pidió con tal intensidad que algo se quebró en ella.*

*Abrió los ojos y se incorporó. Al ponerse en pie, se quedó sin aliento. Se llevó las manos a la garganta e inspiró cuanto pudo. Sin más, notó cómo todo había cesado. Tras dar el primer paso, se sorprendió al notar que se sentía más ligera y fuerte a la vez.*

*Cerró los puños, volvió a llenar sus pulmones con el convencimiento de que algo había cambiado en su cuerpo. No estaba segura, pero no se sentía ella misma. Sacudió la cabeza para alejar aquellos pensamientos. Supuso que las pesadillas la habían asustado, pero se estaba engañando. De pronto, una calidez infinita llenó su pecho. Poco a poco, esa sensación de plenitud se extendió por sus extremidades, por todo su ser.*

*«Lo entiendo. Ahora... lo entiendo», se repitió. Los ojos se le llenaron de lágrimas porque había recibido un don. Un regalo inesperado, pero no iba destinado a ella. Tan solo era la Portadora, ya que la que debía poseerlo aún tardaría siglos en nacer. Ese conocimiento le fue mostrado sin entender de dónde venía ni quién se lo estaba transmitiendo.*

*«Todas las primogénitas lo poseerán al cumplir los dieciséis. Al igual que tú me has aceptado, ellas estarán contigo y conmigo hasta el final de los tiempos. Hasta que la Elegida pronuncie la oración que los liberará a todos, hasta que su sacrificio sea desde el corazón», oyó en su mente o sintió de alguna manera en todo su cuerpo.*

*Se tapó la cara con las manos y volvió a llorar. Su padre, que justo en ese momento estaba describiendo la cortina, se preocupó al verla.*

*—Hija, ¿qué te ocurre? —La rodeó con sus brazos.*

*—Nada, padre. Estoy muy feliz. Estas lágrimas son de gozo.*

*—Menos mal, me habías asustado. ¿Cómo te encuentras?*

*—De maravilla. Ahora, vayamos a desayunar. Hoy comienza nuestra nueva vida. Dejaremos todo esto atrás y seremos más dichosos que nunca.*

*—Me gusta oírte hablar así, Raisa.*

*—Y a mí, padre. Vamos, estoy deseando que llegue el mediodía para partir.*

*—¿Crees que serás feliz con él? —preguntó Gaius.*

*—Estoy segura. Nuestra primogénita será la niña de sus ojos.*

*—¿Raisa? ¿Qué dices? ¿Es que...?*

*—No, padre. Soy pura. Eso lo he visto en un sueño.*

*El hombre suspiró.*

*—¿Y crees que se hará realidad?*

*Ella dibujó una leve sonrisa.*

*—Con todo mi ser porque ÉL así lo ha decidido.*

# 1. REVELACIÓN

*Inglaterra, año 943*

A lana comenzó a mascullar una queja ininteligible mientras terminaba de colocarse los botines de cuero. Aún no había amanecido, y su madre ya la había despertado para ir a ordeñar la vaca. Sin hacer demasiado ruido, se echó un enorme echarpe de lana gruesa para combatir el relente de la mañana.

Antes de dejar la alcoba, se agachó para despedirse de su hermano pequeño dándole un beso en la frente. Abrió la puerta y entró en la sala que hacía las veces de cocina. Al no verla, supuso que ya se encontraba maltratando al pobre animal, puesto que ordeñar nunca se le había dado demasiado bien.

Nada más poner un pie fuera de la casa, el frío de marzo la golpeó con fuerza en el rostro. Miró al cielo con resignación. No entendía la necesidad de hacer aquello bajo el fuego de una antorcha, cuando en poco tiempo saldría el sol. Por supuesto, se abstuvo de maldecir incluso para sus adentros.

Cerró la puerta y se arrebujó con el mantón. Se llevó un buen susto al verla sentada con las manos entrelazadas en el banco de madera que había tallado su padre tres inviernos atrás.

—Buenos días, madre —dijo en un tono bastante alejado de un saludo cordial.

—Buenos días, cascarrabias —respondió Leala con una sonrisa.

—¡Ey! ¡Yo no soy...!

—¿Cuántas veces te has quejado hasta salir por esa puerta?

—Dieciséis, creo.

—Bonito número, muy acorde. ¿Sabes qué día es hoy?

—Claro, madre. Es mi aniversario —añadió, mirando al suelo.

—Exacto. Dieciséis primaveras, hija mía. Hoy vas a convertirte en una auténtica mujer, por lo que ha llegado el momento de que conozcas la verdad sobre quiénes somos. Vamos, démonos prisa. El padre León nos aguarda.

—¿Por qué?

—Porque él forma parte de nuestra historia y es clave para mantener a salvo nuestro secreto.

—¿Secreto? ¿Qué secreto?

—Algo por lo que vas a sorprenderte. Venga, apúrate.

Las dos tomaron el camino hacia la iglesia. La noche cerrada era su única compañía, pero, a lo lejos, ya podían verse los primeros claros que anunciaban el nuevo día.

—Madre, yo no quiero ir a hablar con él. Me pone nerviosa.

—¿Y eso por qué?

—No sé, es como si supiera algo de mí o estuviera esperando a que me equivoque para regañarme.

Leala la detuvo sosteniéndola del brazo. La miró con cierto pesar y asintió, aceptando lo que estaba por venir. Esa noche Alana sufriría la transición, por lo que era imperativo contarle cuanto sabía antes de que comenzara el proceso.

Desde hacía nueve siglos, todas las primogénitas de su estirpe habían pasado por una transformación que las cambiaba para siempre. Ella no sabía si su hija sería la Elegida. En realidad, nadie podía saberlo, pero no por ello iban a mantenerlo en secreto.

La hora de desvelarle la verdad para salvaguardar la futura generación se acercaba de manera inexorable. Y ya no había vuelta atrás.

—No, Lana —dijo con cariño, pero también con contundencia—. El padre León solo busca tu protección. Es un gran hombre. Piensa que lo conozco desde que tenía tu edad, y te aseguro que no hay mejor persona. Pronto te darás cuenta de que tendrás que confiar en él, puesto que tu vida y tu futuro estarán en sus manos.

—Madre, no te entiendo.

—Lo sé. Venga, sigamos.

Mientras caminaban, el sol comenzó a salir.

—¿Y padre? ¿Sabe a dónde vamos?

—Por supuesto, cariño. Él y yo no tenemos secretos.

—Entonces, ¿por qué no ha venido con nosotras?

—Porque está arando. Hoy comienza la siembra, así que para otoño, si el tiempo está de nuestro lado, tendremos coliflores, cebollas, hinojos, lechugas, repollos y zanahorias.

—Somos muy afortunados, madre.

—Sí, hija. Me alegro de que te des cuenta.

—¿Y padre sabe también de lo que vamos a hablar?

—Desde que naciste.

Alana se quedó callada. Acabó bajando de nuevo la mirada al suelo porque la expectación estaba comenzando a hacer mella en su corazón. Con cariño, Leala la abrigó un poco más con el echarpe que llevaba. Antes de llamar, le sostuvo un instante la mejilla. Sonrió, implorando que no fuera ella la que tuviese que sostener el peso del Destino sobre sus hombros. Asintió con ligereza y tocó dos veces a la puerta de la pequeña casa parroquial. En el pueblo, desde hacía al menos dos siglos, todos los sacerdotes que allí vivían habían sido trasladados desde Francia. Los pocos que escuchaban la llamada de Cristo eran enviados a otras provincias. Nadie entendía por qué, pero tampoco preguntaban por miedo a las represalias por parte de la Iglesia.

—Adelante —dijo el párroco con una mueca de preocupación.

Entraron y él cerró tras de sí. La casa era muy sencilla y austera. En el centro, la estancia contaba con una mesa y cuatro sillas, cada una de una forma y estilo diferentes. En la pared del fondo, una simple cruz. Debajo de ella, un pesado aparador. A la derecha, un pequeño fogón que hacía las veces de hogar y, a la izquierda, un pasillo.

Tras el saludo de rigor, los tres se sentaron a la mesa. Alana pudo comprobar que había en un lateral una puerta, por lo que supuso que allí se encontrarían los aposentos del párroco.

—Bien, padre. Hoy es el día —dijo Leala con emoción. Por mucho que trató de disimular, se le quebró la voz al pronunciar aquellas temidas palabras.

—Así es, hija mía. ¿Ella sabe...?

—Nada. Como es la tradición —aseguró la mujer.

—Bien. ¿Os apetece un poco de agua caliente con miel?

—Sí, gracias —respondió Leala, tratando de sonreír.

—¿Qué ocurre, madre? —Alana comenzó a angustiarse. Aquella situación le estaba resultando demasiado extraña para apenas haber empezado el día.

El párroco sirvió las bebidas y soltó sin más el motivo de por qué se encontraban allí.

—La sangre de Cristo corre por tus venas, Alana. Permanece latente desde que naciste, pero hoy despertará porque así está escrito desde tiempos inmemoriales.

—¿Cómo? Madre, ¿qué está diciendo?

—Déjalo hablar, hija mía. Presta mucha atención porque de ello puede depender tu vida y la de tus descendientes.

La joven palideció. No comprendía qué estaba sucediendo allí, pero decidió obedecer. Como única respuesta, asintió.

El párroco miró a su madre, que, con un casi imperceptible cabeceo, le dio su bendición.

—Vuestra historia comienza hace justo novecientos cuarenta y tres años. Un día de primavera en la pascua judía...

León le contó cuanto sabía de su antepasada Raisa y cómo se les había transmitido a las primogénitas, generación tras generación, lo sucedido. Hacía poco más de doscientos años que una de ellas había confiado la pequeña vasija a la casa de Dios, donde el mal no tenía cabida. Como Portadora, su misión consistía en proteger aquel recipiente con su vida hasta que naciera aquella que los liberaría a todos de una condena eterna. El hombre demostró verdadero fervor por la historia y agradeció de corazón el papel que se le había asignado desde que su antecesor falleciera antes de que pasara su madre por la «transición».

Tras acabar, miró a Leala y asintió. A ella le correspondía revelarle el resto.

—Alana, hija mía, a partir de esta noche, tu vida va a ser un poco distinta. Al atardecer, comenzarás una transformación que provocará que tu cuerpo entre en llamas. Caerás en un profundo sueño en el que sentirás mucho dolor, miedo y desesperación. Todo lo que vas a ver es real. Notarás en tus propias carnes la pasión de... Cada pesadilla te acercará de manera inexorable hasta la crucifixión. Pasarás por ella, y después se te revelará tu misión. Así ha ocurrido siglo tras siglo, y espero que no seas tú... Espero que no seas la Elegida. Pero has de entender quién eres ahora. La sangre de Cristo está en mí y... en ti. Hemos de protegerla con nuestra vida y no permitir jamás que caiga en manos de nadie que quiera beneficiarse de ella.

Alana negó repetidas veces. Echó la silla hacia atrás y se puso en pie. Recelosa, se tapó los oídos con las manos para dejar de escuchar.

—Para, ¡estás mintiendo! Eso es... imposible. ¡Blasfemas! ¡Ambos lo hacéis! —dijo de forma atropellada mientras sus ojos se empañaban por la desazón que la invadía.

—¡Alana! —exclamó su madre.

Ella miró hacia la puerta. Leala leyó sus intenciones y se levantó justo a tiempo para situarse en su camino a fin de interrumpirle el paso.

—¡Déjame salir! —exigió fuera de sí.

—Escúchame bien: ¡esto va a suceder! Ya no hay tiempo, y nadie puede impedirlo.

—Estoy maldita... ¡Me habéis maldecido! —les acusó mirando de forma intermitente a

uno y a otro con la rabia instalada en su precioso rostro.

El párroco se persignó mientras vocalizaba algo que la joven no llegó a entender.

—Te equivocas. Solo eres la Portadora, como yo. La Elegida aún no ha nacido —dijo casi como una plegaria—. Podrás tener una vida normal, tan solo tendrás que aprender a controlarte y a fingir de vez en cuando que...

—¿A controlarme? —la cortó exasperada—. ¿En qué? ¿De qué estás hablando, madre?

—Tras la transición, tu cuerpo nunca enfermará y tendrás una fuerza muy superior a la de cualquier hombre. Lo que se nos concedió fue un don. Te lo repito, hija mía: solo somos las Portadoras, pero hemos de ser muy cuidadosas.

—¿Acaso te burlas de mí? ¡No creo ni una sola palabra!

Su madre se cansó de su actitud y decidió acabar con aquella chiquillada en un instante.

—Madre, ¿qué vas a hacer? —preguntó con los ojos desorbitados.

—¡No, Leala! —gritó León.

Pero ella no le escuchó, rodeó la mesa y se dirigió al aparador que se encontraba bajo la cruz.

—No hay otra forma, padre. Nunca te he mentado, Alana. —La miró un momento antes de coger el enorme mueble con las manos—. Esto es lo que somos.

—¡Madre!

Lo levantó como si tan solo fuera un pequeño madero y volvió a dejarlo con suavidad en el suelo.

—Pero... ¿qué?

Leala se dio la vuelta y se apoyó en el enorme enser mientras esperaba a que ella se calmara.

—Te lo he dicho. Una vez hecha la transición, recibimos una vitalidad y fuerza extraordinarias. Somos veloces. Oímos, sentimos, degustamos, olemos y amamos con tanta intensidad que los primeros días serán complicados, te lo aseguro; pero también te garantizo que el conocimiento que adquirirás gracias al cambio no te pesará en absoluto.

—¿No... no me habéis mentado? —susurró con un nudo en la garganta.

—No, hija mía. Esto no es para herirte, créeme. Se nos concedió un don maravilloso que hará que tu vida sea muy especial. Mañana serás libre de un modo que no esperas porque, desde el amanecer, te convertirás en la nueva Portadora. Eso significa que ÉL siempre estará contigo. Así lleva siendo desde el principio, y se cumplirá hasta que tu primogénita cumpla los dieciséis.

—Pero ¿y si no llegara a desposarme? ¿Y si no pudiera tener hijos? —trató de averiguar Alana.

—Tu destino no es ese.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. Sé que serás madre y conocerás el amor del mejor hombre que camine sobre la tierra.

—Hijas, siento mucho interrumpiros, pero será mejor que regreséis a vuestra casa —dijo el párroco para terminar con aquella conversación que parecía no llegar a ninguna parte—. Se hace tarde, y he de visitar a unos feligreses.

—Padre León...

—¿Sí, Alana?

—¿Es verdad que usted guarda...?

—Así es.

—¿Dónde?

—En un lugar seguro.

—Ya. ¿Y por qué deberíamos confiar en usted? ¿Quién nos dice que no quiere la sangre para...?

—¡Mi fe es inquebrantable! —respondió él con un tono de voz que provocó que a la joven se le erizara la piel—. Jamás cometería tal osadía porque conozco la verdad. Mi deber es proteger el recipiente y a ti. Tu madre se ha apoyado en mí desde que hizo el tránsito. La pregunta es: ¿podrás confiar tú en mí?

Ella miró a su madre y vio la pena reflejada en su rostro.

—Está bien. Hacedme esa misma pregunta mañana —acabó diciendo con un hilo de voz—. No estoy segura de que vaya a ocurrirme. De hecho, rezaré toda la noche para que así sea. Me encuentro bien, no siento nada de lo que decís, así que tal vez me libre. ¿Podría pasar? —preguntó esperanzada—. Ha sucedido antes, ¿verdad?

Leala miró a León mientras asentían con media sonrisa. Prefirieron no seguir insistiéndole, ya que lo descubriría aquella misma noche.

—Vamos, hija. Regresaremos mañana.

—¿Y si no me pasara a mí? —insistió.

—Entonces, te prometo que no volveremos —agregó su madre.

Se despidieron de él y regresaron todo el camino en silencio. Nada más entrar en casa, su hermano pequeño, Wade, las interrogó acerca de dónde habían estado mientras se quejaba sin reparos de que tenía hambre.

Leala le quitó importancia al asunto y preparó el desayuno para acallar los ruidos de las tripas de su hijo de doce años.

—Madre, ¿puedo salir para dar un paseo? Necesito pensar. —Se sentía sobrepasada. No había sido capaz de ingerir un solo bocado y aquellas cuatro paredes estaban comenzando a asfixiarla.

—Claro, hija, pero regresa antes del atardecer. Este diablillo —dijo, despeinando a su pequeño—, va a dormir hoy con los abuelos porque encalaremos vuestra alcoba mañana temprano.

La joven la miró agradecida. Su madre sonrió con una expresión de entendimiento, haciéndola ver que la situación que le esperaba era inevitable, pero que, a la larga, sería capaz de aceptar el peso que iba a recaer sobre sus hombros.

Antes de salir, se dio la vuelta y la besó en la mejilla.

—Gracias.

—Ten —dijo, entregándole un pequeño hatillo con un trozo de pan, queso y una manzana.

Alana asintió y anduvo hacia el campo sembrado para saludar a su padre. Después, caminaría por el bosque hasta llegar al río. Allí pasaría el resto de la mañana y parte de la tarde antes de regresar. Quizás el correr del agua aclarara sus ideas.

Al verla, Fairfax se detuvo y la saludó con la mano.

—¿A dónde vas, hija? —preguntó el hombre, secándose la frente con un pañuelo.

—Al río. Madre me ha dado permiso.

—Está bien, pero nada de meter los pies. El agua está helada, y no quiero que enfermes. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, padre —respondió con una sonrisa mientras pensaba en que, si se cumplía lo que le habían asegurado que iba a suceder, jamás volvería a enfermar.

—Se te ve algo cansada.

—Tranquilo, padre. No es nada. El aire fresco me mejorará.

—Alana, no es necesario que trates de ocultarme cómo te sientes. Sé que no es fácil lo que te espera, pero tanto tu madre como yo estaremos a tu lado.

—He visto a madre hacer...

—No lo digas. Me lo imagino.

—¿Por qué no me lo habéis contado antes?

El hombre se quedó callado sopesando qué decir. Miró hacia la casa y recordó el momento en el que Leala le confesó quién era. Al principio, se enfadó por habérselo ocultado, pero, con el tiempo, comprendió que ella era, en cierta manera, una víctima circunstancial. No había elegido tener esa responsabilidad, sin embargo, la había aceptado con entereza sin cuestionar el porqué. Su vida, en realidad, había sido justo la que deseaba. Eran felices. Tenían una familia preciosa. Un techo bajo sus cabezas. Un campo fértil que les proporcionaba lo necesario para vivir...

Fairfax se volvió hacia ella y supo qué debía responderle.

—Porque preferimos preservar tu inocencia hasta que fuera inevitable decírtelo. Dime, hija, si lo hubieras sabido antes, ¿crees que habrías vivido del mismo modo?

—Puede que no.

—¿Puede, Alana?

—No, lo más seguro es que no. Pero ya no hay vuelta atrás, ¿verdad?

—Así es.

—Marcho ya —dijo mirando hacia el bosque—. Dile a madre que volveré antes de que se ponga el sol.

—Sé juiciosa, hija.

—Descuida, padre.

Le dedicó una sonrisa triste antes de darse la vuelta para dirigirse al camino. Sentía la cabeza a punto de explotar. Le faltaba el aire. El corazón bombeaba tan fuerte en su pecho que se sintió algo mareada, pero no se detuvo. Un paso tras otro avanzó hasta alcanzar el bosque.

Cuando estuvo alejada de la vista de todos, se llevó las manos temblorosas a los labios para ahogar un sollozo. Entonces, echó a correr. La vida tal y como la conocía estaba a punto de desaparecer, y no sabía cómo iba a poder seguir adelante.

Mientras avanzaba un poco más aprisa de lo habitual, no dejaba de preguntarse si iba a ser capaz de aceptar aquel cambio o, por el contrario, dejaría que el río se la llevara porque, pese a todo, no deseaba aquel don que le había sido impuesto.

## 2. EL MAL EXISTE

El sol del mediodía dejó de calentar de pronto, ya que quedó oculto tras unas nubes negras que no presagiaban nada bueno. El rey Athelstan había desplegado parte de su ejército por los alrededores con el fin de proteger el exterior del castillo, pero también como muestra de poder ante su próximo «invitado».

Desde que recibió el pergamino de manos de aquel emisario con la promesa de un desconocido, en la que ofrecía una oferta imposible de rechazar, no había podido pegar ojo. Si no se fiaba de sus delicadas palabras, que eran pura oscuridad cubierta con una fina capa de melaza, mucho menos iba a creer que sus intenciones no fuesen turbias. Pero todo se decidiría en ese día. Y esperaba que la balanza llena de ventajas se inclinara de forma exclusiva para él y los suyos.

Claro está que no iba a aceptar menos, si no, tendría que ir a la guerra. Por supuesto, no estaba en posición de aceptar ese desafío hasta que su hijo se desposara con la hija ilegítima del fallecido Guillermo I de Normandía. Ahora, su sucesor, Ricardo I, de tan solo cinco años, era manipulado sin piedad por los asesores de su padre. Poco le importaba su corta edad, a Athelstan lo único que le interesaba era disponer de su ejército, y la única forma que había encontrado para afianzar esa alianza era sacrificar a su heredero en pos de un bien mayor: continuar siendo el rey de Inglaterra.

Mientras tanto, detrás de los inmensos muros el revuelo era considerable. Decenas de sirvientes corrían de aquí para allá adecentando las distintas estancias. En las cocinas, los fuegos ardían sin descanso mientras se preparaban los más deliciosos manjares que la región era capaz de ofrecer.

Poco a poco, empezaron a llegar al salón del trono los nobles que formaban el consejo. Pronto se esperaba que las huestes de aquel extranjero hicieran acto de presencia, así que la excitación se podía notar tanto en el aire como en las expresiones que formaban en sus caras los hombres leales al rey.

Un piso más arriba, donde el silencio apenas era interrumpido por unos raudos pies en busca de algún enser olvidado, el príncipe Alistair era aleccionado por su tutor, el capitán sir Landon Youngblood. Aquel soldado era uno de los más fuertes, valientes y comprometidos con el rey. Ahora, tras haber ganado la última guerra, su labor se ceñía a cuidar al heredero. No se quejaba. Guiar sus pasos era mucho mejor que destripar escoceses a millas de su hogar, pero el joven se volvía más insolente cada día. Las razones eran fáciles de adivinar: pese haber alcanzado la mayoría de edad hacía bastante y ser un verdadero prodigio con la espada, ya que podía vencer a cualquiera de sus hombres, su padre continuaba tratándolo como a un niño.

Aquel día estaba especialmente insoportable, y la templanza del guerrero comenzaba a resquebrajarse. El rey únicamente le había pedido que su hijo mantuviera la lengua a buen recaudo y no echara a perder una posible alianza, solo que aún no sabía cómo iba a lograr que su pupilo lo obedeciera sin llegar a romperle la cabeza.

Respiró una vez más antes de dirigirse a él, ya que estaba a punto de perder el control.

—Mi príncipe, os aconsejo que permanezcáis atento a todo cuanto hoy se diga, pero será

mejor que no intervengáis en ningún momento —pidió Landon—. Vuestro padre así me lo ha...

—¿Exigido? ¿Acaso cree que soy un simple bufón? ¡Ya tengo diecinueve años y soy el heredero! ¿Es que pretende mantenerme al margen de todas las decisiones? —Alistair chocó con fuerza el puño contra la palma de la otra mano.

—Eso no lo sé, pero, hoy, más que nunca, os ruego que no digáis ninguna de esas palabras delante de vuestro rey. —El curtido soldado dibujó una mueca reprobatoria.

—Youngblood, amigo mío, te recuerdo que no soy un necio.

—Entonces, demostradlo.

—Cuidado. No vuelvas a hablarme en ese tono. Sabes que podría hacer que te flagelaran hasta la muerte.

El hombre sonrió como si la amenaza del príncipe tuviera el mismo valor que la de un niño protestando por un trozo de pan.

—Alistair, sed razonable. Os conozco desde que nacisteis y creo que no merezco ese trato.

—Lo sé, lo sé. Pero deja ya de regodearte en mi inexperiencia. ¡Solo tienes diez años más que yo!

—Y he ganado una guerra junto a vuestro padre. Así que tenedme el mismo respeto que él me profesa. Os puso a mi cuidado, pero no dudéis de que os azotaré como a un crío si volvéis a insinuar algo parecido.

—Eres inaguantable —se quejó con rabia.

Caminó hacia el ventanuco resoplando. Miró hacia el cielo, parecía que estaba a punto de tronar. Después, bajó la vista y divisó una pequeña comitiva que se acercaba a las puertas del castillo. Un escalofrío le recorrió la espalda. Aquellos seres no parecían hombres, pero tampoco podía estar seguro desde la distancia a la que se encontraba.

De lo que no tuvo dudas fue de que esa reunión no iba a ser plato de gusto para su padre. Lo que se acercaba desprendía oscuridad, y aquello le dio muy mala espina.

—Están llegando —dijo sin mirarlo.

Su protector se acercó a su lado para comprobarlo.

—Bien. Pongámonos en marcha. Y, Alistair...

—Obedeceré. No te preocupes.

Landon abrió la puerta, pero el heredero lo detuvo empujando con la mano para volver a cerrarla.

—¿Qué ocurre? —preguntó el guerrero.

—No me gusta esta reunión. Estate muy atento. Hay algo que...

—Tranquilo, muchacho. El ejército vela por el rey dentro y fuera de estos muros.

—Lo sé. Olvidalo. Vamos, no quiero llegar tarde.

Ambos avanzaron por el pasillo y bajaron la enorme escalera de piedra que daba a un espacio de paso. Los soldados los saludaron al verlos y, nada más entrar en el salón del trono, se dirigieron hacia donde se encontraba el rey.

—Padre —dijo Alistair, bajando la cabeza en señal de respeto.

—Vaya, Landon, veo que has cumplido tu palabra.

—Mi rey... —El experimentado soldado también inclinó la cabeza y se colocó tras el príncipe.

—Padre, ¿estáis seguro de esto? —preguntó con una mueca de preocupación.

Athelstan iba a reprenderle con severidad, pero se contuvo al fijarse en la expresión de su rostro.

—No hay más remedio, hijo. Algunas veces no podemos elegir. Esperemos que sean

razonables, pero eso ya lo veremos.

—Tu juicio no tiene parangón, padre. Espero que hoy tampoco falle.

La respuesta del rey quedó en el aire, puesto que anunciaron que los invitados acababan de llegar. Un murmullo generalizado llenó el salón, aunque, nada más entrar el séquito, el silencio se hizo protagonista.

Aquellos seres mostraban un aspecto siniestro en el peor de los sentidos. La tez de sus rostros era especialmente blanquecina. Sus cuerpos se movían como si fuesen empujados por una ligera brisa. La delgadez de algunos de sus miembros rayaba la más pura inanición, sin embargo, sus ojos eran vivaces y curiosos. Los pronunciados pómulos no dejaban duda de que sonreían, aunque los presentes no pudieron discernir si aquella era buena o mala señal.

El que encabezaba el misterioso grupo tenía un halo diferente. Su complexión era más corpulenta y sus facciones mucho más enjutas. Los labios llenos daban paso a una mandíbula cuadrada, temible. La nariz estaba proporcionada con el resto de la cara. Derecha, casi perfecta. Cejas poco pobladas y ojos que parecían tener un matiz rojizo nada común.

Cuando aquel hombre alcanzó la distancia requerida, hizo una pequeña reverencia con la cabeza.

—Rey Athelstan, me complace su «invitación» y recibimiento —dijo con un acento marcado y rudo.

—Y a mí me complace saber que todos han llegado sanos y salvos a mi hogar.

Aquel ser sonrió con unos perfectos dientes blanquecinos, tan afilados que sorprendieron al príncipe. Su padre, sin embargo, no se inmutó. No había llegado a ser rey por tener el pulso de una inocente y simple doncella.

—Permitidme que me presente, aunque ya lo hice en mi misiva. Soy Helmet, de la casa Drăgoi. Supongo que, dado nuestro abolengo, habréis oído hablar en alguna ocasión de mi «socio», Abbadon, de la casa Ursu, y de mí. Bien, pues considerad que también vengo en su nombre.

Athelstan asintió, aceptando aquella pantomima porque aún no sabía qué hacía allí y cuál era su propuesta.

—Bien, Helmet. Decidme, ¿a qué debo este... honor?

Alistair miró a Landon un instante. El guerrero hizo un gesto casi imperceptible, pero el heredero lo captó enseguida. El recién llegado también lo vio y sonrió para sus adentros, aunque ninguno de los dos se dio cuenta de que los estaba observando.

—Mi coterráneo y yo deseamos hacer «negocios» en vuestras tierras. Nuestras singulares necesidades nos han impulsado a abrir mercado por gran parte de la antigua Galia, ahora mal llamada Francia —pronunció con desprecio—, pero venimos de mucho más lejos.

—¿Y qué negocio es ese? —preguntó el rey con desconfianza.

—Rey Athelstan, nuestro viaje ha sido largo y sufrido para la mayoría...

La sonrisa que dibujó desapareció tan rápido de sus labios que Alistair pensó que solo había sido un espasmo. Landon se pegó un poco más a él y, sin molestarse en disimular, apoyó la mano en la empuñadura de su espada.

—Lo entiendo —respondió el rey—. El mar no es gusto de todos y nuestro maldito clima lluvioso tampoco acompaña la mayor parte de los días.

—El frío y la oscuridad no nos molesta, solo la falta de un caldo templado y espeso que nos llene por dentro cada pocos días. Eso sí que lo hemos echado de menos, y no siempre es sencillo encontrarlo cuando las tierras están yermas y escasamente habitadas.

Aquellas palabras sonaron de una manera inquietante, pero nadie lo interrumpió. Al rey

parecía agraderle aquel extraño hombre, cuya altura superaba con facilidad los ocho o nueve palmos.

—Así es. La basta extensión de mi reino hace imposible el ser habitado en su totalidad —agregó Athelstan formando media sonrisa, vanagloriándose así del poder que ostentaba.

—Por supuesto —añadió Helmet para aceptar su humilde lugar en aquella enorme sala—. Entonces, dado que nos encontramos exhaustos y famélicos, le agradecería, si fuera posible, tener esta reunión en privado junto a una chimenea y una copa de «vino» caliente.

Alistair miró a su padre, que parecía estar decidiendo si era buena idea aceptar aquella sugerencia. Al contrario de lo que esperaba, el rey asintió.

Momentos más tarde, estaban sentados en una estancia mucho más acogedora para mantener aquella reunión en privado. El séquito extranjero fue enviado a las habitaciones que se les habían asignado, y la mayoría de los nobles también. Los únicos que quedaron por la parte que correspondía a los ingleses fueron el rey Athelstan, Alistair, Landon y los dos consejeros con más experiencia, sir Avery Callen y sir Thane Atwater. Mientras los cinco extranjeros, Helmet, Xwînxwar, que parecía ser su mano derecha, Qiloçker y las dos hembras, Wêranker y Bêwestan, se acomodaban en sus asientos.

Media docena de sirvientes trajeron bandejas de varios tipos de asado, quesos, pan recién hecho, frutas y cuatro jarras de hidromiel.

—Bien, Helmet. Comed cuanto vuestras tripas os lo permitan. Después hablaremos de esa oferta de la que, utilizando vuestras propias palabras, «nuestra existencia depende de ello». Eso sí, creo que será mejor que las damas se marchen una vez terminado el banquete.

Él no respondió, solo levantó la mano con languidez. De pronto, y ante la sorpresa del rey, los cuatro seres se movieron como si no fueran más que aire y se colocaron delante de cada uno de los que lo acompañaban. Los miraron a los ojos y pronunciaron unas palabras ininteligibles. Como otra exhalación, volvieron a sus asientos.

—¡Qué demonios...!

La puerta se abrió y una sirvienta entró con un par de jarras más. Al verla, el rey comenzó a levantarse con la intención de llamar a la guardia. Los siguientes instantes fueron decisivos para evitar que todo el castillo fuera alarmado. Como si el tiempo se hubiera ralentizado hasta casi detenerse, la joven y delicada Bêwestan llegó en un parpadeo a la puerta y la cerró sin hacer ruido, sujetó a la pobre chica y le ordenó mantenerse en silencio hasta que ella le permitiera hablar. Al mismo tiempo, como si aquel ataque estuviera planeado hasta el más mínimo detalle, Helmet saltó sobre la mesa en un gesto casi imperceptible y se colocó delante de él.

—Silencio, «mi rey» —susurró con ironía—. Permaneced inmóvil y observad.

Lo que sucedió a continuación fue algo que Athelstan jamás pensó que vería en toda su vida. Xwînxwar se lanzó sin piedad al cuello de Atwater. Del mismo modo, Qiloçker se empleó en la yugular de Callen mientras Wêranker se «ocupaba» de Landon y Bêwestan de la infeliz sirvienta. Las cuatro víctimas eran como marionetas en sus brazos. Sin fuerza. Sin voluntad.

El rey, incapaz de moverse, presencié aquella atrocidad mientras los suyos se desangraban ante sus ojos. Por el momento, solo su hijo y él no habían sido atacados. Eso le dejó claro que ese bárbaro tenía otros planes para ellos.

—¿Entendéis ahora la importancia de nuestro futuro «acuerdo», rey Athelstan? Bien, voy a permitirlos hablar, pero si intentáis avisar a la guardia, no tendremos piedad. Pestañead si estáis conforme.

El rey, desesperado por moverse, cerró con fuerza los ojos y los abrió de golpe.

—Sois muy sabio —se burló Helmet—. ¿Oiréis mi... propuesta?

—Soltadlos y hablaremos.

El «No Muerto» hizo un gesto parecido a una sonrisa, sin embargo, su expresión fue mucho más terrorífica que si no hubiese gesticulado.

—Parad y curad las heridas —ordenó.

Los cuatro obedecieron al instante. Lamieron las incisiones con su lengua rasposa, llena de diminutas púas infectadas de la ponzoña que portaban en su cuerpo, y estas comenzaron a curarse al instante. En poco tiempo desaparecerían sin dejar rastro.

—¿Qué buscáis realmente? —preguntó el rey, que miró alrededor y vio que ninguno de sus hombres se movía.

—Ya os lo he dicho. Un trato.

—¿Por qué siguen como si fueran estatuas?

—Porque obedecen, al igual que vos.

Athelstan trató de separar un brazo, pero le fue imposible.

—¿Qué brujería es esta? —protestó sin elevar la voz.

—La nuestra. La de mi especie. Sentémonos. Cuando hayamos cerrado nuestro pacto, los liberaremos.

—¿Y a mí?

—Sois libre de moveros como os plazca.

El rey recobró su autonomía. Se llevó las manos a la cara y frotó con fuerza para tratar de despertarse. Cuando las separó, la escena seguía como antes. No era un sueño, sino la peor pesadilla a la que iba a enfrentarse. Y no tenía escapatoria.

Tras ordenar a sus acompañantes que volvieran a sentarse de forma natural en sus sillas, la sirvienta fue liberada del yugo del silencio. Dejó las jarras encima de la mesa como si no hubiera sucedido nada. Antes de salir, Athelstan le ordenó que no los molestaran hasta que fueran requeridos.

La chica cerró la puerta, saliendo bastante más pálida de lo que había entrado. Los diez regresaron a la posición inicial. Solo el rey estaba consciente, el resto de los suyos permanecía en un limbo obligado, y mucho se temía el dueño y señor de Inglaterra que, si no aceptaba todas sus exigencias, pronto no quedaría nadie capaz de responder al embrujo al que esos seres eran capaces de someterlos. Incluso tres de sus mejores guerreros habían sucumbido sin oponer la más mínima resistencia.

Aquello solo le dejaba una salida: oír su maldita propuesta y aceptar cuanto le pedía para salvar a todos.

—Bien, ya me tienes donde querías. Ahora, cuéntame qué demonios pretende tu amo —escupió Athelstan.

—Tranquilo, «mi rey», yo no soy el perro de nadie. Lo que dije solo sirvió como excusa para que nos recibierais. Abbadon y yo somos... ¿Cómo podría definir nuestra relación? Hum... «iguales». Sí, algo así.

—Me da igual.

—A mí no —respondió muy serio.

El rey se removió en su asiento. Se sentía muy incómodo. Estar a merced de un enemigo de esa envergadura lo dejaba a la altura de un pobre diablo, y jamás había ocupado ese lugar. Hasta ahora.

—¡Pues a mí sí! —replicó furioso—. Sois una rata que viene del mismo nido infestado. Decidme, ¿qué clase de ser inmundo sois?

Helmet se echó hacia atrás en la silla y chasqueó la lengua. La actitud de aquel

hombrecillo le molestó sobremanera. Y no iba a aceptar aquella falta de respeto de un ser inferior que tan solo servía como alimento.

El rey, pese a lo que se enfrentaba, fue incapaz de callar. Había cometido el error de menospreciarlo y no era consciente de lo mucho que aquellas despectivas palabras habían irritado a su peculiar invitado. Su altivez innata parecía impedirle aceptar su posición en su actual situación, pero el extranjero iba a aclarárselo de una vez por todas.

—La muerte. Las tinieblas. El horror. «Mi rey» —pronunció estirando ambas palabras. Después dibujó la misma terrorífica mueca que había empleado desde que comenzaron la reunión en esa sala—, creo que aún no sois consciente de lo que conlleva no ser nuestro aliado.

—¿Y cómo pretendéis que me comporte si no sé qué queréis? —dijo elevando el tono.

—No sois un necio. Al menos pensaba que no. Habéis visto cuál es nuestro sustento y poseéis un cuantioso ejército que puede suministrarnos lo que ansiamos.

—¿Es que queréis matarlos a todos? —preguntó fuera de sí, poniendo las manos encima de la mesa y echando el cuerpo hacia delante.

—No, «mi rey» —agregó recreándose en cada palabra—, queremos alimentarnos de todos vuestros súbditos. A cambio, por supuesto, contaréis con nuestra protección y costaremos vuestras insignificantes guerras por unas tierras que jamás os pertenecerán.

—Claro, porque son vuestras, ¿no? Si sois tan poderosos, ¿por qué no gobernáis en todas partes?

—Oh, mi dulce «niño», ¡si ya lo hacemos! ¿Acaso vuestra madre o ama de cría no os enseñó que no se juega con la comida? No podemos aniquilaros sin más. Preferimos formar alianzas que nos satisfagan mutuamente antes que perder nuestro sustento.

Athelstan entrecerró los ojos. Las palabras del extranjero no causaron el efecto que pretendía, ya que terminó dibujando una ligera sonrisa. Acababa de darse cuenta de un detalle importante.

—Ya, Helmet. Os entiendo, pero mi respuesta es no. Mis hombres no serán tratados como ganado. Sé quiénes sois. Había oído hablar de vosotros. *Vampir* —dijo, alargando la palabra—. «Vampiros» —repitió despacio—. Os alimentáis de la sangre de cuanto ser se os cruza por delante, incluso de las ratas. Ves, al fin y al cabo, no me había equivocado tanto con vos.

El «No Muerto» volvió a chasquear la lengua. La conversación le había entretenido hasta el momento, pero él era el único que no se había alimentado y estaba empezando a cansarse de la palabrería de aquel pequeño saco de sangre que creía que aún ostentaba una posición de poder.

Los cuatro invitados restantes, casi al mismo tiempo, se pasaron la lengua por los afilados dientes mientras sonreían de un modo aterrador. La negociación los estaba aburriendo. Su «sed», después de varios días de abstinencia, apenas había sido saciada. Aquel primer contacto con la sangre había sido solo un pequeño aperitivo, y si Helmet no cerraba el trato cuanto antes, se lanzarían sin piedad a por el rey y su hijo sin importarles nada más.

—Señor... —Xwînxwar carraspeó. Después, miró hacia arriba para recordarle que el séquito aguardaba en las habitaciones y estaban demasiado hambrientos.

—Lo sé, lo sé. Bien, este es el trato que os propongo: podéis ser libres y alimentarnos por iniciativa propia o no dejarnos más remedio que esclavizaros a todos y dejar que los de las Tierras Altas vuelvan y os aniquilen porque, cuando acabemos de saciarnos, no seréis más que sacos de huesos. Se acerca una guerra como jamás ha existido y, creedme, nos necesitaremos mutuamente.

—¿Una guerra? —lo interrumpió Athelstan.

—Así es. Vienen del este. Son mucho más salvajes y despiadados que nosotros, y os

aseguro que no harán prisioneros.

—¿Y por qué no ha venido vuestro «igual» con vos si la guerra es tan inminente? —soltó el rey, que aún se negaba a doblegarse. Helmet lo miró entrecerrando los ojos—. A mí me parece que todo esto es una farsa y «tú» solo eres el perro faldero de Abbadon que se ha escapado sin permiso de sus cloacas —añadió tuteándole, perdiéndole de ese modo el respeto—. ¡No voy a cerrar ningún trato contigo porque no eres nadie!

Aquellas palabras incendiaron la podrida sangre de Helmet. Su primero se echó hacia delante, pero él lo retuvo con el brazo.

—Sois muy afortunado, ¿lo sabéis? —Formó una sonrisa que provocó que a su anfitrión se le helara la sangre—. Tenéis la enorme suerte de que mis métodos difieren de los de Abbadon de forma sustancial. Yo prefiero no desperdiciar vuestra sangre; él, sin embargo, hubiera cerrado esta negociación exanguinando a vuestro hijo frente a vos sin daros la oportunidad de tomar siquiera una decisión. —Endureció el gesto—. Cuidad vuestras palabras u olvidaré mis buenos modales. Y os aseguro que, si eso ocurre, os pasaréis vuestros últimos instantes de vida deseando haber aceptado mi propuesta.

Athelstan entendió que el vampiro no estaba bromeando. Los cinco cerraron filas, cambiando por completo la relajada pose que habían mantenido hasta el momento a una mucho más agresiva.

—Viéndolo así, no me dais demasiadas opciones —acabó diciendo el rey.

—Me temo que nunca las habéis tenido.

—¿Y por qué mis tierras? ¿Por qué Inglaterra?

Helmet se pasó el índice por los labios para ocultar una sonrisa. En realidad, solo estaban allí porque había llegado a sus oídos que en aquella isla se encontraba algo que llevaban siglos buscando, pero esa información jamás la compartiría.

—Vos lo habéis dicho antes: vuestro maldito clima no acompaña la mayor parte de los días, pero a nosotros nos gusta el frío y la... oscuridad.

—Está bien, Helmet. Negociemos.

### 3. CONFÍA EN MÍ

A lana se apresuró a recorrer los últimos pasos que la separaban del río. Estaba deseando notar aquella frialdad conocida que tanto la tranquilizaba. Los rayos del sol la tentaron a descalzarse para sumergir los pies, pero recordó las palabras de su padre y se conformó con tocar la corriente con los dedos de la mano. Sonrió porque estaba helada, así que tal vez no fuese tan mala idea solo sentarse a contemplar cómo la fuerza del agua fluía pendiente abajo.

Extendió una tosca pieza de lana en la orilla. Tras sentarse y cruzar las piernas, se acurrucó con un cuadrante mullido frente a la belleza de la estampa que formaba aquel pedacito del bosque. Llevaba toda su vida yendo al mismo lugar, aun así, observarlo con detenimiento siempre le robaba la respiración. Acabó por unir las rodillas y apoyó la frente para esconderse del mundo.

No quería saber nada de ese don ni de ser la Portadora de... No fue capaz ni de repetirlo en su mente. Había visto a su madre levantar aquel aparador como si no pesase nada, pero ¿y si ella no pasara por ese cambio? Le habían insistido en que sería al anochecer. Caería en un profundo sopor y decenas de pesadillas la perseguirían. No, peor aún. Lo que iba a experimentar no sería una invención, si no la recreación de otra vida. De alguien en quien su madre creía con fervor.

Lana no sabía si esa fe de la que hablaba el padre León llegaría a crecer alguna vez en ella, aunque lo dudaba mucho. Por lo que le habían contado, esta aparecería sin más después de la transición y la acompañaría el resto de su vida. Aún faltaba bastante para que el sol cayera, de manera que, por lo pronto, se quedaría allí para pensar en todo lo que le iba a suponer ese cambio.

Volvió al momento en que su madre y ella habían hecho el camino de vuelta a su hogar. Durante el recorrido, habían hablado de todas sus antepasadas. Eran tantas que había olvidado la mayoría de sus nombres. Quizás podría pedirle al padre León que los escribiera en un pergamino para poder recordarlas, y de paso también que la enseñara a leer.

Sin poder evitarlo, la historia de Raisa regresó con fuerza a su mente. Aquella joven fue la primera y, sin duda, debió de estar muerta de miedo sin entender qué le estaba sucediendo. Con cierto alivio, pensó que al menos ella contaba con la ventaja de saber lo que le esperaba. Que sus padres la acompañaran toda la noche no podía ser lo mismo que pasar por ese trance sola. Pero, de un modo u otro, el dolor sería suyo. Únicamente suyo, de nadie más.

Miró hacia el río y se fijó en la pequeña cascada que jugueteaba con las rocas pulidas. Se mordió el labio inferior mientras se regañaba con dureza. Si su madre lo había logrado con su misma edad, ella también sería capaz. Tratava de insuflarse fuerzas cuando oyó con claridad que una pequeña rama se partía por la mitad.

—¿Quién anda ahí? —dijo, poniéndose en pie con mucha más facilidad que de costumbre; sin embargo, el miedo no la hizo detenerse a pensar en aquel detalle.

Silencio.

—Puedo oír cómo respiras, Wade. Sal antes de que vaya a por ti —agregó molesta.

Alana miró alrededor con los brazos apoyados en las caderas. Su hermano siempre terminaba pegándosele como una maldita sanguijuela; pero ese día no se lo iba a permitir, puesto que lo necesitaba para pensar en lo que iba a ocurrirle.

Más silencio.

—¡Tú lo has querido! ¡Cuando te encuentre, te vas a llevar los azotes que te mereces por no dejarme tranquila!

Sin percatarse de que el avance del día estaba provocando un pequeño cambio en ella, Lana corrió como una exhalación e inmovilizó a alguien por los hombros con un poco más de fuerza de la que se hubiera esperado para una joven de su altura y complexión.

—¡Ay! Suéltame, ¡me haces daño! —gritó la chica que no pudo deshacerse de su sujeción.

Cuando la sacó de los matorrales, le quitó el paño de color dorado intenso que cubría su cabeza. Jamás había visto a nadie de tal belleza. Una muchacha, no mucho más joven que ella, la estaba mirando con los ojos de color verde más claros que había visto nunca. Parecían dos gotas de rocío en la hoja más tierna. Tenía las cejas bien perfiladas. Sus labios carnosos y mejillas sonrosadas quedaban enmarcadas en su preciosa cara, libre de cualquier imperfección, por un cabello sedoso de color castaño claro que le cubría los hombros.

Al oír reclamarle que la dejara ir, Alana la soltó.

—¿Quién eres? —preguntó con curiosidad, aún impactada por sus bonitas facciones.

—Nadie. Solo estoy de paso.

La chica trató de levantarse, pero cayó de bruces porque tenía un feo corte en el muslo.

—¡Estás herida! —exclamó Lana, que se impresionó al ver la sangre.

—No es nada —aseguró la desconocida.

—No seas necia. Ese corte no es un rasguño. Ven, siéntate aquí —señaló la pieza de lana donde había estado antes—. Necesitas que te lo limpie. Puede que haya que coserlo para que se cierre. Pero, primero, deja que le eche un vistazo.

La chica se quedó mirándola mientras sopesaba qué hacer. Al apoyar de nuevo la pierna, un dolor intenso la atravesó. No tuvo más remedio que aceptar que así no podía ir a ninguna parte.

—De acuerdo —acabó accediendo.

Alana apartó el trozo de tela ensangrentado que apenas cubría su muslo. Hasta el momento, no había caído en la cuenta de que llevaba calzas como un hombre.

—Espera. No vayas a tocarte —le insistió.

La extranjera asintió. Su aplomo comenzaba a desaparecer, puesto que el dolor iba en aumento.

Lana abrió el hatillo. Su madre siempre le cubría el pan con un trozo de tela limpia, separado del resto de las viandas. Lo dejó a un lado y corrió al río para empapar el lienzo de agua fresca.

—Esto te va a doler, pero no hay más remedio.

Ella asintió frunciendo los labios. Cuando le colocó la fría tela encima del corte, inspiró profundamente. Dos lágrimas corrieron por sus preciosas facciones y después cerró los ojos con fuerza. La inglesa sabía lo mucho que aquello debía de dolerle, aunque la joven no se quejó.

—Me llamo Alana —dijo con un tono de voz pausado.

—Yo... Thyra. Esto duele como si me hubiera herido el mismísimo diablo.

—¿Con qué ha sido?

—Con una daga.

—¿Te has herido a ti misma?

—¿Y por qué iba a hacer eso? Hace unas horas me topé con unos indeseables. Me cogieron desprevenida, pero me defendí. Te aseguro que ya no molestarán a nadie más.

—¿Unos hombres? ¿Eran más de uno? —preguntó Lana asustada.

—Tres. Trataron de robarme y forzarme. Los degollé.

—¿Tú sola?

—Pues claro —respondió con orgullo.

—No eres de por aquí, ¿verdad? No, no lo creo. Nunca olvido una cara, y a ti jamás te había visto antes. ¿Me equivoco? —dijo de forma atropellada.

—Eso no te incumbe, y no tengo por qué darte explicaciones cuando no nos conocemos.

—¿Por qué te lo tomas así? Tú no eres inglesa, eres... diferente.

—¿Es que no sabes de qué raza...? ¿Dónde demonios estoy?

—En Essex, Inglaterra. ¿Acaso no has nacido en estas tierras?

—No —dijo mientras dejaba escapar una sonrisa entre los labios—. Vengo de muy lejos. Los míos y yo... —Calló de pronto.

—¿Qué? Los tuyos y tú, ¿qué? —insistió, deseando conocer algo más de aquella muchacha.

—Nada. No tiene importancia.

—Puedes confiar en mí, Thyra —dijo con calma.

Alana la miró con una expresión de bondad que impactó de lleno en el corazón de la chica que la observaba con los ojos entrecerrados. La extranjera fue capaz de vislumbrar la pureza del alma de la inglesa en sus preciosos ojos, tan impactantes y azules como el mar.

—¿Quién... eres? —Ahora, la que preguntó con verdadero interés fue la muchacha herida.

—Te lo he dicho antes. Me llamo Alana Shaw, aunque puedes llamarme Lana. Vivo muy cerca de aquí, al otro lado del bosque.

Thyra tomó una inspiración profunda, cerró los ojos e hizo algo que la joven campesina no esperaba: acercó la mano a su pecho y la dejó a la altura del corazón. De forma instantánea, entre ambas se produjo una conexión que las impactó como si una dulce ráfaga de viento cálido y reconfortante las hubiera atravesado al mismo tiempo.

La joven, que aún permanecía sentada, se puso de golpe en pie. Con los labios entreabiertos, conmocionada por no haber sido capaz de reconocerla, apartó la mano como si hubiera tocado las llamas y cayó de rodillas con la cabeza gacha sin importarle el dolor de la pierna.

—¡Mi reina! —susurró con voz temblorosa y los ojos empañados.

—¿Qué? ¡No! Yo soy Alana, hija de Fairfax y Leala, campesinos. Creo que me confundes con otra persona.

—Él está en vos. Disculpad mi torpeza —dijo de corazón, cambiando el tratamiento.

—¿Quién está en...? ¡Ah! —Entendió de pronto—. ¿Cómo puedes saber...? ¿Acaso te ha enviado el padre León?

—No, Alana de Essex, futura reina de Inglaterra.

—¿Qué...? ¡No! Yo no soy quien crees. Y siéntate, que vas a desangrarte. Espera aquí mientras vuelvo a limpiar el paño.

Cuando levantó el vendaje improvisado, la herida tenía peor pinta. Sin duda, el que se hubiera arrodillado no le había beneficiado en absoluto.

Alana volvió a poner la tela en la herida e hizo jirones con el paño que envolvía las viandas.

—Cómete el pan con el queso. Después, la manzana —le ordenó sin titubear.

La joven obedeció. Estaba un poco débil y aquellos bocados la reconfortarían el tiempo suficiente para aguantar lo que iba a hacerle.

—Ahora, Thyra, has de ser fuerte. Voy a apretar la herida con esto —dijo, mostrándole el lazo que había hecho uniendo las tiras para poder abarcarle el muslo—. Vas a sentir un dolor terrible. No sé si te desmayarás, pero, si no lo haces, te llevaré a mi casa para curarte.

—Un momento, por favor. Por si eso llega a ocurrir, antes necesito deciros algo. —Lana asintió—. Lo que os voy a revelar puede que os sea difícil de creer, pero... puedo ver cuanto os sucederá en vuestra vida. En realidad, conozco vuestro destino desde que era una niña.

—¿Qué estás diciendo?

—Al nacer, a cada uno de los míos se les concede un don. El mío es el de ver con nitidez vuestro porvenir. Sin embargo, hoy no he podido hasta que os he tocado. ¿Por qué me habrá pasado? ¿Y por qué no os he reconocido? No lo entiendo —dijo más para sí que para ambas.

Alana la miró un instante antes de entender el motivo.

—Aún no ha sucedido —dijo sin más, aceptándolo al fin.

—¿Aún no...? —Entrecerró los ojos—. Claro, ¡soy una necia! Todavía es vuestro aniversario, ¿verdad?

—Así es.

—Debería haberme presentado mañana, pero aquellos hombres me golpearon en la cabeza y me dejaron inconsciente. Se ve que la lucha y la pérdida de sangre me han afectado más de lo que esperaba, puesto que creía que había transcurrido todo un día.

—¿Qué quieres de mí, Thyra? —preguntó recelosa.

—Nada. Solo teníamos que conocernos, tan solo eso. Ahora he de irme, no puedo cambiar lo que está escrito.

—¿De qué hablas? Primero, no creo que nadie decida nuestro destino, y, segundo, con esa herida no vas a llegar viva a ninguna parte.

—Pero, yo...

—¿De verdad voy a ser tu reina? —dijo para evitar que se levantara de nuevo. La muchacha asintió con expresión muy seria—. Bien, entonces, no te queda más remedio que hacerme caso. ¿Alcanzas esa pequeña rama de ahí? —preguntó, señalándola con la barbilla.

—Sí.

—Muérdela —pidió mientras le pasaba el cordón improvisado bajo la pierna—. Thyra, mírame. —Ella lo hizo—. A la de tres voy a apretar todo lo que pueda. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. —Resopló con fuerza antes de morder el palo.

—A la de una, a la de...

Alana anudó con fuerza los jirones sin esperar. La muchacha soltó un alarido mientras hundía con fuerza sus dientes en el trozo de madera. Trató de no romperse, pero un par de lágrimas se le escaparon al notar la presión por encima del corte.

—Ya está, ya está... —susurró Lana, secándole las mejillas como si de su hermana pequeña se tratara—. Lo siento, no esperarlo es mucho mejor.

La chica lanzó con rabia la rama y se humedeció los labios. Tenía la boca seca.

—No sabría deciros... —Volvió a resoplar con ganas.

—¿Tienes sed?

Ella asintió. Alana la ayudó a levantarse. La acercó al río y cogió agua con sus manos. Thyra no se lo pensó dos veces y bebió de ellas. Después, se limpió el sudor frío de la frente. En realidad, se sentía un poco mejor, pero aún tenía que solucionar lo de la herida.

Tras ver cómo ella bebía después. Fue incapaz de retener aquello que sabía desde siempre.

—Sois muy buena.

—No lo creo. Cualquiera hubiese hecho lo mismo.

—Sabéis que no.

—Bueno, ni tú ni yo vamos a discutir sobre eso. Ahora, pasa tu brazo por mi hombro. Si salimos ya, creo que llegaremos a mi casa antes del atardecer.

—No, dejadme aquí. No puedo acompañaros. Eso sería romper las reglas.

—En serio, no sé qué pretendes, pero si no quieres que se te infecte, hemos de irnos. Obedece, y en el futuro seré benevolente contigo —bromeó mientras trataba de contener una sonrisa. No creía ni una sola palabra, pero no iba a dejarla a merced de los lobos en plena noche.

—Está bien —acató Thyra sin rechistar.

Aquella respuesta y la pequeña reverencia que le vio hacer provocaron que un escalofrío recorriera la espalda de Alana. Ella no respondió, tan solo se acercó y la sujetó por la cintura. Paso a paso, lograron alcanzar el borde del bosque y tomaron el camino de vuelta.

Su padre, que aún estaba trajinando en el campo, se extrañó al verla acompañada de otra muchacha. Cuando se dio cuenta de que esta cojeaba, salió a su encuentro.

—¿Qué ha ocurrido, Lana? ¿Quién es...? —Fairfax se detuvo al quedar impresionado por el precioso rostro de la desconocida. Su belleza casi podía compararse a la de su hija.

—Padre, ella es Thyra. La han atacado en el bosque y tiene una herida muy fea en el muslo. Hay que llevarla a casa para curarla.

—Le he dicho diez veces que no hacía falta —se defendió la muchacha, tratando de disimular una mueca de dolor.

El hombre negó al tiempo que chasqueaba la lengua.

—Thyra, me llamo Fairfax. Sin duda, eres muy valiente, pero si no quieres cojear durante el resto de tu vida, permite que te coja en brazos y te llevemos a nuestro hogar ahora mismo.

—Gracias, padre.

El hombre se acercó a la joven malherida y la sujetó sin apenas hacer fuerza.

—¿Dónde están los que te han atacado? —preguntó él con un gesto de preocupación.

—Habla, Thyra, mi padre no te hará ningún daño ni te denunciará ante nadie.

Fairfax giró la cabeza hacia su hija con las cejas levantadas.

—Intentaron robarme y... Acabé con ellos, pero no dejé rastro.

—¿Tú sola?

—Degollé a los tres.

El campesino bajó la mirada un instante, pero continuó caminando con ella sin esfuerzo.

—Sin duda, eres valiente y diestra. Ahora, puesto que te voy a llevar a mi casa, dime quién eres. Tus rasgos no son de estas tierras.

—Vengo de muy lejos. Hemos cruzado valles, montañas y el mar para llegar hasta aquí. Hace poco me separé de los míos porque debía cumplir la misión que se me había encomendado, aunque no la he llevado a cabo demasiado bien, como podéis comprobar.

—Bueno, todos nos equivocamos. ¿Qué te ocurre en la pierna?

—Esos indeseables trataron de forzarme. Uno de ellos me hirió con su daga porque no dejaba de patear. Se la arrebaté y acabé con todos.

—¿Y lo hiciste tú sola? —indagó frunciendo el entrecejo. Le costaba creer que aquello hubiera sucedido tal y como lo había relatado.

—Soy más fuerte de lo que parezco.

—No lo voy a poner en duda, sin embargo...

—Padre —lo interrumpió—, estoy segura de que Thyra nos contará lo sucedido con más

detalle en cuanto madre vea la herida.

—Claro, hija. Una pregunta más y zanjo el tema.

—Adelante.

—Dime quién eres. La verdad.

Ella inspiró y miró a Alana. Una vez más, la pureza de su alma la impactó de tal modo que no pudo mentir.

—Soy la princesa Thyra, de la casa Ragnasson. Pertenezco a la raza de los Errantes. Venimos del este, pero no se nos permite revelar el nombre de nuestra tierra. Está prohibido. Para el resto de los hombres, nunca hemos existido; sin embargo, no... —se detuvo un instante.

—¿Qué? —preguntó angustiada Alana.

—No podemos morir, a no ser que se nos hiera con acero *dojehî*.

—¿Acero *dojehî*? ¿Y ese cuál es?

—Tampoco puedo decíroslo. Aún no.

Llegaron a la casa y Alana abrió la puerta enseguida.

—Madre, ¡necesitamos tu ayuda!

A toda prisa, ella hizo las presentaciones y le contó que había encontrado a Thyra en el bosque después de ser atacada por unos bandidos. Antes de proseguir, miró a su padre. Le sorprendió ver que él negaba de forma casi imperceptible, como si supiera que, al conocer quién era aquella muchacha, su madre iba a perder el temple por el miedo a que le ocurriese algo. La joven inglesa bajó la vista y asintió solo una vez. Por el momento, era mejor reservarse el resto de la información que parecía de vital importancia. Al menos la futura Portadora lo sintió de esa manera.

Leala puso agua en el fuego y buscó lienzos limpios. Miró en su pequeña despensa y encontró el ungüento que buscaba. Volvió a toda prisa a su lado para comenzar a curarla.

—Bien, Thyra. ¿Estás cómoda sentada?

—Sí —dijo, estirando la pierna con dificultad.

—Ahora, mírame.

La princesa lo hizo sin rechistar. Fairfax y Alana permanecieron en silencio. Ella agradeció que Wade estuviera en casa de sus abuelos, si no, aquella situación se habría vuelto aún más complicada.

—He de soltar la compresión para comprobar cómo está la herida —continuó Leala—. Lana, lávate las manos —añadió sin mirarla—. Coge aguja e hilo, pero, antes de traerlos, pasa la aguja por las llamas. Hemos de evitar cualquier infección.

—¿Sabéis coser heridas? —preguntó Thyra sintiendo algo de aprensión.

—Por desgracia, la guerra es la mejor maestra.

Con cuidado, Leala retiró el torniquete que había improvisado su hija y descubrió el tajo. Cogió un cuchillo y rasgó un poco más sus calzas. Jamás había visto a una mujer con aquella vestimenta. Se abstuvo de opinar, puesto que aquel no era el momento para preocuparse por eso. Después asintió, dándole entender a la muchacha que iba a tocarla. Cuando palpó alrededor del corte, Thyra cerró con fuerza los ojos y tomó una inspiración profunda mientras se encogía sin poder evitarlo.

—Lo siento, pero he de ver si tienes algo dentro. Querido —se dirigió a su esposo—, tráeme en un cuenco un poco de agua hirviendo y mézclala con un chorro de agua fría.

Fairfax obedeció al instante bajo la atenta mirada de Alana, que ya tenía preparado lo que su madre le había pedido.

El hombre se lo acercó, ella cogió un lienzo y lo empapó. Inmediatamente, lo llevó a la

herida y derramó encima el agua sobrante. La pobre muchacha volvió a encogerse de dolor, aunque no se quejó.

—Está limpia. No hay restos de acero *dojehî*. Saldrás de esta.

—¿Cómo sabéis...? —Dejó escapar el aire entre sus labios al darse cuenta—. Pues claro. Sois la Portadora —añadió, cerrando los ojos mientras negaba—. ¿Dónde habéis oído hablar...?

—Nuestro párroco conoció hace mucho a uno de los vuestros. Me habló de vosotros hace años y me aseguró que un día alguien vendría. Supongo, si no me equivoco, que esa eres tú.

—Nos está prohibido revelar quiénes somos a las personas inadecuadas. Vuestro párroco debe de ser alguien muy especial.

—Lo es. Me habló de vuestra raza, de vuestra belleza en todos los sentidos. Los poderes que ostentáis no son de este mundo, pero si has venido a cuidar de mi hija, no me interpondré en tu camino. Alana —dijo, mirándola un instante para que le acercara la aguja enhebrada.

Justo antes de que comenzara a coser, la princesa la detuvo poniendo la mano en su antebrazo.

—Aún no, falta un poco para eso, me temo. Pero debéis saber que, llegado el momento, jamás me separaré de ella.

—¿Qué quieres decir? —preguntó contrariada. De pronto, comprendió el alcance de sus palabras. Asintió despacio mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Con tu vida —exigió Leala.

—Con mi vida —confirmó Thyra.

La mujer se secó las mejillas con el dorso de la mano y la errante le soltó el brazo para que pudiera coserle la herida. El destino de Alana estaba sellado y la princesa, con aquellas tres palabras, acababa de confirmarlo.

## 4. DEBÉIS ENCONTRARLA

Eirik, de la casa Ragnasson, el auténtico *Šāhanšāh*<sup>[4]</sup>, líder de la raza de los Errantes, padre de Thyra, entró en la tienda principal del campamento para decidir la estrategia que seguirían. Se encontraban a las afueras de Surray, y el grueso de su ejército ya iba de camino a su posición. Su primero al mando, Vidar, de la casa Eide y, su segundo, Gudrun, de la casa Strøm, ya estaban esperándolo. La preocupación que mostraban sus expresiones sombrías por el tema que iban a tratar era palpable. En breve, se les uniría el resto de los convocados. Sabían que aquella reunión iba a terminar en un inevitable enfrentamiento porque aún no tenían noticias de los emisarios.

Al verlo, los dos lo saludaron con una inclinación de cabeza como muestra de respeto.

—¿Y bien? —dijo el rey.

—Aún no sabemos nada, *Šāhanšāh*. Ninguno ha regresado aún, pero espero que esta tarde...

—¡Es solo una niña, por los Altos Guardianes! ¡Debéis encontrarla ya! —vociferó—. ¿Qué clase de inútiles habéis enviado para atraparla?

—Señor, la princesa tiene el don —respondió muy serio Gudrun.

Él mismo había elegido a los tres que la estaban buscando entre los de su propia casa, la legendaria Strøm. Las palabras del rey eran una ofensa directa hacia los suyos, pero se abstuvo de quejarse por el momento.

—Tranquilo, guerrero, nunca dudaría de los vuestros —añadió al ver cómo apretaba la mandíbula.

—Señor. —Bajó la cabeza en señal de agradecimiento.

—Vuestra hija ha debido de encontrarla —medió Vidar—. Hoy es el aniversario de ambas. Con seguridad, la conexión se ha intensificado.

—¡Pero le ordené que no se le acercara! ¡Aún no era el momento!

El rey poseía el preciado don de ver el futuro, o lo que el pueblo errante denominaba «Lucidez». Thyra, al igual que su padre, algún día también sería capaz de ver el de todos, pero, por ahora, solo podía distinguir el de la que iba a convertirse en la nueva Portadora de la sangre.

Al contrario de algunos herederos de otras casas importantes, que habían nacido con muchas más capacidades y llevaban tiempo utilizándolas, la joven siempre había pensado que ella no desarrollaría la suya por completo. Por ese motivo, tenía la convicción de que no le quedaba nada más que aprender. Por supuesto, tras el sagrado ritual *sjelevenner*<sup>[5]</sup>, todo volvería a su lugar. Su compañero designado y ella, hasta que un filo *dojehî* lograra llevárselos, permanecerían juntos por siempre. La unión de las parejas las decidía la sangre que corría por sus venas. El Destino, a fin de cometer el mínimo de errores, a veces saltaba una generación para evitar la endogamia. Los errantes eran un pueblo muy antiguo. En realidad, ninguno de ellos sabía con seguridad de dónde partían, pero sí que tenían un objetivo claro: proteger a la Elegida de cuanto mal caminara por la tierra.

Eirik se lamentó de que su hija se hubiera adelantado. Su misión era otra, pero su cabezonería por escapar de su compromiso la había hecho correr un peligro innecesario. Para

colmo, ahora le tocaba lidiar con aquella reunión que solo iba a empeorar las cosas en cuanto se dieran cuenta de lo que estaba sucediendo. Por el momento, no revelaría la verdad. Le daría el beneficio de la duda a Gudrun. Al anochecer, si los emisarios no habían regresado, tomaría una decisión en firme.

Un guerrero anunció la llegada de Brand y Oskar de la casa Isaksen, o lo que era lo mismo: su futuro suegro y el prometido de Thyra.

—Mi rey —dijo, haciendo una reverencia, emocionado por lo que ese encuentro significaba. Su hijo lo imitó.

—Brand, amigo mío.

Él se acercó y ambos se saludaron cogiéndose de los antebrazos con efusividad. Después, tomó el relevo con el joven, que parecía haber crecido tres palmos desde la última vez que lo había visto.

—Vaya, Oskar, sí que te has hecho uno de los nuestros.

—Me honra, mi rey —expresó con voz firme.

La belleza de todos los presentes era abrumadora. La raza de los errantes se caracterizaba por tener piel tersa, labios gruesos y ojos muy claros. Excepto el joven que acababa de entrar, que los tenía de un azul profundo, algo realmente singular entre los suyos. Sin duda, la complexión de los varones era digna de admiración. Brazos musculosos, torsos bien formados, anchas espaldas y piernas fuertes. Auténticos nómadas forjados bajo el calor de las múltiples batallas y por los poderes, llamados dones, con los que habían sido bendecidos.

En algunas tierras los habían nombrado brujos, en otras, hechiceros. Ellos no aceptaban esos despectivos términos y se autodenominaban «Hacedores del bien», puesto que nunca habían dañado a nadie por codicia o ambición de poder. Su casa estaba bajo las estrellas. Su hogar era la propia tierra allá donde se encontraran. Jamás habían entendido a la raza de los hombres, a la que sin duda pertenecieron antaño. Pero sus caminos fueron separados. Desde hacía mucho, se sentían completamente distanciados de ellos, de sus deseos e intereses. Por desgracia, sabían que aún tendría que pasar mucho tiempo para que las convulsionadas mentes de los humanos encontraran la paz interior que ellos mismos disfrutaban desde que se les había concedido esa nueva vida.

—Pasad y sentaos —los invitó Eirik—. Traed vino y algunas viandas. Tenemos mucho de lo que hablar.

Varios sirvientes salieron a toda prisa. Poco después regresaron con bandejas llenas de frutas, carne asada, verduras crudas y trozos de paneles de miel. Mientras degustaban aquellos manjares, Oskar observó al rey y a su padre. Reían sin restricciones mientras bromeaban sobre cómo habían pasado los años y que se veían mucho más viejos.

Copa tras copa, se mantuvo callado. La generosidad de Eirik se había extendido a sus dos guerreros más fieles, y tanto Vidar como Gudrun se sentaron a la mesa para dar buena cuenta de todo lo que allí se había servido.

Tras ver cómo agotaban la cuarta jarra de vino, se impacientó y no pudo permanecer callado ni un instante más.

—Bien, mi rey. ¿Dónde está Thyra? —dijo muy serio.

Ragnasson lo miró con un gesto que no gustó al padre del muchacho, pero Brand se guardó lo que pensaba antes de decir un comentario inapropiado. El joven tenía motivos más que suficientes como para exigir una respuesta. Ella ya debería estar allí, era lo que se esperaba debido a la naturaleza de aquella reunión; pero el tiempo transcurría y aún no había aparecido.

Aquello podía ser considerado una falta de respeto para la casa Isaksen y motivo suficiente

como para romper lazos que habían permanecido intactos durante siglos.

—En una misión —soltó Eirik como si nada y apuró el vino. Después, le dedicó una mirada asesina para atemorizarlo. No lo logró.

—Ya, a solo una luna de nuestro *sjelevenner*. ¿Consideráis que es lo más adecuado?

—¿Acaso cuestionas mis decisiones, muchacho?

—Sí, por supuesto.

La seguridad con la que respondió hizo que los cuatro se le quedaran mirando con una expresión de asombro.

Oskar no se amilanó.

—El ritual es sagrado —prosiguió con seguridad—. La unión ha de llevarse a cabo en el momento en que vos decidisteis que debía hacerse.

—Las circunstancias cambian.

—Mi rey, sé que acabo de alcanzar la madurez, pero no insultéis mi inteligencia. Hace dos días oí a varios guerreros de Gudrun bromear con que ella se había escapado porque rechazaba nuestro *ekteskap*<sup>[6]</sup>. Así que, os lo vuelvo a preguntar con todo el respeto, ¿dónde está Thyra?

Eirik se quedó mirándolo un instante con una expresión severa. Brand, en cambio, había palidecido al oír a su hijo porque, aunque Oskar había hablado con un tono tranquilo, sin apenas inflexiones, sabía que por dentro estaba a punto de saltar si no obtenía la información que estaba exigiéndole. Lo peor de todo era que tenía razón. Había sido el propio rey quien había decidido su futuro. Él lo había aceptado sin rechistar e iba a acatar su voluntad porque la sabiduría del *Šāhanšāh* era incuestionable. Durante siglos había logrado la fusión de las casas sin ninguna alteración, y eso merecía la lealtad de todo su pueblo.

Gudrun dejó de malos modos su copa encima de la mesa y estalló para defender a los suyos.

—¿A quién estáis acusando, Isaksen?

—¡No vuelvas a hablarle así a mi hijo, Strøm!

Los dos comenzaron a discutir de manera acalorada mientras el rey observaba al joven. Le gustó que le sostuviera la mirada. Allí no había insolencia, sino la valentía de un guerrero luchando por su pareja. Una vez acabada la unión, un amor puro e incondicional nacería en ambos, puesto que el destino así lo había decidido. Por el momento, sabía que Thyra era reacia al ritual, pero no podría negarse puesto que, tarde o temprano, acabaría sintiendo el corazón de aquel con el que estaba destinada pasar el resto de su larga y casi inmortal vida.

Eirik acabó por mirarlo a través de las pestañas con una expresión de complacencia. Había llegado la hora de acabar con aquella disputa.

—¡Basta! —dijo en un tono profundo que reverberó en el pecho de sus guerreros—. Muchacho, aún no sé si son agallas lo que veo en tus ojos o, por el contrario, bravuconería.

—Thyra lo es todo para mí como la reina Brina lo es para vos —respondió con seguridad.

—¿Acaso ya sentís...?

—No, mi rey. Pero todo lo que soy me exige que vaya a por ella. Oír a sus guerreros —añadió, mirando a Godrun un instante— fue casual. He dejado pasar estos dos días porque esperaba que regresara por iniciativa propia.

—Ella no ha huido de ti —confirmó Eirik.

—Ah, ¿no?

—No, Isaksen. Lo que ha hecho ha sido desafiarme porque, como de costumbre, no estaba de acuerdo con mi decisión. La cuestión es que la misión que está llevando a cabo era ineludible, pero no ahora, sino en un futuro cercano.

—Entonces, ¿por qué se ha ido sola sabiendo que las huestes de Helmet han marchado hacia el castillo del rey Athelstan? ¿Qué es tan importante como para que haya decidido desafiar al Destino?

—¿Es que no me has escuchado, hijo?

—Os ha desafiado a vos. —Oskar bajó la mirada y asintió—. Y aún no han vuelto los emisarios.

—¿Cómo sabéis...?

El joven ladeó la cabeza. Ante los ojos de aquellos guerreros, su corta edad era sinónimo de inexperiencia. Sin embargo, Oskar no había dejado de estudiar, aprender y prepararse para lo que debía hacerse en estos casos y en otros muchos. Reconocer en la mirada del rey la inquietud por la situación a la que los había empujado la princesa le hizo entender que rescatarla se había vuelto un asunto prioritario. Si el pacto que aún mantenían con el «No Muerto» se resquebrajaba, el contratiempo de no saber dónde se había metido su hija podría ponerlos en peligro si se desataba una batalla contra su ejército.

Pensó que, si fuese apresada, él, como su pareja por destino, haría cuanto fuese necesario para salvarla. Y si ni los Altos Guardianes podían impedir que sus captores acabasen con ella, Oskar debería esperar lo que el Destino decidiera hasta que Thyra volviese a nacer. La eternidad en su especie no separaba a las almas. El «para siempre» tomaba una nueva dimensión entre los suyos, puesto que era real.

Vida tras vida, siempre volverían a reunirse. Una vez designada la pareja por orden del *Šāhanšāh*, permanecerían juntos experimentando un amor y una complicidad como jamás podrían encontrar en otro. Además, aunque sucedía en muy raras ocasiones, se daba la coyuntura de que ciertas parejas tras el *sjelevenner* comenzaban a fusionar sus dones, de modo que ambos acababan teniendo no solo su propio poder, sino también el de su compañero, fuera cual fuera.

Llevaban siglos sin que ocurriera, pero a Oskar eso le traía sin cuidado. Había comenzado a amar a Thyra por ser quien era, no porque estuviese predestinado a ello. Hacía mucho que la belleza en su raza había pasado a segundo plano. Todos eran tan apuestos y perfectos que el exterior no determinaba la elección de las almas. Incluso así, mientras la princesa lo ignoraba, el muchacho se había enamorado de ella sin remedio desde que la vio por primera vez, incluso antes de ser elegidos el uno para el otro. Después, al saber que se unirían en el ritual del *sjelevenner*, su dicha no podía haber sido mayor.

Ya había pasado un año desde el anuncio, así que faltaba muy poco para que pudieran estar juntos. No cabía duda de que se sentía muy orgulloso de formar parte de la estirpe de Eirik y lo que ello conllevaba. Además, estaba convencido de que juntos traerían al mundo vástagos sanos y fuertes, de modo que debía centrarse en que ella estuviera con vida y sus destinos llegaran a cumplirse.

Claro, que eso sucedería siempre y cuando ella regresara.

—Mi rey, mi padre me ha enseñado bien —respondió el joven—. Lo principal es recuperarla. Me ofrezco a ir en su busca.

—Ya he enviado a tres de mis mejores guerreros, muchacho —lo interrumpió Gudrun con altanería.

—Y aún no habéis dado con ella —añadió con un tono desafiante mientras lo miraba sin acobardarse.

—¿Qué estás insinuando? —respondió con furia, elevando la voz y poniéndose en pie.

—Basta, Gudrun —lo cortó Eirik, dando un ligero golpe en la mesa—. ¿Qué me estás pidiendo, joven Isaksen?

—Rescatarla, mi rey. Iré solo si hace falta, pero, dada la situación en la que nos encontramos, no dejaré que mi *eieren*<sup>[7]</sup> corra ningún peligro.

—Pero, hijo, ¿es que te has vuelto loco de repente? ¡El Ejército de la Sangre está por todas partes! —Brand lo miró como si hubiera perdido la cabeza.

—Lo sé, padre. Pero ella está ahí fuera, y yo no voy a esperar a que nadie la traiga de vuelta por mí. Si lo hiciera, ¿qué clase de cobarde sería? No, mi rey —se volvió hacia Eirik—, he de ser yo. Es a mí a quien le corresponde, a nadie más.

Los cuatro lo miraron con orgullo. Incluso su padre, a quien no le entusiasmaba la idea de que dejara la seguridad del campamento cuando los caminos y los bosques estaban infestados de aquel mal que asesinaba a diestro y siniestro.

El rey rompió el silencio que se había formado tras su respuesta.

—Sin duda, te honran tus palabras; pero no permitiré que vayas solo. Esta zona es un hervidero del mal en todas sus formas, así que ¿a quién vas a pedir que te acompañe?

Oskar no titubeó ni un instante.

—A mi mejor amigo: Yngvar, de la casa Knutsen.

—Buen muchacho —agregó Eirik asintiendo—. De acuerdo entonces. —Palmeó con fuerza—. Partiréis enseguida. La noche caerá pronto, así que tened mucho cuidado. Vidar os aprovisionará de todo lo que preciséis. Y, Oskar —él lo miró prestando mucha atención—, tráela de vuelta.

—Será un honor, mi rey —respondió, bajando la cabeza.

El primero al mando salió junto al joven Isaksen. Debían encontrar a Yngvar cuanto antes. Gudrun, al verlos salir, cerró los puños con fuerza. Esa acción dejaba en mal lugar a sus hombres. Su lealtad al rey era incuestionable. Durante siglos, su valor y manera resolutiva de llevar a cabo cualquier misión lo había llevado a ocupar un lugar privilegiado junto al líder de su raza. Ahora, en cambio, por el capricho de su insensata hija, el prestigio que ostentaba su casa iba a ser mancillado si un simple muchacho, que ni siquiera había conocido los horrores de la guerra aún, lograba traerla de vuelta. Eso no iba a pasar, de modo que se despidió con un gesto de cabeza y se dirigió a su tienda. Debía trazar un plan para que fueran los suyos quienes rescataran a la princesa, no aquel advenedizo que acababa de cumplir lo que equivalía a dos décadas para los humanos y que podía dejarlo en el más denigrante ridículo.

Mientras atravesaban el campamento, Vidar se mantuvo en silencio. Acordó con Oskar en que se verían en la tienda que hacía las veces de herrería cuando lo tuvieran todo listo.

A Isaksen no le costó demasiado convencer a Yngvar. El valiente guerrero siempre estaba dispuesto a proteger y a disfrutar de una buena pelea, pero esta situación era distinta. Ambos lo sabían, por lo que no habían bromeado ni una sola vez. El padre del muchacho, sin embargo, no compartía su entusiasmo por adentrarse en unas tierras desconocidas. Él era su único hijo, y temía perderlo más que a nada en el mundo. Por el contrario, su madre, la bellísima Branka, nacida en la casa Parêzvanan, una de las protectoras más poderosas de todos los tiempos, aceptó sin cuestionar ni un instante su decisión.

Poco después, los dos amigos aparecieron en el sitio convenido con un gesto austero. Allí los esperaba el primero al mando.

Vidar, al verlos, asintió y se volvió hacia el herrero, que le facilitó lo que le había pedido antes.

—Bien, ¿lleváis suficientes provisiones? —dijo muy cortante. Ambos asintieron—. Muchacho, escúchame bien —soltó, mirando hacia Oskar—. No estoy de acuerdo con la estupidez que vas a cometer. Estoy seguro de que los hombres de Gudrun ya la están trayendo de

vuelta, pero, por lealtad a Eirik, no me interpondré entre una pareja designada. Tu locura la respalda el rey, y ante eso poco puedo hacer. Sed juiciosos y tened mucho cuidado.

—Os lo agradezco, Vidar.

—No lo hagas. Lo que puedes encontrarte ahí fuera no es nada comparado con lo que has leído en papiros antiguos o nos has oído en relatos interminables. El Ejército de la Sangre son los llamados «No Muertos». Los humanos los denominan «vampiros», pero ese término me parece infantil y poco acertado para las vilezas que cometen. En cualquier caso, recordad que sus colmillos pueden atravesar vuestra piel —añadió, mirando a los dos—. El veneno que portan, pese a que no os matará, os debilitará sin remedio. A veces, medio día, otras, varias jornadas. Si eso llegara a ocurrir, tendréis que sangraros justo donde os haya mordido para poder curaros cuanto antes. Somos fuertes, dicen que casi inmortales, aunque nadie ha vivido lo suficiente como para confirmarlo. Sí, nuestra vida es muy larga, nada que ver con la de los humanos, pero no somos invencibles. Ninguno ha enfrentado el verdadero Mal de cara. Así que, antes de que os vayáis, os pregunto: ¿seguro que estáis preparados?

Los dos jóvenes se miraron con seriedad. Por último, el destinado a Thyra fue quien respondió.

—Entiendo lo que dices. Pero, Vidar, ¿qué no harías tú por Kindra? ¿Acaso dejarías que tu pareja vagara sin ti a su lado?

El viejo guerrero con la tez algo curtida por el paso inexorable del tiempo, pero igual de hermoso que un verdadero dios, sonrió al oír cómo lo tuteaba. No se lo tendría en cuenta. Admiraba su resolución por querer rescatar a la errante que le calentaría el lecho durante los siglos venideros. De pronto, un presentimiento lo golpeó con fuerza. Tal vez Oskar ya la amara sin saberlo y, si lograba encontrarla, puede que esa unión se volviera la más fuerte de todas las que se habían conocido. Ambos llevarían a su pueblo a un lugar entre montañas nevadas, donde permanecerían allí hasta el fin de los tiempos. En realidad, era justo lo que él deseaba desde hacía mucho. Descansar de una buena vez.

El muchacho frunció las cejas, aún esperaba su respuesta.

—Ni por todo el oro de la tierra, Isaksen. —Desenvainó la daga que llevaba en el cinto. Sin vacilar, se la ofreció—. Toma, ninguno de los nuestros merece perder a su *elsket*<sup>[8]</sup>.

—Desde luego que no. Pero esa es la daga...

—De mi padre. Lo sé.

—Es un honor, gracias —dijo Oskar, mirando el enorme zafiro incrustado en la hermosa empuñadura—. La cuidaré con mi vida.

El joven no pudo evitarlo y su voz mostró el agradecimiento que sentía por el gesto que acababa de tener con él. Aquella deferencia por parte del guerrero significaba en el fondo que sentía un profundo respeto por la gesta a la que iba a enfrentarse, y eso jamás lo olvidaría.

—Yngvar, cuida de ambos. Tú sí tienes experiencia en el campo de batalla, así que recuerda que Eirik ha puesto su vida —miró a Oskar un instante—, en tus manos.

El primero al mando les entregó a ambos dos espadas forjadas con acero *himmelsk*, el único capaz de matar a un «No Muerto» y a los seres más oscuros del infierno. También le pasó al joven Knutsen, apenas un par de años mayor que su amigo, una daga de la armería. Toda protección era poca para lo que podían encontrarse allá fuera.

Mientras caminaban con aplomo hasta la entrada del campamento acompañados por Vidar, algunos guerreros de la casa Strøm se cruzaron con ellos mostrando en sus caras muecas de desaprobación y desprecio. Ya había corrido el rumor de que la princesa Thyra se había escapado y que su futuro *ektemann*<sup>[9]</sup> iba a ir a por ella, pese a que tres de los mejores guerreros

de Gudrun habían salido en su busca.

Oskar los ignoró y miró al frente. El futuro de ninguno de ellos estaba en peligro. Solo el rey podría haberlo detenido, y había tenido la gran suerte de que había apoyado su decisión sin ni siquiera pestañear.

Al llegar a la puerta norte, los guerreros de la casa Parêzvanan los saludaron. Ya habían recibido la orden de abrir el campo de invisibilidad que protegía el campamento.

Justo cuando iban a cruzar el umbral, Vidar detuvo a Oskar y lo separó a un lado. Se acercó a su oído para susurrarle algo a fin de que solo él lo oyera.

—Dirígete a Essex, orden del rey. Busca a una joven llamada Alana Shaw. Puede que Thyra se encuentre con ella.

Él no respondió, pero sí lo miró con agradecimiento y asintió una vez. Aquella información había sido solo para sus oídos, por lo que no la compartiría con Yngvar hasta que los hubieran dejado bien atrás. Sin más, los dos muchachos salieron hacia el bosque. Se encontraban a más de una jornada de camino, tal vez un poco más, por lo que tendrían que correr parte del tiempo si no querían que la noche los sorprendiera en mitad de un claro.



Al otro lado del campamento, Eirik se encontraba solo en la tienda principal, mirando el plano que sus rastreadores habían confirmado con los que poseían de la antigüedad. Los límites de las tierras habían variado un poco en los últimos seiscientos años, pero no tanto como para estar preocupado.

Tras despedirlos a todos, una sensación de desasosiego se había instalado en su pecho, así que decidió mantener la mente ocupada en algo que no fuera su primogénita. Thyra era una guerrera fuerte y decidida. Y, pese a que no importaba en absoluto, era tan o incluso más bella que su madre. Por supuesto, igual o más cabezota que él, por lo que temía que precisamente ese ímpetu con el que imprimía cada una de sus decisiones la hubiera llevado a cometer una insensatez.

Cerró los ojos y trató de ver su futuro.

Nada.

El vacío.

Sintió como si alguien lo estrangulara. Aquello solo tenía dos posibles explicaciones. Una, que ya hubiese perdido su don, o, dos, que Thyra estuviera muerta.

Apartó esos pensamientos para centrarse en la Portadora. Alana era una mortal que iba a recibir el mayor don de todos. De la noche a la mañana, de forma literal, iba a cambiar. Ya no solo en sus capacidades físicas, sino también en conocimiento. La sabiduría de la sangre del Creador correría por sus venas. Lo había visto desde hacía décadas.

Con una sonrisa, comenzó a recordar.

Aquel día la persecución se había vuelto aún más cruda y complicada. Los suyos se hallaban a las afueras de un pueblecito francés, cerca de la costa. Habían recibido un soplo sobre una facción a la que querían dar caza. Los errantes siempre habían sido enemigos acérrimos de los «No Muertos». Pese a no estar seguros de encontrarlos en la zona, se desplazaron durante cuatro lunas hasta dar con ellos. Por suerte, ninguno portaba el temido acero *dojehî*, de modo que pudieron acabar con todos tras una lucha brutal y encarnecida.

Antes de ser aniquilado, el último que quedó en pie les aseguró que pronto llegaría «El Enviado», y a ese no lo podrían derrotar, puesto que contaba con el beneplácito del Príncipe de la Oscuridad.

Eirik siempre había pensado que aquella declaración tan solo era para asustarlos. En el futuro que se le mostraba no aparecía nada de eso, pero últimamente sus predicciones tenían pequeñas variaciones con respecto a lo que sucedía más tarde. Por desgracia, desconocía a qué se debía su falta de precisión, aunque la cuestión era que sus errores se habían multiplicado. Puede que tener más años de los que era capaz de contar tuviera algo que ver en todo aquello.

Su amada Brina envejecía lentamente a su lado. Nueve, puede que diez mil años juntos. No lo recordaba o, más bien, no quería rememorar todos los horrores de los que habían sido testigos. Tal vez se acercaba su fin. Quizás su momento había llegado, aunque no dudaría en celebrarlo. Había disfrutado de cuanto la vida podía ofrecer. Amor. Una compañera leal y cariñosa. Unos hijos de los que sentirse orgulloso...

Thyra volvió a su mente y, por consiguiente, Alana. Esperaba que el padre León fuese el buen consejero que le habían revelado sus visiones. Pronto lo sabría de primera mano, pero, por el momento, solo podía esperar.

## 5. UN TRATO A LA FUERZA

La negociación no fue tal, puesto que el rey se ciñó a oír cómo Helmet alababa las maravillas de llevar a cabo aquella oscura alianza. Athelstan no sabía si apenas habían transcurrido unos instantes o ya se habría puesto el sol. El tiempo en la sala se había detenido, o al menos era lo que a él le había parecido desde que había vuelto a ocupar su lugar en esa mesa que mandaría a quemar en cuanto lograra salir de la maldita estancia.

Mientras su jefe continuaba hablando, los cuatro vampiros que lo rodeaban, dándole de este modo un halo de ser supremo adorado, mantenían cerrados los ojos como si dormitaran. Pero el rey sabía que no era así. Esos seres estaban en alerta, esperando el momento de atacar en cuanto recibieran la orden.

Aquello le dio el arrojo de cortar a su invitado, ya que estaba exhausto por tanta palabrería.

—Helmet, creo que ha llegado el momento de concluir esta reunión —dijo Athelstan agotado.

—Lo lamento. ¿Os estoy aburriendo? —respondió, formando algo similar a una sonrisa.

—Más bien es que no pienso aceptar ser vuestro bufón. Para que no haya dudas ni por vuestra parte ni por la mía: cada luna os alimentaréis de mi tropa. Ni un día antes. Mis hombres deben recuperarse. Han de entrenar y continuar sirviéndome como hasta ahora. No convertiréis a ninguno. Aquel que mate a uno de los míos deberá morir. Una vida por otra.

—«Mi rey» —vocalizó despacio—, nosotros ya estamos muertos.

—Puede, pero, que yo sepa, de espectro tenéis poco. Ninguno de los que estáis aquí parece estar en el «otro lado» —ironizó.

—La fina línea entre la vida y la muerte nos mantiene en pie.

—Más bien, la sangre que corre por las venas de los vivos —puntualizó Athelstan.

—Mmm... ese «caldo templado y espeso»...

En ese momento, el rey entendió lo que había querido decir Helmet cuando propuso tener aquella reunión privada. No deseaba comer, sino beber de los suyos hasta dejarlos secos. Detestó no haberse dado cuenta antes de quiénes eran, pero poco podía hacer ya. Sabía que, a la larga, aquel trato iba a debilitarlos sin remedio. Al menos había logrado estirar el tiempo entre visita y visita. La primera propuesta fue de cada semana, pero el vampiro terminó aceptando que esa frecuencia iba a ser insostenible. Los soldados acabarían enfermando o muriendo por la falta de sangre.

Desde su conversión, Helmet, como inmortal, ya había probado de todo. El ejército inglés estaba compuesto por hombres fuertes. La mayoría gozaba de un excelente estado de salud. Pero si acudían a ellos sin mesura, reducirían sus filas drásticamente, y eso no era lo que pretendía. En realidad, el «No Muerto» no sabía cuánto tiempo estarían en la zona, así que con eso tendría que bastar. Visitarían aldeas cercanas para complementar su alimentación. Ya habían vivido en escasez en otras épocas, por lo que el hambre a todos les era conocida. Todo dependería de si serían capaces de encontrar lo que buscaban, si no, viajarían al norte. Puede que el portador

hubiera salido huyendo hacia los clanes de las Highlands, pero, aún debían buscar por todo el sur antes de darse por vencidos. Y eso no iba a ocurrir mientras él estuviera al mando.

—Ya. Una manera muy enrevesada de denominar nuestra sangre —escupió el rey.

—A mí me parece muy acertada. Cuando se desliza en nuestra boca lo sentimos como lo que es: un líquido espeso y templado. Además, su aroma embriaga y nos hace muy complicado el saber cuándo parar.

Athelstan abrió los ojos de golpe.

—El trato...

—El trato, «mi rey» —estiró Helmet ambas palabras—, es que os tendréis que ceñir a lo que yo quiera en todo momento. Pero, tranquilo, no os preocupéis. No os aniquilaremos. Os he dado mi palabra, y jamás rompo una promesa.

—Y yo os he dado la mía —añadió el inglés con dureza.

—¿Veis? Ambos sabemos cuál es nuestro lugar.

—¿Mantendréis que ni mi hijo ni yo entraremos en el trato?

—Por supuesto. La sangre real tiene un regusto a adoración desmesurada del dueño que la posee, por lo que hace tiempo que perdí el interés por ese sabor.

—Sois detestable.

—Y vos un necio, pero acabamos de cerrar un trato ventajoso para ambos. ¿No es así?

—Dirás para ti —lo tuteó un instante.

—Minucias...

—¿Y ellos? —preguntó, haciendo un barrido con la mirada a los suyos—. ¿Qué van a recordar de esta reunión?

—Ni una sola palabra. Vos seréis el único que tendrá la certeza de que nada de esto ha sido un sueño. De todos modos, y solo porque me siento generoso, repitamos nuestra conversación cambiando un ínfimo detalle. Sangre por trigo para vuestros hombres y pienso para vuestro ganado. Veréis lo creíble y ventajosa que va a resultar mi oferta para vos.

Sin darle tiempo a responder, Helmet volvió a levantar la mano. Los vampiros despertaron del letargo a los durmientes. Después, regresaron a sus asientos. El rey apenas pudo atisbar el movimiento, pero reconoció lo que aquel gesto significaba.

Para que ninguno de los presentes sospechara lo más mínimo, el «No Muerto» cumplió su palabra. Habló de pienso para el ganado y de trigo para los graneros. Cada mes pasarían para traer las provisiones por un importe que a los ingleses les pareció un intercambio muy provechoso. Todos los soldados podrían adquirir un saco por un precio aún menor. Se levantarían decenas de tiendas para suministrarlos. La única condición era que nadie podía pasar dos veces o llevar el que le correspondía a otro.

Tras acabar la reunión, el rey mandó llamar a dos destacamentos y les ordenó hacer guardia delante de las alcobas asignadas a los recién llegados. Lo que iba a traducirse, tal y como había concretado con Helmet, en que sus invitados pasada la medianoche se alimentarían de esos soldados y después no recordarían nada. El verdadero acuerdo tendría que quedar entre aquellas paredes, con lo que solo Athelstan conocería la auténtica naturaleza de los nuevos aliados y todo lo que allí sucedería cuando regresaran.

Una vez se despidieron de los extranjeros, que se retiraron a sus aposentos para descansar, el rey solicitó a su hijo y a Youngblood que permanecieran en la sala hasta que regresara. Tenían que comentar el tema de su partida. No quería retrasarlo ni un momento más, pero antes debía solucionar un problema.

Poco tiempo después, el rey volvió con el semblante muy serio. Miró a los dos y se sentó

mientras digería lo que iba a compartirles.

—Bien, padre. Tú dirás —dijo con voz cansada Alistair.

—Partiréis ahora mismo al encuentro de Ricardo. Sé que hasta final de la época estival permanecerá en Richborough. Ya he enviado a un par de emisarios para informar de tu llegada en los próximos días.

—¿Ahora? ¡Si habías acordado que sería a finales de año!

—Alistair, por una vez en tu vida, ¡vas a obedecer! —vociferó con la rabia instalada en cada poro de su piel.

Athelstan temía que Helmet no cumpliera su palabra y acabara alimentándose de todos. No podía poner la mano en el fuego por el valor que tendría la palabra del vampiro, pero no pensaba arriesgar la vida de su hijo bajo ningún concepto.

—No os entiendo, padre.

—Ni falta que hace. ¡Soy el rey y tu deber es acatar mis órdenes!

Landon ni se inmutó. Lo había visto gritar muchas veces a sus hombres. Incluso él se había llevado alguna buena reprimenda en el pasado con razón, solo que, por mucho que lo estaba intentando, no le veía sentido alguno a esa imposición. Menos aún en un momento de bonanza económica y de alimento. La alianza con la bastarda aumentaría las tropas, solo que no entendía la urgencia de cerrar ese trato.

—Por supuesto, «mi rey» —respondió Alistair resentido.

Por un instante, Athelstan estuvo a punto de contarles el verdadero motivo, pero desistió de inmediato. No sabía si aquellos seres podían oír a través de las puertas o de los gruesos muros, pero no iba a arriesgarse.

—No regresaréis hasta pasada la luna nueva. Ante todo, debes procurar que la muchacha se enamore de ti. De este modo habrá menos complicaciones, y los consejeros del rey aceptarán con mejor talante este acuerdo entre los dos.

—Sí, padre.

—Créeme, Alistair. Es lo mejor.

Él respondió con un gesto brusco de cabeza.

—¿Algo más?

—No, hijo.

El joven volvió a asentir con dureza y salió de la sala hacia sus aposentos. La rabia lo carcomía por dentro como si una llama quemara todo a su paso. El tutor miró al rey. Repitió el mismo gesto que el príncipe, aunque de una manera menos tosca.

—Cuida de él con tu vida, Landon.

—Por supuesto, mi rey. —Hizo el ademán de salir, pero se dio la vuelta. Una pregunta le quemaba en la garganta—. ¿Qué os preocupa, señor? El acuerdo no es lo que aparenta ser, ¿verdad?

Una vez más, Athelstan tuvo que morderse la lengua. No podía confiar en que alguien estuviese oyendo. La vida de los suyos dependía de que él tuviese la boca cerrada. El vampiro le había asegurado que serían solo unas pocas lunas, así que, quisiera o no, tenía que mantener su palabra o los aniquilarían a todos sin ninguna posibilidad de resistirse.

—No es eso, amigo mío. Alistair ya es un hombre, pero la sangre joven hierve con fuerza en sus venas y es incapaz de ver más allá. Aún no entiende que, en la mayoría de las ocasiones, no logramos lo que queremos. A veces hemos de hacer sacrificios por un bien mayor.

Youngblood asintió, aceptando su razonamiento como algo comprensible e ineludible dado que el heredero, tarde o temprano, se convertiría en el rey de Inglaterra.

—Haré cuanto esté en mi mano para que cumpla con su deber, señor.

—Lo sé, mi fiel amigo. Ahora, ve en su busca. No vaya a ser que se le ocurra escaparse.

—Esperemos que no.

El soldado se despidió del rey con un gesto de preocupación. Sin perder un instante más, corrió escaleras arriba para comprobar que su pupilo aún seguía en el castillo.

Llamó un par de veces a la puerta, pero nadie contestó. Torció el gesto y se decidió a entrar.

—¿Príncipe Alistair?

—Aquí estoy. No he huido.

—Mmm... Nadie ha pensado que lo haría.

—Mientes de pena. Los criados han terminado los baúles en un abrir y cerrar de ojos. Cuando quieras, podemos irnos.

—Partamos entonces.

El sol de media tarde comenzaba a caer cuando los dos salieron al patio. Allí, una treintena de hombres los esperaban equipados como si fueran a asaltar una fortaleza. El carro con las pertenencias del príncipe tardaría un poco más en llegar porque iría por la ruta principal. Ellos, sin embargo, debían encontrar el asentamiento de Ricardo lo antes posible, de modo que acortarían por el este. Habían recibido la orden de continuar hasta que se pusiera el sol. Ya habían salido dos emisarios para tenerlo todo preparado para cuando llegasen a la posada que se hallaba a medio camino, así podrían descansar antes de retomar la marcha.

Dejaron el castillo atrás con un mal presentimiento instalado en sus corazones. Tal era la seriedad de los hombres que los cascos de los caballos eran lo único que rompían el silencio de los caminos, dado que a esas horas empezaban a estar desiertos por la inminente falta de luz. Las respiraciones entrecortadas de los jinetes se mezclaban con los sonidos que creaba la brisa entre las copas de los árboles y el tímido cantar de algunos pájaros.

Conforme la claridad desaparecía, la preocupación de Landon comenzó a crecer. La noche no era buena compañera del valor ni de la entereza de las almas dudosas. Los soldados encargados de proteger a su pupilo formaban parte de una de las guarniciones más leales al rey, así que, en ese aspecto, tenía una razón más para confiar en que todos llegarían sanos y salvos a su destino, pero el sol acababa de ocultarse y la oscuridad galopaba con ellos.

Un cuerno sonó para avisarlos de que era momento de tomar un pequeño descanso. Debían encender las antorchas y todos necesitaban estirar un poco las piernas. El heredero bajó del caballo y se internó en el bosque para aliviarse. Youngblood, en cuanto el príncipe estuvo rodeado por los soldados, hizo lo mismo.

Al volver, se encontró con un joven malhumorado. Quizás tenía algo de razón, puesto que tampoco entendía la urgencia del rey porque dejaran el castillo a esas horas. Aunque ya no había otro remedio que seguir adelante, hasta la posada.

—¿Se puede saber por qué no pasamos la noche aquí mismo? Llevamos cabalgando desde bien entrada la tarde —dijo Alistair con una expresión de estar a punto de azotar a alguien.

—Porque no es lo que nos ha ordenado el rey —respondió Landon muy serio.

—¿Y qué? Aquí soy yo quien está al mando.

—Mi príncipe, las cosas no funcionan así.

—¿Es que vas a desafiarme?

—No, pero tampoco dejaré que pongáis en peligro a ninguno de nosotros.

—Señor —dijo el capitán Terrel Hereward—, estamos listos. Partamos, falta poco para llegar.

—Adelante —ordenó Landon.

—Tú no estás por encima de mí —lo recriminó Alistair.

—Lo sé, pero tened por seguro que haré lo necesario para manteneros con vida, queráis o no.

El heredero se quedó mirándolo, pero no añadió nada más. Hereward levantó el brazo a modo de señal y emprendieron la marcha como si el diablo les pisara los talones. Poco después, vieron a lo lejos unas luces. Sin duda, la posada a la que se dirigían. De pronto, se oyó un grito desgarrador. Una antorcha se apagó bruscamente. Un jinete desapareció ante sus ojos y su caballo salió disparado en sentido contrario, como si huyera de la misma muerte.

El aire era espeso. Helado.

Un golpe seco. Forcejeo. Estertores.

—¡Nos atacan! —anunció un soldado.

—¡No os detengáis! —decretó Landon.

El capitán no cuestionó su decisión y vociferó que espolearan a sus monturas. La pequeña comitiva comenzó a mermar de forma preocupante, puesto que, uno tras otro, fueron cayendo ante los ojos desorbitados por el miedo de los que aún resistían. Una niebla surgió de la nada, por lo que la falta de visión dificultó aún más la huida.

Youngblood ordenó que se replegaran para proteger al príncipe. El temor de ser devorados por aquel animal o lo que fuera los mantenía en alerta y con las pulsaciones retumbando con fuerza.

Ninguno entendía qué estaba ocurriendo. Por mucho que intentaron darle forma a lo que salía de la más aterradora oscuridad, no fueron capaces de distinguir qué o quién los estaba atacando.

Las voces de aquellos valerosos guerreros pidiendo ayuda helaba la sangre. Sus lamentos se perdían en la noche hasta desaparecer ante la impotencia de los que seguían a todo galope. Para empeorar la situación, los pocos que aún permanecían en la carrera empezaban a ser conscientes de que su capacidad de distinguir el camino por la pérdida de las cuantiosas antorchas que habían quedado atrás era cada vez menor.

En la mente de todos surgió una pregunta: ¿qué los estaba masacrando sin piedad? Algunos podrían definirlo como un golpe de viento o un maldito espectro que aparecía de la nada para llevarse con él a otro jinete hacia lo más profundo del bosque en lo que duraba un mísero pestañeo.

Uno más.

Otro.

La risa del vencedor.

Los jadeos angustiados de los vivos, aún sin poder lamentar las pérdidas de los que habían quedado atrás.

De pronto, los ataques cesaron. Como si aquello no hubiera sido más que un juego. Como si se tratara de una simple advertencia para demostrar que todos estaban a merced de algo muy superior que solo los había dejado ir para que pudieran contar lo sucedido.

La última parte del camino fue agónica. Jinetes y monturas estaban agotados por el esfuerzo y la preocupación de volver a ser masacrados en algún momento. Pero no fue así. Tras un recodo del camino, la niebla desapareció sin más y pudieron ver a lo lejos las luces de la posada que antes habían creído distinguir.

Cabalaron con más rapidez incluso. Al llegar, de forma instintiva, volvieron los caballos hacia el camino, formando una barrera alrededor del heredero.

—¿Nos siguen? —preguntó a voz en grito Landon.

—No lo sé —respondió Hereward—. ¡Soldados, vuestras espadas!

Aun estando a punto de caer desfallecidos, obedecieron ante la orden de su capitán. Eran lo mejor del ejército inglés y ninguno iba a dar su vida sin luchar.

—¿Veis algo? —gritó Alistair.

—¡No! ¡Nada, señor! —respondieron varias voces.

—¡Prosigamos sin detenernos hasta la posada! —ordenó Youngblood con la sangre corriendo a toda prisa por sus venas.

No hizo falta ni una palabra más. Todos giraron la montura y cabalaron hacia su destino.

Cuando llegaron, hasta el aire olía distinto. Una cantidad de antorchas excesiva iluminaba la zona, algo que a todos les resultó un tanto extraño. Al desmontar, fueron conscientes de cuántos hombres habían perdido. Apenas quedaban una docena en pie, contando al príncipe y a su protector.

—¿Qué ha sido eso? —preguntaron algunos de los fornidos soldados con una expresión que reflejaba el horror por el que habían pasado.

Una cosa era enfrentarse al enemigo cara a cara y otra muy distinta sucumbir al vacío sin posibilidad de hundir el acero en el gárgate de aquellos malnacidos que se escondían en las sombras.

—Ocupaos de los caballos y entrad enseguida. Esta noche atrancaremos las puertas —dijo Hereward bajo la atenta mirada de Landon, que asintió como respuesta.

Al oír las voces, los dos emisarios salieron para saludarlos. Lo que se encontraron no fue lo que esperaban. Mientras Youngblood les contaba lo que había sucedido, algunos soldados se encargaron de llevar a los animales bajo el techado que hacía las veces de cuadra para que bebieran y descansaran. El hijo del posadero los saludó y comenzó a alimentar a los caballos. Los hombres, cabizbajos por la pérdida de tantos compañeros y amigos, entraron sin decir palabra. Se distribuyeron en unas pocas mesas para cenar algo y beber una o dos copas con el fin de paliar la pena y el terror que sentían.

Para asombro de Landon, Alistair invitó al capitán a compartir la mesa con ellos. Hereward aceptó de buen grado, puesto que quería hablar para decidir qué harían al día siguiente.

El posadero y su mujer aparecieron con jarras de hidromiel, un asado de venado generoso en verduras y salsa, pan y varios trozos de queso. Mientras les servía, el hombre se fijó en que todos tenían un semblante muy serio. No cabía duda de que no iba a tratar de indagar por qué se encontraban así, puesto que se veía claramente que eran hombres del rey. De modo que el tabernero prefirió mantenerse en silencio mientras dejaba las viandas y llenaba las copas. Antes de retirarse, les comentó que, si lo volvían a necesitar, se lo hicieran saber.

Nada más irse, se lanzaron a por la bebida. Tras apurar de un solo trago sus copas, el capitán las volvió a rellenar. Aquel brebaje les calentó por dentro, lo que ayudó a que se relajaran un poco.

—Landon, ¿tú sabes quién nos ha atacado? —preguntó Alistair, que intentaba disimular cómo le temblaban las manos.

—No, mi príncipe, pero lo que sí tengo claro es que no son de este mundo.

—¿De qué estáis hablando? —intervino Hereward.

—He logrado distinguir a uno de ellos —añadió su tutor—. Su aspecto era bastante similar al de los invitados del rey, solo que más fornido y fiero. Me ha parecido que sus ropajes eran algo diferentes. El caso es que se ha convertido en humo delante de mis ojos mientras clavaba sus colmillos en la garganta de uno de los nuestros.

—¿Estás diciendo que son...?

—«No Muertos».

—¿Vampiros en Essex? —dijo Alistair en un tono de incredulidad absoluto—. Creía que eran una leyenda...

—Y yo, pero lo que he visto no tiene explicación. El invitado del rey creo que no es quien dice ser. Es muy probable que vuestro padre esté en peligro.

—¡Debemos regresar enseguida! —exigió Alistair, poniéndose de golpe en pie.

—Mi príncipe, mucho me temo que esta noche no podemos volver al castillo.

—¿Por qué?

—¡Porque es demasiado peligroso! ¿Es que acaso queréis morir? —Landon lo sujetó del brazo con fuerza. Su expresión mostraba que eso era justo lo que iba a suceder si salían de aquellas cuatro paredes.

—¿Y qué pretendes que hagamos? —respondió con rabia.

—Tomaremos una ruta alternativa. Al amanecer, enviaremos a los dos emisarios para informar de lo que ha ocurrido y nosotros iremos a conocer a vuestra prometida. No sabemos si el castillo aún es seguro. Comprended que no puedo arriesgarme a ponerlos en peligro, y todavía faltan algunas jornadas para llegar a nuestro destino. Si vuestro padre... —Se detuvo un instante—. Vos seríais el rey, y ahora, más que nunca, necesitamos esa alianza. Si todo está en orden, los otros emisarios llegarán en unos días al punto acordado. Ellos nos esperan en Richborough. El problema es que dudo mucho de que mañana avancemos lo esperado antes del anochecer porque hemos castigado a los caballos hasta la extenuación, así que habrá que buscar otra posada para resguardarnos.

—¿Qué te hace pensar que solo nos atacarán de noche? —Alistair hizo la pregunta que todos temían—. ¿Y si los que están ahí fuera solo están descansando para aniquilarnos en cuanto salgamos?

—Eso no os lo puedo garantizar. Solo os hablo desde la poca información que tengo sobre estos seres. ¿Vos conocéis algo más, Terrel? —dijo Landon mirando al capitán que estaba bajo su mando.

—Había oído algo, pero jamás pensé que viviría para verlo. Las leyendas dicen que se alimentan de sangre. Algunos solo caminan de noche, otros pueden ver la luz. No lo sé, señor. Puedo preguntar a mis hombres, aunque creo que es mejor dejarlo para mañana.

Alistair miró a su protector, que asintió para darle la razón al capitán. Con pesar, el heredero tomó justo la decisión contraria a la que le pedía su corazón.

—Está bien. Esta noche nos resguardaremos aquí, pero mañana, al alba, que dos de vuestros hombres busquen por la zona caballos frescos. Como sea, da igual el precio, hemos de llegar a Richborough.



Varios golpes en la puerta distrajeron a Helmet del deleite que estaba sintiendo mientras bebía sin pudor de aquella criada. Con la excusa de que la noche se presentaba más fría que de costumbre, había solicitado que le llevaran otra piel para calentarse. En cuanto la chica la dejó en el lecho, el vampiro se situó a su espalda y se ganó su voluntad susurrando una pequeña orden. Sin pensarlo dos veces, la joven se descubrió la garganta y parte del pecho izquierdo, dejándose completamente expuesta a su voluntad. Al de la casa Drăgoi no le interesaba su cuerpo, solo la sangre templada que corría cada vez más lenta por sus venas, dado que se estaba dando un verdadero festín.

En cierto modo, se alegró de que lo interrumpieran, de lo contrario, habría acabado con esa vida sin inmutarse.

—¡Adelante!

Xwînxwar pasó con un semblante de preocupación. Estaba seguro de que las noticias que traía no le iban a gustar nada a su jefe. Helmet lo observó un instante antes de lamer despacio las incisiones que le había provocado a la muchacha y le ordenó cubrirse. Mientras tanto, le indicó a su primero con un gesto que se sentara en la banqueta que se encontraba a un lado de la estancia. Tras asegurarse de que la herida estaba ya cerrada, acompañó a la chica a la puerta. Una vez la abrió, le ordenó que ya podía volver a sus quehaceres sin recordar que había estado en aquella alcoba.

Nada más cerrar, el curtido vampiro se puso en pie para informarle de lo que había sucedido.

—Están aquí —dijo sin florituras.

—¿Quiénes?

—Los perros de Abbadon. Dos de mis hombres han seguido al séquito del príncipe. Han sido atacados por tres guerreros. Llevaban el emblema de la casa Ursu.

—¿Han podido atraparlos?

—No, se han escabullido en el bosque. Lo que me dice que ya conocen al dedillo la zona. Eso solo puede significar que llevan aquí más tiempo o que han venido a la par que nosotros.

—¿Y por qué habrán atacado al heredero? Abbadon va a tener que explicarme qué pretendía quitándolo de en medio. Ya tenemos lo que queremos, a no ser...

—¿Qué, mi señor?

—Si muere Alistair, Athelstan no obtendrá la alianza que busca con Ricardo. Sabe que tenemos órdenes de no interferir en el mundo humano más de lo necesario, así que me pregunto a qué está jugando.

—No entiendo qué puede importarle ese acuerdo.

—Ni yo, mi buen amigo, pero vamos a averiguarlo.

## 6. LA TRANSFORMACIÓN

En cuanto Leala cerró la última puntada, Thyra dejó escapar un enorme suspiro de entre sus temblorosos labios, pues el dolor que había soportado era indescriptible. Mientras la mujer le aplicaba un emplaste de color verdoso y olor poco agradable, la princesa trató de sonreír como muestra de agradecimiento.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Alana con una expresión de preocupación que impresionó a la errante.

—Duele, aunque menos. ¿Qué estáis poniendo en la herida? —dijo, prestando aún más atención a su dulce semblante.

—Es mejor no saberlo. Un poco de esto, otro de aquello. Se machaca en el mortero y listo para evitar infecciones. También lleva algo para bajar la quemazón, pero no la eliminará del todo.

—No importa, es mucho más de lo que yo hubiera podido hacer. Gracias.

—No las merece. Te quedarás con nosotros hasta que estés recuperada por completo.

—No, mañana he de partir. Me estarán buscando...

—¿Quiénes? —interrumpió Lana.

—Los míos. No debería haberme saltado algo muy importante. Creo que mi padre no estará muy contento cuando me vea.

—Bueno, no conozco a tu padre —añadió Leala—, pero soy madre y te aseguro que, aunque quiera azotarte por desobedecerlo, en el fondo, respirará aliviado cuando te vea regresar sana y salva.

—Sí, está claro que no lo conocéis en absoluto.

Ambas sonrieron.

—Thyra, ¿de verdad piensas que han enviado a alguien a buscarte? —insistió Alana.

—Estoy convencida.

—¿Y por qué no han dado aún contigo si, con toda seguridad, cuentan con grandes rastreadores? No me imagino lo preocupados que deben de estar dado quien eres.

—Lo estaban. De hecho, los vi pasar muy cerca. Pero ellos buscaban pisadas más pequeñas que estas —dijo, señalándose una bota— y un olor... diferente al que sé que apesto. —Se acercó la chaqueta a la nariz y resopló mientras hacía un gesto de repulsa—. Robé la ropa a alguien del campamento. Para ser exacta, a mi hermano mayor, Thorkell, quien estoy segura de que me despellejará cuando vea que le he destrozado una de sus mejores calzas. —Se señaló el rajón que había ensanchado Leala—. Para poder utilizar sus botas, me puse dos calcetas gruesas. Pero nada de esto importa. Mi deber era encontrarte, Lana. Algo me llamaba desde lo más profundo de mi ser.

—¿Algo? La... ¿la sangre?

—Tal vez, aunque no puedo explicártelo porque ni yo misma lo entiendo. Solo sé que mi alma me decía que llegara a tiempo, y lo he hecho.

Leala las miró muy seria. Aquello cambiaba las reglas. Que el destino se hubiera tomado

tantas molestias en unir las confirmaba que su pequeña era la Elegida. Un escalofrío le recorrió la espalda. Durante un instante, le resultó muy difícil no pensar en que en sus hombros reposaría el peso del mundo. Una vez más, se lamentó por no habérselo contado antes, pero ya no podía cambiar el pasado.

Miró hacia fuera. El sol había avanzado más deprisa de lo que esperaba. Ya tendrían tiempo para hablar después. Ahora solo quería disfrutar de los últimos momentos con ella antes de que su vida cambiara para siempre.

—Hija —dijo con cariño—, deja que Thyra descanse un poco. Aviva el fuego y vamos a preparar el almuerzo. Hay que meter las dos hogazas de pan, cortar las zanahorias y los nabos.

—Claro, madre. Enseguida.

—Yo quiero ayudar —intervino la errante, que tenía un poco más sonrosadas las mejillas.

—No —respondió Leala con firmeza—. Acabo de cerrarte la herida. Por poco que te muevas, puedes hacer que se abra. No estoy dispuesta a que te desangres en mi cocina, de modo que estate quieta y cuéntanos algo sobre tu pueblo.

La princesa bajó la mirada, pensando en qué podía decirle y qué no. Ya conocían parte de su historia, y eso la preocupó en extremo. Por mucho que trataba de imaginar quién habría sido el insensato que le había hablado a ese párroco de su existencia y de lo que iba a suceder, no logró ponerle cara al que había cometido tal sacrilegio. En cuanto volviera al campamento, se lo preguntaría a su padre. El don de la «Lucidez» solo lo poseía su familia, y dudaba mucho de que de entre los suyos alguien pudiese ocultar tal información sin más.

Si alguien los había traicionado, debían encontrarlo cuanto antes y castigarlo sin piedad.

—Somos... Los errantes somos un pueblo muy antiguo. Los más ancianos —se detuvo un instante y sonrió sin poder evitarlo—, así lo dicen. Por desgracia, muchos de ellos murieron en una terrible batalla al principio de los tiempos, tras El Despertar de la Bestia. Cuando Mørket<sup>[10]</sup> apareció, trajo consigo a seres que no habéis visto nunca y que espero que jamás tengáis que conocer. Razas malditas... —Imprimió en su voz el deseo de destruirlas—. Por un lado, la unión de hembras con demonios creó a los Tvillinger<sup>[11]</sup>, una casta de gemelos despiadados y crueles que destilan un odio profundo y animadversión desmesurada por los humanos. Por otro lado, están los Skyggene<sup>[12]</sup>, de tez azulada. Son sibilinos y capaces de desaparecer como si de sombras se trataran, de ahí su nombre. A estos hay que añadirles los «No Muertos», también llamados vampiros, que portan la sangre de Mørket. Una plaga que estamos tratando de hacer desaparecer en Inglaterra y las Tierras Altas. Por último, los demonios, engendrados por él mismo. Los más salvajes y sádicos que podáis imaginar.

—¿Mørket es...?

—No lo digas, Alana —la interrumpió Thyra—. En mi lengua es «El Oscuro», el traidor del Creador. Es tu acérrimo enemigo. Te odia con todas sus fuerzas porque sabe quién eres.

—Pero aún soy yo la Portadora —dijo Leala, sintiendo un pánico incontrolable por lo que aquello implicaba—. De hecho, nunca dejamos de serlo, puesto que mi madre todavía conserva buena parte de cuanto fue.

—Eso es lo que ha sucedido hasta el momento —respondió la errante con cierto pesar—, pero tu camino termina hoy.

—¿Por qué? —soltó Lana sin entenderlo.

Su madre cerró los ojos y asintió, aguantando las lágrimas.

—Porque sois, Alana de Essex, la Elegida —confirmó la princesa con solemnidad—. La espera ha acabado. Sois vos quien ha de salvarnos a todos.

—¿De qué? ¿Cómo voy a salvar a nadie de nada si apenas soy capaz de cuidar de mí

misma? —Con rabia, sostuvo en alto el cuchillo que estaba utilizando para cortar las verduras, como si con ese gesto retara a la misma vida que la estaba empujando a ser alguien que no quería.

—Hija, tranquilízate.

Cuando Lana se vio amenazando a las dos sin apenas haberse dado cuenta, soltó el cuchillo en la mesa como si le quemara en las manos. Las miró un instante con aflicción y corrió fuera de la casa.

—¡Fairfax, ve a por ella! —gritó Leala.

—¡Alana! —vociferó Thyra, que trató de ponerse en pie. La punzada que sintió en la herida la obligó a cambiar de idea.

—¡No te levantes! Su padre la alcanzará y la traerá de vuelta. Solo es que... necesita algo de tiempo.

—Mucho me temo que es justo lo que no tiene.

—Lo sé, ¿crees que esto es fácil para ella o para mí? —clamó la pobre mujer.

—No, claro que no. Nadie os dio la oportunidad de elegir si queráis esta vida y tremenda responsabilidad. Os entiendo mejor de lo que podáis creer.

—No sé cómo.

Thyra le reveló su don y compartió con ella todo lo que la Elegida había omitido para no preocuparles. Al fin y al cabo, Leala aún era la Portadora y siempre sería su principal apoyo hasta el fin de sus días. Mientras tanto, Fairfax caminó a grandes zancadas hasta que se detuvo junto a ella, que había dejado de correr al llegar al camino que se adentraba en el bosque.

—Hija...

—¿Por qué? ¿Por qué yo?

—ÉL te eligió.

—No me preguntó.

—Alana...

Ella se volvió y lo miró con los ojos llenos de lágrimas. Lágrimas de rabia, de pena, de terror.

—¿Qué se supone que debo hacer? ¿Cómo pretende que los salve a todos? —preguntó mirando hacia la casa en respuesta a la declaración de la errante.

—No lo sé, hija.

—¿Sabes qué me dijo en el río? ¿En quién me convertiría? —Fairfax negó—. En la reina de Inglaterra.

—¿Eso te...?

—Sí, padre. ¡Es una locura!

—Bueno, no sé qué responder a eso. El príncipe no ha visitado Felsted aún, y dudo mucho de que vaya a hacerlo en los próximos días.

—¿Eso quiere decir que me va a tocar a mí ir a buscarlo para cumplir mi destino? —bromeó un poco para aliviar el peso que sentía en el corazón.

Ambos se miraron y acabaron sonriendo.

—Ay, hija. Eso tampoco lo sé. Todo lo que nos ha contado Thyra es muy difícil de creer. Tantas razas, tantos seres malvados. Ni he podido quedarme con los nombres, pero dudo mucho de que sean reales. Jamás hemos visto a ninguno de ellos por estas tierras. ¿Bebedores de sangre? ¿Demonios? ¿No será que la chica se ha trastornado por el golpe que le dieron en la cabeza esos malhechores?

—Algo me dice que no, padre. —Cerró un momento los ojos, tal y como lo hacía Leala—.

No sé qué significa ser la Elegida. ¿Tendré que luchar? ¿Podré curar? Caminar sobre las aguas... —acabó susurrando.

—A eso no puedo responderte, Lana. Tu madre nunca ha hecho nada de lo que acabas de decir.

—Pero algo distinta a los demás sí que es.

—Si echo la vista atrás, lo que recuerdo es que siempre ha gozado de muy buena salud. No desfallece nunca. Es rápida y también fuerte como un roble.

—¿Y sabe luchar con una espada?

—Que yo sepa, no.

—No sabe... —Suspiró, dándose por vencida—. Thyra dice que he de salvar a todos. ¿Cómo pretende que lo haga si ni siquiera puedo acercarme a un caballo, mucho menos cabalgarlo o... —puso las palmas hacia arriba— defenderme con un simple puñal?

—Tal vez ella pueda enseñarte. Si de verdad acabó con aquellos hombres por sí sola, significa que es más de lo que vemos.

—Está claro que no es una simple chica, padre.

—Tú tampoco, hija mía.

Alana, de pronto, se echó hacia delante. Dejó escapar un fuerte suspiro y se miró las manos con extrañeza. Temerosa, levantó la cabeza para susurrar:

—Padre...

—Está comenzando. Volvamos a casa. —Ella asintió—. ¿Puedes caminar?

—Sí, creo que sí.

Fairfax colocó el brazo en los hombros de su hija y anduvieron despacio hacia la casa. Cada paso la acercaba a un futuro ineludible. Un deber impuesto. Un cambio radical en su forma de entender la vida y de ver el mundo.

Se fijó en sus ropas. En sus gastadas botas. «Reina de...», no fue capaz ni de repetírselo a sí misma. Ella no podía ser quien decía Thyra, aunque tampoco pensaba que iba a ser la portadora de la sangre de Cristo; así que a pocos palmos de su hogar empezó a pensar si aquello podría ser un sueño. Quizás estaba aún dormida y su hermano Wade la despertaría de un momento a otro dándole un golpe con la almohada.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó su padre, destruyendo con esas tres palabras sus esperanzas en que todo aquello fuera irreal.

—Un poco.

—Vamos a almorzar. Aún nos queda tiempo antes de que caiga el sol para poder hablar.

—¿Y de qué quieres hablar, padre?

—Esa chica nos tiene que contar la verdad. Dice que debía conocerte, pero pienso que falta algo más en su historia.

—Hay cosas que no puede compartir.

—Entiendo sus motivos, pero nos ha confesado que viene de tierras muy lejanas con los suyos. ¿Me estás diciendo que han cruzado el mar solo para que ella pudiera conocerte?

—Eso parece.

Fairfax se quedó pensando un instante.

—¿Y si era su deber estar contigo hoy? —preguntó más para sí que para su hija—. Puede que, después de todo, no se haya confundido de día.

—¿Qué estás tratando de decir? ¿Que este era su destino?

—Si realmente eres la Elegida, tal vez tu transición sea distinta y necesites a alguien que te proteja, que esté a tu lado en todo el proceso.

—Voy a sufrir mucho, ¿verdad?

—No sé, hija. Conocí a tu madre tiempo después de su cambio. No confié en mí para contármelo hasta que tú naciste. He de decir que no me lo tomé demasiado bien. La acusé por traicionar mi confianza y habérmelo ocultado durante casi un año. Me avergüenzo de lo que hice, porque, por primera vez, le levanté la mano.

Alana se detuvo para mirarlo.

—Padre...

—Me cegué, hija. No sé qué me ocurrió, pero, tranquila, ella detuvo mi brazo como si mi fuerza no fuese más que la que posee la brisa moviendo las hojas. Acto seguido, tiró de mí hacia abajo. Acabé de rodillas sin poder levantarme. Sentía sus manos apoyadas en mis hombros como si fueran dos yunques que me aplastaban.

—¿Y qué hiciste?

—Pedirle perdón desde el fondo de mi alma. Ella jamás había hecho uso de su don, así que me sentí como un patán porque, en realidad, la envidiaba. Envidiaba lo que significaba tener su poder.

—Pero madre es...

—Magnífica, hija mía. La mejor mujer de todas.

—Desde luego que lo es. Te perdonó.

—Y no lo merecía. Un hombre que pone la mano encima a su esposa es un ser despreciable y un cobarde. Jamás he vuelto a pensarlo.

—¿Por miedo a que te ganara?

—No, hija. No lo he hecho porque es un acto digno del peor de los castigos. Si alguna vez el hombre que está destinado a amarte te golpea, juro por el dios de tu madre que lo mataré.

—El dios de mi madre... —repitió despacio—. Parece que pronto también será el mío.

—Eso me temo.

Volvieron a caminar, pero Alana lo detuvo una vez más.

—¿La has temido alguna vez? —preguntó con un visible tono de preocupación. Esas palabras encerraban miedo a lo que su cambio podría llegar a causar a los suyos.

—Nunca. Será más sencillo de lo que piensas, Lana. Además, siempre estaremos a tu lado y cuidaremos de ti.

Ella lo abrazó con fuerza. Deseaba creer en sus palabras. Deseaba sentirse débil por última vez. Pero el tiempo, ignorante de sus deseos, no se lo concedió.

—Hija, no me dejas respirar.

—¡Ah! ¡Lo siento! —Lo soltó enseguida—. No lo controlo.

—Tranquila.

—¿Te he hecho daño?

—No, estoy bien. Venga, volvamos.

—Wade...

—Estará una temporada con los abuelos. Hasta que sepas...

—Controlarme.

—Sí.

—Quizás debería irme de aquí —agregó con pesar.

Fairfax se paró y la tomó de los hombros.

—¡Jamás! ¿Me oyes bien? Esta es tu casa, y tu madre y yo te protegeremos mientras nos quede un soplo de vida. No seré más fuerte que vosotras, pero no dejaré que nadie os haga daño.

Ella lo volvió a abrazar. Esta vez, lo rodeó sin hacer ningún tipo de presión por temor a

herirlo de algún modo.

Cuando entraron en casa, la mesa estaba preparada.

—¿Cómo estás? —preguntó Leala.

—Hambrienta. Enfadada. Triste y resignada.

—No es poco, hija mía. —Se acercó a ella y la besó en la frente—. Mañana verás todo con más claridad.

—Eso espero.

Tras almorzar, Fairfax decidió que había llegado el momento de aclarar con Thyra cuáles eran sus verdaderas intenciones con respecto a su hija. La tarde se iba acercando demasiado deprisa y pronto llegaría la noche. La transformación comenzaría al caer en un profundo sueño, y rogaba porque todo saliera bien.

—¿Cómo tenéis la pierna, princesa?

—Mejor, gracias.

—No sé cómo deciros esto, pero creo que vuestro cometido no solo era conocer a Lana. Así que disculpadme si no lo digo con las mejores palabras, pero ¿por qué estáis aquí? La verdad.

La princesa lo miró con una expresión de sorpresa. No esperaba que la interrogara. En cierto modo, lo comprendía. Era una extraña que había irrumpido en sus vidas en el día más duro que iba a vivir su hija, qué menos que conocer sus intenciones.

Miró a la Elegida y decidió que lo mejor era contar la verdad.

—No lo sé —dijo sin más—. Una fuerza me impulsaba a conocerla. Puedo ver el futuro, aunque a veces es confuso. Eso no significa que sepa en todo momento qué va a acontecer. Lo que me ocurre se asemeja a cerrar los ojos e imaginar algo concreto. Solo que, esa escena que se me presenta se cumple después, sea bueno o malo. Y me aterra que te suceda algo malo —añadió, volviéndose hacia su protegida—. Eres lo máspreciado que existe para el mundo, Alana. He de salvarte, pero aún no sé cómo.

—¿Voy a morir? —soltó angustiada.

—Sí... No... Es algo que no puedo distinguir con claridad y me está desquiciando. Conforme os acercáis al cambio, siento como si mi don estuviera perdiendo eficacia. Tal vez os pueda orientar mejor cuando todo se estabilice.

—Entonces, ¿no conocéis mi futuro? —preguntó esperanzada.

—No del todo. Por esa razón estoy aquí. Vi algo con mucha claridad, pero otras visiones que creía ciertas se han esfumado. Lo que sí os puedo asegurar es que «ese momento» del que os hablo no ha cambiado. Pero, tranquilizaos, aún falta un poco para eso. Han de rodearse muchas circunstancias antes de llegar a ese punto.

—Mi vida no es mía —susurró Alana mientras las lágrimas caían sin control por su rostro.

Leala se levantó para abrazarla con fuerza. Al oírla, había sentido como si hierros candentes le atravesaran el corazón. En cierto modo, no iba desencaminada. Su vida ya no le pertenecía, y no había manera de detener el avance del tiempo.

—Mañana, hija mía. Mañana será distinto —le susurró entre tanto la acunaba y besaba su cabello.

—Yo estaré siempre a vuestro lado —añadió Thyra—. Tal vez no signifique mucho, pero podéis confiar en mí. Hasta que muera, mi vida será vuestra.

Ella miró a su madre y se puso en pie. Para sorpresa de la errante, vio cómo la rodeaba con sus brazos. Mientras le mostraba su agradecimiento de ese modo, Alana se dijo que si aquella chica estaba dando todo cuanto era para protegerla, no iba a despreciar su sacrificio.

—Gracias, Thyra. Jamás lo olvidaré.

El sol rozó el horizonte. No podían verlo, pero la Elegida sintió como si un látigo le cruzara la espalda. Se contrajo sin poder evitarlo y gritó de dolor.

—¡Alana! —dijeron a la vez Fairfax y Leala.

—Llevala a su cama —pidió Thyra, que la sujetó con fuerza, pese a que la pierna la estaba matando.

Su padre la cogió en brazos y la llevó a la pequeña estancia donde dormían Wade y ella. La dejó con cuidado y la tapó con las mantas.

—Tengo mucho frío —balbuceó con los dientes castañeando.

Leala cogió un cuadrante de lana hecho con sus propias manos y la cubrió con él. Ella cerró los ojos con fuerza. El sufrimiento se veía reflejado en su rostro. De pronto, al otro lado de la sala donde hacían vida, un grito desgarrador salió de los labios de Thyra.

—¡Ve a auxiliarla, Fairfax! —exclamó su esposa.

—Princesa, ¿qué os ocurre?

Ella no respondió. Se encontraba en el suelo y tenía los ojos cerrados. Su expresión era similar a la de su propia hija. En ese momento, entendió lo que parecía estar ocurriendo. Ambas estaban conectadas de alguna forma, y ya nada podía parar ese maldito cambio que llevaba temiendo desde que Alana había nacido.

Cogió también a la errante en sus brazos y la llevó junto a ellas. Puede que se estuviera equivocando, pero, de algún modo, sentía que aquello era justo lo que debía hacer para protegerlas.

—Acerca la cama de Wade a su lado —ordenó el hombre.

—¿Por qué? ¿Qué le ocurre? —preguntó mirando hacia la princesa.

—No lo sé, pero creo que deben estar juntas. Han de pasar por esto juntas —aseguró Fairfax.

Nada más poner a una al lado de la otra, aun en su delirio, buscaron sus manos. Leala se abrazó a su esposo sollozando. Ninguno de ellos podía ayudarlas. Ese era su camino. Aunque deseaba poder hacer algo, tuvo que aceptar que su hija ya tenía en Thyra cuanto necesitaba para realizar la transición.

Un leve resplandor comenzó a cubrirlas de pies a cabeza, como si un lienzo fino las envolviera.

Fairfax miró extrañado a su mujer.

—¿Te ocurrió lo mismo?

—No, lo mío fue muy distinto. No sé qué es eso.

Con cautela, el hombre acercó la mano a la luz. Trató de atravesarla, pero no pudo. Ambas estaban protegidas del exterior por aquel fulgor blanquecino.

—¿Sobrevivirán? —preguntó él.

—Eso espero.

## 7. MALDITO DESTINO

Oskar e Yngvar ya llevaban más de medio día de camino cuando decidieron detenerse. Debían revisar el mapa que les había facilitado Vidar antes de partir. Tras revisar las líneas dibujadas y los tótems señalados, pudieron comprobar que iban en la dirección correcta. El sentido de la orientación del prometido de Thyra era envidiable, por lo que no se habían desviado ni un solo palmo. Por otro lado, pese a la enorme distancia que ya llevaban recorrida, ninguno sentía cansancio alguno. Tanto la resistencia como la velocidad del pueblo errante eran extraordinarias, y aquel día ambos amigos la iban a poner al límite.

Tras beber unos sorbos de agua, se pusieron de nuevo en marcha.

—¿Crees que llegaremos antes del amanecer? —dijo Yngvar sin esfuerzo.

—Tal vez. Si no llueve esta noche, quizás podamos. Los caminos no están tan mal como esperaba.

—No vas a dejarme dormir ni un instante, ¿verdad?

Oskar lo miró y sonrió.

—Cuando te llegue, me comprenderás.

—¡Yo no pienso enamorarme nunca! Además, soy mayor que tú y el rey aún no ha elegido a nadie para mí. Eso solo puede significar que soy libre y puedo hacer lo que me plazca. —Se echó a reír.

De pronto, escucharon unas voces a lo lejos. Se detuvieron de golpe para no ser descubiertos.

—Shh... —susurró Oskar, quien le hizo un gesto con la cabeza a su amigo mientras señalaba el árbol que tenía al lado. Después, trepó a él con la facilidad de un felino.

Yngvar hizo lo mismo en otro cercano. Bajo la atenta mirada de ambos, observaron cómo una horda de vampiros temibles cruzaba a toda velocidad en dirección norte. Eran demasiados. Se hicieron una señal y negaron con seriedad. Luchar con ellos supondría una insensatez, puesto que no habría acabado nada bien para ninguno de los dos.

En cuanto volvieron a estar solos, bajaron al suelo.

—¿Has visto los emblemas? —preguntó el joven Isaksen muy serio mientras pensaba en los posibles horrores a los que se habría tenido que enfrentar Thyra por su imprudencia.

—Un escorpión. Son las tropas de Abbadon.

Yngvar no temía a nada ni a nadie, pero aquellos que antaño fueron hombres se habían convertido en bestias sin corazón. Jamás se le ocurriría ignorar o infravalorar el peligro que los rodeaba.

—¿Qué harán tan al sur, Oskar? Pensaba que ya habían llegado al castillo con las bestias de Helmet —añadió entrecerrando los ojos.

—No lo sé, Yng, pero hemos de encontrar a Thyra lo antes posible y avisar al rey. Quizás deberías volver, esta información es vital.

—No pienso dejarte solo, así que corramos más que nunca para encontrar a tu prometida. En cuanto te deje con ella, me haré con un caballo y me adelantaré para avisarlos.

—De acuerdo.

Apretaron el paso para adentrarse en la oscuridad de la noche. No pudieron calcular cuánto habían permanecido encaramados a los árboles esperando a que los «No Muertos» se alejaran, pero estaban seguros de que ya había sobrepasado la medianoche. Por suerte, la luna llena los acompañó hasta que comenzó a clarear.

—Yngvar, detente un momento.

—¿Qué ocurre?

—Espera, deja que saque el mapa. Aquella posada es esta —señaló con el dedo. Su amigo asintió—. Aquí está el camino y ahí el bosque. Si seguimos río arriba, llegaremos antes de que salga el sol. El pueblo queda cerca. Lo más sensato es preguntar al párroco, quizás conozca a la Elegida. Esperemos que la suerte esté de nuestro lado y no tengamos que dar demasiadas explicaciones.

—Si quieres, puedo sonsacarle sin problemas —le recordó Yng dibujando media sonrisa.

Los pertenecientes a la casa de Knutsen eran capaces de confundir las mentes haciéndose con la voluntad de los que caían bajo su poder. A diferencia de los «No Muertos», ellos podían influir en todos los seres vivos: hombres y animales.

Oskar sonrió al pensar que aún no le había revelado a nadie cuál era su gracia. La razón principal para mantenerla en secreto no era otra que la había utilizado para someter a muchos para conseguir cuanto quería. Incluso lo había hecho con su mejor amigo. Su habilidad era parecida a la de Yngvar, aunque para dominar al otro necesitaba tocar su piel. Después, lograba que quien cayera bajo su control hiciera todo lo que se le antojara. Por fortuna para los que subyugaba, sus deseos eran simples e inocentes.

—De acuerdo, pero primero lo intentaremos sin dones. Solo los utilizaremos como último recurso.

Su amigo asintió y se dirigieron a la vereda del río. El amanecer se acercaba. Con el nuevo día, la situación sería muy diferente, puesto que la Elegida ya habría completado su transformación. Oskar esperaba que Thyra la hubiera encontrado y estuviese a salvo.

Sin poder evitarlo, pensó un instante cuánto tiempo había transcurrido desde que fueron designados el uno al otro. Mucho. Demasiado para lo que sentía por ella. Ambos se conocían desde que eran niños, y de eso hacía tanto que prefirió no recordar el número de años. Cuando un errante nacía, era un verdadero acontecimiento para todas las casas. Una nueva vida significaba que un guerrero más se agregaba al ejército contra Mørket y que el final de la guerra estaba un poco más cerca.

Ya hacía un tiempo que él había llegado a la madurez como lo hacían los hombres. Thyra, sin embargo, la había alcanzado la noche anterior. Según la costumbre de su pueblo, debían estar juntos cuando aquello sucediera, pero su intrépida prometida había preferido vivir toda una aventura por su cuenta y riesgo.

Mientras dejaban atrás el camino y corrían veloces por el bosque, se preguntó si llegaría alguna vez a amarla por quien era y no por el ritual del *sjelevenner*. Deseaba con todas sus fuerzas que así fuera, pero ella nunca había estado interesada en conocerlo de verdad. Las escasas ocasiones en las que se habían visto eran las estrictamente oficiales, o, dicho de otro modo, de las que Thyra no se había podido librar.

Aquel recuerdo crispó su templanza, de modo que apretó aún más el paso. Yngvar, que lo conocía bien, supo que le faltaba poco más para echarse a volar, pero, por desgracia, ellos no tenían la capacidad de cambiar de forma.

—¿Más deprisa? —bromeó el de la casa Knutsen—. Te mueres por besarla, ¿eh?

—¡Déjame en paz!

Los primeros rayos de sol se reflejaron en los cabellos dorados de Oskar, que bailaban al son de sus enormes zancadas. Ambos se desplazaron a una velocidad endiablada, hasta que el amanecer iluminó todo a su paso. Con la luz de la mañana, la esperanza de ambos por encontrarla se reavivó.

El corazón del joven Isaksen retumbó un poco más fuerte, y no se debió al esfuerzo. En su mente no dejaba de repetir una idea que espoleaba su determinación. Una que le haría lograr su objetivo.

«Solo un poco más y llegaré al pueblo. Solo un poco más y te encontraré, Thyra».



Tras una inspiración profunda, Alana comenzó a parpadear. No había soltado la mano de la princesa en ningún momento, y ahora tampoco quería dejarla ir. La sentía parte de ella misma. Como si, de algún modo, hubieran conectado a un nivel más profundo. Como si sus almas estuviesen unidas por un hilo invisible. Aquel proceso las había convertido en verdaderas hermanas, aunque no compartieran la misma sangre. Sentía como si la amara tanto como a su pequeño hermano Wade, y deseaba protegerla como haría con sus padres sin dudarlo.

Justo antes de abrir los ojos, cientos de recuerdos de la noche anterior llegaron en tropel, completando así su transformación. La claridad de mente con la que veía todo la sobrepasó unos instantes. El amor hacia cuanto la rodeaba. Sentir a todo ser viviente respirar, vibrar y tratar de seguir adelante. Entonces, lo vio. Vio el Mal que corroía a las almas. El Mal que tenía forma y que deseaba algo por encima de todo.

A ÉL. A... ella.

Antes de que Alana pudiera adentrarse en aquel pensamiento, Thyra comenzó a moverse. La errante abrió los ojos sintiéndose distinta. Más fuerte. Más alerta que nunca. Miró a la Elegida y un escalofrío la recorrió al saberse cogida aún de su mano. Ambas sonrieron y asintieron sin decir una palabra.

«Lo has conseguido», se dijo la princesa, inmensamente feliz.

«¿Qué has dicho? ¿Por qué puedo oírte en mi mente?», preguntó Lana extrañada y temerosa.

«¡Yo también os oigo! No... no lo sé. Os juro que jamás había escuchado hablar de nada semejante», respondió Thyra con la misma cara de sorpresa.

«Soy... Estamos...», añadió la joven inglesa, incapaz de pensarlo siquiera, ya que no hacía falta.

La errante asintió y Alana inspiró un poco más fuerte cuando la vio confirmarlo. En silencio, aceptaron que los cambios que se habían producido en ambas no iban a poder comprenderlos sin más. Thyra le aseguró que preguntaría a los ancianos y la Elegida aceptó su palabra.

Pese a que ninguna entendía aquella singular conexión, a esas alturas poco importaba, puesto que no había vuelta atrás. La sangre de Cristo había dejado de estar latente y ya corría libre por las venas de Alana. También el conocimiento que le prometió su madre que tendría, que superaba con creces sus expectativas. Cerró los ojos un instante con la necesidad de rememorar una vez más cuanto había visto y sentido. Traición, latigazos, desprecio, dolor. Todo aquello no era nada comparado con la paz que sentía en ese momento. Una fe, antes incomprensible para ella, ahora la inundaba. La necesidad de salvaguardar la vida de cuanto ser viviente caminaba sobre la tierra se había convertido en su prioridad. Cada inspiración llenaba su cuerpo de un

amor infinito. El aire olía a flores, a pureza, a verdad.

Volvió a mirar a Thyra y, a su modo, le dijo que había llegado la hora de ponerse en pie. La errante le dedicó una enorme sonrisa y asintió. El movimiento sincronizado de ambas despertó tanto a Fairfax como a Leala, quienes habían caído rendidos de madrugada en un sueño profundo.

—¡Alana! —dijo su madre al tiempo que se acercaba a la cama.

—Estoy bien...

—¿De verdad, hija? —añadió Fairfax.

—Sí, ¿por qué tenéis esa cara de preocupación?

Los dos les contaron lo que había sucedido con aquella luz incomprensible que fueron incapaces de traspasar. La princesa frunció el entrecejo y, tras cerrar los ojos, se llevó las manos al corazón. Una imagen nítida de lo que había sucedido la inundó, así como la revelación de que su don, el de la «Lucidez», ya no era el único que poseía. Ahora se le sumaba la capacidad de proteger a Alana y de comunicarse con ella utilizando solo el pensamiento.

De lo que no estaba aún segura era de si aquel campo de fuerza invisible y el poder conectarse para hablar con la mente se ceñía de forma exclusiva a la Elegida o, por contra, podía utilizarlo en cualquiera.

—¿Thyra? —preguntó Lana.

—He visto lo que han descrito. He visto lo que nos ha protegido.

Alana le pidió mentalmente que no contara que podían oír sus pensamientos. Temía que sus padres no pudieran soportarlo. La errante lo entendió, ya que ni ella misma era capaz de aceptar esa nueva habilidad.

—Entonces, ¿sabes qué era eso? —agregó la Elegida, refiriéndose a esa extraña luz que las había envuelto.

La princesa les habló del don de la protección que poseían algunos de los suyos, pero jamás soñó con tenerlo. Pensaba que su capacidad para ver el futuro de la Portadora era cuanto podía hacer.

—Entonces, ¿sigues viendo mi futuro? —preguntó Alana, que, en cierto modo, prefería no saberlo.

—No estoy segura. Para eso, he de entrar en trance, como hice en el bosque. ¿Lo recuerdas?

—Ahora no es el momento, hija —dijo Fairfax, aliviado de que hubiera sobrevivido a la transmutación.

—Creo que lo mejor será dejar esta conversación para otro momento —intervino Leala—. Ambas necesitáis reponer fuerzas. Voy a preparar un buen plato de gachas calientes, pan y mantequilla.

—Gracias, madre. Estoy hambrienta. ¿Y tú? —preguntó a Thyra.

—Yo también. No esperaba pasar por nada parecido.

—¿Has visto o sentido algo de lo que yo...?

—No, Alana. Solo os he acompañado en vuestro camino para que no estuvierais sola.

—No lo he estado en absoluto —añadió ella, mirando a sus padres y a la errante.

Al tratar de levantarse, la princesa dejó escapar un quejido. No se había dado cuenta de lo que le dolía el muslo hasta que había apoyado los pies en el suelo y realizado el intento de ponerse en pie.

—Déjame que te vea la herida —dijo Leala preocupada.

—Solo ha sido una molestia —quiso quitarle importancia.

—Eso lo decidiré yo.

Tras quitarle el paño y retirar el emplaste, todos vieron cómo unas pequeñas ramificaciones negras salían del corte.

—¡Oh, no! —exclamó Thyra.

—Madre, ¿qué es eso?

—Me temo que la daga que la hirió le ha dejado alguna esquirla dentro, aunque ayer no vi nada.

—He de volver con los míos. Tal vez mi padre sepa qué hacer.

Alana se miró las manos y sintió una leve vibración en las palmas. Como si algo o alguien la guiara, se interpuso entre la errante y su madre.

—Déjame curarte —dijo con una voz más profunda que la suya. Thyra asintió sin decir nada—. Madre, necesito que le abras la herida con un cuchillo limpio para que pueda sacarle lo que tiene dentro.

—¿Estás segura de esto, hija? ¿Cómo sabes que...?

—Lo siento con todo mi ser, madre. Ahora no te lo puedo explicar. No te demores o empeorará.

—Yo te lo traigo —se ofreció Fairfax.

—Voy a lavarme las manos.

Regresaron poco tiempo después. Leala miró a la errante, que resopló porque sabía cuánto iba a dolerle. Con mano firme, cortó los hilos y la herida quedó expuesta. Thyra dejó escapar un par de lágrimas, pero no se quejó. La Elegida se acercó y le impuso las manos. Sin saber cómo, atrajo el pequeño fragmento hasta que este atravesó la carne y cayó encima de la cama.

La princesa frunció los labios mientras gemía y las lágrimas corrían por sus mejillas. El diminuto trozo de acero *dojehî* había sido más que suficiente como para infectarle la sangre de forma gradual. Al encontrarse liberada de ese pedazo forjado en el mismo infierno, de pronto, se sintió mejor. Miró a Alana a través de las pestañas empapadas e inspiró con fuerza al observar cómo ella volvía a colocar las manos en la lesión. No estaba segura de lo que iba a hacer, hasta que, incrédula, vio cómo el corte se cerraba hasta desaparecer.

—¿Cómo has...? —preguntó la princesa.

—Porque ÉL está en mí.

—Hija mía... Yo nunca he podido hacer nada parecido —susurró Leala, impresionada por lo que acababa de ver.

Fairfax se mantuvo en silencio, puesto que era incapaz de asimilar que su pequeña había cerrado una herida abierta solo con sus manos.

—Para bien o para mal, soy la Elegida. Tengo dones que ninguna de mis antecesoras ha poseído —dijo mientras se frotaba las palmas. Después, al darse cuenta de lo que había dicho desde lo más profundo de su ser, se pasó las manos por los muslos. Como si el miedo, de pronto, hubiera tomado el control de su cuerpo.

—Tal vez tengas razón —añadió su madre.

—No me miréis así, ¡ni yo misma sé qué es lo que he hecho ni por qué he hablado de ese modo! —susurró, temerosa de convertirse en un monstruo.

Unos golpes acabaron con una situación que se estaba complicando por momentos. Fairfax se acercó a la puerta. Nada más abrirla, se topó con un extranjero. Sin duda, era uno de los hombres más altos y fuertes que había visto en toda su vida.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó con desconfianza.

—Buen hombre, permítame que me presente. Soy Oskar, de la casa Isaksen. El padre

León me ha confirmado que en esta casa vive Alana Shaw, vuestra hija. Busco a mi prometida, la princesa Thyra, de la casa Ragnasson. Desapareció hace unos días de nuestro campamento, así que comprenderá lo preocupados que estamos por ella. Ruego porque esté sana y salva. Os aseguro que vengo desde muy lejos para encontrarla y llevarla de vuelta.

Thyra, que se había acercado al hogar para acompañar a Leala y Lana a poner la mesa, se quedó petrificada al oír su voz.

—¿Quién es? —preguntó la inglesa, sintiendo mucha curiosidad.

—Mi futuro ineludible —dijo furiosa, ya recuperada por completo.

Sin sopesar las consecuencias, la errante salió a su encuentro. Ni que decir tiene que no lo iba a dejar pasar dentro de la casa de la Elegida, así que salió para aclarar las cosas. No pensaba regresar al campamento, y mucho menos con él.

—¿Se puede saber qué haces aquí? ¡Te recuerdo que aún no hemos formalizado nuestro *sjelevenner* y no te pertenezco! —le soltó, caminando unos pasos fuera de la casa.

Al verla de una pieza, Oskar, aliviado, inspiró un poco más fuerte y dejó escapar el aire entre sus labios. Ladeó la cabeza hacia Fairfax en señal de agradecimiento.

—¿Puedo hablar contigo a solas? —preguntó con media sonrisa.

—No sé de qué quieres hablar. No te debo nada.

—Thyra —oír su nombre en los labios del errante hizo que a ella se le erizara la piel—, por favor...

Resopló fastidiada, pero asintió aceptando su petición. Pasó por delante de Fairfax, que se quedó mirando cómo ambos caminaban a grandes zancadas y se paraban a poca distancia del huerto.

En el bosque, Yngvar esperaba con impaciencia a que su amigo le confirmara que ya podía regresar. Se había podido hacer con un caballo a buen precio. Era algo viejo, aunque le serviría para el camino de vuelta al campamento. Mientras observaba a Oskar hablar con aquel campesino, cayó en la cuenta de que él no pasaría jamás por algo semejante. Se alegraba de no haber querido intervenir en aquel reencuentro. El amor escapaba de su comprensión. No renegaba de él, solo que nunca lo había sentido de esa manera por nadie. Sus padres eran grandes guerreros y ninguno se había tomado el tiempo suficiente como para mostrarle el más mínimo afecto. Desde tiempos inmemoriales, de la crianza de los Knutsen se encargaban las nodrizas. En otras casas no era de ese modo. De hecho, en la de los Isaksen, el cariño estaba presente en muchas de sus acciones. La misma madre de Oskar, Branka, lo había abrazado o besado en las mejillas más que su propia madre.

Esos pensamientos se detuvieron en seco al ver a la princesa salir de aquella casa seguida de su amigo. Al menos él sí lograría tener el futuro que deseaba, aunque le había sido impuesto. Justo cuando iba a desatar al caballo, la vio aparecer.

La brisa se detuvo.

El bosque enmudeció.

Yngvar solo podía oír sus latidos retumbando en el fondo de los oídos y su respiración superficial, que, de pronto, le resultó insuficiente.

Aquella era la muchacha más bonita que había visto en toda su larga existencia. Su cabello rubio ondulado se movía al son de una melodía antigua que su mente reprodujo sin esfuerzo. Apenas había podido ver su rostro un instante, pero el corazón le gritaba que no volviera a separarse de ella. La sangre corría veloz por sus venas sin tener en cuenta los peligros que conllevaba sentirse unido a alguien que no conocía. Como si al Destino le pareciera poco cruel esa situación, Alana se giró hacia el bosque, mirando fijamente en su dirección.

Como un cobarde, se escondió tras el árbol que lo cubría. Ella se puso la mano a la altura de los ojos, ya que la luz del sol incidía con fuerza donde se encontraba.

Yngvar maldijo por lo bajo. Debería haber acompañado a Oskar a la casa, pero ya era tarde. Aparecer de la nada lo pondría en ridículo, y su obligación era regresar cuanto antes para comunicar al rey lo que había visto. Si sabía de sobra cuál era su deber, ¿por qué era incapaz de moverse?

—Vamos, Alana. Dejemos que hablen en privado —dijo Fairfax.

El errante aguzó el oído. El aire transportó sin dificultad las palabras del hombre, así que esperó un instante más para oír su voz.

—Lo sé, padre. Solo es que... ¿No ves algo en el bosque?

—¿El qué, hija?

—No sé. Algo...

El suspiro que dejó escapar acabó de minar la voluntad del fornido guerrero.

Debía irse.

Debía...

—¿Qué hay, Alana?

—No es nada. —Sonrió—. Debo de haberme confundido.

El errante sintió una punzada que le atravesó el alma. «No es nada», se repitió. «Nada...».

A pocos pasos de allí, la tormenta que se había desatado entre la princesa y su amigo acaparó de pronto su atención, apartándolo un instante de aquellos sentimientos que habían aniquilado todos sus principios sin esperarlo.

—¡Estás mintiendo, Oskar! —se la oyó gritar con rabia.

Alana se giró hacia la princesa. Yngvar la vio cabecear una vez, tras lo que Thyra negó. Fairfax la llamó y ambos entraron en casa. Antes de entornar la puerta, ella se quedó un momento mirando hacia donde él estaba. Algo que le produjo un dolor indescriptible.

—*Forbanna skjebne*<sup>[13]</sup>... —susurró el errante antes de subir al caballo. Espoleó con dureza los costados del pobre animal, que respondió dando lo mejor de sí.

—¡No te miento! —se defendió el de la casa Isaksen.

—¿Me estás diciendo que has venido tú solo a buscarme?

—No, Thyra. Yngvar me ha acompañado todo el camino, pero ha regresado al campamento porque hemos visto tropas de Abbadon yendo hacia el norte.

—¿Al norte? Pero Athelstan está al oeste. Tenía entendido que Helmet llegaba ayer.

—Pues no sé qué hacían yendo en esa dirección. Por eso ha vuelto Yng. —Dejó escapar un suspiro, como si aquello no fuera lo más importante en ese momento.

—¿Qué? —preguntó exasperada.

—¿Cómo te encuentras?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Thyra, ayer era el día de tu transformación. Lo sé bien porque debía estar a tu lado.

—¡Aún falta una luna para el *sjelevenner*! —se quejó, sintiéndose muy indignada.

—Nuestra unión es una carga para ti, ¿verdad?

—¿Y para ti no?

Oskar puso recta la espalda y la observó desde su altura. Dos palmos de diferencia los separaba en todos los sentidos. Un abismo insalvable, salvo porque él quería eliminarlo de un plumazo por lo que sentía.

Una palabra errónea y la unión sería imposible. Dado que no veía más salida que decirle la verdad, se atrevió a romper el silencio.

—No, Thyra. Para mí no es una carga. Para mí es el inicio de mi destino. No porque sea una obligación, sino porque es lo que ansío.

Ella entreabrió los labios por la sorpresa. Aquella era la última respuesta que esperaba de ese magnífico errante. No deseaba un enlace con nadie que no la amara por quién era, sin embargo, con sus palabras había expresado justo lo contrario.

—¿Ansias nuestra unión? —repitió, recalcando cada una de las palabras que había empleado.

El acortó la distancia entre ambos y se colocó tan cerca que ella tuvo que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos.

—No pienso en otra cosa, Thyra —susurró como una plegaria—, pero no me has dado la oportunidad de mostrarte quién soy. Tu padre es mi rey, pero no me uniré a ti si es la obligación la que te mueve.

—Se supone que ese es el motivo por el que tenemos que pasar por esto. Mi padre decide. Su palabra es la ley. Siempre lo ha sido.

—Lo sé, pero si esa es la única razón por la que vamos a estar el resto de nuestra existencia juntos...

—Se supone que después del *sjelevenner* seremos uno. El amor nacerá en nosotros como la lava y ya no querremos separarnos nunca. Así que no hace falta que sientas nada por mí antes...

—Pero lo siento —la interrumpió—. Desde hace mucho lo siento. He desafiado a mi padre y no he dudado en poner en ridículo a Gudrun y a sus hombres por encontrarte primero.

—¿A Gudrun?

—Sí, Thyra. Lucharía contra el mismo Mørket por ti, pese a que creas que me mueve solo la obligación.

Sin más, la princesa unió los labios en una fina línea. Aquellas palabras significaban mucho más para ella de lo que podía imaginar el fornido guerrero. Desde pequeña, antes incluso de saber que estaban destinados a unirse, se sentía atraída por él, pero jamás se lo había confesado a nadie. No estaba dispuesta a pasar por esa ceremonia solo porque fuera su deber, así que había logrado posponerla cuanto había podido para no atarse a un errante que solo la amaría porque el Destino así lo había decidido.

Ahora se encontraba con que él sentía lo mismo y no sabía bien qué iba a suceder cuando la unión tuviera lugar. Solo había oído hablar en las leyendas del amor de los errantes antes de su enlace.

—No sé qué decir. —Cerró los ojos, luchando contra ella misma.

—No digas nada.

Oskar se acercó a sus labios con el hambre de un ser casi inmortal enamorado. Se mantuvo tan cerca que casi podía rozarla, aunque no sucumbió al deseo. Ella no abrió los ojos con la esperanza de sentir su boca devorando todo a su paso. Notó la tibieza de su respiración rozando su piel, y aquello erizó la suya. Lo deseaba con todas sus fuerzas, solo que no se movió lo más mínimo por miedo a despertar de un sueño.

Él inspiró una vez más para recordarla, pero acabó apartándose. Su corazón protestó por no haber hecho desaparecer la escasa distancia que los separaba.

Caminó unos pasos para crear el espacio necesario entre ellos. Era eso o no responder de sus actos. Y eso jamás iba a suceder.

—Será mejor que te despidas de Alana. Hemos de regresar.

—¿Por qué has hecho eso?

—¿El qué? —dijo muy serio.

—Nada —respondió molesta—. Voy a despedirme. No tardaré.

Thyra trató de rodearlo, pero él la detuvo sujetándola del brazo antes de que llegara a la puerta.

—No puedo besarte antes del *sjelevenner*, lo sabes bien. Si lo hiciera, te estaría mancillando, y yo no soy un maldito indeseable.

Ella dejó escapar un suspiro de entre sus labios, entendiendo su forma de proceder.

—Tienes razón, pero esperar hasta la próxima luna va a ser lo más difícil que he hecho en mi vida, guerrero.

—¿Cómo...?

—Ahora no. Antes voy a despedirme de la Elegida, pero tenemos mucho de lo que hablar.

## 8. EL INFIERNO COMIENZA A DESATARSE

La mañana avanzó con lentitud. El príncipe, Youngblood y Hereward, junto a los escasos soldados que habían resistido el ataque de la noche anterior, ya se dirigían a la siguiente posada. Los emisarios iban de vuelta al castillo, aunque todos temían por sus vidas. El séquito encontró el camino despejado. Solo se cruzaron con unos pocos campesinos, algunos llevando sus carretas con víveres para vender en el pueblo cercano. Aparte de eso, no habían tenido más percance que el de recibir un chaparrón inesperado.

Conforme se acercaban al siguiente cruce, unas nubes negras coparon el cielo. Aún no era mediodía, sin embargo, el ambiente se sentía pesado. La inquietante oscuridad que los envolvía amedrentó las ya ajadas voluntades de los soldados, que sentían como una afrenta personal las inclemencias del cielo.

Sabían que su destino más próximo lo alcanzarían antes de ponerse el sol y también que esa fina lluvia persistente volvería los caminos intransitables conforme avanzara la tarde. En poco tiempo, los animales tendrían serias dificultades para continuar, y no querían encontrarse expuestos en mitad de la nada.

Tras sopesarlo, y ante la perspectiva de verse sorprendidos de nuevo por aquellos seres, Landon llamó al capitán.

—Hereward, ha llegado el momento de espolear los caballos si no queremos ser un blanco fácil.

—¿Crees que nos siguen? —respondió ante la atenta mirada del príncipe.

—No lo sé, pero no estoy dispuesto a arriesgar nuestras vidas.

—¿Es que acaso pueden caminar de día? —susurró el príncipe para que solo ellos lo oyeran.

—Ninguno lo sabemos —volvió a reconocer Landon—, solo es que tengo un mal presentimiento. Lo mejor será que galopemos como si la vida nos fuera en ello. Aún queda bastante para llegar, y quiero que todos lo hagamos con vida. ¿Os parece bien? —preguntó mirando al heredero, quien asintió repetidas veces al pensar que en la posada estarían a salvo.

—De acuerdo, mi señor —añadió Hereward—. Soldados, a mi señal. ¡Todos a galope! —gritó, elevando el brazo.

Como si hubiesen estado esperando esa orden, el séquito corrió veloz mientras miles de gotas los empapaban sin piedad. Apenas llevaban unos instantes avanzando a esa velocidad cuando, a poca distancia, aparecieron unas figuras en el camino.

—¡No os detengáis! —vociferó Landon.

Como si aquellos extraños hubieran leído sus intenciones, desaparecieron en un suspiro. Los hombres se miraron con la expresión demudada, pero no dijeron ni una palabra. Solo castigaron aún más a los pobres caballos, que parecían poder sentir el mal acechando. Los animales, respondiendo sin quejarse a las demandas de sus espuelas, corrieron aún más, como si

supieran que huían de una muerte segura.



Thyra volvió a entrar en la casa. Allí, expectantes, la esperaban los tres. Alana se sorprendió al ver que el joven no iba con ella y tomó la palabra. No le parecía bien que él se quedara fuera siendo quien había entendido que era.

—¿Y tu prometido? —le preguntó sin darle tiempo a explicarse.

—Ha ido por los caballos.

—Ya. ¿Nada más?

—No sé qué queréis que os diga.

—Pues, no sé... Podrías empezar por: «Alana, te he ocultado que voy a desposarme. Eso sí, puedo ver tu futuro y te he protegido sin saber cómo, pero estoy a punto de irme y dejarte con decenas de preguntas pendientes porque he de volver con los míos» —contestó malhumorada.

—Yo...

—En serio, no te molestes.

—¡Alana! —la regañó su madre.

—¿Qué? Mi vida ha cambiado por completo en una sola noche y he de dejar que se marche sin más. ¿Sabes lo doloroso que es esto para mí? —dijo mirando a la princesa con algo de resentimiento.

—También lo es para mí. Yo... no tendría que haber venido —soltó Thyra por fin—. He incumplido una orden directa de mi padre, que me castigará en cuanto regrese por haber puesto en peligro la unión sagrada con mi prometido. Era él quien debía estar presente en mi paso a la edad adulta. —La Elegida se tapó la boca con las manos—. Así que no os enfadéis conmigo, Alana. Os he puesto por delante de todos, incluso de mí misma. Deseo quedarme, pero he de volver para asumir las consecuencias de mis actos. Lo único que importa es que habéis sobrevivido a la transformación. He sido testigo de ello, y estoy convencida de que nuestros caminos se cruzarán muy pronto.

—¿Has roto una promesa por mí?

—Sí, Alana. Mi raza y mis costumbres son muy distintas a las vuestras, pero dejé todo a un lado porque sentía que mi responsabilidad era protegeros. Digamos que ayer también era mi aniversario.

—No lo sabía.

—No me dio tiempo a decíroslo. Mi transformación, como la vuestra, se ha completado. Ahora comienzo mi etapa adulta y, con mi unión con Oskar, he de dejar atrás la niñez.

—Entiendo. ¿Y tú lo amas? —preguntó preocupada.

Ella sonrió con cierta timidez.

—Sí, Lana. Es mi obligación, pero también...

—Lo deseas —dijo con alivio, devolviéndole la sonrisa.

—Sí.

—¿De verdad estás segura de que volveremos a vernos?

—Muy segura.

—Entonces, debes irte —añadió con los ojos brillantes por las lágrimas retenidas.

—Así es —respondió con emoción en la voz.

Alana se acercó a ella y la abrazó con fuerza. La errante se despidió de Leala y Fairfax. La mujer, tras darle un hatillo con medio pan recién hecho, queso, algo de carne y fruta, volvió a besarla en la mejilla.

—Cuídate mucho, Thyra. Espero que seas feliz con tu destino y que puedas volver pronto. Esta siempre será tu casa.

—Gracias, Leala.

Al salir, Oskar la estaba esperando. La princesa miró a Alana y sonrió al escuchar lo que había pensado sobre su prometido.

—Alana, él es Oskar, de la casa de Isaksen.

—Todo un honor conoceros, Elegida —dijo él, llevándose la mano al pecho.

—¿Sabe...? —preguntó volviéndose hacia la errante.

—Todo mi pueblo lo sabe. Llevamos siglos cuidando de vosotras esperando a que la Elegida se revelara.

Alana sintió un escalofrío que acabó por erizarle toda la piel. Thyra sonrió un instante. Después, llevó la mano al corazón de la Portadora y cerró los ojos. La princesa compartió con ella decenas de recuerdos suyos de otras épocas. Incluso del día de su nacimiento y de su familia. Quería que la tuviera presente hasta que volvieran a estar juntas. Algo para lo que aún faltaba bastante.

Tras separarse, la joven inglesa asintió. Debía dejarla marchar, solo que rechazaba la idea de pleno. Justo antes de que subiera al caballo, le susurró en la mente que esperara un instante. Ante su petición, Thyra aceptó caminar unos pasos para alejarse de su prometido a fin de que no las oyera.

—Decidme, ¿qué queréis preguntarme? —inquirió la princesa con mucha curiosidad ante su expresión.

—¿Qué significa *Forbanna skjebne*? —soltó de golpe, como si sintiera que debía saberlo a toda costa.

—¿Quién os ha dicho eso?

—Nadie. Lo he escuchado en mi mente, pero no sé qué significa. He supuesto que lo habías pensado tú.

—No, Alana. Yo no he dicho esas palabras.

—¿No? —Thyra negó un par de veces—. ¿Y qué significan?

—Maldito destino. Es mi lengua y tiene miles de años. ¿Cuándo lo habéis oído?

—Poco después de llegar tu prometido —dijo bajando el tono—. Tal vez lo haya dicho él.

—No que yo recuerde. ¿Y qué más...? ¿Acaso habéis escuchado nuestra conversación? —preguntó preocupada.

—No, tan solo he oído esas dos palabras. Pero no venían de donde estabais vosotros, sino del bosque. Es como si lo hubiera susurrado el viento, aunque tampoco podría asegurarlo.

Thyra bajó la mirada y bloqueó un pensamiento. Una corazonada que prefirió no compartir hasta no averiguarla por sí misma.

—No lo sé, Lana.

—Déjalo, no tiene importancia. No te retengo más. Cuídate mucho. Espero verte pronto.

Un último abrazo antes de montar a caballo.

—Confiad en el padre León —le pidió la princesa—. Ahora él es vuestro protector hasta que yo regrese.

Alana asintió y volvió junto a sus padres. Ver partir a su nueva amiga le destrozó el alma, pero era algo que no podía impedir. Sin saber cómo, tuvo el presentimiento de que pasaría un tiempo antes de que se vieran de nuevo. Aquel pensamiento desapareció en cuanto escuchó en su mente cómo Thyra volvía a despedirse de ella y le decía que estaba deseando formalizar su unión.



Al rozar el mediodía, los emisarios llegaron al castillo. Desmontaron a toda prisa y corrieron hacia la sala del trono para ver al rey. No tenían tiempo que perder, puesto que la vida de los hombres que cabalgaban hacia Richborough dependía de ello. Cuando entraron en el gran salón, se toparon con que allí estaban los invitados del día anterior y los hombres del consejo en una conversación distendida.

Varios extranjeros trataron de cortarles el paso, pero, como si la preocupación de esos dos hombres hubiese recorrido la estancia, Athelstan volvió la cabeza hacia donde se encontraban. Sorprendido de verlos de vuelta y temiendo que aquellos dos vampiros les anularan la voluntad, dio una orden.

—¡Que pasen mis hombres, los estoy esperando! —vociferó, silenciando así a todos.

Los dos soldados apresuraron el paso. En cuanto se encontraron ante él, hincaron la rodilla en el suelo.

—Mi rey —dijeron los dos.

—Seguidme. Discúlpennos, caballeros. Llevo varios días esperando esta respuesta y es de vital importancia —mintió. No sabía qué les había obligado a regresar tan pronto, pero la expresión de sus hombres no auguraba nada bueno.

Los presentes asintieron sin darle más importancia, excepto Helmet, que se levantó para acompañarlo.

—Mi buen amigo —dijo Athelstan mirando al «No Muerto»—, es una nimiedad. No os importa que os deje aquí con los míos, ¿verdad?

—Todo lo contrario, «mi rey». Siento que me veo en la obligación de acompañaros —respondió con una mueca, dándole a entender que no pensaba dejar que se fuera sin más.

—Por supuesto —aceptó de mala gana, asintiendo con brusquedad.

El corazón del inglés estaba lleno de ira por la constante vigilancia de Helmet. Para colmo, al grupo se sumó su mano derecha, Xwînxwar, lo que empeoró su estado de ánimo. Nada más entrar en la sala donde se habían reunido el día anterior, los emisarios permanecieron en silencio. Se miraron el uno al otro sin saber qué hacer. La información que traían era para compartirla en exclusiva con el rey, así que esperaron a recibir una orden directa para comenzar.

—Adelante —dijo el gobernante muy serio.

—Señor, con todo el respeto. —Se giró hacia el invitado y su acólito—. Creo que deberíamos estar a solas.

Helmet miró a Athelstan, quien bajó la vista para darle su beneplácito. En un abrir y cerrar de ojos, ambos vampiros se apoderaron de la voluntad de los dos soldados. Con parsimonia, Helmet tomó asiento. Con un leve gesto, le dio a entender al rey que podía empezar el interrogatorio. Xwîn se quedó de pie apoyado en una de las paredes de piedra, observando.

—Bien —añadió el rey—, ahora contadme cuanto ha ocurrido.

Sin darse cuenta de que eran esclavos y que no tenía el control de sus actos, uno y otro fueron revelando todo lo que sus compañeros les habían descrito. La desesperación. Los gritos espeluznantes. El reguero de muertos que habían dejado atrás... Repitieron cada palabra sin ser dueños de su propio juicio.

Cuando acabaron, Athelstan le pidió a su invitado que les dejara el recuerdo de haberlo contado sin estar ellos presentes. Nada más abandonar los soldados la estancia, el rey ocultó un instante la cara tras su mano. Sus vidas habían cambiado en un solo día, y ahora era incapaz de discernir un futuro sin estar a merced de la maldad y del terror más inmundos.

—No os preocupéis —soltó Helmet—, los míos se ocuparán de esta situación hoy mismo.

El rey lo miró sin confiar en su palabra. Su expresión fue tan evidente que el extranjero no tuvo más remedio que sonreír.

—No sabía que teníais tan poca fe en mí —añadió el «No Muerto» despacio mientras se echaba hacia atrás en la silla.

—Has entrado en mis tierras gracias a una vil mentira. Tus bestias han intentado asesinar a mi hijo y a mis hombres. Dime, «vampiro», ¿cómo pretendes que crea una sola palabra que salga de tu boca? —escupió con rudeza, retirándole el tratamiento de cortesía.

—Reconozco que tenéis valor, rey Athelstan, pero también sois un imprudente sabiendo lo que ayer os revelé.

—No me amenes más, Helmet. Hay algo que puede que no sepas de mi ejército, y es que mis hombres son tan leales que a una orden mía puedo sacrificarlos a todos. Si lo hago, ¿de quién os alimentaréis?

Él le mostró un instante los dientes y después dibujó una expresión indescifrable. Sabía que el rey estaba marcándose un farol. Jamás obligaría a los suyos a morir por nada, pero el mero hecho de haberlo pensado le hizo reflexionar sobre lo volubles que eran los hombres y a la insensatez a la que eran capaces de llegar con muchas de sus decisiones.

Miró a los ojos a su oponente, sopesando si contarle o no lo que sabía. Le otorgó el beneficio de la duda.

—No los atacaron los míos —dijo con un tono solemne.

El rey elevó las cejas, sorprendido.

—¿Entonces...?

—Tenemos la sospecha de que eran de la casa Ursu. —Athelstan entrecerró los ojos sin comprender—. Los secuaces de Abbadon.

—No lo entiendo. Me dijiste que erais algo así como socios. Empleasteis la palabra «Iguales».

—Exacto. Por esa misma razón he enviado un destacamento para averiguar qué ha ocurrido y también para salvaguardar a vuestros hombres, incluido vuestro hijo.

—¿Ya lo sabías?

—Recibí las nuevas anoche.

—¿Y por qué no me informaste enseguida?

—Porque no os debo nada —agregó con una mueca insolente de superioridad—, aun así, he elegido protegerlos. Quiero que os quede claro que mi único deseo es cumplir mi misión, no acabar con vuestro linaje ni vuestro reino.

—¿Abbadon piensa igual? —recalcó el rey.

—No puedo garantizaros que así sea. Si os soy sincero, no me esperaba que los atacaran. Estarán mucho más expuestos cuando anochezca, así que rezad a vuestro dios para que los míos lleguen a tiempo y puedan repeler cualquier ataque.

—¿Crees que van a intentarlo de nuevo? —preguntó con los ojos a punto de salirseles de las órbitas.

—Eso no lo sé. De lo que sí estoy seguro es de que tanto Qiloçker como Wêranker y Bêwestan lucharán contra ellos porque así se los he ordenado. Pondrán su existencia por detrás de la de vuestros hombres.

—¿Por qué? —susurró Athelstan sin entender el motivo.

—Mi deber es con mi señor, no con Abbadon. Si él incumple las reglas, yo trataré de detenerlo hasta que averigüe los motivos o reciba otras órdenes. Por el momento, no ha ocurrido

ni lo uno ni lo otro.

—Entonces, sigo sin poder confiar en ti.

—Y hacéis bien, «mi rey». Ni yo mismo confío en mí.

Ambos se miraron e hicieron un pacto de silencio. Athelstan entendió que el vampiro cuidaría de los suyos hasta nueva orden, y eso era a lo máximo que podía aspirar en sus circunstancias. Quisiera o no, su reino estaba ahora en las manos del «No muerto», no en las suyas.



La pareja errante avanzó hasta un recodo del camino. Si permanecían en él, estarían demasiado expuestos, de modo que Oskar sugirió que se adentraran en el bosque para tomar el mismo atajo que habían elegido ambos amigos horas antes. La princesa aceptó sin rechistar. El día había transcurrido sin incidentes, pero, ahora, que la noche se cernía sobre ellos, la preocupación de pronto pareció alcanzarles. Llevaban demasiado tiempo sin cruzarse con un alma y eso los puso en alerta.

La guerrera comprendió que no temía por su vida, sino por la de su compañero. Esto la hizo sonreír, algo que provocó múltiples sensaciones en el joven, que llevaba tratando de controlar sus deseos desde que había dado con ella.

—¿De qué te ríes? —preguntó él, incapaz de no saber lo que estaba pensando.

—¿De verdad hicisteis corriendo todo el camino? —Frunció los labios para contenerse.

—Mi deber con el rey está muy por encima de mis necesidades, princesa.

—¿Y cuáles son esas necesidades? —quiso saber ella.

—Ninguna que os incumba hasta que el *sjelevenner* tenga lugar.

Thyra unió los labios tratando de no volver a sonreír. Llevaban buena parte del día cabalgando. Apenas se habían detenido unos instantes para descansar y comer algo. Pese a haber hablado de todo un poco, ninguna conversación se había acercado tanto al tema que ambos estaban intentando evitar, puesto que aquel no era el mejor momento para abordarlo. Ambos sentían una fuerte atracción el uno por el otro. Era como un susurro. Un sentimiento velado que crecía conforme los dos pasaban más tiempo juntos.

Thyra se lamentó de haber cometido el error de prejuzgar a su prometido. Si hubiera aclarado antes sus sentimientos, tal vez habría tenido la oportunidad de conocerlo un poco mejor. Al menos aún les quedaba una luna para la unión, así que se centró en imaginar que esos días serían más que suficientes como para hacerse una idea de cómo iban a ser sus vidas una vez no hubiera marcha atrás.

—¿En qué piensas? —Oskar interrumpió su silencio.

—En que siempre he huido de nuestro compromiso porque no sabía cómo eras.

—¿Y ahora lo sabes? —Detuvo el caballo. Esa conversación le interesaba demasiado como para no poder mirarla a los ojos.

—No, apenas te conozco —añadió con algo de pena.

—Yo tampoco a ti, Thyra. —Dejó escapar un suspiro de determinación—. Sé que una luna no es mucho, pero es todo lo que tenemos hasta lo inevitable.

—Lo dices como si te pesara.

—Y así es. Hemos perdido un tiempo precioso. Quería que me vieras a mí, no al hombre que por imposición va a estar a tu lado el resto de tu existencia. Sé que nos amaremos profundamente una vez consumamos nuestra unión. El Destino así lo ha decidido, pero lo que siento por ti es mucho más que una obligación. Siempre había creído que el amor antes del

*sjelevenner* era una leyenda, tan solo unas pocas historias compartidas en los papiros más antiguos para, de algún modo, dar esperanza a la raza. Reconozco que se lo he oído decir a mi madre en cientos de ocasiones desde que era un niño, que es posible que suceda. Sin embargo, me parece muy improbable.

—¿Qué quieres decirme?

—Si de verdad sientes algo por mí, es algo que creo que no deberíamos revelar a nadie. —Pensó en el momento en que el rey le había preguntado si sentía algo por ella y él lo había negado para no delatarse.

Ella se lo quedó mirando sin comprenderlo.

—¿Por qué?

—¿Acaso no conoces el destino de los que se aman?

—Tú lo has dicho, Oskar, solo son leyendas. Pero hay algo que me causa más curiosidad, y es que todavía no has revelado tu don. Tu madre es una protectora y tu padre un creador de realidades, así que no entiendo a qué viene tanto misterio.

—Para tu conocimiento, poseo el mismo don que mi madre. Soy un protector. No es un misterio —dijo para salir del paso, pero sabía que, tarde o temprano, tendría que contarle la verdad.

Le hizo un gesto con la cabeza y retomaron la marcha. La miró y sopesó si aquel era un buen momento para hacerlo. Rechazó la idea de pleno, aún no estaba preparado para que conociera su secreto.

—¿En serio? ¿Y por qué no lo sabía?

—Supongo que porque no te has parado ni un instante a escuchar, princesa.

—¿A quién?

—A mí, Thyra.

—Tienes razón. —Frunció los labios—. Trataré de cambiar eso.

El de la casa de Isaksen sonrió ligeramente. Sintió que, después de esa conversación, ella iba a poner mucho más de su parte para que pudieran conocerse mejor. Algo que provocó que bajara la guardia.

—Te estaré muy agradecido si lo haces.

—Eres muy gentil. ¿En serio eres así o es todo fachada?

—Ay, Thyra...

—Perdón. No sé por qué he dicho eso.

—¿Temes que mienta? —preguntó algo molesto.

—Sí. —Esta vez fue ella la que detuvo su caballo—. Sé que después de nuestra unión no tendremos secretos, pero algo me dice que no sois del todo sincero. ¿Hace falta que os recuerde mi don?

—No —dijo dibujando media sonrisa—. Pero aún no puedo. De modo que, hasta que llegue nuestra unión, tendrás que confiar en mí.

—¿Ciegamente? —insinuó con un tono de voz que consiguió que el errante se estremeciera.

—Todavía queda mucho para llegar al campamento, no hagas que cambie de idea y me comporte como no debo.

—¿Quieres decir como un humano? Venga, Oskar, hace mucho que los nuestros dejaron atrás esa etapa.

—Lo sé, pero tus labios no hacen más que distraerme. Vamos, mejor sigamos adelante.

Él volvió a ponerse en marcha y ella lo siguió sosteniendo una sonrisa. Le resultaba

curioso darse cuenta de cómo había cambiado su percepción sobre el errante que iba a ser su compañero. Además, con sus palabras, había sido capaz de encender zonas de su cuerpo que jamás habían requerido ningún tipo de atención.

De pronto, miró alrededor. Ni un alma. Sin embargo, sintió que no estaban solos. Thyra decidió dejar atrás esos pensamientos porque el lugar era el menos indicado para confesar lo que estaba sintiendo. Sin motivo alguno, recordó lo último que le había dicho Alana, así que aprovechó el momento para cambiar de conversación.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Todas las que quieras.

—Cuando viniste a por mí esta mañana, ¿Yngvar nos aguardaba en el bosque?

—No, ya iba de regreso al campamento. ¿Por qué?

—Es solo que... ¿Cuál es la expresión que siempre utiliza tu amigo cuando no le gusta algo? No sé por qué me acabo de acordar de eso. Déjalo, no viene al caso.

—*Forbanna skjebne*.

—Maldito destino... —repitió ella.

—¿Me vas a contar lo que estás pensando?

Thyra trató de encontrar la manera de desviar la atención. Acababa de confirmar que el errante había permanecido escondido en el bosque. Se extrañaba de que la Elegida lo hubiera oído desde tanta distancia, pero, por alguna razón, pudo hacerlo.

De repente, recordó las palabras exactas de Alana: «Lo he escuchado en mi mente, pero no sé qué significa...».

—No puede ser.

—¿El qué?

La errante no llegó a responder. De la nada, una decena de bestias aparecieron. Tres de ellos tiraron a Oskar del caballo. Otro se sentó en la montura de la princesa y la sujetó con fuerza del cuello. El resto emitía unos sonidos estridentes parecidos a risas.

—Mirad su piel... —dijo el que la asía con fuerza.

—Debe de ser muy especial —intervino otro, mostrando sus colmillos—. Quiero probarla.

—¿Acaso sois unos necios? —dijo el que los comandaba, harto de escuchar las tonterías de aquellos dos.

—¡Soltadla ahora mismo! —exigió Oskar, que trataba de liberarse de los que lo sujetaban.

Thyra trató de moverse, pero el «No Muerto» se lo impidió ciñendo sus manos con más fuerza. No le dio ni la oportunidad de decir una sola palabra, puesto que la golpeó en la nuca con la empuñadura de su daga. Ella quedó inconsciente en el acto.

—¡Os mataré a todos! —gritó el errante, que tiró con tanta rabia que logró zafarse de uno de ellos.

Los demás rieron al ver el patético intento del que creían humano. Justo cuando iba a asestarle un golpe al ser que aún lo retenía, todo se volvió negro.

—Venga, ya os habéis divertido bastante —dijo una de las vampiras, quien miró a Oskar con lujuria—. Vaya, sí que es atractivo.

El jefe soltó una carcajada por su comentario y chasqueó la lengua mientras admiraba los preciosos rasgos de la joven.

—Tú siempre pensando en retozar con la comida —soltó, burlándose de ella.

—¡Qué le voy a hacer! Me gusta jugar con ellos antes de dejarlos secos. Algunos son muy complacientes.

—No lo dudo, pero basta ya de perder el tiempo. Llevadlos de vuelta al castillo. No sé

cómo han conseguido escaparse de los muros, pero informaremos de esto en cuanto lleguemos.

—Entonces, ¿no podemos probarlos? —preguntó el que quería hacerlo desde que había visto a la muchacha.

—No —respondió el que estaba al cargo—. Es una orden directa de Helmet. Así que no me busques porque me vas a encontrar.

—Pues no lo entiendo —protestó—. ¿Quién se iba a enterar?

—Yo lo sabría, y desobedecerme a mí es desobedecer a Helmet.

—No serías capaz de...

—Con sumo gusto. La cuestión es: ¿quieres arriesgarte?

—No, por supuesto que no —añadió a regañadientes. Asintió una vez y se apartó de los prisioneros mientras mascullaba una maldición.

—Bien. Vosotros —señaló el jefe a dos de los suyos—. Cogedlos con cuidado. Nada de muertes innecesarias. La comida escasea y no quiero desperdiciarla. Ahora, regresemos.

El grupo se puso en marcha. Poco después, llegaron al castillo. Wêranker salía para realizar una inspección y se topó con el grupo.

—¿Qué ocurre aquí? ¿Qué hacéis con ellos? —preguntó enfadada.

Con desprecio, se acercó a la chica que colgaba del hombro de uno de la patrulla y la sujetó del cabello para verle la cara. No podía creerlo. Se volvió hacia el macho que llevaba otro de los suyos e hizo lo mismo.

Su expresión cambió al momento y enseñó los colmillos porque se sintió muy complacida.

—¿Dónde los habéis encontrado?

—Cerca del río. Llevábamos varias jornadas fuera y estábamos de regreso. Nos hemos topado con ellos en el bosque, iban hacia el sur. No sabíamos si se habían escapado del castillo, así que los hemos traído de vuelta.

—Habéis hecho bien. —Miró al grupo y los hizo acercarse—. Si no le contáis nada de esto a nadie, os recompensaré con ración doble a cada uno durante una luna.

Un murmullo general de aceptación la hizo comprender que aquel premio era desorbitado, pero lo que acababa de obtener merecía la pena.

—Gracias, Wêranker —respondió el jefe.

Ella hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Vosotros dos —ordenó mirando a los que llevaban a los errantes a hombros—, acompañadme a las mazmorras.

Ella los condujo escaleras abajo donde se encontraban las celdas. Un soldado se acercó al verlos. Wêr le susurró unas pocas palabras, robándole de inmediato la voluntad. El carcelero rebuscó entre las ropas de los dos para quitarles las armas. Después, las metió en un armario y lo cerró con llave.

—Seguidme —dijo el joven sin inflexión en la voz.

Los tres descendieron por otras escaleras que desembocaban en una zona de la prisión que parecía abandonada. Metieron a cada uno en una celda y el humano cerró con llave.

—Ahora, lo prometido.

Wêr les hizo un gesto con la cabeza a sus guerreros. Los dos se emplearon en la garganta del soldado hasta que notaron que sus pulsaciones descendían peligrosamente. Lamieron las incisiones para cerrarle las heridas. Antes de marcharse, hicieron una pequeña genuflexión hacia ella para agradecerle la ración extra.

—Procurad que nadie os vea salir de aquí y volved cuanto antes con vuestro grupo. Por cierto, ¿no había nadie más en la zona?

—No —respondió uno mientras el otro negaba con la cabeza—. Los caminos estaban despejados.

Wêranker asintió y les hizo otro gesto para que salieran de allí. Se giró hacia las celdas. Observó un momento a los prisioneros con los ojos entrecerrados mientras se pasaba la lengua por los colmillos.

—Aliméntalos dos veces al día, pero déjalos a oscuras. Así será mucho más divertido.

El carcelero obedeció y la acompañó al nivel superior. Uno de los suyos aún la estaba esperando.

—¿Qué quieres? —preguntó la vampira.

—Sé qué son esos dos, y no son humanos.

Ella lo miró de arriba abajo.

—Ya, ¿y qué pides por tu silencio?

Él la recorrió con lascivia. Se humedeció los labios y acabó pasándose la lengua por los colmillos.

—Quiero saber si es verdad lo que se oye por ahí.

—De acuerdo, pero luego no digas que no te lo advertí.

Sin mediar palabra, se llevó al joven acólito a su habitación. Tendría diversión por partida doble. Cerró la puerta y desvió la mirada hacia cama.

—Si gritas, duplicaré el castigo —agregó excitada.

—Eso ya lo veremos.

Él se lanzó a su boca. En respuesta, ella lo sujetó de la entrepierna con tanta fuerza que terminó arrodillándose.

—Bienvenido a mi mundo...

## 9. A SOLO DOS JORNADAS

**A**l amanecer, Thyra abrió los ojos. Tenía un regusto amargo en la boca y fuertes palpitaciones en la cabeza. Se llevó la mano a la nuca, ya que era la zona que más le dolía. Se palpó con cuidado. Notó el cabello húmedo, pero no fue capaz de encontrar la herida. Supuso que le habían asestado un buen golpe, lo que explicaba lo mal que se sentía.

Con la vista adaptándose a la más terrible oscuridad, echó un vistazo en rededor. El lugar donde se encontraba era un calabozo mugriento. La poca paja del suelo estaba sucia y húmeda. No había ni un triste ventanuco, y los gruesos barrotes daban a un estrecho pasillo. Se puso en pie, apoyándose en la fría piedra. Tambaleándose, se acercó hasta donde pudo para tratar de ver algo más. La claridad que se percibía tímidamente desde el lado derecho daba a entender que por ahí se encontraba la salida. Supuso que cerca habría alguna antorcha, pero apenas era suficiente para hacerse una idea de dónde se hallaba. Enfocó un poco más y apoyó la frente entre los fríos hierros. La celda al otro lado, que con dificultad distinguía a pocos pasos de ella, estaba vacía. No se oía nada, ni un triste lamento.

Se tocó el cinto, su daga había desaparecido. Durante un instante, imaginó lo peor. Aguzó el oído mientras el mentón le temblaba. Si no había nadie más, eso solo podía significar...

Apartó aquel pensamiento a un lado y trató de reponerse. De pronto, escuchó una respiración al otro lado. Sin importar si alguien que no debía la podía oír, se armó de valor y susurró:

—Oskar...

Nada. Ninguna respuesta.

—Oskar —repitió—, ¿eres tú? ¡Oskar!

—¿Thyra? ¡Estás viva!

Un sollozo rompió el silencio.

—Sí...

—¿Te han hecho daño? ¿Estás herida? —preguntó preocupado.

—Solo me duele la cabeza. ¿Y tú?

—Estoy bien. Me golpearon a traición, igual que a ti. ¿Tienes algún arma? Me las han quitado todas.

—También a mí.

La oscuridad se hizo insoportable. La princesa se llevó la mano a la boca para ahogar otro sollozo. Trató de no sucumbir al miedo, pero la evidencia de que se encontraban en las mazmorras de un castillo no auguraba un futuro halagüeño.

—Por favor, no llores —dijo él con la voz quebrada.

Thyra se agarró a los barrotes y acabó sentada de lado mientras agachaba la cabeza. Nunca había combatido en una batalla. Nunca había sido capturada. Los hombres con los que luchó antes de conocer a Alana eran unos simples ladrones, así que el que la hirieran con una daga de acero *dojehî* había sido pura casualidad. Lo que aún no había tenido tiempo de pensar era cómo esos indeseables pudieron hacerse con ella.

Eso no importaba en ese momento. Además, ahora la situación era muy distinta. Allí se encontraban a merced de humanos y vampiros. Estaba segura de que sería a la primera a quien torturarían. La mancillarían y, con suerte, después acabarían con su vida.

—Guerrero, debí decirte...

—Lo sé. —Tragó con fuerza para no sucumbir a la evidencia—. Pero no lo hagas ahora, por favor. No se te ocurra decirlo sin que pueda mirarte a los ojos.

El errante se llevó las manos a la cabeza, desesperado por encontrar la forma de sacarlos de allí. Se acercó a los barrotes y revisó la cerradura. Tiró de la puerta con todas sus fuerzas. El hierro protestó un poco, pero apenas se movió.

—Oskar, yo...

—Thyra, espera. ¿Puedes hacerme un favor?

—¿El qué?

—Inspira hondo y trata de tranquilizarte un poco. Solo un poco. ¿Podrás hacerlo?

—No creo. No lo sé.

—No estás sola. ¿De acuerdo? Estoy aquí. No dejaré que te ocurra nada malo. ¿Confías en mí?

—Confío en ti. —No pudo evitarlo y volvió a sollozar—. Voy... a tratar de hacer lo que me has dicho. Dame unos momentos.

—Los que necesites.

Ella se secó las lágrimas. Después, fijó la mirada en una pequeña grieta de una enorme piedra y comenzó a respirar más despacio. Tras varios intentos fallidos, el errante escuchó cómo sus respiraciones se normalizaban.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí.

—Bien, Thyra. Ahora necesito que te concentres para ver tu futuro. ¿Harías eso por mí? ¿Crees que podrás?

—No lo sé —repitió sobrepasada. Suspiró y se frotó los ojos para eliminar los restos de lágrimas—. Deja que pruebe.

—De acuerdo, pero no te fuerces.

La princesa cerró los ojos y se llevó las palmas al corazón. La oscuridad la envolvió por completo. No era capaz de conectar con nada. Ni pasado, presente o futuro. Aunque la desesperación se apoderó de ella, intentó con más intensidad ver algo. No obtuvo ningún resultado.

Un lamento a escasa distancia le reveló al errante que no había salvación para ellos.

—Ey, no pasa nada —trató de animarla, pese a tener un nudo en la garganta—. Debí besarte cuando tuve la oportunidad.

—No, no es lo que piensas. No puedo ver nada. He perdido mi don —susurró abatida.

—Eso no es posible.

—Entonces, es que estoy peor de lo que creo.

—Te golpearon muy fuerte. Quizás más tarde seas capaz de distinguir algo.

Unos pasos interrumpieron de golpe su conversación. La luz de una antorcha iluminó pobremente el pasillo. Era un soldado inglés, que dejó la tea encendida en un saliente de la pared. Un poco más tarde, volvió con una bandeja.

—Oye, ¡sácanos de aquí ahora mismo! —gritó el guerrero—. Nos han capturado sin ninguna razón.

—No sé nada de eso —dijo el hombre sin vida en la voz—. Mi deber es alimentarlos y

poco más.

Con cuidado, dejó un plato y una copa en el suelo delante de los barrotes de la celda. Acto seguido, se dirigió a la de Thyra e hizo lo mismo.

—¿Es de día o de noche? —preguntó ella con un hilo de voz.

—Acaba de amanecer. Volveré más tarde para retirar los platos. Os traeré más comida cuando se ponga el sol.

—Por favor, déjanos ir —rogó angustiada.

—No sé nada de eso. Mi deber es alimentaros y poco más —repitió el soldado. Tras darse la vuelta de manera errática, se llevó la antorcha y los sumió de nuevo en la más profunda oscuridad.

—Vamos a morir aquí —dijo la princesa al tiempo que miraba al frente sin distinguir apenas nada.

—No, amor mío. En cuanto vuelva, le quitaré las llaves. Ha sido sometido por un vampiro y eso lo hace débil.

—¿Qué te hace pensar que podrás hacerlo?

—No sé si podré, pero no voy a dejar que mueras aquí.

Ella frunció los labios con fuerza para ahogar otro sollozo más. Sabía que no podrían escapar, pero no iba a robarle el último atisbo de esperanza al errante que acababa de confesarle que la amaba.

—Oskar...

—¿Sí?

—Yo también te quiero.

Él no respondió, sino que se abalanzó a los barrotes. Tiró una y otra vez para tratar de arrancarlos mientras maldecía a los «No Muertos».

Cuando el silencio cobró protagonismo, una verdad quedó flotando en el aire: iban a morir allí, a tan solo unos pasos el uno del otro.

Una distancia insoportable. Un destino truncado.



El capitán Hereward entró en la posada donde habían pernoctado esa noche para informar al príncipe y a Youngblood de que los caballos estaban preparados. Por fortuna, las sombras que aparecieron en el camino se esfumaron sin más, así que pudieron llegar sin ningún contratiempo. Apenas los separaban dos jornadas de Richborough, pero tendrían que volver a hacer noche en una última posada. Ninguno quería tentar a la suerte. Era preferible que tardaran un poco más en llegar antes que caer en manos de aquellos seres.

—Ya podemos irnos —les anunció.

—¿Cómo están los caballos, Terrel? —preguntó Landon.

—No demasiado mal para lo mucho que los hemos castigado, aunque no creo que sean capaces de resistir mucho más a este ritmo.

—Llevamos solo una noche sin ser atacados. ¿Creéis que ya se habrán desplazado a otra parte y que no volverán a intentarlo? —inquirió Alistair.

—No lo sé, mi príncipe —añadió su tutor—. Ayer parecía que nos iban a volver a asaltar, pero no fue así. Lo que está claro es que hemos de estar preparados para afrontar cualquier eventualidad. Si os soy sincero, no me gusta esta extraña quietud que nos rodea.

—Pero tu presentimiento no se ha cumplido —respondió el heredero. Su intención no era menospreciarlo, sino celebrar de algún modo que hubiese fallado en sus predicciones.

—Aún no estamos en Richborough —agregó con determinación.

Alistair asintió muy serio. Aquellas duras palabras dejaban abierta la posibilidad de que la suerte no estaba del todo de su lado.

—Tienes razón. Partamos de una vez.

Los dos capitanes lo acompañaron hasta su montura. Nada les garantizaba que no fueran sorprendidos en algún momento, así que debían extremar las precauciones. La alianza era de vital importancia. Comenzaron la marcha y no se detuvieron hasta bien pasado el mediodía. Tras descansar lo justo para estirar las piernas y devorar las provisiones que tenían preparadas, volvieron al galope.

Antes de caer la tarde, a poca distancia del pueblo donde esperaban pasar la noche, encontraron a un campesino en mitad del camino. Una de las ruedas del carro había colapsado. El hombre trataba de arreglarla a toda prisa, pero el desasosiego que sentía estaba logrando que tardara mucho más de lo esperado.

—No os detengáis —ordenó Landon.

Hereward lo miró con una mueca de desaprobación. Si aquel pobre hombre no acababa a tiempo, iba a ser un blanco fácil. Elevó la vista al cielo y todavía faltaba bastante para la puesta de sol.

—Señor, podríamos echarle una mano.

—Estoy de acuerdo —intervino Alistair—. He de bajar de este maldito caballo o no podré volver a dar un paso.

—No es buena idea, mi príncipe.

—Pues yo creo que sí. Hereward, que tus hombres lo ayuden. No quiero tener en mi conciencia otra muerte más si podemos evitarla.

—Os ruego que lo consideréis —añadió Landon.

—Ya lo he considerado. Una buena acción entre tanto caos no nos vendrá nada mal. Sobre todo a él —dijo mirando al campesino—, ¿no os parece?

Aun no estando de acuerdo del todo, Youngblood no tuvo más remedio que darle la razón y acabó aceptando para que retomaran la marcha cuanto antes. El capitán detuvo el séquito y ordenó a cuatro de los suyos que lo ayudaran.

Alistair caminó un poco, necesitaba estirar las piernas. Se sentía agarrotado después de tantas duras jornadas. Hasta entonces, no había salido más que unas cuantas veces para cazar o cabalgar en un obligado paseo. Lo que menos esperaba era tener que correr por su vida, y todo para satisfacer los deseos de su padre, quien le había impuesto desposarse con una desconocida por el bien del reino.

Maldijo su suerte. Aún era demasiado joven para tener que asumir tanta responsabilidad. Apenas había visitado media docena de ocasiones la casa de las ramera, y aunque una de ella se había esforzado por enseñarle a complacer a una mujer, su experiencia no era toda la que deseaba antes de unirse a una doncella que podría resultarle repugnante.

Había oído hablar de las francesas a algunos de los soldados, pero la mayoría de las veces los hombres solían fanfarronear sobre sus encuentros; así que tampoco podía estar seguro de que ella lo satisficiera en ese sentido. Eso sí, su padre le había dejado muy claro que su deber era engendrar un heredero lo antes posible, así que, le gustara o no, tendría que cumplir con aquel matrimonio cada maldita noche. Solo anhelaba que ella fuera algo atractiva, si no, consumir el acto sería un verdadero tormento.

La tarde avanzó demasiado deprisa. Una vez acabada de arreglar la rueda, el campesino les agradeció repetidas veces su ayuda y volvió al camino a toda prisa.

—Debemos llegar a la posada ya. Hemos perdido demasiado tiempo —se quejó Landon.

—Tranquilo, seguro que esta buena acción nos será devuelta con creces —respondió Alistair.

En cuanto volvieron a galopar, el grupo se relajó. El viento traía el sonido de las campanas. La iglesia estaba más cerca de lo que pensaban, así que llegarían al pueblo antes de lo esperado. Ese era el deseo más profundo de todos, pero los deseos rara vez se cumplen. A poca distancia, un grupo de veinte individuos temibles los estaban esperando.

El pensamiento colectivo fue el mismo: volvían a ser atacados.

La sincronización de aquellos seres los dejó estupefactos. Como si se movieran como espectros, iban apareciendo y desapareciendo hasta que acabaron por rodearlos. No tuvieron más remedio que detenerse, puesto que ellos apenas eran una docena frente a unos demonios, o lo que fueran, de unas dimensiones descomunales. Sin más, algunos soldados desaparecieron ante sus ojos. Los gritos desgarradores de aquellos hombres no dejaron duda de que estaban siendo aniquilados de la manera más cruel.

De forma inesperada, otra decena de seres se interpusieron entre los atacantes y el grupo de ingleses. Los golpes caían de todas partes, pero los acólitos de Helmet los protegieron lo mejor que pudieron.

Qiloçker sujetó a uno de ellos por la garganta y lo estampó con una fuerza descomunal contra el suelo. Wêranker y Bêwestan rodearon al príncipe mientras trataban de repeler, uno tras otro, los asaltos de las tropas de Abbadon.

—¡Qil! ¡Son demasiados! —gritó Wêranker.

—¡Salvad al heredero! —respondió el «No muerto» al tiempo que intentaba zafarse de dos enemigos.

—¡Proteged al príncipe! —vociferó Youngblood, espada en mano, mientras trataba de atravesar a un contrario.

Hereward pegó su caballo a uno de los costados del de Alistair, Landon se posicionó al otro lado. Las vampiras sonrieron ante el inútil intento de salvaguardar la vida del joven humano.

Bêwestan se subió de un salto a la montura del príncipe y miró a sus protectores sintiendo algo de nostalgia. Podía oler el miedo que desprendían los tres hombres, algo completamente comprensible. Las huestes de Abbadon no eran para tomarlas a broma. Hizo una cuenta rápida y el número había aumentado de forma peligrosa. Los veinte que habían divisado en un principio tan solo habían servido de cebo.

Entre tanto estertor, alarido y maldición, pudo vislumbrar un pequeño hueco que se había formado en mitad de la escaramuza.

Sin pensárselo dos veces, se puso en pie detrás del heredero y bramó:

—¡Corred!

Landon y Hereward comprendieron al instante su orden. De un salto, se bajó del caballo y golpeó con fuerza a los tres animales sin darles tiempo a los ingleses a ver aquel movimiento demencial.

Wêranker se abalanzó a uno de la casa Ursu para impedir que se les echara encima. La sincronización entre los de la casa Drăgoi logró que los tres tomaran el camino hacia la posada. No se detuvieron a mirar atrás, aunque sabían que estaban condenando al resto a una muerte segura.

Mientras galopaban a todo lo que podían los pobres animales, de improviso, un enemigo saltó al caballo del príncipe. Todo sucedió muy deprisa. El ser trató de llevárselo, pero Bêwestan apareció de la nada, tiró de él hacia atrás y le cercenó la cabeza.

—¡Alistair! —gritó con desesperación su tutor, mientras veía a Hereward sujetar las riendas de la montura para impedir que se desbocara.

El heredero se dejó caer en las crines, dejando un reguero de sangre que hizo que el corazón de Landon se detuviera un momento.

—¡Alistair! —repitió, pero él no respondió.

Bêw subió de nuevo al caballo del joven para cogerlo en brazos. En pleno galope, ante la mirada estupefacta de Youngblood, se lo colocó delante de su cuerpo.

—Llevadlo a la posada. Buscad en la iglesia al párroco, seguro que él conoce a un sanador. ¡No tenéis tiempo que perder! —ordenó ella antes de desaparecer delante de sus ojos.

Como si aquellos instantes fueran eternos, el tutor lo asió con fuerza mientras notaba cómo su mano se humedecía. Hereward no dijo nada, solo los miró con la cara desencajada y castigó con saña los costados de su animal mientras su mente solo era capaz de repetir tres palabras: «Que no muera».

Poco tiempo después, entraron en el pueblo. Landon gritó a todo aquel con el que se cruzaban la orden de que llevaran a un galeno a la posada. Mientras avanzaban hasta la fonda, Hereward echó la vista atrás y respiró un poco más tranquilo al ver que varios hombres corrían hacia el mismo lugar: la iglesia.

En cuanto llegaron a su destino, el capitán ayudó a desmontar al príncipe y lo sujetó en brazos. Su mentor bajó de un salto y se lo arrebató al soldado. Nada más entrar en el establecimiento, exigió una cama donde dejar al herido. El posadero lo llevó a una de las alcobas que estaba libre. En ese momento, apareció el párroco.

—¡Aún no lo necesitamos, padre! —gritó Youngblood.

—Aparta, hijo. Soy también el sanador del pueblo.

Él asintió y lo dejó acercarse.

—No sabemos quién lo ha atacado —dijo para tratar de ocultar lo que les había sucedido.

—Muchacho —dijo mirándolo un instante—, no hace falta mentir. Traed agua del pozo y telas limpias —ordenó al posadero—. Ayudadme a quitarle la ropa. ¡Con cuidado! —exclamó el padre León, que se preocupó al ver a lo que se enfrentaba.

Al descubrir la herida, los dos soldados se miraron. Ambos bajaron la vista, aceptando que el heredero no iba a sobrevivir. Las garras del vampiro habían penetrado en su carne, desgarrándola en parte, y los cortes sangraban profusamente. Alistair estaba inconsciente, por lo que no tardaría en llegar a su último aliento.

León miró a Landon y supo que no tenía otra opción.

—¿Quiénes sois?

—No es de vuestra incumbencia.

—Puede que no, pero ¿queréis salvarle la vida al príncipe?

—¿Cómo habéis...?

—No hay tiempo para eso. Decidme, ¿queréis salvarle la vida al príncipe o no? —repitió con rudeza. Algo bastante extraño para tratarse de quién era.

—Os pagaré lo que pidáis.

—Eso ya lo veremos.

El sacerdote salió de los aposentos lo más aprisa que pudo y habló con alguien que los soldados no llegaron a ver. Cuando regresó al camastro, el posadero apareció con una olla llena de agua caliente y un barreño lleno de paños limpios.

—Salid y cerrad la puerta. No regreséis a no ser que os llamemos —le dijo al hombre. Este obedeció sin rechistar—. ¿Quién de los dos está al mando? —preguntó, mirando a uno y a otro.

—Lo estoy yo —respondió Landon.

—De acuerdo. Él debe marcharse —exigió, señalando con la cabeza hacia Hereward.

—Él no irá a ninguna parte.

—Entonces, vuestro pupilo morirá.

Youngblood lo asió del hábito con fuerza. León no se amilanó ni un ápice.

—¡Harás lo que se te ordene! —gritó la mano derecha del rey.

—Vos no tenéis ningún poder sobre mí, solo Dios...

—¿Es que acaso queréis morir? —lo amenazó, elevándolo del suelo sin esfuerzo.

—No era mi intención hoy, pero si es lo que el Señor quiere, ¿quién soy yo para llevarle la contraria?

Landon lo observó un instante. Ese religioso no temía ni sus palabras ni su rudeza. Aquello le hizo pensar en que las amenazas no iban a conducirlos a ninguna parte. Si quería salvar al heredero, tendría que seguirle el juego a aquel hombrecillo insignificante. Se les estaba acabando el tiempo, y no tenían más opciones que confiar en que podría salvarlo de alguna manera.

—¿Qué diablos necesitas?

—Que él se vaya. Solo vos podréis quedaros.

De pronto, un par de golpes los devolvió a la realidad. Alistair se debatía entre la vida y la muerte, y aquel cura molesto no iba a dar su brazo a torcer. Landon lo soltó de malos modos. León se acercó a la puerta para abrirla. Al apartarse, ambos soldados se quedaron estupefactos al toparse con la muchacha más bonita que habían visto nunca.

De piel clara como el nácar. Los labios rellenos, muy sonrosados. Un par de mechones que se le habían escapado del recogido dejaban entrever unas mejillas arreboladas por la carrera que parecía haberse dado para llegar hasta allí. Y sus ojos, tan azules como el mar, pareció atravesarles el alma.

—Es ahora o nunca —dijo León mirando a Youngblood.

Él asintió sin saber por qué.

—No creo que sea buena idea —se quejó Hereward.

—Puedo con un párroco y una chiquilla. Esperad fuera.

—Si me necesitáis, estaré al otro lado de la puerta.

En cuanto el capitán salió, León cogió de la mano a Alana y la acercó al camastro.

—Hija, el príncipe de Inglaterra te necesita.

—¿El príncipe...? —Observó al joven que se estaba poniendo pálido por momentos—. Pero no sé si podré hacerlo, padre.

—Encuentra la fe que hay en ti, Alana. Sé que ÉL te guiará.

—¿Qué demonios pretende hacer esta muchacha? —dijo Landon, colérico.

El cura, muy serio, se acercó al soldado. Torció el gesto y lo miró como si aquel no fuera a atravesarlo con la espada en cualquier instante si alguno de los dos le acababa estorbando.

—¿Creéis en milagros, muchacho? —preguntó con arrojo.

—¿Qué demonios...?

—A «esos» mejor déjalos fuera de aquí. ¡Responded! ¿Creéis en milagros? —repitió León como si fuese él quien estaba al mando de la situación.

—No —respondió con contundencia—. No lo sé.

—Eso está mejor, esperemos que con vuestra profunda fe sea suficiente —bromeó, pero en el fondo estaba muy preocupado—. Ahora, manteneos en silencio. Si alguna vez habéis pensado en creer, confiad en mí, no tendréis mejor ocasión para empezar que esta.

Youngblood dibujó una mueca de desaprobación por el tono que había empleado con él, pero se abstuvo de quejarse. Si aquella chica podía curar de algún modo al heredero, no iba a interponerse. Tras sopesar un instante lo que supondría que Alistair muriera, asintió.

León se dio la vuelta y se colocó al lado de Alana.

—Hija, ha llegado el momento.

Ella lo miró y unió los labios antes de mover de forma imperceptible la cabeza. El párroco volvió junto al soldado y la Elegida se sentó en el lecho. Se miró las manos antes de cerrar un momento los ojos.

—No existe mayor honor... —susurró para sí.

Acto seguido, se quedó mirando la herida y colocó las palmas encima de la carne abierta. Al principio, no sucedió gran cosa. Poco después, la sangre dejó de brotar y regresó dentro de los profundos cortes, dejando una estela roja a su paso. Como si de magia se tratara, el pecho del príncipe comenzó a cerrarse. Landon giró la cabeza hacia el párroco, quien movió la mano un par de veces para que esperara. El soldado se volvió bruscamente hacia el camastro y sintió un escalofrío recorriéndole de pies a cabeza cuando Alistair abrió los ojos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó pesadamente mientras parpadeaba despacio.

Alana lo contempló con alivio y sonrió con timidez.

—Os han herido, pero yo os he curado.

Cuando el príncipe buscó con la mirada aquella dulce voz, el mundo se detuvo al distinguir el bello rostro de la muchacha.

—¿Vos me habéis salvado?

Ella asintió varias veces.

—¿Cómo os llamáis?

—Alana.

—Alana —repitió con extrema lentitud—, soy Alistair.

—Debes irte, Alana —interrumpió León.

—Ahora mismo.

En cuanto se puso en pie, él la sujetó de la mano.

—No os vayáis... —rogó.

—Lo siento, he de marcharme ya. Esto solo ha sido un sueño.

La Portadora salió de la estancia a toda prisa y cerró la puerta tras salir. Sin preguntar siquiera, Hereward entró, imaginando lo peor.

—¡Príncipe Alistair! —dijo el capitán, dejando escapar un gran suspiro de alivio.

—Habéis cumplido vuestra promesa, párroco. Yo cumpliré la mía —aseguró Landon.

—Entonces, pasad por la iglesia. El Señor siempre os recibirá con los brazos abiertos.

—¿No queréis mi dinero? —preguntó extrañado.

—Yo no, aunque os aseguro que mis feligreses más necesitados sí. Pero no lo tomaré de vuestra mano. Os lo he dicho, las puertas de la iglesia siempre están abiertas.

—Así haré, padre —dijo, ladeando un poco la cabeza.

—Ahora he de irme. Solo una recomendación: volved al castillo cuanto antes. El futuro rey sigue estando en peligro.

—¿Cómo sabéis?

—El «mal» se propaga por doquier, hijo. La muerte da vida a algunos mientras a otros los despedaza —añadió, mirando el torso inmaculado del heredero.

—¿Quién es ella? —preguntó Alistair.

—Una buena creyente. Nada más.

—Dígale que la buscaré para agradecerle...

—No hace falta, futuro rey —lo interrumpió León, rechazando de pleno cualquier acercamiento a su pupila—. Creedme, ella ya ha recibido de vos todo el agradecimiento pertinente para estos casos. Caballeros...

El párroco los dejó a solas mientras caminaba deprisa hacia la casa de Alana. Quería saber si estaba bien, pero, más que nada, debía convencerla para que dejara el pueblo cuanto antes. Su don había salvado al heredero y eso la había puesto en el punto de mira de demasiadas almas ávidas de cualquier tipo de necesidad.

Empezando por la del príncipe.

## 10. DEBEMOS REGRESAR

Qiloçker repelió al último atacante de la casa Ursu atravesándole la garganta con sus propias manos. Pese a superarlos en número, el valor de las huestes de Abbadon no se podía comparar a la de los acólitos de Helmet. Estos sentían aún la llamada al honor y la lealtad, dos sentimientos que habían desaparecido de los corazones de sus oponentes hacía mucho, debido a la infinita crueldad de los castigos de su señor por el más mínimo error.

Wêranker y Bêwestan miraron alrededor para asegurarse de que no volvían. El silencio más absoluto copó el anochecer tras acabar el enfrentamiento.

Después de hacer un breve recuento, el número de supervivientes fue mayor del esperado. Dos ingleses aún se mantenían en pie. El resto, muerto o desaparecido, lo que a efectos prácticos venía a ser lo mismo.

Los suyos, como era de esperar, no habían salido tan mal parados y ya estaban recuperándose.

—¿Qué tal las heridas? —preguntó Wêranker a los dos hombres.

—Sobreviviré, *milady* —dijo uno.

—Nada que no se pueda coser —agregó el otro.

—Vuestro arrojo ha sido extraordinario. Daré parte a mi señor y a vuestro rey. Ahora, no hay tiempo que perder. Cabalgad hacia el pueblo sin deteneros y permaneced en la posada hasta que vayamos a rescataros.

—¿Qué os hace pensar que no nos atacarán allí? —inquirió el primer soldado.

—Un pacto, pero nada garantiza que ninguno esté a salvo. Lo mejor será que os despojéis de vuestras ropas en cuanto podáis. De hecho, trasmitídselo a la mano derecha del rey.

—El príncipe debe llegar a Richborough —añadió el segundo hombre.

—Pues no será ni hoy ni mañana —dijo muy seria—. Parece que os están siguiendo, y no sabemos si pueden estar esperándoos en otro punto del camino. Partid ya. Nosotros debemos regresar al castillo lo antes posible para informar de estos ataques.

Los soldados saludaron con un gesto de cabeza a sus salvadores y montaron a caballo. Tras espolearlos, salieron al galope sin mirar atrás.

Qiloçker los observó un instante antes de indicarle a Bêwestan que se separaran unos pasos.

—¿Crees que el príncipe habrá sobrevivido? —soltó él sin ninguna inflexión en la voz.

—¿La verdad? No lo sé.

—Esto es un inconveniente que Helmet no tenía previsto.

—¿Bromeas? Ni él ni ninguno de nosotros. Abbadon está tramando algo, aunque aún podemos estar tranquilos porque no ha enviado a...

—Ni los menciones.

—¿Aún estás enfadado con él por lo que hizo?

—Hasta el día que deje esta maldita vida o muerte en vida, como te apetezca llamarla.

—Vamos, Qil. De eso hace tanto tiempo que parece solo un mal sueño.

—No estoy de acuerdo. Yo lo recuerdo como si fuera ayer y esto que hacemos cada maldito día es un tormento, pero es lo único que nos queda. Al menos hasta que le arranque con mis propias manos eso que fue una vez su corazón y le corte el cuello con una daga *himmelsk*.

—¿No hablarás en serio?

—Y tanto, pero ahora no es el mejor momento para tratar esto. Venga, debemos volver al castillo de inmediato, aunque creo que antes hemos de asegurarnos de que el príncipe aún vive. Si regresamos sin esa información, Helmet nos arrancará la piel por mera diversión.

Ella resopló, dejando pendiente aquel asunto. Sabía que él tenía razón. Su señor era más paciente que Abbadon, de eso no había duda. Aun así, cuando no se cumplían a rajatabla sus órdenes, se volvía imprevisible y letalmente cruel. Por suerte, los vampiros tenían la ventaja de contar con una pronta recuperación tras ser heridos. Si el oponente no empleaba acero *himmelsk*, en poco tiempo volvían a estar preparados para la batalla. Esto hacía eternas, exasperantes y dolorosas hasta el extremo las jornadas de torturas. Algo que ninguno estaba dispuesto a experimentar de nuevo.

—Tienes razón —acabó admitiendo ella ante la perspectiva de poder ser castigada—. Lo mejor será dividirnos. Yo acompañaré a los humanos y después regresaré con las nuevas. Esperemos que no tengamos que lamentar el haber sido un poco descuidados.

—Shh, Bêw. No todo se reduce a matar —dijo, mirándola a los labios con lujuria.

A ella le hizo gracia el giro de la conversación. Estaba acostumbrada a que él fuese tan voluble como el viento. Recordar el pasado siempre lo sumía en un estado de enajenación bastante peligroso. En alguna ocasión, lo había visto dejarse llevar por la ira. El resultado había sido devastador para el contrario. Pero en cuanto lograba cerrar esa puerta, volvía a ser el compañero de batalla leal y divertido de siempre. Además de un amante muy generoso en el lecho.

Con media sonrisa, aceptó su insinuación.

—Puede que más tarde deje mi puerta abierta —susurró ella, comenzando aquel juego en el que ambos siempre acababan ganando.

—Si no lo haces, la tiraré abajo.

—Vamos, Qil. No seas tan impulsivo. No va contigo en absoluto. —Se pasó la lengua por los colmillos—. Además, olvidas algo importante.

—Ah, ¿sí? —dijo, acercándose un poco más.

—Por supuesto. De sobra sabes que no me amas —añadió divertida, interponiendo una mano entre ellos—, así que igual me canso de ti y me entretengo con otro.

Aquella amenaza estaba envuelta con un tono que no dejaba ninguna duda de que estaba provocándole a propósito. El vampiro levantó una ceja y se humedeció los labios. El juego con Bêwestan era siempre muy satisfactorio, pero nada comparado con poseerla de todas las formas inimaginables durante las horas que compartían juntos.

Y estaba deseando repetir.

—El amor es para los mortales. Yo te ofrezco perder el aliento, hacer que tu corazón se desboque y un sinfín de...

—Te recuerdo que no respiramos y que nuestro corazón no late.

—Pues piensa lo bueno que soy en el lecho porque te voy a hacer sentir todo eso y mucho más.

Wêranker los miró con hartura. Parecían dos criaturas enamoradas y solo la estaban haciendo perder un tiempo muy valioso que podría estar empleando en otra parte. Cansada de esperarlos, decidió que había llegado el momento de retomar la misión.

—¡Qiloçker! —dijo con un tono muy cortante—. Helmet nos espera, ¡y no pienso cubrirtte esta vez!

—Siempre tan servicial, Wêr.

Él hizo un gesto a los suyos y se reagruparon. Bêwestan se marchó hacia el pueblo mientras que el resto se dirigía al castillo.

—No es de mi incumbencia, pero ya va siendo hora de que admitas que la amas —dijo Wêranker al segundo al mando.

—Es cierto, no es de tu incumbencia.

—Lo que tú digas.

—Y no la amo.

—Lo que tú digas —repitió, mostrando media sonrisa.

El grupo apretó el paso. La velocidad de los «No Muertos» era inigualable. Ni siquiera los errantes podían alcanzarlos cuando empleaban todo su potencial.

El resto del camino lo hicieron en silencio, aunque Qiloçker fue incapaz de dejar atrás la indiscreción de su compañera.



El padre León recorrió a buen paso la poca distancia que le quedaba hasta la casa de Alana. Trastabilló por las prisas al llegar a la puerta. Le faltó poco para caerse al suelo. Por suerte, recuperó el equilibrio a tiempo. Tras recomponerse, llamó con insistencia. Fairfax se sorprendió por la brusquedad de los golpes, de modo que abrió enseguida. Al ver quién era, lo saludó con cordialidad, aunque se quedó extrañado por la expresión de determinación que mostraba el sacerdote en su rostro.

—Padre, ¿qué tal ha ido todo?

—¿Dónde está Alana? —preguntó sin más. Estaba tan preocupado que ni siquiera lo había oído.

—Descansando en su alcoba.

—He de verla.

—No es el mejor momento.

—¡Alana! —dijo levantando la voz sin importarle las palabras del padre de la muchacha.

—Pero ¿qué pretendéis? —se quejó Fairfax.

Poco tiempo después, ella apareció junto a su madre y el pequeño Wade.

—¡Hola, padre León! ¿Jugamos a los soldados? —soltó el jovencito, que traía una espada de madera en la mano.

—Hoy no, Wade. He de hablar con tu hermana. Otro día, ¿vale?

—Bueno —respondió alargando la palabra mientras fruncía el ceño con cara de decepción.

—Anda, hijo. Sal fuera a jugar, pero no te alejes —lo instó Leala.

El niño la obedeció al instante. Los dejó sin despedirse siquiera mientras blandía la espada y los ensordecía con un grito de felicidad.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alana.

—Has de partir esta misma noche. No puedes quedarte aquí, no es seguro ni para ti ni para tu familia.

—No lo entiendo. ¿Por qué?

—El príncipe pretende buscarte —soltó con una expresión severa.

—¿Eso ha dicho? —Sonrió tímidamente.

—Sí, Alana. Eso ha dicho.

—Bueno, ¿y qué hay de malo en ello?

—Todo. Parece que no lo entiendes. Acabas de cerrar la carne desgarrada de un hombre solo con tus manos. Aunque solo lo haya visto su tutor, eso te pone en peligro. Además, es pronto para pensar en... Eres demasiado joven, y aún me queda mucho por mostrarte. Estoy seguro de que tu madre me dará la razón.

—Padre, mi destino no está en vuestras manos —respondió molesta.

—Lo sé, solo está en manos de Dios. Pero, antes de desposarte, tienes que ser capaz de controlar tu poder. Yo puedo enseñarte...

—No veo cómo —lo interrumpió con contundencia—. Yo soy la Elegida. Lo que «puedo hacer» —recalcó— no está ni en vuestra mente ni en vuestro corazón, sino en mí. Os aseguro que soy capaz de rechazar cualquier insinuación por parte del príncipe o incluso de defenderme, en caso de que fuera necesario.

Fairfax y Leala la miraron temiendo lo peor. Aquella revelación acerca del interés del heredero por ella parecía acercar a su hija al trono de Inglaterra. La princesa Thyra ya les había adelantado lo que Alana llegaría a ser: la reina. Ambos pensaron que, si la errante veía el futuro y no había error en su predicción, por mucho que el padre León tratara de separarlos, tarde o temprano, acabarían juntos.

—Él se ha quedado prendado de ti —confirmó con estas palabras lo que el matrimonio temía.

—Pero yo no de él. —Carraspeó—. Solo le he salvado la vida, igual que hubiera hecho con cualquiera que hubiese estado en su lugar.

—De eso no tengo duda, Alana, pero tus mejillas arboladas te traicionan. Por el amor de... ¡Apenas lo has visto un instante!

Ella se llevó de forma instintiva las manos al rostro.

—Yo... ¡No es eso! Es solo que estoy cansada —se defendió.

—No lo dudo, pero sigo pensando que debes marcharte del pueblo enseguida. ¿Crees que no he visto cómo te has dado la vuelta justo antes de salir de aquella alcoba? Él no ha dejado de mirarte ni un solo momento y te ha sonreído antes de que cerraras la puerta. Créeme, no se conformará únicamente con darte las gracias.

—Padre, os tengo en gran estima, pero esto no es de vuestra incumbencia ni, mucho menos, vuestra decisión. Yo no voy a ir a ninguna parte. Hasta que me llegue el momento de desposarme, como es ley de vida, este es y será mi hogar. No está es vuestras manos elegir ni cuándo ni cómo he de dejar a los míos.

—Cometes un error al no escucharme. Durante años, he acompañado a tu madre. La he ayudado en todo lo que he podido, y mi obligación es hacer lo mismo contigo.

—Os aseguro que, si en algún momento os necesito, seré yo misma quien acuda a vos. ¡Pero dejad de intentar manipularme u obligarme a hacer algo que no quiero!

—Alana, ¡no le hables así al padre León! —la regañó Leala.

—Hija, ¡cuida tus palabras! —la recriminó Fairfax también.

—Has nacido para proteger la vida de los hombres, no solo la del príncipe —añadió el párroco muy serio—. Nada ni nadie ha de desviarte del camino, ni siquiera la promesa de un supuesto amor a primera vista.

Ella se quedó mirando a los tres mientras pensaba que apenas habían pasado un par de días desde que se había visto envuelta en un destino que era impensable para una muchacha de su condición.

Ahora su deber era salvar al mundo, a todos en realidad. Esa era su cruz y, quisiera o no,

no podía escapar de ella.

—No —dijo Alana sin más.

—¿No? —preguntó León.

—Así es. No acepto vuestras palabras. No acepto vuestras órdenes. Tengo dieciséis años. Ya soy una mujer y... la Elegida. Dentro de mí hay más sabiduría y poder de lo que jamás seréis capaz de imaginar.

—Ala...

—No, madre —la cortó, desesperada porque se pusieran en su lugar—. Os aseguro que no es impertinencia, solo os pido comprensión. Mi vida ha cambiado de la noche a la mañana y siento que soy incapaz de reconocirme. No puedo volver atrás, y lo peor es que ni siquiera se me concedió la oportunidad de elegir. Os pese a todos lo que os pese, tenéis que aceptar en quien me he convertido; pero os aseguro que no seré esclava de mi don.

—Hija mía, lo único que queremos es ayudarte —dijo Leala, acariciándole la mejilla.

—Alana, créeme cuando te digo que mi última intención es herirte o hacer que te sientas desdichada —intervino León—. Como ha dicho tu madre, solo quiero ayudarte y protegerte en lo que pueda, incluso con mi propia vida.

—¿Es que no os dais cuenta, padre? Nadie en esta sombría tierra puede protegerme porque esa responsabilidad recae en mí. ¡Soy yo la que ha de protegeros a todos!

—Sí, hija —dijo el sacerdote cambiando su tono de voz—, aunque recuerda que, como todos nosotros, continúas siendo mortal. No eres inmune al acero, puedes morir como nuestro Señor lo hizo. Tu fuerza, velocidad, destreza, sabiduría... Todo eso hace de ti una mujer excepcional, pero no invencible.

—Lo sé, y es lo único que me queda. Lo único que me acerca un poco más a la que fui, pero, por desgracia, también me aleja de quien pretendía ser.

—Lana, hija mía, la sangre que corre por nuestras venas es una bendición. Aporta luz al destino de los hombres, y...

—No existe mayor honor.

—Exacto.

—Tal vez, madre; pero pesa.

—Al principio, sí. Pasado un tiempo, olvidarás a la Alana que fuiste y te convertirás en quien realmente eres.

—Me gustaba ser quien era. Al menos no tenía esta responsabilidad sobre mis hombros.

—Lo sé...

Unos golpes en la puerta los interrumpió. Wade no podía ser, él nunca llamaría antes de entrar.

—Escondedla —instó el padre León.

Leala se la llevó a su alcoba y cerró despacio. Se llevó la mano a los labios para indicarle que no hiciera ruido. Las dos se miraron con temor porque aquella insistencia no auguraba nada bueno.

Antes de dirigirse hacia la puerta, Fairfax le hizo un gesto con la cabeza al cura, quien movió las manos de arriba abajo para que se tranquilizara un poco.

Unos cuantos golpes más.

—¿Quién sois y por qué no dejáis de aporrear mi puerta? —expresó el campesino con cara de pocos amigos.

—Busco al párroco y a la muchacha. En el pueblo me han dicho que han visto a ambos entrar en esta casa —dijo Hereward con rudeza.

—Aquí estoy —se presentó León, dando un paso hacia adelante.

El capitán lo miró con indiferencia. Sin mediar palabra, entró en el hogar de la Elegida para echar un vistazo. Hizo caso omiso de las protestas de Fairfax, quien se guardó mucho de ponerle la mano encima. Con una expresión austera, se dedicó a escudriñar a su alrededor. Pasó la mirada por la pequeña estancia que contenía dos lechos y la dejó fija en la puerta que estaba cerrada.

—El príncipe quiere veros de nuevo a la muchacha y a vos —agregó ladeando la cabeza y mirando hacia donde supuso que la habían escondido.

—¿Acaso ha empeorado? —se sorprendió el sacerdote.

—No.

—Entonces, dadle las gracias en mi nombre y en el de mi pupila. Como comprenderá, ella no se encuentra bien después de lo ocurrido; y yo estoy muy ocupado con el resto de mis feligreses como para perder el tiempo con...

—No lo habéis entendido —lo cortó de malas maneras—. Estoy aquí para llevaros a ambos en presencia del futuro rey de Inglaterra. No es una petición, sino una orden.

Se llevó la mano diestra al cinto y la apoyó en la espada. No iba a dejar que aquel hombrecillo lo manipulase. Él no creía en ningún dios, y mucho menos en uno que jamás había estado de su lado en la batalla y que había dejado morir a demasiados buenos hombres sin tener en cuenta sus plegarias.

—Ya veo —dijo León con el gesto torcido—. Está bien. Yo os puedo acompañar ahora, pero ella necesitará descansar hasta mañana. Está demasiado débil como para caminar.

—Esas no son mis órdenes.

—Entonces, ¿qué haréis? ¿Obligarla a ir con vos cuando no se mantiene en pie por haber salvado al «futuro rey»? —añadió, enfrentándose al soldado—. ¿Es que vais a atreveros a tocarla después de lo que ha hecho?

El capitán entrecerró los ojos un instante mientras asimilaba las palabras del párroco. En cierto modo, tenía razón. No conocía las verdaderas intenciones de Alistair con respecto a la joven, aunque tampoco era cuestión de precipitarse y ponerla en peligro. Sin duda, ella era muy valiosa. Tras curar las terribles heridas que le había infligido aquel vampiro, se había marchado a toda prisa. Él la había visto solo un momento antes de abandonar la alcoba en la posada. Poco después, el sacerdote también se marchó. No pudo determinar cuánto estuvo esperando hasta que volvió a entrar. Ver el pecho inmaculado del príncipe, sin ni siquiera la sombra de una leve cicatriz, le impactó en lo más profundo de su ser. Sin embargo, ninguno de los dos le aclaró qué era lo que había sucedido allí. Alistair se ciñó a pedirle que lo trajera de vuelta para hablar con ambos, lo que en la mente del capitán se había convertido en una orden directa. Ahora se encontraba en la casa de la chica que había llevado a cabo aquel milagro, porque de eso no cabía ninguna duda. Su príncipe quería hablar con ella, pero quizás ese esfuerzo realmente la hubiera debilitado. Puede que el párroco no mintiera después de todo, aunque no iba a dejar esa casa sin comprobarlo por sí mismo.

—De acuerdo, padre. Acepto vuestra palabra, pero he de verla antes de irnos.

—¡Os he dicho que está descansando! —insistió León.

—O me mostráis a la doncella ahora mismo o tiro la puerta abajo y me la llevo a rastras, esté consciente o no.

El tono del soldado no dio opción a negarse. Fairfax iba a decir algo, pero, de pronto, la puerta se abrió. Leala salió con una expresión a medio camino entre indignación y preocupación.

—¿Se puede saber a qué viene tanto alboroto? —dijo con un tono tranquilo, pero con el

corazón bombeándole fuerte en el pecho.

—He de ver a vuestra hija —soltó Hereward a punto de sacar la espada, ya que estaba empezando a perder la paciencia.

—Está dormida, o al menos lo está intentando.

—Dejadme verla.

—En silencio.

—Apartad de una vez.

El capitán entró en la alcoba. Al verla tumbada bajo una manta, se abstuvo de decir nada más. La chica no tenía buen aspecto. Mostraba un rostro pálido y la frente perlada de sudor.

—¿Se encuentra bien? —preguntó en voz baja.

—No. Ha hecho un sobreesfuerzo y no sé cuándo despertará —aclaró Leala, pidiéndole con la mirada que saliera de allí.

Hereward asintió. No quería ponerla en peligro bajo ningún concepto. Menos aún, cuando el príncipe quería hablar con ella.

—Está bien. Volveré mañana.

—Os lo agradezco —respondió la mujer con un tono de voz que hizo al soldado retroceder otro paso.

—Padre, vámonos.

—Enseguida. Bueno, hijo —añadió León mirando a Fairfax—, retomando lo que iba a decirte antes de que llamaran a la puerta, espero que sigas mis consejos y vayas a ver a tu hermana.

El padre de Alana sonrió para tratar de disimular y asintió para darle a entender que sabía lo que debían hacer.

—Tenéis toda la razón —dijo lo más tranquilo que pudo—. Dejaré nuestras rencillas a un lado y partiré esta misma noche. No quiero llegar demasiado tarde y perder la oportunidad de despedirme de ella.

—Harás bien, hijo.

Al pasar a su lado, el sacerdote le puso la mano en el hombro para insuflarle ánimos. El capitán lo siguió hacia la puerta, pero justo después de salir, se dio la vuelta.

—Un momento. Según me han dicho, vos sois Fairfax, el padre de la muchacha. —Hizo el mismo gesto de ladear la cabeza y volver los ojos hacia la puerta, que ahora estaba abierta.

Él no dijo nada, solo contuvo la respiración.

—Capitán, ¿no deberíamos irnos ya? —apremió León.

—Sí, pero antes quiero dejar algo claro. —Miró a Fairfax con altanería—. Ni ellas ni tú iréis a ninguna parte. Vuestra supuesta hermana puede esperar. ¿Queda claro? El príncipe Alistair quiere hablar con ella. —Giró la cabeza hacia la alcoba un instante—. Por el bien de tu familia, presta atención: espero que vuestra hija esté aquí mañana. Si no es así, os daremos caza e iréis todos a prisión.

—¿Y para qué quiere hablar...?

—Lo que quiera el heredero no os incumbe. Callad y obedeced o me la llevaré sin más.

Fairfax se mordió la lengua. Había oído hablar de la maldad de los soldados del rey, pero nunca había sido testigo de su rudeza.

—Todos estaremos aquí mañana —acabó diciendo.

—Buena elección. ¿Padre?

Hereward salió a toda prisa. León se volvió un instante y negó con la cabeza. El padre de Alana no entendió aquel gesto, pero de lo que sí estaba seguro era de que no iba a arriesgar la

vida de su familia por un dios que no dudaba en ponerlos en peligro.

## 11. ESA ES RAZÓN MÁS QUE SUFICIENTE PARA MÍ

Bêwestan corrió como el viento para llegar al pueblo. Miró alrededor con detenimiento. No encontró por ninguna parte a los dos soldados que se habían salvado, por lo que pensó que ambos habían castigado a los caballos con verdadera saña para escapar del peligro que aún podía acechar en el bosque. Al ver la posada, supuso que quizás estuvieran allí con el príncipe, aunque antes debía asegurarse.

Mientras se adentraba por la húmeda calle principal, los aldeanos murmuraban a su espalda. Unos parecía que habían reconocido qué era, otros se maravillaban de sus preciosas facciones. Por doquier encontraba a alguien que la estaba juzgando por algún motivo, pero todos coincidían en que era temible y que debían andar con cuidado.

Se fijó en un grupo de cinco hombres y sonrió. Antes de que pudieran dispersarse, se acercó hasta ellos en un suspiro. Eligió a uno y le susurró unas palabras que los demás fueron incapaces de oír, pese a estar a pocos pasos.

—Estoy buscando a los soldados que han llegado hace poco con un herido —dijo sin más. El resto se quedó inmóvil ante lo que la habían visto hacer—. ¿Dónde están?

—En la posada —respondió el dominado.

Aprovechando la confusión de los cuatro al ver a su amigo hablar como si no tuviera alma, ella volvió a susurrar algo a toda velocidad. Se sorprendió de haber podido someter la voluntad de los cinco, que la olvidaron en cuanto desapareció de su campo de visión, pero no se detuvo a pensar en cómo lo había logrado. Tal vez la simpleza de sus almas había tenido mucho que ver.

Caminó a buen paso hacia donde le había indicado el que parecía un herrero. Se lamentó de no poder subyugar a todo el pueblo; por lo que optó por parecer un poco más humana, aunque su impresionante tez nívea, libre de cualquier imperfección, era imposible de ocultar. Además, sus ropas la delataban, ya que los que pertenecían al ejército de la casa Drăgoi vestían del mismo modo. Chaqueta negra con el emblema de las tres serpientes negras sobre fondo rojo, todo bordado con esmero. Pantalones ajustados de cuero oscuro, que resaltaban sus piernas delgadas pero atléticas, bien formadas, y botas altas a la altura de la rodilla. En el cinto, varias dagas. Una de ellas de acero *dojehî*.

Nada más entrar en la posada, todas las miradas recayeron sobre la vampira por motivos evidentes. Los hombres, impactados por su belleza. Las mujeres, celosas de su perfección imposible de superar.

Buscó al posadero con la mirada y se dirigió hacia él.

—Buenas tardes, necesito reunirme con los soldados que acaban de llegar —dijo con suavidad, tratando de ser amable. Estaba rodeada de demasiadas almas inocentes con las que podría haberse dado un festín, pero su misión era otra—. Las buenas gentes de este pueblo me han confirmado que están aquí.

El hombre la miró de arriba abajo, levantó el mentón y apoyó ambas manos sobre el

mostrador.

—No puedo darle esa inform...

Bêwestan colocó la mano derecha encima de una de las de él y susurró algo que nadie más oyó.

—Sígame, por favor —respondió el posadero sin voluntad.

Ella asintió y lo acompañó escaleras arriba. Una vez se detuvo delante de una puerta, le dijo algo que provocó que el hombre volviera a lo que fuera que estaba haciendo. En cuanto lo perdió de vista, llamó un par de veces y abrió sin esperar respuesta.

En la pequeña alcoba, se encontraba el príncipe acompañado de Youngblood y los dos soldados que habían resistido hasta el último embate.

Los cuatro se sorprendieron al verla entrar.

—¡Habéis sobrevivido! —dijo Alistair con alivio.

—Es una forma de verlo, príncipe —respondió ella, dibujando media sonrisa en su precioso rostro.

—¿Todos sois...? —Landon dejó la pregunta en el aire.

—Eso es algo de lo que no deberíais preocuparos. He venido solo para saber cómo os encontrabais —dijo mirando al heredero—, pero veo que mis ojos me han engañado antes.

—¿Por qué decís eso? —preguntó él mientras se cerraba como podía la chaqueta, que estaba hecha jirones—. No tenéis de qué preocuparos. Estoy perfectamente.

A la vampira no le pasó por alto que el humano solo mostraba algunas manchas de sangre seca el pecho y en las ropas; sin embargo, su carne no estaba desgarrada, ni siquiera mostraba una simple costra o cicatriz. Algo impensable dado lo que había visto.

—El golpe que os han asestado tendría que haber acabado con vuestra vida, príncipe —soltó sin medir lo que sus palabras implicaban—. De hecho, deberíais haberos desangrado. Conocía desde hace mucho al que se encaramó a vuestra montura. Puedo aseguraros que, hasta ahora, ningún hombre había conseguido sobrevivir a su mortífero ataque.

—Os equivocáis —intervino Landon antes de que Alistair inventara alguna mentira difícil de creer—. Os aseguro que las garras de ese ser solo le atravesaron el peto. Debíó de recibir un golpe en la cabeza y por ese motivo quedó inconsciente. Nada más.

—¿Nada más, soldado?

En el instante en el que iba a hipnotizarlos a todos, ya que no creía ni una sola palabra, llamaron a la puerta. Esta se abrió y entró el capitán Hereward acompañado del padre León, que había decidido no disimular la expresión de disgusto que llevaba.

—¿Veis? —añadió Landon—. Hemos llamado al galeno del pueblo, que resulta ser el sacerdote de la parroquia. Si no os importa retiraros, en cuanto compruebe que el golpe de la cabeza del príncipe no es nada, nos iremos a dormir. Hemos de partir por la mañana.

Ella se giró para saber de quién estaba hablando. Un halo de energía como jamás había sentido hasta ese momento la alcanzó. Aquella sensación extraña la desconcertó por completo. De pronto, sopesó intentar apoderarse de la voluntad de todos. De hecho, trató de moverse, pero le fue imposible. Aquella parálisis momentánea la dejó debilitada en todos los sentidos. Al apartar la mirada del párroco, comenzó a volver a ser ella misma. Sentir debilidad la indignó. Esa extraña sensación de impotencia era algo nuevo para ella. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que tal vez fuese la fe de aquel que la miraba como si pudiera leer su alma la que impedía que pudiera actuar.

Sin amilanarse, decidió responder ante su escrutinio observándolo con descaro, aunque acabó maldiciendo por lo bajo por haber cometido aquel error. La luz que desprendía el

insignificante sacerdote la estaba cegando hasta tal punto que apenas podía pensar. Pese a que quería averiguar cómo se había salvado el príncipe, no tuvo más remedio que aceptar la petición de Youngblood. Pospondría el interrogatorio para otro momento más propicio en el que no se viera socavada por un verdadero creyente en la palabra de Dios.

—Está bien —acabó diciendo Bêwestan—. Regresaré al castillo para confirmarle a vuestro padre que os encontráis sano y salvo. Por otro lado, ¿cuándo pensáis retomar el camino hacia Richborough?

—¿Cómo sabéis...? —dijo Landon muy sorprendido. Aquella información no debía conocerla nada más que el séquito del príncipe.

Ella se lo quedó mirando mientras decidía qué responderle.

—Creo que será mejor que os quedéis en el pueblo unos días más —agregó, ignorando su pregunta—. No es seguro que partáis mañana dado que solo sois cinco hombres. Si os vuelven a atacar y no estamos nosotros para defenderos, moriréis todos con total seguridad.

Youngblood se volvió hacia el príncipe, quien asintió abiertamente. Hereward no dijo nada porque estaba de acuerdo con la mujer que los había defendido de aquellos seres infernales.

—Está bien...

—Bêwestan —les recordó su nombre.

—Lady Bêwestan —dijo Alistair—, os agradezco de corazón lo que vos y los vuestros habéis hecho hoy por nosotros. Permaneceremos aquí hasta que vengan nuestros hombres. Trasládale mis palabras al resto de los tuyos. Hablaré con mi padre en cuanto regresemos para que sepa con certeza que vuestra lealtad está con el rey de Inglaterra.

Ella sonrió ante la declaración del humano. Él entendió aquel gesto como la aceptación de un cumplido; pero, en realidad, estaba a punto de echarse a reír por la sarta de estupideces que acababa de escuchar de boca de un ser que consideraba un mero fardo de alimento.

El padre León fijó su mirada en la espalda de la vampira. Había reconocido al instante qué era, pero no lograba entender por qué el hijo del rey tenía tratos con ella. El sacerdote pensó que aquella alianza era un error, por lo que no estaba dispuesto a quedarse cerca de esa aberración ni un instante más.

—Príncipe Alistair —interrumpió el párroco sin importarle si era o no lo adecuado—, me habéis hecho llamar y creo que debería veros la herida cuanto antes.

Aquel tono limpio, sin rastro de maldad, logró remover algo en el interior de Bêwestan. Ella se volvió hacia él con la intención de callarlo, pero acabó entrecerrando los ojos y frunciendo los labios. León la miró mientras elevaba el mentón. Acto seguido, metió la mano entre sus ropas y sacó de ellas una pequeña cruz simple tallada en madera.

La «No Muerta» dio un paso atrás y apartó la mirada con ira.

—He de irme —añadió a toda prisa—. No sé si nos volveremos a ver, pero cuidado del príncipe —se dirigió a Landon con brusquedad.

Tras un pequeño saludo, salió como alma que lleva el diablo de aquel aposento para librarse de la protección con la que aquel párroco parecía contar. Jamás había sentido nada parecido con otro seguidor de Cristo. Supuso que allí, en mitad de aquellas malditas tierras, no había otra cosa mejor que hacer que creer en algo para conseguir la salvación. Una salvación de la que ella hacía mucho tiempo estaba lejos de alcanzar.

Después de que se marchara, Landon despidió a los dos soldados para que repusieran fuerzas. En esta ocasión, Hereward permaneció con ellos. Ya que había ido a buscar a León y a la muchacha, no había razón para mantenerlo al margen.

—Bien —comenzó el sacerdote—, ¿para qué me habéis hecho llamar si estáis

completamente recuperado?

—¿Dónde está Alana? —lo cortó Alistair, ansioso por verla de nuevo y decepcionado porque no los hubiese acompañado.

—Príncipe, está en su hogar, descansando. Ha acabado agotada por el esfuerzo. Lo que no comprendo es por qué, después de haberos salvado la vida, él ha amenazado con encarcelar a su familia si salían del pueblo.

—¡Hereward! —lo reprendió Alistair—. ¿Qué es lo que le habéis dicho a ella?

—A ella no, mi príncipe, a su padre. Lo he creído necesario, puesto que me ha dado la sensación de que me estaban mintiendo.

El capitán le resumió en pocas palabras lo ocurrido en la casa de la joven. Landon sonrió y bajó la mirada. Ese gesto le hizo comprender al heredero que las sospechas del soldado no eran infundadas. La chica era libre de ir donde quisiera, pero antes de partir a Richborough para desposarse con aquella desconocida quería verla una última vez.

—Padre ¿León? —preguntó para asegurarse. El sacerdote afirmó con la cabeza—. Mi intención solo es agradecer a mi salvadora que pueda estar aquí, que estoy vivo.

—Pero ella ya ha oído esas palabras de vuestros labios, por lo que lo veo innecesario.

—No lo entendéis, ¿verdad? El don que posee Alana es digno de ser compartido con mi padre —añadió el heredero con suavidad.

En realidad, las palabras de Alistair escondían unas intenciones que distaban mucho de llevarla ante el rey. Se había quedado prendado de su rostro, de la dulzura de sus palabras, del tacto de su piel. No podía irse de ese pueblo sin verla esa última vez, y no estaba dispuesto a marcharse con las manos vacías.

—Su don no es infinito —dijo el párroco con determinación.

—¿Qué queréis decir?

—Cada curación la debilita. Lo que hizo por vos no sé cuánto la mantendrá en cama. Jamás había salvado la vida de nadie.

—¿Por qué puede hacer...?

—No lo sé. Nadie lo sabe. Su don se reveló sin más, así que igual que vino puede desaparecer.

—Lo decís con mucha rotundidad, y eso no podéis saberlo con certeza.

—Claro que no, pero lo que sí sé es que su vitalidad merma cuando ayuda a los demás. Ella es pura bondad, por lo que sería capaz de dar su propia vida con tal de salvar a otro.

—Eso no lo permitiré —dijo Alistair muy serio. Se incorporó hasta sentarse. Landon le colocó las almohadas para que estuviera más cómodo.

—Entonces debéis entender que ella no puede abarcar más, como quien dice, de estas cuatro paredes, de este pueblo.

—¿Ha estado alguna vez al borde de...?

—¿La muerte? —acabó el sacerdote la frase.

El príncipe asintió preocupado. Lo último que quería era ponerla en peligro, por lo que su secreto debía mantenerse a buen recaudo. Si alguien más descubría lo que Alana podía hacer, la raptarían para salvar a quien fuera sin tener en cuenta las consecuencias.

—¿Vos qué creéis? —agregó León con el semblante tranquilo, todo lo contrario a cómo se sentía.

—Esta ha sido su peor vez, ¿me equivoco?

—No, príncipe. Esta ha sido la «vez» que más cerca ha estado de dejarnos. Recordad que os ha arrancado de las mismas garras de la muerte. Algo que le ha salido muy caro, puesto que

ahora yace inconsciente en su lecho.

—No lo entiendo, se marchó de aquí y estaba bien.

—Los efectos no son inmediatos.

El párroco se sintió mal al mentir de forma descarada, pero no tenía más remedio que hacerlo o Alana estaría en peligro. Debía hacerle ver al príncipe que acercarse a ella significaba exponerla al mundo, y este la despedazaría sin importarle si sobrevivía después.

—Está bien —aceptó el heredero. El párroco respiró aliviado solo un breve instante—, pero quiero verla una vez más. En cuanto se recupere, iré a su casa.

—Pero, príncipe...

—Es mi decisión y acataréis mis deseos. Quiero hablar con ella antes de retomar mi camino, eso es todo.

—No creo que debáis acercaros a Alana. Vuestra milagrosa recuperación puede levantar sospechas. Más aún si la visitáis en su propio hogar. Vos, el príncipe de Inglaterra.

—Pero contamos con una ventaja. —El sacerdote frunció el entrecejo—. Aquí no me conoce nadie, padre. Me vestiré con ropas más acordes a las gentes de este pueblo e iré a verla en cuanto se recupere.

—No...

—El príncipe ha hablado —dijo Landon mirándolo con cara de pocos amigos.

Alistair asintió. Una cosa era salvarle la vida, algo que sin duda agradecía, y otra era permitirle que cuestionara su voluntad. Tan solo el rey tenía la potestad de ordenarle qué hacer, y un mísero sacerdote no iba a interponerse en sus deseos.

—De acuerdo. Cuando se sienta mejor, os lo haré saber —agregó León, temiendo lo que aquel encuentro podría implicar en la vida de su protegida.

—Gracias, padre.

Tras cerrar la puerta, el cura regresó a la parroquia. No podía arriesgarse a que uno de los soldados lo siguiera. Al alba iría a visitar a Alana. A su pupila no le quedaba más remedio que ver al príncipe y dejarle claro que no estaba interesada en él en ningún sentido. La cuestión era si ella estaría dispuesta a rechazarlo.



Bêwestan avanzó todo lo deprisa que sus piernas le permitieron. Quería poner la mayor distancia posible entre el sacerdote y ella. Conforme avanzaba, sentía cómo iba recuperándose. Volvía a tener toda su fuerza y velocidad. No entendía por qué aquel hombre había conseguido desestabilizarla de aquel modo, aunque recordó que, tiempo atrás, cuando acababan de convertirla en lo que ahora era, cualquier referencia al Dios de los cristianos la afectaba profundamente. A todos los neófitos les ocurría lo mismo, pero con el tiempo el efecto se iba diluyendo. La fe no era inquebrantable, sino que cambiaba como el viento en cuanto sucedía alguna desgracia. Algo que a su raza le beneficiaba porque lograban obtener lo que deseaban gracias a esa debilidad. Su capacidad para robar la voluntad de los humanos era una ventaja de la que jamás se cansaba, aunque, en aquella alcoba, la creencia de un solo mortal había eclipsado toda oportunidad de someter a los hombres del rey.

La noche se cernió sobre la vampira. No temía los peligros que conllevaba ir sola por el camino hacia el castillo, puesto que ella era la misma muerte. Si algún grupo quisiera detenerla, no se lo pondría nada fácil. Cuando aún era humana, los que la conocían decían que era tenaz, perseverante. Siempre era la más rápida, nunca dejaba nada a medias y no se detenía hasta acabar lo que había empezado. En honor a esas cualidades, nada más convertirla, Helmet la nombró de

ese modo en su lengua: Bêwestan, la Incansable.

Dejó esos pensamientos atrás en cuanto vio a lo lejos las antorchas del campamento que estaban montando los suyos alrededor del castillo. No se había detenido ni un instante, aun así, no sentía cansancio alguno.

Bajó el ritmo al llegar a la zona de las primeras tiendas. Tras ser reconocida, la dejaron pasar. Caminó por el patio de armas hasta las enormes puertas de madera que protegían la entrada. Saludó con un gesto de cabeza casi imperceptible a los que estaban guardia con junto a los soldados. No sabía qué ocurría, tan solo notaba el ambiente distinto al que había dejado antes de irse. Lo sentía pesado, enrarecido. Supuso que el miedo general de las gentes del pueblo al verse rodeadas por extraños tenía mucho que ver.

Dada lo avanzada que estaba la noche, supuso que quizás ya todos estarían en sus aposentos. De repente, varios sirvientes pasaron rápido ante ella llevando bandejas repletas de venado, frutas y queso. Otros tantos portaban jarras de lo que supuso era vino. Prestó más atención. De pronto, le llegó un murmullo amortiguado del lado donde se encontraba el salón del trono.

Entendió que la cena se había alargado más de la cuenta, así que dibujó una mueca de indiferencia y se dirigió hacia allí. Quería informar a Helmet cuanto antes de la milagrosa recuperación del príncipe y retirarse a descansar. Lo ocurrido con aquel párroco la había dejado con un regusto amargo en la boca, así que solo le apetecía beber de algún sirviente que encontrara de camino a su alcoba y dormir hasta el día siguiente.

Todos sus planes se fueron al traste al entrar en el gran salón. La representación que se estaba desarrollando era bastante cercana a las antiguas orgías con las que solían divertirse los de la casa Ursu. Aquello lo hubiera esperado de Abbadon y de sus secuaces, pero no de Helmet, con lo que comenzó a darle vueltas a qué habría ocurrido para que hubieran llegado a ese punto.

En el centro, media docena de mujeres y hombres danzaban semidesnudos al son de los laúdes. No había rastro de los miembros del consejo, solo estaba el rey sentado en su trono con una expresión que no dejaba duda de su repulsa hacia todo aquello. Helmet se alimentaba de una chica menuda mientras Xwînxwar daba buena cuenta de un bailarín fornido que parecía disfrutar de lo que le estaba haciendo. Qiloçker se encontraba sentado cómodamente en uno de los bancos jugueteando con una copa vacía, mirando los movimientos de una mujer con demasiadas curvas para su gusto; y Wêranker sonreía por algo que le había comentado el humano al que estaba mordiendo.

Bêwestan había presenciado esa escena tantas veces que prefería no pensarlo. Como vampira, debería serle indiferente. El dolor ajeno había dejado de importarle hacía mucho, sin embargo, por alguna razón, aquella noche no se sentía ella misma. Lo sopesó un instante y decidió guardarse para sí lo que había visto y sentido con el sacerdote. Lo más probable fuera que no significase nada, así que para qué alarmar sin razón. O, más bien, para qué exponer su debilidad ante todos.

Qiloçker levantó la copa al verla y le guiñó un ojo. Ella bajó la mirada y negó un par de veces. Frunció los labios para aguantar una leve sonrisa. Volvió a fijarse en aquella exhibición y decidió acabar de una buena vez para retirarse. En realidad, en ese momento no tenía ganas de presenciar depravaciones. Y, aunque Qil desprendiera sensualidad por cada poro de su piel, esa noche no necesitaba revolcarse con nadie, sino estar sola para poder centrarse.

Helmet la vio y le hizo un gesto para que se acercara. Ella obedeció, quería soltar lo que sabía y después alejarse de allí.

—Bêwestan, has llegado antes de lo que esperaba.

—He venido lo más rápido que he podido, señor.

Sin demora, le resumió lo ocurrido, aunque el resto ya se lo había relatado con anterioridad. Sabía que a su jefe le gustaba oír la versión de cada uno, así que ella se la contó sin más. También aportó la historia inverosímil de Landon sobre la herida del príncipe. Athelstan respiró aliviado al saber que se hallaba fuera de peligro.

No cabía duda de que esa conversación era demasiado importante como para tenerla en aquellas circunstancias, por lo que Helmet detuvo la música y paralizó a los humanos. Xwînxwar se dirigió a la puerta y liberó a los sirvientes. Después la cerró y se mantuvo allí para que nadie más entrara.

—Entonces, ¿mi hijo está bien? —insistió en saber el rey.

—Así es. El heredero no tiene ni un rasguño. Las armaduras inglesas deben de estar forjadas con un acero excelente —dijo ella para tranquilizarlo.

—Pensaba que lo habían herido de gravedad —intervino Wêranker.

—Y yo, pero la sangre que tenía no era suya, sino de su atacante. Señor —añadió mirando al rey—, les he pedido que permanezcan en la posada hasta que enviéis los refuerzos. Para que lleguen a Richborough, será de vital importancia que el grupo sea de al menos cincuenta hombres. Por supuesto, algunos de nosotros también deberíamos acompañarlos.

Helmet la observó un instante. Bêwestan era una vampira fiel. Siempre había confiado en ella; así que, si ella hacía tal petición, era algo que veía necesario.

El rey miró al «No Muerto». Este asintió como respuesta.

—Mañana saldrán sin demora —dijo Athelstan preocupado. No solo la vida de su hijo estaba en riesgo, sino también la alianza que necesitaba para mantenerse en el trono.

—Entendido —respondió ella.

—Qiloçker, tú y tus mejores oficiales iréis con ellos —ordenó Helmet. No estaba dispuesto a que Abbadon asesinara al heredero sin saber el motivo—. Creo que podemos dar por acabada la... velada.

—Os lo agradecería —respondió el gobernante, asqueado.

—No volverá a ocurrir, «mi rey». Hoy ha sido un día extraño. Perdonad mi falta de tacto.

Helmet hizo un gesto a los suyos. Estos se acercaron a los humanos para susurrarles que volvieran a vestirse y olvidaran cuanto allí había ocurrido. Ellos obedecieron enseguida y se marcharon a toda prisa.

Tras quedarse a solas, el rey volvió a pedirle a Bêw que le contara lo sucedido. Ella repitió sus palabras al ver cómo Helmet aceptaba que lo hiciera.

Athelstan bajó la mirada y maldijo. Aquella alianza le estaba trayendo muchos problemas. Al no tener más opción que aceptarla, estuvo tentado de pedirle a su invitado que le hiciera olvidar el acuerdo al que habían llegado, puesto que ya no podía soportarlo. En el último momento, tras sopesar las consecuencias, permaneció en silencio. Después, se despidió hasta el día siguiente. Situación que aprovecharon los acólitos de Helmet para reunirse a su alrededor.

—Abbadon está arriesgando mucho trayendo hasta aquí a sus bestias. Me temo que tendré que enviarle una misiva para que se explique porque no pienso aceptar esta situación. Mørket me eligió a mí para esta empresa, por lo que no sé a qué demonios está jugando ese malnacido.

—Señor, ellos van a matar, y no les importa en absoluto si son humanos o vampiros. Esta noche he tenido que deshacerme de Svart. Él ha sido quien ha atacado al príncipe.

—Eso no le va a gustar nada... —Helmet sonrió con satisfacción—. En fin, descansad. Mañana debéis proteger a los hombres del rey con vuestra vida. Esa alianza debe llevarse a cabo como sea.

—¿Por qué te importa tanto, jefe? —Xwînxwar no entendía la fijación que tenía su jefe con esa unión.

—Porque Abbadon trata de impedirla, y esa es razón más que suficiente para mí.

## 12. A MÍ NO ME ENGAÑAS

Tras despedirse Bêwestan, se dirigió con paso veloz hacia su alcoba. Necesitaba darse un baño, así que detuvo al primer sirviente que encontró para ordenarle que le llevaran una tina al momento. El chico obedeció sin rechistar.

Poco después, llamaron a su puerta. El joven al que se lo había pedido apareció con otro mucho más corpulento. En poco tiempo, estaba todo preparado. Una chica se ofreció para ayudarla, ella aceptó con amabilidad. Cuando se quedaron a solas, le robó su voluntad y sangre suficiente como satisfacer sus necesidades. Tras curarle la herida, la dejó marchar.

Rozó el agua con la punta de los dedos. El calor que desprendía era delicioso. Olió el jabón que le habían dejado junto a las toallas de lino. Todo desprendía una fragancia a lavanda que le hizo recordar su niñez.

Llenó los pulmones con un aire que no necesitaba para poder resoplar con fuerza. Se sentía hastiada. Aquella noche le pesaba el mundo y no tenía idea de por qué.

Se desvistió sin importarle dónde caía la ropa, tan solo necesitaba hundir la cabeza en el agua para aislarse de todo. Cerró los ojos lo que le pareció un instante cuando unas fuertes manos la levantaron como si fuera una pluma.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —preguntó Qiloçker, deleitándose con su desnudez.

—Tomando un baño. ¿Y tú a qué demonios has venido a mi alcoba?

—A verte, por supuesto. ¿Por qué tenías la cabeza sumergida, Bêw? —preguntó con media sonrisa, bajando la mirada al agua—. ¿Acaso intentabas ahogarte?

—No, claro que no. Solo quería despejar la mente y relajarme. Suéltame ahora mismo.

—¿En serio? —dijo ladeando la cabeza.

—Y a todo esto, ¿por qué no has llamado a la puerta antes de entrar? —preguntó molesta.

—Lo he hecho, pero no contestabas. Venía a...

—¡Olvídate! Hoy no estoy de humor.

—¿Para mí o...?

—¡Para nadie! —lo cortó ella de malos modos, sentándose.

—¿Qué ocurre?

—Nada.

Él se la quedó mirando. Frunció el ceño, se sujetó el labio inferior entre los dientes y entrecerró los ojos.

—No, a mí no me engañas. A ti te pasa algo.

—Me da igual lo que pienses. Como te he dicho antes, hoy no estoy de humor. Además, a mí no me ocurre nada. —Se quedó pensando un instante—. Y, si así fuera, no es de tu incumbencia.

Qiloçker sonrió. Apartó los lienzos limpios a un lado y se sentó en el lecho. No estaba dispuesto a marcharse sin saber qué había conseguido sumirla en aquel estado de melancolía. Ella no era así. Era fuerte, lista e implacable. Jamás se amilanaba en la batalla ni ante nadie. Se

quedó en silencio mientras la miraba como si pretendiese entrar en su cabeza. Sonrió para sí al darse cuenta de que era tan letal que, si alguna vez se lo llegaba a proponer, seguro que podría acabar hasta con el mismísimo Abbadon. Sin embargo, la expresión que mostraba su rostro lo desconcertó. Algo le había sucedido, y no se iría de allí hasta averiguarlo o hasta satisfacerla por completo.

Bêwestan lo contempló desde su posición. Seguía parcialmente sumergida en la tina. Sabía que él podía ver todo su cuerpo desnudo desde donde se encontraba. En realidad, no sentía vergüenza alguna. Llevaban tanto tiempo teniendo sexo que esa fase la había dejado atrás. Aunque en un principio lo había rechazado, la forma en la que él la estaba observando hizo que se sintiera ligeramente mejor. Tal vez que hubiera entrado en su alcoba no fuese, al fin y al cabo, tan mala idea.

Poco a poco, la expresión burlona que caracterizaba a Qil fue cambiando. Se había pasado toda la tarde rumiando las palabras de Wêr. Ahora, al verla desnuda a la luz de las numerosas velas que iluminaban la estancia, había sido consciente de que, en cierto modo, sí la quería. No como un humano, puesto que hacía mucho que los sentimientos que era capaz de tener cuando aún le latía el corazón distaban mucho de lo que ahora sentía cuando estaba con ella. Quizás no tanto, pero era lo máximo que podía ofrecerle.

La vampira sonrió para sí al ver cómo se devanaba los sesos, pero no quiso dar su brazo a torcer y esperó sin inmutarse a que le contara lo que fuera, ya que estaba segura de que su ocurrencia iba a divertirla.

—Bêw, sí que lo es —dijo después de sopesarlo—. Te aseguro que es de mi incumbencia. Me preocupo por ti más de lo que crees.

Ella formó media sonrisa. No era la respuesta que esperaba, pero igualmente le hizo gracia. Qil era capaz de inventar lo que fuera con tal de meterse bajo sus sábanas.

—¿Ahora me vas a mentir? —dijo al tiempo que pasaba el jabón por sus pechos para provocarle.

Él se humedeció los labios. Por cómo lo incitaba, le pareció que estaba un poco más receptiva que cuando entró en su alcoba; pero no iba a dejar pasar la oportunidad de confesarle lo que había estado ensayando buena parte de la noche. Sentía que el momento de hacerlo era ese y no pensaba echarse atrás.

—Dime, ¿cuándo te he mentado yo?

—Deja que haga memoria —se mordió un lateral del labio inferior mientras entrecerraba los ojos—: cuando te conocí, hace tres siglos... A ver, a ver... ¡Ah! También en el año 693. En el 917, dos veces el mes pasado... —fue enumerando cada uno de ellos con los dedos de la mano.

—¿Llevas la cuenta?

—Tengo buena memoria.

—Ya veo —dijo él, llevándose la mano a la barbilla—. ¿Y solo recuerdas mis errores o también te recreas en mis... aciertos?

—Yo me acuerdo de todo, pero no sé de qué aciertos me hablas —añadió bajando las comisuras al tiempo que negaba con la cabeza.

—¿A no? —preguntó con un tono travieso.

—No, para nada. —Sonrió un poco.

—Yo creo que no puedo permitir que te salgas con la tuya.

Se deshizo de la chaqueta en un suspiro. Después le siguieron las botas y los pantalones.

—Te he dicho que no estoy de humor —dijo Bêwestan sin estar ya convencida del todo.

Se quedó embelesada con su imponente cuerpo. Sin un mero recuerdo de todas las batallas en las que había puesto su existencia en peligro. La musculatura de su torso estaba bien definida. Brazos fuertes. Piernas poderosas. Firmes pero veloces. En realidad, Qiloçker era muy atractivo. Cuando era humano, debió de ser un verdadero tormento para las inocentes. Con esa sonrisa pícara, sus labios carnosos y esa mirada que parecía atravesarte sin malicia. Solo que, en el fondo, cada uno de sus movimientos estaban estudiados para acabar subiendo las faldas de cuanta muchacha se le cruzara por delante.

Ante el repaso de la vampira, posó sus ojos en ella. En esta ocasión, la miró de manera distinta. Si hubiera sido posible, hubiese jurado que había sentido algo en el pecho, justo a la altura del corazón. Pero ¿para qué engañarse? Eso era imposible. Aun así, no se movió un ápice para que ella pudiera recorrerlo con la mirada a su ritmo. Quería que disfrutara de su desnudez, que se excitara con la promesa que le estaba mostrando de la noche larga y placentera que podrían compartir si cambiaba de opinión.

Esta vez fue ella la que se mordió el labio inferior mientras sopesaba si dejarlo allí un poco más o invitarlo a compartir su baño. Él levantó el mentón mientras formaba una sonrisa de satisfacción. Después se pasó la mano por su cabello negro enmarañado. Aquellos ojos, antaño azules, ahora de un ligero tono rojizo tras haber bebido sangre, se posaron en la zona de sus pechos que quedaban por encima del agua. Ella le miró la entrepierna con descaro a través de sus pestañas. Se veía que aquella parte estaba deseando sus atenciones desde que se había despojado de sus ropas.

Tras sopesarlo un instante más, Bêwestan se hizo a un lado. Qiloçker captó enseguida lo que aquel movimiento significaba. No se lo pensó dos veces y se sentó. Ella se colocó a horcajadas encima de él. Sin mediar palabra, comenzó a besarlo. Él respondió hundiendo la lengua en su boca, pero acabó por detenerla. Antes de continuar necesitaba confesarle lo que sentía, o al menos lo que creía sentir desde hacía mucho.

—¿Qué? —preguntó extrañada.

—Me he dado cuenta de que no tienes razón.

—¿En qué? —dijo mostrando una expresión de sorpresa.

Él frunció los labios y los movió de un lado a otro mientras pensaba cómo iba a decírselo. Terminó por formar media sonrisa. Subió las manos y las hundió en su precioso pelo rubio mientras se perdía en sus ojos verde oscuro como si ese fuese el momento más decisivo de toda su larga vida.

—¿Qué pasa, Qil?

—Sí te amo, Bêwestan —soltó por fin, sintiendo en las entrañas algo que le recordó bastante a los nervios de cuando fue una vez un joven enamorado. Ella abrió los ojos de golpe sin poder creerlo—. Esta tarde me has dicho que yo no te amaba, y no es cierto. Sí te amo —repitió—, así que no vuelvas a decirme que, si te cansas de mí, te entretendrás con otro. No lo permitiré. Antes acabo con el que pretenda ocupar mi lugar y...

Ella no lo dejó terminar. Se lanzó a su boca para devorar sus labios con una necesidad que jamás había sentido. De hecho, no recordaba que pudiera sentir algo hasta que él le había dicho que la amaba.

De pronto, Qil la detuvo. Tenía una expresión tan seria que ella no supo a qué venía. Con mucho cuidado, le retiró el cabello de la cara mientras sus ojos la escudriñaban sin disimulo.

—¿Qué? —preguntó contrariada.

—¡Estás... llorando! —susurró sorprendido.

—¿Yo?

Bêwestan se llevó las manos a las mejillas y se quedó maravillada al ver el tono rosado de sus lágrimas. Llevaba siglos sin llorar, por lo que aquel simple acto humano la dejó sin palabras.

—No sabía que aún podíamos —dijo él muy serio.

—Yo tampoco —respondió sobrepasada.

Qil se incorporó un poco más, obligándola a sentarse en sus fuertes muslos. Volvió a sostener su cara entre las manos y la miró como si lo que había ocurrido fuera una señal.

—¿Me amas, Bêw?

Ella unió los labios y asintió sin decir nada. Dos lágrimas volvieron a teñir su rostro como respuesta. Qiloçker se las limpió con los pulgares mientras se perdía en sus ojos.

—Somos monstruos, amor mío —ella suavizó la expresión al escucharlo—, pero incluso la bestia más cruel y terrible de la tierra es capaz de sentir. Yo siento por ti algo que no soy capaz de explicar, pero te aseguro que podría matar al propio Mørket si se le ocurriera tocarte con uno de sus sucios dedos.

—Es la declaración de amor más original que he oído nunca, aunque puede que tengas razón —dijo, entrelazando sus manos—. Sí, somos monstruos, pero te amo igual que podía cuando estaba viva. Sé que es imposible y, lo más probable, que mi mente sea la que se lo esté inventando. Aun así, no me importa. Tenemos la eternidad ante nosotros, así que aceptemos cuanto tenemos y lo que somos capaces de sentir el uno por el otro.

El vampiro le enseñó sus colmillos antes de volver a sus labios. El baile de sus lenguas heladas contrarrestaba con el calor que aún desprendía el agua. Sí, su piel era tan fría como el hielo, pero ambos se comportaban como si pudieran crear el fuego más vivo con solo tocarse.

Qiloçker lamió sus labios, el mentón, el cuello... Su boca era demoledora. Bêwestan cerró los ojos e inspiró para poder suspirar después. Oír aquel sonido lo encendió aún más. Al verla tan entregada, pero de forma distinta, supo que no quería poseerla como siempre. Esta vez no iba a ser ni rápido ni duro. Esta vez se esforzaría en mostrarse a ella no como un animal salvaje, de eso estaba más que saciado, sino que lo haría como el hombre que fue. Solo que ahora podía aguantar asalto tras asalto sin perder el resuello.

Ella se dejó caer hacia atrás, ofreciéndole su cuerpo para que hiciera lo que más le gustaba. Qil se introdujo un pezón en la boca para disfrutar de su dureza con la lengua. Succionó despacio, recreándose. Su frialdad provocó estragos en el centro del placer de la vampira. Bêw lo sujetó del cabello para acercarlo aún más. En respuesta, él la asió como si pesara igual que una pluma y masajeó con deleite sus glúteos desnudos.

Bajó los dedos para rozar la unión de sus piernas bajo el agua. La descarga que sintió ella en su interior hizo que se le escapara una sonrisa.

—Así que he conseguido hacerte reír... —susurró en sus labios. Bêwestan se estremeció de nuevo ante la invasión en su interior—. A ver si te puedo hacer gritar.

Con sumo cuidado, pese a que no era necesario, sacó los dedos de su interior para levantarla un instante. Tras besar su boca como si su existencia maldita le fuera en ello, se colocó en su entrada y la hizo descender para perderse en su interior.

Despacio. Sin prisas.

Sus movimientos lentos y profundos comenzaron a desesperarla. Lo quería todo de él, pero entonces la miró a los ojos de una manera que hizo que entendiera qué era lo que buscaba.

—Nunca volveremos a ser humanos, Qil —dijo ella con pesar. Apoyó las manos en sus hombros para que se detuviera.

—Lo sé, pero podríamos elegir comportarnos como tales. ¿No te parece? Aunque solo sea

una vez. Un hombre y una mujer que se aman mientras hacen el amor. Igual que cuando perdimos la inocencia.

—Yo no sé lo que es hacer el amor, tan solo sé buscar el placer sin pensar en nadie más que en mí misma.

Bêwestan se quedó callada un momento. Llevaba siglos tratando de olvidar esa experiencia, pero, por mucho que lo había intentado, no había sido capaz de dejarla atrás.

El que él no le preguntara fue lo que logró que ella se abriera lo suficiente como para revelar ese secreto.

—Mi primera vez no fue... —se detuvo porque no era necesario describir los detalles. Se sacudió para olvidar aquella escena—. Pasaron años antes de poder vengarme, pero asesiné a quien me forzó en cuanto me convirtieron. Ni siquiera me alimenté de él. Le corté el cuello con mi daga y me sentí liberada al ver cómo se desangraba ante mis ojos. El desgraciado rogó por su vida mientras sus manos se teñían de una sangre oscura y espesa. Ni me moví, tan solo le sonreí y disfruté de cada uno de sus últimos momentos. Aún más cuando se ahogó entre estertores.

Qiloçker apretó la mandíbula con ira. Ella nunca le había contado nada de su vida antes de formar parte del ejército de Helmet. Saber que había sido ultrajada hizo que quisiera destrozar con sus propias manos a quien le había hecho tal atrocidad.

—Lo siento, Bêwestan. Debió de ser terrible para ti.

—Lo fue. Tenía trece años y él era el hijo del jefe de mi aldea. Cuando se lo confesé a mi madre, me abofeteó y me hizo callar. Poco después, escapé de allí porque... En fin, creo que no es el momento de recordar eso, ¿no crees? —dijo dibujando media sonrisa, señalando a ambos en la tina.

—Tienes razón. Salgamos de aquí.

Con cuidado, abandonó su interior y la puso en pie. La cogió en brazos y la sacó del agua. Tras dejarla en el suelo, la cubrió con una de las toallas limpias para secarla.

—Qil, ¡para! —Él la miró con la ira instalada en las entrañas—. Estoy bien. Eso pasó hace mucho tiempo. Siglos en realidad.

—Tienes razón, pero yo acabo de enterarme.

—No sé por qué te pones así. Te has alimentado de cuanto humano has querido, asesinado a un número incontable, y seguro que has violado...

—¡Jamás! Nunca he violado ni he permitido que ante mi presencia uno de los nuestros abusara de ninguna humana.

—Eso me parece muy difícil de creer —dijo ella mientras se sentaba en la cama.

—Soy implacable. Reconozco que puedo matar tanto a humanos como a vampiros sin sentir ningún tipo de remordimiento, pero mancillar a una mujer es algo que no puedo soportar. Créeme cuando te digo que nunca he consentido que se hiciera delante de mí.

Ella lo miró extrañada. Lo cierto es que no había reparado en ese detalle cuando se alimentaban o entraban en batalla y después hacían prisioneros o acababan con los supervivientes.

Trató de recordar si él había incumplido aquello que afirmaba, pero fue incapaz de encontrar una situación en la que Qil no hubiese frenado tal acto.

—Siempre lo has impedido... —dijo ella entrecerrando los ojos, con voz sorprendida.

—Así es.

—¿Sabes? Quizás podamos hacerlo.

—¿El qué?

—Comportarnos como dos humanos cualesquiera cuando estemos a solas —añadió, poniéndose en pie y dejando caer la toalla que la cubría en el camino.

—¿Sí? ¿Crees que seremos capaces?

—No lo sé, pero me muero por averiguarlo.

—Bêwestan, ya estamos muertos.

—Eso no te lo discuto, pero te aseguro que aún puedo incendiarte por dentro, aunque tu piel continúe fría como la escarcha.

Qiloçker se lanzó a su boca. La cogió en brazos y la apoyó en el muro de piedra. Puede que hubiera un término medio entre vampiro y humano, pero, sin duda, tener la fuerza y resistencia de diez hombres era una buena ventaja.

La miró a los ojos y se hundió en ella sin detenerse. Quería formar parte de su cuerpo, de su alma, aunque estuviera condenada. Comenzó a moverse en su interior, a entrar y salir cada vez más deprisa mientras la sostenía con sus manos como si no pesara nada.

—¡Más fuerte! —susurró ella.

Oír aquello provocó que él perdiera la cabeza. Aumentó el ritmo mientras se deslizaba dentro y fuera de su cuerpo con verdadera maestría. La cadencia demencial que le impuso con sus caderas provocó que ambos alcanzaran el orgasmo más intenso que habían experimentado juntos hasta el momento.

Ella se abrazó a él con fuerza mientras los rescoldos de su placer acababan de satisfacerla.

—¿Te parece que me has incendiado suficiente? —le preguntó él al oído.

—No ha estado nada mal, pero no me has hecho gritar... —bromeó Bêw con una sonrisa.

—Bueno, preciosa, eso apenas ha sido el aperitivo. Ahora deja que me deleite con el plato principal. —Salió un poco de su cuerpo y la volvió a penetrar con la intensidad que a ella le gustaba.

—Lo estoy deseando...

Qil poseyó de nuevo su boca con verdadera hambre, pero de una forma distinta. Más dulce, más íntima. Una combinación perfecta entre sosiego y exigencia. Todos y cada uno de sus movimientos fueron hechos con la intención de hacerle entender que, pese a ser dos monstruos, de algún modo, todavía conservaban parte de su corazón.



Poco después de que Qiloçker y Bêwestan se retiraran a sus aposentos, Wêranker se despidió de Helmet y Xwînxwar. De sobra sabía que la pareja iba a retozar toda la noche, así que sonrió al pensar que las diversiones a las que se ceñían aquello dos se quedaban muy cortas con respecto a lo que ella necesitaba para acallar el fuego que ardía con fuerza desmesurada en su interior.

Con elegancia, caminó frotándose con delicadeza sus frías manos. Mientras avanzaba, dejó que algunos recuerdos compartidos con Xwîn avivaran su estado de excitación. El fornido vampiro se esforzaba en complacerla en la cama, de eso no cabía duda. Las veladas que compartían juntos eran muy entretenidas. Su entrega y disposición para probar cosas nuevas no dejaban de sorprenderla. Cuerdas, velas, látigos... Juegos de niños comparados con el placer que obtenía al torturar a otros. Cuanto más despacio y doloroso, mucho mejor. Esa noche se sentía particularmente juguetona, de modo que iba a disfrutar de lo lindo con el macho que había atrapado aquella patrulla por pura casualidad.

Se detuvo en lo alto de las oscuras escaleras y se pegó a la pared. Miró alrededor para

asegurarse de que nadie la veía. Un escalofrío de satisfacción la despejó por completo. Descendió a toda prisa. Al entrar en las mazmorras, encontró dormitando al soldado al que le había robado la voluntad. El joven tenía la cabeza apoyada en la dura piedra con la boca entreabierta. Se quedó un instante observándolo mientras pensaba qué fácil sería rajarle la garganta con el filo de su daga. La sangre saldría a borbotones y el aire se impregnaría de ese característico olor a metal que tanto le gustaba. Levantó las cejas y negó con la cabeza para convencerse a sí misma de que acabar con él solo le traería problemas. Por una parte, estaba el inconveniente de deshacerse del cuerpo. Por otra, el charco que dejaría no iba a ser nada fácil de limpiar.

Aquellos argumentos fueron suficientes como para hacerla cambiar de parecer. Se acercó al muchacho y se contentó con darle una patada en las botas para que despertase.

—¡Arriba!

El chico se despezó de inmediato al oír su voz.

—*Milady*.

—¿Cómo están los prisioneros?

—Vivos. Les llevo dos comidas al día, tal y como me pidió.

—Bien. Quiero verlos.

—Enseguida.

El joven soldado cogió la antorcha y descendió el primero a las antiguas mazmorras. Llevaban abandonadas mucho tiempo debido a que se inundaban con cierta frecuencia por las lluvias. Un contratiempo que le iba a venir de perlas a la vampira para retener a quien se le antojara durante las jornadas que permanecieran en el castillo. Sonrió al pensar que el destino había sido muy generoso con ella y le había proporcionado un par de errantes con los que iba a disfrutar durante días.

A cada paso que daba, sentía esa familiar descarga recorriéndole la espalda. La anticipación del dolor ajeno siempre la excitaba de tal forma que estaba convencida de que, tarde o temprano, terminaría buscando a Xwînxwar para que la azotara con la furia que siempre necesitaba para alcanzar ese orgasmo que la hacía sentir viva.

En cuanto distinguieron algo de claridad, Oskar y Thyra supieron que el soldado iba a verlos. Les extrañó porque ya les había llevado la cena, por lo que temieron por aquello que estaba por venir.

Tardaron un poco en acostumbrarse a la tenue luz. El joven encendió un par de antorchas más, con lo que las celdas parecieron aún más terribles de lo que habían imaginado. Había salpicaduras de sangre por doquier, también otros fluidos que no quisieron ni pensar de dónde procedían.

Entre esas paredes se había infligido mucho dolor y, nada más verlas, supieron que no saldrían de allí con vida.

## 13. JURO QUE TE MATARÉ

Wêranker despidió al soldado, no sin antes advertirle que cerrara la puerta. Nadie se preocupaba de qué ocurría en las mazmorras, pero mejor que no se filtraran los lamentos a la planta superior. Aunque lo veía poco probable dada la profundidad a la que se encontraban las celdas. Oskar la miró con el mentón levantado. Su envergadura superaba a la de Xwînxwar en casi un palmo. Su cabello rubio estaba sucio, sus ropas también. Aquellos ojos azules la atravesaron de una forma que la hizo sentir viva por primera vez desde hacía algún tiempo.

Inspiró para imbuirse del horror que los rodeaba. El hedor característico a sufrimiento y estertores que desprendían el lugar azuzaron su determinación.

—Errante, ¿cuál es tu nombre?

—¿Acaso importa? —respondió él, convencido de que aquella era la vampira de la que había oído hablar por su crueldad con los prisioneros.

—¿Importa...? —dejó la pregunta en el aire—. Yo creo que sí.

Se giró para dirigirse a la otra celda. Thyra estaba de pie. Se encontraba en las mismas pésimas condiciones que su compañero, pero sus ojos destelleaban con la furia del que ha sido encarcelado injustamente y exige la libertad.

Aquella pose la hizo sonreír.

—¿Y tú, pequeña? ¿Me dirás tu nombre o serás tan valiente como el macho que te acompaña?

La princesa no dijo nada. Solo la observó desde su altura, un poco más baja que la de la «No Muerta».

—Bueno, tranquila. Estoy segura de que pronto te devolveré el habla y nos divertiremos juntas. Pero antes —se mordió el labio inferior y ladeó la cabeza hacia la izquierda— creo que prefiero derramar la sangre de todo un guerrero.

Thyra inspiró profundamente. Su mirada lo decía todo. La fuerza de una errante era comparable a la de una vampira, aunque las circunstancias en las que Oskar y ella se encontraban eran muy complicadas frente a una bien alimentada y armada.

—¡Eh, tú! —gritó el errante—. Es mi sirvienta. No vale nada, así que, si quieres empezar por ella, por mí perfecto.

Wêranker soltó una carcajada. Para ella, todos los errantes eran unos cobardes, de modo que no iba a dejar que ese macho se saliera con la suya. Dibujó media sonrisa y se despidió de aquella chica insignificante moviendo los dedos con lentitud. Había dejado de interesarle.

Volvió a la celda de él con una expresión que hubiera hecho temblar al mejor soldado.

—Bien, errante. ¿Comenzamos?

—Cuando quieras.



Bêwestan apoyó la mejilla en el helado torso de su amante. Aquella noche Qiloçker había compartido más de sí que en los últimos trescientos años. Sin embargo, algo le decía que detrás de esa expresión de frialdad e indolencia ante cualquier situación no había más que una máscara para ocultar su dolor. Pero ¿a qué se debía? No dejaba de darle vueltas, y si iban a pasar los próximos siglos juntos, o al menos eso era lo que deseaba, no estaba dispuesta a comenzar lo que fuera aquello con una pátina de oscuridad que podía destruir su relación incluso antes de comenzar.

—¿Qué es lo que más te sorprende de esta existencia, Qil? —dijo como si nada.

Él no se inmutó, sino que se quedó mirando una pequeña grieta en el techo. Podía ver el descuido del aprendiz de tallista con el pico sobre el borde de la piedra para que encajara con la siguiente. Se preguntó cuánto tiempo había pasado desde que alguien la había colocado allí. También cuánto duraría esa fortaleza y si la vería desaparecer. No podía saberlo, pero supuso que, si un maldito filo *himmelsk* no acababa con él, tal vez pudiera incluso caminar por el prado que dejaría tras convertirse en polvo la última piedra.

La fragilidad de su especie solo la conocía el pueblo errante, lo que le proporcionaba cierta ventaja ante otras razas. Pensó un instante en ellos y se extrañó de que aún no hubieran aparecido por aquellas tierras.

Bêw, al ver que no contestaba, carraspeó para traerlo de nuevo al momento presente.

—No envejecer y morir —dijo él al fin. Giró la cabeza hacia ella y formó una sonrisa triste—. El curso natural de la vida.

—Te entiendo. Pese al tiempo que llevo siendo de esta forma, no dejo de pensar en cómo hubiese sido tener una vida sencilla. Un marido que me calentara por las noches y unos hijos que me quisieran, aunque fueran revoltosos.

—Eres una de las vampiras más rápida, ágil e implacable que he conocido nunca. Eso es un hecho. Pero, tras lo que acabas de decir... Jamás pensé que pudieras desear ese tipo de vida.

—Que ahora sea así no significa que en otro tiempo quisiera ser de otro modo.

—Tienes razón.

Ella levantó el mentón para mirarlo a los ojos. Ese era el momento que había estado esperando para conocer su verdad y no iba a desaprovechar la oportunidad de sonsacarle ese pasado que sentía que aún lo atormentaba.

—¿Y tú quién querías ser? ¿Quién calentaba tu lecho, Qil? ¿Quién te amaba tanto que has sido incapaz de olvidarla?

—No quiero hablar de eso —respondió bruscamente. La sujetó de los hombros y la apartó a un lado para poder ponerse en pie.

—Lo sé, igual que yo no quería contarte lo que me ocurrió. Date cuenta de que, si quieres que esto funcione —dijo señalándolo a él y después a sí misma—, ningún espectro del pasado ha de estar entre nosotros —añadió, posando la mano justo donde él había estado tumbado—. Puedo luchar contra lo que existe, pero no contra un recuerdo.

—No existe tal cosa —respondió malhumorado, aunque giró la cabeza para no mirarla directamente.

—Sí que existe —insistió Bêwestan—. Y, mientras exista, no volverás a mi lecho.

—¿Me estás amenazando?

—Te quiero, Qil. He tardado mucho en darme cuenta, pero no voy a compartirte con nadie. Ni siquiera con alguien a la que nunca conocí y que no puedes resucitar.

—No es lo que piensas.

—¿Entonces?

—Duele mucho.

—¿Acaso no he compartido mi dolor contigo? No importa lo que sea, ante mis ojos vas a ser el mismo.

Qiloçker se quedó callado. La mirada de la vampira mostraba una mezcla de determinación y súplica. Ella le había confesado entre sus brazos cómo había sido el peor de sus días, era justo que él le pagara con la misma moneda. Pese a que habían pasado siglos desde que aquello sucediera, no había olvidado ni un solo detalle.

Tal vez Bêw tuviera razón y aquel fuese el mejor momento para contarlo. Quizás confesándole lo que ocurrió lograra sacarlo tanto de su mente como de su muerto corazón.



Wêranker miró a Oskar con hambre en todos los sentidos. Los suyos habían olvidado ponerle grilletes, por lo que abrir la puerta no era buena idea. Cerró los ojos un instante hasta que se le ocurrió cómo solucionarlo. Lo más probable era que el errante no quisiese cooperar al principio, pero ella era muy persuasiva. Dudaba mucho de que, aunque la chica de la otra celda no fuese más que una sirvienta, o quizás una ramera que lo acompañaba para satisfacer las necesidades de aquel magnífico espécimen, él permitiera que la azotara sin quejarse.

—Voy a torturarte y tú te vas a dejar.

Esas palabras sorprendieron a la pareja. Thyra trató de acercar la cara lo más que pudo a los barrotes. La «No Muerta» tenía algo en la mano, pero no fue capaz de distinguirlo.

—¿Y por qué iba a permitir tal cosa? —preguntó el de la casa Isaksen sin inmutarse.

—Por varias razones. —Mostró una sonrisa que heló la sangre del errante—. La primera, que no creo que ella sea tan insignificante para ti como quieres darme a entender, y, la segunda, que sabes lo que es esto —agregó, mostrando su daga de acero *dojehî*. Él, de forma instintiva, se llevó las manos al cinto—. Sé que te encantaría tener tus armas, pero así será mucho más entretenido.

Oskar trató de no mostrar ningún sentimiento, pero, al verla girar la cabeza en dirección a la otra celda, algo le dijo que iba a amenazarlo con herir a Thyra. Si eso ocurría, no iba a tener más remedio que permitirle cometer todo tipo de atrocidades con él, y ni siquiera eso le daba la seguridad de que pudiera salvarla.

—¿Quieres matarme? —dijo, levantando las manos—. Adelante.

—Eso es muy aburrido. Además, sabes que no puedo herirte con esto —movió la daga—, si no, se acabaría la diversión.

—Entonces, por el amor del Creador, ¿qué demonios quieres?

—Azotarte hasta que tu piel se desprenda. Quiero —agregó muy despacio—, oírte suplicar.

—No es mal plan, solo que yo jamás te suplicaré por mi vida.

—Eso ya lo sé, pero quizás sí que lo hagas por la suya. —Volvió a mirar hacia la celda de Thyra.

—Ya te he dicho que ella no es nadie.

—Lo sé. Y si yo fuera otra, quizás te hubiera creído. Pero, guerrero, por mucho que intentes convencerme de que no es importante, hay algo que has olvidado hacer.

—Ah, ¿sí? ¿El qué?

—Algo por lo que «nosotros» —dijo moviendo la mano en el aire para referirse a los suyos en general— siempre os ganaremos.

—Por supuesto —respondió con ironía, formando con los labios un gesto para mostrarle

su superioridad.

—Aguantas la respiración, muchacho..., y eso acaba de delatarte.



Qiloşker caminó por la alcoba hasta llegar a uno de los ventanucos. Lo abrió para sentir en la cara el frío de la noche. Miró al cielo, aún faltaba bastante para la medianoche. Cerró los ojos e inspiró como antaño para tratar de oler la tierra húmeda, el bosque frondoso y el fuego de las antorchas. Todo aquello le hizo volver atrás, al momento en que su pueblo fue atacado por el ejército de su peor enemigo.

Jamás sería capaz de olvidar la primera vez que oyó su nombre. Rău, el mal personificado, creado por el propio Abbadon. Su mano derecha. El aniquilador de todo ser viviente. Nunca hacía prisioneros. Nunca dejaba escapar la oportunidad de masacrar, robar o violar a cuanto hombre, mujer o niño se cruzara en su camino. Los vampiros no tenían remordimientos, pero él había hecho honor a su reputación a falta de escrúpulos.

Qil se dio la vuelta y regresó junto a Bêwestan. Ella se apoyó en el cabecero y él se sentó a su lado.

—Antes me has contado lo que te hizo ese malnacido —comenzó, tratando de no mostrar su ira. Ella asintió—. La noche que atacaron mi poblado, me había escapado con mi prometida para retozar como dos inconscientes. Quedaba muy poco para nuestra unión, pero nosotros no queríamos aguardar y ya llevábamos un tiempo siendo hombre y mujer. —Bêwestan volvió a asentir—. Mientras estábamos juntos, llegaron por todas partes gritos desgarradores. Eran terribles, muy angustiosos, ensordecedores. Nos vestimos a toda prisa y corrimos para ver qué... Todo ocurrió tan deprisa que aún hoy soy incapaz poner en orden lo que sucedió. Rău dirigía un destacamento que había sido enviado solo a reconocer la zona. Mucho después averigüé que Abbadon le había dado la orden de no matar a nadie. Podían alimentarse, pero debían dejar el pueblo tal y como lo habían encontrado. Más que nada, por si necesitaban reponer fuerzas al regresar.

Qil se detuvo un momento. Traer al presente aquel recuerdo era aún más doloroso de lo que había creído en un principio.

—Estoy aquí —dijo ella, cogiéndole la mano.

—Lo sé.

Él cerró los ojos y chasqueó la lengua. Por mucho que quisiera, no podía volver atrás para salvarlos.

—No hace falta que me lo cuentes —agregó Bêw.

—Sí que lo hace. Te mereces conocer quién soy y por qué. Rău se ensañó con mi pueblo. Parecía odiarlos a todos con tal intensidad que, cuando llegamos, era demasiado tarde. La mayoría de los hombres habían sido masacrados. Donde mirara, estaban violando, desangrando o quemando. Taiat, su mano derecha, se llevó a mi prometida. Corrí hacia él, tratando de detenerlo, pero Rău me interceptó y comenzó a darme una paliza brutal. Después me obligó a ver cómo mancillaba a mi madre y a mi hermana pequeña para después acabar con ellas. Las tres murieron aquella madrugada... —se quedó callado un momento—. Justo cuando iba a degollarme, llegaron Helmet y Xwînxwar con el resto de su ejército. Yo estaba muy mal herido, a punto de morir. Por lo visto balbuceaba algo parecido a «Juro que te mataré». Tras entender lo que había ocurrido, Helmet se «apiadó» de mí y me convirtió en uno de los suyos.

—Por eso no permites las violaciones...

—Por eso y porque es una aberración.

—La mayoría de los machos no piensa así.

—Yo no soy como la mayoría. —Sonrió con tristeza—. Una vez me recuperé, quise buscarlo. Le conté a Helmet que quería acabar con él. Necesitaba vengarme, pero me lo prohibió. Al estar bajo su sangre, no pude desobedecer. Aun así, juro que algún día lograré que muera, aunque no sea yo quien le arranque el corazón y las entrañas.

Bêwestan se puso de rodillas en el lecho y lo abrazó con todo su cuerpo. Él la rodeó con fuerza, como si ella se hubiera convertido en su ancla. De pronto, notó cómo subía y bajaba los hombros mientras sollozaba. Su dolor la traspasó. Aquella noche se sentía distinta. Quizás el haber abierto su propio corazón la había liberado del peso que arrastraba. Incluso Qiloçker parecía ser otro, así que entendió que confesarse su mutuo amor había cambiado algo en ellos.

Se separó un poco para mirarlo a los ojos. Las lágrimas rosadas de ambos hablaron por sí mismas. El terror quedaba atrás, pero el odio por sus enemigos jamás desaparecería.

—Llegará el día en que lo veas desaparecer —dijo ella con la rabia instalada en el pecho—. Yo encontré mi venganza y juro que te ayudaré a que cumplas la tuya.

—Helmet no te lo permitirá nunca, Rău es la mano derecha de Abbadon.

—Helmet no puede prohibirme algo que se supone que no sé. No me llamaron «Implacable» por nada.

—No puedes confiar en nadie.

—Y no lo haré, amor mío.

Él sonrió al oírla decir esas dos palabras.

—No dejaré que te pongas en peligro, Bêw.

—No es mi intención. Y no sé cómo lo haré, pero te aseguro que tu cara será lo último que vea.

—Si lo consigues, pondré el mundo a tus pies.

—Me conformo con que te pongas de rodillas...

Él se echó a reír justo antes de hundirse en su boca. Una promesa había quedado sellada entre ambos. Bêwestan haría cuanto estuviera en su mano para que el que se perdía en ese momento en su interior pudiera hacer justicia y vengara a los suyos.



Oskar se quedó observando a Wêranker mientras se decía que había llegado el momento de hacer frente a sus exigencias. El sadismo de la vampira no iba a verse satisfecho hasta que lo viera suplicar. Si cediendo a ese deseo mantenía a salvo a Thyra, gritaría piedad hasta que temblaran los cimientos.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó él con un tono altanero que le hizo gracia a su captora.

—Haz los honores, errante.

Él irguió su cuerpo, sintiendo orgullo de su origen y de la casa a la que pertenecía.

—Oskar, de la casa Isaksen.

—Isaksen...

—Así es.

—Bueno, creo que los errantes habéis empeorado con los siglos. ¡Ni siquiera has podido proteger a tu ramera! —Soltó una carcajada mientras movía la daga entre sus manos.

Thyra se mordió la lengua. Quería desgarrar su garganta y ver cómo se ahogaba en su propia sangre. En cambio, tragó con fuerza para no delatarse, pero se prometió acabar con ella en cuanto tuviera la más mínima oportunidad.

—Yo solo protejo al rey.

—¿Al rey? —Volvió a reír—. Ah, ¡ya sé! ¡Ella es su nueva ramera!

—Ella aún no tiene don. Iba a llevarla a un sanador cuando nos habéis atrapado.

—Oh, ¡no puede ser! ¿Una errante sin don? ¡Qué desperdicio! Ni puedo beber su sangre ni puedo divertirme con ella.

—¿Por qué no? —preguntó él para ganar tiempo.

—¿Acaso no lo sabéis? Un errante sin don es como el veneno de una serpiente. Si se derrama su sangre, esta infecta cuanto toca. Incluso sus efluvios acabarán con todo ser a su alrededor, esté vivo o no.

Él se hizo el sorprendido. Dejó escapar el aire entre sus labios y frunció el cejo.

—¡Mentís! Jamás había oído nada parecido.

—No miento, errante. Tal vez ya lo supieras y el que intentas engañarme eres tú, así no puedo tocarla.

—Por mí podéis hacer con ella lo que os plazca.

—Buena jugada. Si es mentira, ella morirá. Aunque, si es verdad, moriremos todos. ¿Sabes? No me apetece arriesgarme. Hoy no.

Wêranker se dirigió a la pared y cogió una vara de dos pies que colgaba de un clavo. Sopesó cómo iba a conseguir azotar a su prisionero sin que se revolviera. Tenía que lograr que se colocara los grilletes, de modo que corrió escaleras arriba para valerse del soldado.

Nada más verla desaparecer, Thyra sollozó.

—Tranquila, no me hará daño.

—¿Cómo que no?

—Trato de ganar tiempo. Unos latigazos no podrán conmigo, y he de protegerte como sea.

—¡Pero debes intentar pararla! Si te azota, juro que la mataré.

—Prométeme que te mantendrás en silencio —le pidió, estirando el brazo a través de los barrotes, tratando de tocar su mano.

Ella hizo lo mismo. El roce de sus dedos les infundió el valor que necesitaban. No iba a ser fácil, pero debían resistir un día más. Los suyos estarían ya buscándolos, así que harían cuanto fuera necesario para poder mantenerse con vida hasta salir de allí.

—Prométeme que no morirás —exigió ella, entrelazando su mano con la de él.

—Te lo juro. Oigas lo que oigas, no digas nada. No supliques, no llores ni amenaces. ¡Prométemelo!

Thyra se limpió las lágrimas con rabia. Apretó la mano del errante al que amaba con todas sus fuerzas y susurró:

—Lo prometo.

Al oír unos pasos que se acercaban, cada uno volvió a su posición en la celda. La «No Muerta» había regresado con el soldado y este llevaba en la mano la daga *himmelsk* de ella.

—Bueno, Oskar de la casa Isaksen. Ahora te vas a poner los grilletes o le diré a este infeliz que le lance mi daga a la zorra que está ahí.

—No haré nada mientras no me digas tu nombre.

—¿Y para qué quieres saberlo?

—Una vampira que reniega de su casa no dice mucho de ella, ¿no crees?

—Soy Wêranker, de la casa Drăgoi.

—¿Solo eres una lacaya de Helmet? —dijo con un tono que a ella no le gustó un pelo—. Entonces, adelante.

—¿Qué quieres decir?

—Pensaba que pertenecías a la casa Ursu. Pero si eres una Drăgoi, no me negaré.

—¿Acaso crees que soy más débil que una perra Ursu?

—Es lo que se dice.

—Pues te han informado mal, y voy a demostrártelo de tal forma que desearás no volver a ver la luz del día.

—Vamos, Wêr —pronunció su nombre con condescendencia—. Todo el mundo sabe que el ejército de Helmet es muy blando —añadió para terminar de enfurecerla.

—¿Es que quieres morir? —preguntó ella fuera de sí.

—No es mi intención, pero me quedo mucho más tranquilo sabiendo quién eres. Solo es eso.

Ella apretó los nudillos con tal fuerza que se clavó las uñas en las palmas. Miró al soldado, que permanecía en pie como una estatua, y le ordenó atravesar a la chica a su orden. El joven asintió. Se acercó a los barrotes, pero Thyra fue más rápida y se pegó a la pared. Tampoco es que pudiera ocultarse, pero al menos no había logrado sujetarla.

—Si se mueve, lánzale la daga al corazón.

—Sí, *milady*.

—Bien, ¿por dónde íbamos? —agregó mirando al prisionero—. Los grilletes o la mato.

—Ya voy, ya voy.

Oskar bostezó para fastidiarla. Aquello hizo que Wêranker abriera la celda como una exhalación. Se acercó y tiró con fuerza hacia atrás de su cabello.

—De rodillas, errante.

Él obedeció con apatía, como si ella no estuviera a punto de flagelarlo con saña.

Al estar tan cerca, Wêr pudo observar su belleza natural. Sus gruesos labios. Su nariz recta. Cejas rubias poco pobladas. Una piel tersa, ligeramente curtida por el sol.

Cometió el error de dejar que él tocara su mano. Aquello fue su perdición.

—Me amas con tal intensidad que no me castigarás —susurró el errante, poniéndose en pie. Se acercó a su oído mientras continuaba sujetándole la mano para no perder el contacto con su piel—. Azotarás la pared cien veces, quedarás satisfecha y me dejarás la llave antes de marcharte. ¿Harás eso por mí, por lo mucho que me amas?

—Lo haré por ti, por lo mucho que te amo —susurró ella, también sin voluntad.

Él sonrió. No sabía si su don le serviría con un «No muerto». Nunca había tenido la oportunidad de probarlo, pero acababa de confirmar que así era. Podía someter a cualquiera siempre y cuando lo tocara. Algo bastante complicado en el campo de batalla o si se encontraba con más de una persona. Pero ahora no había tiempo para pensar en aquello. Lo importante era que, por el momento, se había ganado su voluntad, aunque no sabía cuánto duraría su control. Sin perder tiempo, se dio la vuelta. Wêranker comenzó a golpear la piedra pensando que era la piel del errante la que estaba sufriendo toda su rabia y frustración.

No llevaba ni veinte latigazos cuando una voz grave le gritó que se detuviera.

—Wêranker, ¿qué está ocurriendo aquí?

Oskar simuló taparse la espalda y se tiró al suelo. Ella pareció salir de la influencia del errante y volvió en sí.

—¿Qué haces tú aquí? —le gritó a Xwînxwar.

—Te he buscado por todo el maldito castillo porque tenía que hablar contigo. Dile a ese soldado que desaparezca.

Tras darle la orden, el joven subió las escaleras a toda prisa. El vampiro miró las celdas y quiénes estaban en ellas.

—¿Cómo has conseguido atrapar a dos errantes? —le preguntó con los ojos a punto de

salírsele de las órbitas.

—Por casualidad.

—Deberías habérmelo contado. ¿Es que buscas empezar una guerra o acaso quieres que arrasen el castillo y nuestro alimento? —vociferó fuera de sí.

—Solo quería divertirme —se defendió ella.

—¿Quieres dolor? No te preocupes. ¡Yo te lo proporcionaré! Dame ahora mismo la llave de la celda y sube a mi alcoba. ¡Ahora!

Wêranker dibujó media sonrisa y corrió escaleras arriba, dejándolo solo con ellos.

—No sé quiénes sois, pero, por el momento, no os puedo dejar ir —dijo mientras cerraba—. Tratad de descansar esta noche. Volveré mañana y aclararemos todo este lío.

Oskar asintió. Thyra no se movió ni un ápice.

—¿Os ha castigado mucho? —preguntó al de la casa Isaksen.

—Bastante.

—Le diré al soldado que os traiga agua limpia y comida. No sé cómo vamos a arreglar esto —añadió, señalando a ambos con la mano.

—Si nos dejáis ir, no os delataremos.

—Ya. —Frunció los labios—. He de pensar primero. Hablaremos mañana.

—De acuerdo.

Xwînxwar subió imprimiendo una cadencia pesada a sus pasos. Debía hablar con Wêranker lo antes posible, e iba a castigarla como nunca.

## 14. ¿DÓNDE ESTÁ MI HIJA?

Yngvar recibió otro golpe más en la mejilla. Este resultó ser un poco más doloroso que los anteriores y le obligó a escupir la sangre que se le había acumulado en la boca. Dos vampiros tiraban de las cuerdas que tensaban sus muñecas. Lo mantenían alzado sin esfuerzo, pero rozando de vez en cuando el húmedo suelo con sus botas.

El joven rezó al Dios de sus padres, el que había salvado a los hombres de todos sus pecados. Pese a haber visto los horrores que el mal podía cometer, su fe era inquebrantable. Había nacido en su corazón, puesto que en ellos mismos existía la prueba indiscutible de que ÉL había existido hacía siglos. Cerró un instante los ojos y rogó a su ejército de ángeles que lo salvaran.

No sabía cuánto había transcurrido desde que había cometido el error de detenerse y encender un pequeño fuego para asar la liebre que acababa de cazar. Aquella cuadrilla lo había cogido por sorpresa y se estaban ensañando con él allí mismo. Al principio, pensaban que era un simple humano, aunque tras haber probado uno de ellos su sangre, no había tenido más remedio que escupirla. Eso lo había delatado y puesto en peligro tanto a él como al campamento.

Los vampiros eran incapaces de beber la sangre de los errantes. Nadie sabía a qué era debido, pero suponía una ventaja en la batalla y al ser capturados. Ninguno podía convertirse en «No Muerto», así que a lo máximo a lo que podían aspirar cuando capturaban a uno era torturarlo sin descanso. A no ser que dispusieran de una daga *dojehî* para acabar con su vida. Aunque de esas ya quedaban muy pocas y solo estaban en posesión de los cargos más importantes.

El errante sonrió con desgana para sí. Si alguno de aquellos malditos hubiera tenido ese acero, seguro que ya estaría muerto. De modo que solo le quedaba aguantar un poco más mientras pedía al cielo que su mejor amigo y la princesa llegaran hasta su posición.

Se extrañaba de que no lo hubiesen hecho ya, pero quizás habían acortado por otro camino.

—Solo te lo preguntaré una vez más, ¿dónde está tu campamento? —exigió saber el cabecilla del grupo.

Yngvar lo miró como si no entendiera lo que le decía y habló en el idioma de los primeros errantes. El vampiro no aceptó su osadía, así que volvió a castigarle con fuerza las costillas y la mandíbula.

—Si crees que puedes engañarme, es que no me conoces, ¡escoria errante! Soy...

De la nada, aparecieron tres enormes guerreros. Dos de ellos se encargaron de los que sujetaban las cuerdas y el tercero, el de mayor rango, degolló al que estaba al lado del que había golpeado al de la casa Knutsen.

Al verse solo, el cuarto trató de escapar, pero los dos errantes que habían liberado al joven lo sujetaron de los brazos.

—¿Estás bien, muchacho? —preguntó Ren, la mano derecha de Gudrun.

Yngvar, que había caído al suelo tras aflojarse las cuerdas, asintió despacio mientras

trataba de ponerse en pie.

—Mejor de lo que pensaba que iba a acabar —bromeó, intentando recomponerse. Se frotó las muñecas y los antebrazos para recuperar la movilidad—. ¿Qué hacéis aquí?

—Seguimos buscando a la princesa y a su prometido. No hay ni rastro de ellos.

—Nosotros dimos con ella hace poco más de dos días. Él la escoltaba de vuelta al campamento. Yo me adelanté para informar al rey sobre algo que vimos y los dejé atrás. Me he retrasado porque me topé con varias patrullas que me obligaron a dar un rodeo. Estos cuatro me han cogido por sorpresa.

—A quién se le ocurre encender un fuego después de medianoche —respondió con una expresión de reprobación mientras negaba.

Las quejas e improperios del «No Muerto» lograron que los dos se giraran hacia él.

—¡Soltadme, ratas errantes! —gritó con la esperanza de ser oído por alguno de los suyos.

—¿Qué hacemos con él, señor?

—¿Por qué te estaban torturando, Yngvar? —le preguntó Ren, intuyendo el verdadero motivo.

—Me confundieron con un humano e iban a dejarme seco.

—Es lo que suponía.

—En cuanto descubrieron que era un errante, trataron de sonsacarme dónde estaba el campamento para informar a su superior.

El vampiro volvió a vociferar una retahíla de insultos. Uno de los enviados de Gudrun que lo estaba sujetando le enseñó una daga *himmelsk* y se la apoyó sin cuidado en el cuello.

—Como no cierres la boca, vas a tragarte la hoja. ¿Estamos?

El prisionero gruñó, sin embargo, no volvió a protestar. Sabía que esa advertencia no había sido hecha en vano. Si aquel apretaba un poco más, bien podía ir despidiéndose de informar a la mano derecha de Abbadon y, con ello, de la posibilidad de obtener un reconocimiento por su lealtad hacia su señor.

—Bien, no podemos dejar testigos de nuestra presencia aquí. Lo llevaremos con nosotros y seguiremos buscando.

—¡Ni hablar! —gritó el «No Muerto» mientras se retorció.

—¿Qué te he dicho antes? —dijo levantando la voz el que tenía la daga. En el forcejeo, el filo acabó por cortar la fina carne y un líquido rojo oscuro muy espeso comenzó a salir muy despacio.

—Atadle las manos y démonos prisa. Esperemos que los de la casa Sjaman sepan cómo hacer que no se desangre.

—No pienso ir con vosotros, ¡antes prefiero morir!

—Pobre iluso, ¡si ya estás muerto! ¡Vamos! —ordenó Ren.

Los errantes tironearon de él para que fuese a su ritmo. Yngvar los seguía lo más de cerca que podía. Estaba magullado y dolorido. Pronto estarían a salvo bajo el campo invisible de protección de los suyos, aunque era lo último que le preocupaba. Los guerreros de la casa Strøm no habían visto ni a la princesa ni a su amigo. Temía que les hubiera ocurrido algo, pero aún era pronto para hacer conjeturas. Primero debían llegar al campamento, y ya se encontraban relativamente cerca.

Tras un último esfuerzo, alcanzaron las puertas rozando el amanecer. El vampiro no se inmutó por el nuevo día, así que supieron que estaban ante un espécimen bastante antiguo.

Nada más verlos los guardianes de la entrada, abrieron el campo de fuerza. Ya habían sido avisados mediante señales poco antes de llegar. Al traspasar, los dos hombres de Gudrun se lo

llevaron a una celda hasta que el rey decidiera interrogarlo.

Un guerrero de la casa de Eide los estaba esperando. Se acercó a ellos y les ordenó que debían ir sin demora a ver al *Šāhanšāh*, así que se dirigieron allí enseguida.

Eirik estaba revisando el mapa de la zona junto a Vidar y Gudrun cuando los anunciaron. Los tres se fijaron de inmediato en el aspecto deplorable del de la casa Knutsen. El rey inspiró fuerte porque se temió lo peor.

—¿Dónde está mi hija? —preguntó sin darles tiempo ni de hacer un simple cabeceo como reverencia.

—Mi rey, ¿es que no han llegado al campamento?

La expresión de Yngvar hizo que Eirik cerrara los ojos un instante. Aquel gesto provocó que el joven guerrero sintiera un nudo en la garganta. Su amigo no había regresado aún con la princesa, y no sabía qué les había podido ocurrir.

—No, no están aquí —acabó respondiendo—. La cuestión es por qué tú sí. Creo que tienes mucho que contar. —Lo miró de arriba abajo.

—Señor, nos separamos hace dos días. La encontramos en el pueblo situado más al norte de Essex, en Felsted. Una vez vimos que estaba a salvo, decidimos que yo volvería de inmediato para avisaros de que habíamos visto algunas tropas de Abbadon desplazándose hacia allí.

—¿Al norte? No puede ser. Helmet lleva ya unos cuantos días en el castillo con Athelstan, y eso está al oeste.

—Lo sé, mi rey. Pero es lo que ambos vimos.

—Dices que os separasteis hace dos días. ¿Por qué has tardado tanto en volver?

—Tuve que dar varios rodeos porque me topé con varias patrullas. Algunas de la casa Drăgoi y otras de la casa Ursu.

—Así que los dos han traído a sus perros a Inglaterra...

Eirik se quedó un instante en silencio mientras ordenaba sus pensamientos. Que Helmet y Abbadon desplegaran a sus secuaces tan cerca de la Elegida no le gustó absolutamente nada. ¿Casualidad o Mørket había averiguado algo que no debía? Parecía que ya andaba sobre la pista de dónde encontrarla, algo que supondría un verdadero giro de los acontecimientos y que los obligaría a entrar en batalla mucho antes de lo esperado. Él no había visto aún nada de aquello en sus visiones, pero si eso llegaba a ocurrir antes de tiempo, si daban con Alana antes de que...

«Si mi don no hubiera comenzado a ser impreciso», se lamentó y exasperó a partes iguales.

—¿Mi rey? —dijo Vidar al verlo tan preocupado.

—Sí, sí... —Movió una mano para quitarle importancia a su extraño comportamiento. Después, miró con rudeza al joven Knutsen—. Dices que te topaste con varias patrullas. ¿Fue una de ellas la que te capturó y te dio semejante paliza?

—Sí, mi rey. —Bajó la mirada al suelo.

—¿Y tú, Ren? ¿Cómo es que tú y tus hombres habéis llegado con él? —dijo mirando al guerrero de Gudrun que había permanecido en silencio—. ¿Y el prisionero que habéis traído quién es?

—Señor, fuimos nosotros quienes salvamos al joven Knutsen del grupo que lo estaban torturando.

—¿Es eso cierto? —preguntó, girándose hacia Yngvar.

—Sí, mi rey. —Esta vez le sostuvo la mirada a Ragnasson.

—¿Por qué has dejado que te atrapen?

—Cometí un error que no volverá a suceder.

—Eso espero. —Bajó el mentón como advertencia.

Después, Eirik se volvió hacia la mano derecha de Gudrun, quien tampoco se amilanó y también le sostuvo la mirada, aunque no reveló el desliz del joven. En algún momento de sus largas vidas, todos habían cometido un descuido al igual que el de la casa Knutsen la noche anterior, por lo que Ren no iba a delatar a ninguno de los de su raza a no ser que el rey exigiera conocer el verdadero motivo.

Sin embargo, la pregunta que podía haberlo condenado a un castigo bien merecido no llegó. Ragnasson tenía problemas mucho más serios que conocer la imprudencia de uno de los suyos. Pese a que podía haber puesto en peligro a todo el campamento, Eirik lo dejó pasar porque seguían a salvo y nadie conocía su posición. Ahora debía centrarse en el movimiento del ejército de los dos lacayos de Mørket y en poner a salvo a la Elegida, aunque eso cambiara de manera sustancial la predicción del futuro que había visto antaño. Con el tiempo, esta había ido modificando algunos detalles, así que tendría que valerse del recuerdo de lo último que se le había revelado.

Vidar y Gudrun se colocaron a ambos lados del rey para mostrale su apoyo. Él asintió y retomó la conversación.

—Ren, ¿ya habéis conseguido sonsacarle algo al vampiro que habéis capturado?

—Aún no hemos podido interrogarlo, pero no hay duda de que es un perro de Abbadon. Llevaba el emblema del escorpión en sus ropas. Uno de los míos lo hirió en el cuello con su daga. En cuanto llegamos, lo llevaron a la casa Sjaman. Esperemos que hayan podido salvarlo.

—Me temo que poco habrán podido hacer dado que son incapaces de curar a los nuestros las heridas causadas por el acero *dojehî*. Avisadme si sobrevive. Con suerte, puede que logremos sonsacarle algo. Más tarde pasaremos a verlo —dijo mirando a Vidar y Gudrun.

—Yngvar, en cuanto a Thyra, ¿de verdad que la viste con vida? ¿Ella se encontraba bien? —insistió con seriedad.

—Sí, mi señor. Vi cómo Oskar caminaba con ella y se detenían fuera de la casa de la... Elegida —nombrarla le costó más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—¿Por qué será tan cabezota? —vociferó. Se dio la vuelta y dio un fuerte golpe en la mesa—. Entonces, ¿dices que la última vez que los viste estaban en la casa de la...?

La rabia en la mirada de Eirik haría temblar al guerrero más fiero. Yngvar afianzó los pies en el suelo para no amilanarse y trató de erguir su cuerpo. Las heridas comenzaban a sanar, pero no tan rápido como lo hacían en la raza de los «No Muertos».

—Sí, mi rey. Oskar me aseguró que volverían al campamento tras aclarar algo con ella.

—¿Y qué es lo que tenía que aclarar?

—Eso no lo sé, señor.

—¿No erais amigos? ¿Pretendes que crea que no te ha dicho cuáles eran sus intenciones para con ella? —Su voz tronó con tanta fuerza que algunos pájaros pieron con fuerza. Por suerte, la protección del campamento eliminaba cualquier sonido fuera de sus límites.

—Señor, Oskar es un errante honorable. Así que comprenderá que no me haya revelado lo que iba a hablar con su prometida.

Eirik unió ambas manos y apoyó los dedos a la altura de los labios. El joven Knutsen tenía razón. Un errante jamás le confiaría a otro lo que hablaba con su pareja destinada. Menos aun cuando no se había llevado a cabo el ritual del *sjelevenner*.

—¡Maldita sea! Está bien, Yngvar. Te creo. El problema que se nos presenta ahora es que eso nos deja solo dos posibilidades: o están dando un rodeo porque, al igual que tú, se han topado con las tropas de los vampiros, o los han capturado.

—¿Capturado? —dijo el joven guerrero con la expresión demudada.

—Mi rey —dijo Gudrun—, enviaré enseguida a dos destacamentos a buscarlos.

—Gudrun, no dudo de tu lealtad, pero tus guerreros han resultado ser de muy poca ayuda. Estos dos muchachos dieron antes con mi hija que los tuyos, así que no quiero oír nada de las excusas que vas a ponerme por las que no han dado con ella.

El guerrero apretó la mandíbula con fuerza. El *Šāhanšāh* acababa de menospreciar sus decisiones y lo relegaba a un lugar mucho más alejado de lo que había sentido que estaba hasta ahora.

—Vidar, prepara un pelotón con veinte de tus mejores guerreros. Esta vez no dejaremos nada al azar. Tú los comandarás. Trae a mi hija y al joven Isaksen sanos y salvos antes de la siguiente luna. Esa unión debe llevarse a cabo. Es de vital importancia para la raza y para el destino de todos.

—Mi rey, haré cuanto esté en mi mano para encontrarlos.

El de la casa Eide asintió con respeto. Después salió de la tienda para empezar a organizar el rescate. De un modo u otro, debía encontrarlos antes del plazo establecido.

Gudrun permaneció en silencio. No había podido disimular su molestia ni ante la mano derecha de Eirik ni ante el propio rey. Su cometido como segundo en la jerarquía consistía en salvaguardar a los guerreros de la raza Errante, y, el de Vidar, cuidar al rey y a sus descendientes. Durante milenios había sido de ese modo. Ahora acababa de ser ridiculizado por culpa de la princesa, que había escapado hacia Dios sabía dónde. Miró con ira al joven Knutsen mientras pensaba en que si los suyos, que eran los mejores rastreadores que existían sobre la faz de la tierra, no habían dado con Thyra, ¿cómo habían conseguido hacerlo dos muchachos inexpertos que apenas llevaban unos pocos años entre ellos?

Sí, algo no cuadraba. Así que el valiente guerrero se volvió hacia el *Šāhanšāh* y observó cada uno de sus movimientos tras salir Vidar. El rey no confiaba en él, pero aún no sabía la razón. Más tarde hablaría con Ren y trataría de aclarar qué demonios habían estado haciendo durante tres días en mitad de los bosques para no dar con la princesa. Un dolor le atravesó el pecho, puesto que había dedicado su existencia en servir a Eirik con honor, con verdadera lealtad. Mientras escuchaba cómo repasaba con Yngvar lo sucedido, una idea tomó forma en su cabeza. Puede que el futuro, por primera vez en mucho tiempo, fuera diferente. Volvió a apretar la mandíbula porque eso abría la posibilidad a un nuevo destino, y tal vez el rey no fuese capaz de verlo. Inspiró despacio tratando de centrar aquellos pensamientos. Si se precipitaba, acabaría desterrado o muerto. Por el momento, no le interesaba ninguna de esas dos opciones, de modo que relajó la postura un poco y se acercó a Eirik mientras asentía, dándole así a entender que aceptaba su decisión.

El rey dibujó una leve sonrisa y prosiguió hablando con el de la casa Knutsen, quien se veía necesitado de un descanso con urgencia.

—Señor, me gustaría unirte a Vidar en la búsqueda de la princesa y de mi amigo —dijo Yngvar, llevándose la mano al costado que había castigado el vampiro sin piedad.

—Lo entiendo, muchacho, pero ahora mismo no vas a poder. Apenas te mantienes en pie, así que supongo que se han ensañado contigo a base de bien.

—Pero no lograron sonsacarme ni una palabra. Lo único que hice fue rezar en la lengua antiguo.

—Muy valiente por tu parte —reconoció el rey con orgullo.

Eirik miró un instante a Gudrun. Aquel gesto removió algo en las entrañas de su segundo, quien fue más inteligente. Bajó la vista para aceptar el mal hacer de sus guerreros. Ragnasson

reconoció su sumisión como un gesto de buena voluntad.

—Señor —dijo Ren mirando al rey con la mano a la altura del corazón—, os doy mi palabra de que hemos hecho lo imposible para encontrar a la princesa. No sé cómo han sido capaces de dar con ella —añadió, volviéndose con gesto serio hacia Yngvar—, pero supongo que la suerte del principiante tiene mucho que ver en esto. Os ruego que me permitáis acompañarlos para redimir mi incompetencia.

—¡Silencio, Ren! —lo reprendió Gudrun.

El guerrero formó una fina línea con sus labios y también bajó la mirada ante su llamada de atención.

Al de la casa Strøm la rabia lo carcomía por dentro. En realidad, se sentía profundamente ofendido porque se habían puesto en duda sus capacidades. Sus guerreros llevaban dejándose la piel día y noche buscando a la princesa, pero al único que encontraron fue al joven Knutsen. Parecía que Thyra y su prometido habían desaparecido sin más. Y es que abarcar todo el territorio que tenían asignado alrededor del campamento no era tarea fácil. Menos aún para solo tres errantes, por muy expertos que fueran.

—Pero, señor...

—Ren —lo cortó el rey—, no es culpa tuya. —Se quedó un instante callado antes de mirar a Gudrun—. Tampoco tuya, mi fiel guerrero. Cambié mis órdenes en el último momento y Oskar las siguió al pie de la letra. A vosotros se os asignaron las tres restantes zonas, así que tienes razón: lo suyo ha sido mera suerte.

—¿No aparecía claro en vuestras visiones, mi rey? —preguntó con un tono de preocupación su segundo, pero lo cierto era que aquellas palabras estaban cargadas de cierto reproche.

—Sí, por supuesto que sí —se defendió Eirik con rotundidad—, pero el futuro es voluble y mi hija sabe manipularlo tanto como yo.

—Claro, mi rey. —Gudrun volvió a bajar la mirada mientras analizaba la respuesta de Ragnasson.

—Bien, ahora dejadme un momento a solas con Yngvar. Después iremos a ver al vampiro. Si ha muerto, un problema menos del que preocuparse.

Tras abandonar la tienda los dos guerreros Strøm, la reina Brina apareció con la angustia instalada en el rostro. Nada más despertar, su sirvienta de confianza le había revelado que algunos de los suyos habían vuelto, pero no había rastro ni de la princesa ni de su prometido.

El de la casa Knutsen se inclinó ante ella.

—Brina, este no es un buen momento —dijo Eirik negando con la cabeza—. Necesito hablar a solas con él.

—Y yo voy a escuchar cuanto tengas que decirle. Mi hija no ha regresado, así que o estamos rodeados de incompetentes o de traidores. Dime, mi rey, ¿sigues creyendo que voy a irme sin escuchar lo que tenga que decir?

El rey asintió ante su petición e Yngvar repitió cuanto sabía. Ella dibujó la misma expresión de preocupación que tenía su pareja designada, así que el futuro que les esperaba era completamente incierto.

—Mi reina —comenzó el joven—, si Oskar no ha llegado aún con vuestra hija...

—¿Quién crees que puede haberlos capturado? ¿Los del ejército de Helmet o...? —dejó el final de la pregunta en el aire.

—No lo sé. Pueden ser cualquiera de los dos.

—Querida, debes tranquilizarte.

—¿Tranquilizarme? Mi hija está en manos de Dios sabe quién, ¿y quieres que me tranquilice!? —dijo a media voz, pero su voz sonó igual de amenazante—. Buscadlos. ¡Enseguida! —Se llevó la mano a la frente un instante—. Y tú —se dirigió a Yngvar—, si quieres ir con Vidar, ve a que te curen antes de que te desplomes aquí mismo.

El rey asintió de nuevo antes de poner los ojos en blanco. Brina era una de las guerreras más fuertes de cuantas errantes habían existido, así que llevarle la contraria cuando estaba enfadada era lo peor que se le podía ocurrir.

—Sí, mi reina. —Yngvar se inclinó lo justo para no gritar y salió de la tienda para dirigirse directamente hacia la casa Sjaman. Necesitaba que lo curaran lo antes posible.

Eirik miró a Brina y acabó por confesar aquello que más temía.

—No sé dónde está Thyra porque mis visiones han dejado de ser precisas.

Ella entreabrió los labios mientras el vello de todo el cuerpo se le erizaba. Aquello era la señal del principio del fin, solo que el fin acababa de ser cubierto con una espesa capa de incertidumbre.

Y no existía peor destino que la oscuridad para un errante cuyo don era ver el futuro de todos.

## 15. UNA CONEXIÓN LATENTE

Alana se había pasado toda la noche pensando en cómo iba a rechazar al príncipe. Mientras observaba a Wade dormir plácidamente en su cama, fue consciente de que debía hacer cuanto estuviese en su mano para mantenerlos a salvo.

La luz del amanecer la avisó de que se estaba quedando sin tiempo. Cerró los ojos y recordó las palabras que le había dicho su madre la noche anterior: «Alana, los hombres rara vez no sucumben a sus propias necesidades, da igual cuáles sean». Razón no le faltaba, por lo que tendría mucho cuidado con sus palabras y sus gestos.

Se llevó la mano a la frente e inspiró con pesar. Deseó marcharse muy lejos, dejar atrás Inglaterra y a cualquier persona que conociera su don, pero ya era tarde. Él quería verla, y nadie podría evitar que lo hiciera. Además, aquel soldado había amenazado a su familia, y esa era razón más que suficiente como para quedarse y plantar cara a lo que pudiera ocurrir.

Sin poder evitarlo, volvió al momento en que lo vio tumbado debatiéndose entre la vida y la muerte. Su rostro pálido por la pérdida de sangre. El pecho desgarrado y expuesto. Tenía que reconocer que al tocar su piel había sentido una conexión muy fuerte. Puede que solo fuera su percepción o que salvarle la vida los había unido de alguna manera que no se veía capaz de entender.

De un modo u otro, debía acabar con cualquier acercamiento. Compartir unas pocas palabras no suponía que fuese a tener ningún tipo de interés por ella que no se ciñera a agradecerle de nuevo que lo hubiera salvado. Al convencerse a sí misma de que ese era el único motivo por el que quería verla, se tranquilizó.

Decidió que ya había llegado el momento de levantarse. Hizo la cama y entró en la sala. Su madre ya estaba sacando el pan del horno.

—Buenos días, madre. Gracias por traer de vuelta a Wade. —Ella le sonrió, había sido incapaz de mantenerlo lejos de ellos en esas circunstancias—. ¿Ya has hecho el pan? —preguntó sorprendida.

—No he pegado ojo en toda la noche. Tu padre tampoco. Ya está arando el campo porque la casa se le venía abajo.

—Yo tampoco he podido dormir —reconoció agotada.

Leala asintió, entendiendo los motivos.

—¿Crees que vendrá a verte?

—¿A mí?

—Sí, a ti. A la mujer que le ha salvado la vida.

—Lo dudo mucho, madre.

—Ya... Y si se presenta aquí, ¿podrás lidiar con él? —dijo sin más mientras ponía a calentar un cazo al fuego.

—No te entiendo. No sé cuáles serán sus intenciones.

—Bueno, tú ten mucho cuidado. Y, Alana —ella la miró—, no te enamores de él.

—Madre, ¡deja de repetirme eso! ¡Solo lo vi un momento!

—Lo sé, hija, pero es un hombre con poder y seguro que ya tiene mucha experiencia en... todo. Eres demasiado inocente como para desconfiar de unas palabras dulces o de una mirada fingida de enamorado.

—No soy tan inocente —se defendió.

—Hija mía, no te lo digo para hacerte ningún mal. Te quiero más que a mi propia vida. Daría cuanto tengo y soy para manteneros a salvo a tu hermano y a ti de todo lo malo que hay en el mundo.

—Lo sé, madre.

—Pero no puedo protegerte de los deseos de un príncipe ni del acero de sus hombres sin condenarnos a todos.

—Podemos irnos en cuanto se marche.

—Alana, él no va a querer dejarte marchar por muchas razones.

—Mi don... —susurró, llevándose la mano a los labios.

—Tu don, tu belleza, tu alma... Eres demasiado valiosa como para no aprovechar «todo tu potencial» —recalcó las tres últimas palabras.

—Lo dices como si solo fuera una moneda de cambio, madre.

—Hija mía, por desgracia, es lo único que somos. Para los hombres, no valemos más que nuestra virtud, belleza y juventud. Agotadas esas tres cualidades, dejamos de importarles lo más mínimo.

—Padre no es así contigo.

—Pero lo fue al principio. Te aseguro que, si yo no tuviera «Su Sangre», quizás nuestra vida hubiera sido muy distinta.

Alana se quedó pensando en lo que había supuesto para su madre el tener aquel poder latente. En cierto modo, sabía que tenía razón. Como mujer se sentía menospreciada. Sus únicas armas se reducían a su inocencia y a mantenerse en un segundo plano para no destacar, y así no ser el blanco de los deseos de los hombres.

Ahora eso había cambiado. Tenía fuerza, velocidad, destreza, sabiduría. El padre León le había explicado que todo aquello le proporcionaba ventaja ante cualquier ser humano, pero, más que nada, ante ciertos seres ávidos de sangre capaces de acabar con cualquier tipo de vida.

—Él no sabe quién soy, madre —acabó por decir.

—Y jamás ha de saberlo, Lana. Además, debes asegurarle que, después de lo de ayer, ya no puedes curar ni un simple rasguño.

—Madre, dada mi nueva condición, no creo que pueda mentir.

—Cariño, ÉL lo entenderá. Créeme, podrás. Si es para salvar tu propia vida, no tendrás ningún inconveniente.

—Hablas como si fuera inevitable que venga a por mí para llevarme con él y desposarme.

—No, hija. El príncipe tiene sus propias obligaciones. Estoy segura de que entre ellas no está ni estará nunca desposarte, aunque no dudo ni un momento de que te deje escapar porque quiera...

Dos golpes en la puerta interrumpieron su conversación. Las dos se miraron asustadas. Fairfax no llamaría nunca, y aún era muy temprano como para recibir cualquier visita.

—¿El padre León? —preguntó Alana.

—Esperemos que sí.

Leala abrió la puerta con cautela. Para alivio de ambas, era el sacerdote. Vieron cómo entraba en la casa con una expresión sombría. En realidad, exudaba preocupación por cada poro, ya que se temía que la Elegida no acabara el día en su hogar, sino a expensas de los caprichos de

un muchacho del que dudaba mucho de que hubiese escuchado alguna vez un «no» por respuesta.

—Padre, ¿qué sucedió ayer? —dijo ansiosa la Portadora.

León les describió el encuentro con la vampira y el interés desorbitado del heredero por volverla a ver. Alana unió los labios en una leve sonrisa. Sin duda, él había percibido lo mismo que ella. Una unión entre sus almas y sus cuerpos como jamás había sentido antes.

Mientras el cura hablaba con su madre sobre cómo impedir a toda costa que él la viera fuera de aquellas cuatro paredes, dejó volar su imaginación. No lo amaba, por supuesto, aunque debía reconocer que el príncipe era muy apuesto. Cabello rubio, ojos azules claros, labios finos pero atrayentes... Trató de recordar el tono de su voz, cada palabra que había dicho tras abrir los ojos. Bebió un sorbo de leche caliente y aceptó que tal vez sintiera ese cosquilleo en el estómago porque nunca había visto a un muchacho tan imponente como él.

Sonrió para sí al pensar que tampoco había tenido la oportunidad de conocer nada más allá de las lindes de su pueblo.

—..., ¿verdad, Lana? —dijo Leala.

Ella no respondió.

—¿Alana? —León repitió su nombre.

—¿Eh?

—Que permanecerás en casa y no saldrás hasta que los hombres del rey se marchen —agregó el párroco.

Miró a su madre, que asintió varias veces para instarla a obedecer.

—No puedo prometerlo.

—¿Por qué no? —dijo él atónito.

—Porque no somos dueños de nuestras vidas, padre. Él es el futuro rey. No puedo contradecirlo ni disgustarlo porque nos pondría en peligro.

—Lana, antes te he dicho...

—Sí, madre —la interrumpió—, mentiré si es preciso. O al menos lo intentaré. Ninguno sabemos qué es lo que espera de mí. Quizás solo venga para agradecerme de nuevo que lo haya salvado.

Alana trató de tranquilizar los ánimos. Los tres estaban demasiado tensos. Parecía que en cualquier momento el príncipe fuera a aparecer y a raptarla para someterla a sus caprichos.

—No creo que sean esas sus intenciones —soltó el sacerdote.

—¿Y qué pensáis que quiere? —preguntó ella molesta por tanta insistencia.

—Eres demasiado inocente como para decírtelo.

—Ya soy una mujer, así que no pretendáis mantenerme en la niñez para siempre.

—¡No puedes entregarte a él! —sentenció León.

—No haré tal cosa, pero tampoco tomaré mis elecciones en base a vuestras exigencias. Ya os lo he dicho: mi destino no está en vuestras manos ni en las de nadie.

—Está bien, Alana —suavizó el tono—. No puedo impedirlos que os enamoreis de él...

—¿Enamorarme? —dijo elevando la voz—. ¡Si solo lo he visto una vez! Esa no es mi intención, y estoy segura de que tampoco es la suya.

—Eso no lo sabes.

—Ni vos, así que acabemos con esto. Iré a verlo ahora mismo a la posada para que se pueda marchar cuanto antes...

Alguien llamó a la puerta con brío. Los tres se quedaron en silencio mientras decidían qué hacer.

Cuatro. Cinco golpes más.

—He de abrir —dijo Leala. Los dos asintieron.

Alana miró hacia la puerta. Al otro lado se encontraban el soldado que había ido a buscarla la tarde anterior y el hombre que no se había separado de Alistair ni un instante mientras ella obraba el milagro.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó su madre al verlos.

—Soy Landon Youngblood, el príncipe desea hablar con vuestra hija —dijo adelantando un paso para poder mirar en el interior de la casa—. Veo que ya está recuperada.

—Solo un poco, señor. Aún no puede caminar por sí misma, pero puede recibirlo si lo desea.

Hereward no se inmutó, solo se quedó observando los rostros del sacerdote y de la joven, que no paraban de intercambiar miradas.

—Ahora mismo.

Landon avisó al príncipe, quien se había quedado en su montura a solo unos pasos de la casa. Tras bajar del caballo, se acercó a la puerta. Parecía un simple soldado. Vestirse con las ropas que le había proporcionado el posadero le había parecido demasiado indigno.

—Buenos días, soy... Alistair. —Nada más verla, su expresión cambió por completo.

Leala se inclinó ligeramente. El padre León se puso en pie, en cambio Alana se quedó sentada. No porque quisiera simular que aún no se encontraba bien, sino porque fue incapaz de moverse al verlo en su propio hogar. Algo impensable para una simple campesina.

—Príncipe Alistair —dijeron a la vez Leala y el sacerdote.

—Buenos días —respondió Alana.

—¿Cómo os encontráis? —preguntó él acercándose.

—Mejor. He podido tomar un poco de leche. —No supo por qué le dijo aquello.

—Me gustaría hablar con vos a solas —solicitó Alistair. En realidad, no era una petición, y así lo entendieron sus hombres.

Youngblood miró a la mujer y al cura, quienes obedecieron en silencio. Justo antes de salir, ambos la miraron. Ella sonrió levemente y asintió una vez para darles a entender que podría sobrellevar la situación.

En cuanto cerraron la puerta y los dejaron a solas, el príncipe se sentó a su lado.

—Temía que no despertarais. He pasado toda la noche en vela pensando en vos y en lo que habéis hecho por mí.

—Lo hubiera hecho por cualquiera.

Aquella respuesta no era la que esperaba el heredero, pero decidió ignorarla porque el que no hubiera muerto gracias a su intervención era la mejor de las recompensas.

—Sois muy generosa.

—No lo creo —dijo bajando la vista un momento.

—Yo sí. —Se quedó mirándola. La intensidad de sus ojos hizo estragos en la determinación de Alana—. Me alegro de que tengáis un poco de rubor.

Esas palabras provocaron que sus mejillas se arrebolaran aún más. Él sonrió porque había logrado su propósito.

—Ya os he dicho que me encontraba mejor —se defendió.

—¿Mejor como para dar un paseo?

Ella inspiró porque todo su cuerpo le pedía salir al aire libre con él. Quizás tocar de nuevo la piel de su mano, hablar de cualquier cosa simplemente para pasar un poco más de tiempo juntos...

Nada más pensarlo, se regañó con dureza.

—No, lo siento.

—¿No podéis o no queréis?

—Ni lo uno ni lo otro —dijo tratando de parecer decidida, aunque por dentro temblaba.

—¿Sabes que podría obligarte? —Aquel tono era de imposición, de superioridad—. Algún día seré tu rey y tendrás que obedecerme —añadió para recordarle quién era y así hacerla cambiar de opinión.

—Vos lo habéis dicho: algún día, pero hoy no. Y no es eso, no tengo fuerzas para ponerme en pie. Ayer utilicé cuanto me quedaba para llegar a casa. Después caí en un profundo sueño, aunque no recuerdo nada.

La Elegida volvió a bajar la mirada. Le había mentido. Había podido hacerlo, pese a que pensaba que no sería capaz. Se sintió mal al instante, pero lo hecho, hecho estaba.

—Lo siento —replicó Alistair—. Puse vuestra vida en peligro y no era mi intención.

—¿Cómo os hirieron?

—Eso no puedo decíroslo.

—Entiendo. Supongo que quien lo hizo quería acabar con vos.

—Así es.

—Decidme, ¿por qué estáis aquí? ¿A dónde os dirigíais? Os encontráis muy lejos de vuestro castillo.

—Eso tampoco puedo decíroslo.

—Ya veo.

—Pero permaneceré unos días hasta que llegue un destacamento de la guardia de mi padre.

—¿El rey va a...?

—No, solo sus soldados.

Alana sonrió al darse cuenta de su error. Ningún motivo llevaría al rey de Inglaterra a pisar Felsted, de modo que se preguntó cuáles serían las verdaderas razones que habían provocado que Alistair y sus hombres estuvieran allí sin la protección adecuada.

—Bueno —añadió—, no quiero reteneros. Además, me gustaría descansar.

—Lo entiendo. Volveré mañana. Quizás, con suerte, os encontréis mejor y podamos dar un paseo.

—No, yo...

—Alana —susurró su nombre mientras cogía su mano. Ese contacto provocó que ambos sintieran un hormigueo en la piel.

—Príncipe Alistair, esto no va a ninguna parte —dijo apartándosela.

—No sé a dónde va, pero me gustaría averiguarlo.

—Lo sé, solo que yo no puedo.

—¿Amáis a otro?

—¿Amar? ¿De qué estáis hablando?

—Me he precipitado. Quería decir que quiero conoceros. Quiero saber más de vos. Lo que os gusta. Lo que os inspira. Y, más que nada, cómo pudisteis cerrar mis heridas solo con vuestras manos desnudas.

Ella endureció el gesto. Por un momento, había creído que su interés era genuino, pero terminó hablando de su don, justo de lo que el padre León la había advertido que no hiciera.

—Me gusta ver el cielo azul. Meter los pies en el agua helada del río. Me inspira la bondad y las buenas acciones que se hacen de forma desinteresada, pero no puedo deciros lo que

no sé.

—¿No puedes o no quieres?

—Príncipe Alistair —con esas dos palabras volvió a poner distancia entre ellos, incluso pegó su espalda a la silla para alejarse—, os repito que no puedo explicaros lo que no sé.

—¿Es que es cierto lo que dijo el sacerdote? —Ella frunció los labios sin entenderlo—. Me dijo que vuestro don apareció sin más.

Alana bajó una vez más la mirada para no tener que ver cómo la escudriñaba con sus preciosos ojos azules.

—Esa es la verdad.

—¿Y cómo empezó?

—Me corté con una piedra en el río —dijo sin pensarlo—. Al salir, puse mi mano encima para detener la sangre. La herida se cerró ante mis ojos, pero no puedo deciros cómo lo hice. —Se pasó la mano por la frente. Se sentía avergonzada por haber vuelto a mentir.

—Bueno, eso ahora no importa. ¿Te encuentras bien? —preguntó el heredero al trono con verdadera preocupación.

—Estoy un poco cansada.

Tercera mentira.

—No quiero importunarte más.

—Os aseguro que no hacéis tal cosa —susurró con la voz más dulce que él había oído nunca. Se arrepintió nada más decirlo porque acababa de azuzar el interés del príncipe.

—Me alegra saberlo —respondió Alistair con una sonrisa que la derribó por completo.

Alana apartó la mirada, pero también sonrió.

—¿Qué te ha hecho sonreír así?

—Vos.

—¿Yo?

—Desde luego. Me pregunto cuántas muchachas habéis tratado de conquistar con esa sonrisa.

—¿Acaso importa? —dijo zalamero.

—¿Importar...? No, no es eso. Más bien es curiosidad.

—Si te causo curiosidad es que sientes interés.

—¿Eso es lo que creéis?

La Elegida apoyó de nuevo la espalda en la silla y tamborileó los dedos encima de la mesa. Aquella conversación se estaba alargando demasiado. Sabía que, cuanto más estuviera junto a él, más posibilidades tenía de cometer un error. Pero Alistair era demasiado apuesto y se mostraba tan atento que retenerlo solo unos instantes más le pareció una compensación justa por todo lo que había pasado y tendría que pasar.

—Desde luego. Y, para tu conocimiento, no han sido muchas.

—Ya, y pretendéis que os crea.

—No te he mentado.

Oír esa declaración la removió por dentro. Alana sí lo había hecho, aunque se sentía tremendamente mal por ello.

—¿Cuántas? —siguió con el interrogatorio porque de pronto un nudo en el estómago comenzó a torturarla.

—¿Media docena? —dijo él con voz burlona.

—¿Y os parecen pocas?

—Soy el príncipe.

—¿Qué respuesta es esa?

—Pues... no lo sé. Nadie me había preguntado nada parecido antes.

—Supongo que ser el príncipe tiene sus ventajas —añadió ella con media sonrisa.

—Sí, pero también muchas obligaciones. —Su expresión se ensombreció al recordar que en pocos días tendría que retomar la marcha para encontrarse con su prometida.

Alana no supo a qué se refería, pero su semblante le transmitió tal pesar que, de forma instintiva, se apiadó de él y acabó poniendo su mano sobre la suya. Un gesto demasiado osado e íntimo para una plebeya, incluso después de haberle salvado la vida.

En cuanto se dio cuenta de su atrevimiento, trató de apartarse, pero él se lo impidió colocando la otra mano encima de la de ella.

—No la retires, por favor.

—Disculpadme, no he debido...

—No digas eso.

—Príncipe Alistair, yo...

—Alistair. Soy Alistair. Aquí, en tu hogar, bajo el techo de tus padres, solo soy un hombre.

—Sois mucho más que eso. Sois el heredero al trono.

—Renunciaría al trono ahora mismo si con ello consiguiera que dijeras mi nombre y sostuvieras mi mano mientras paseamos por el bosque sin más pretensiones que disfrutar de lo que nos depara el día.

—No creo que hicierais tal cosa.

—Hicieras —la corrigió—. Háblame como el hombre que soy, no por el título que ostento. Lo último que deseo es ser un extraño para ti, Alana —dijo llevándose la mano al corazón—. Me salvaste la vida, pero sabes que hiciste mucho más que eso.

—No sé a qué...

—Sí que lo sabes. Lo sientes igual que yo.

—Creo que debes irte.

Él sonrió al oír cómo acababa de hablarle como a un igual.

—Lo haré, pero volveré mañana.

—No...

—Volveré... mañana —repitió muy despacio mientras clavaba su mirada en ella—. Hasta mañana, Alana.

—Hasta mañana, Alistair.

La puerta de la habitación de la Elegida se cerró despacio. Wade había oído cada palabra, pero no entendía lo que había pasado allí. Tampoco le importaba. Él solo quería desayunar, pero se topó con una conversación que no le interesaba lo más mínimo. Aun así, oyó cada palabra porque le pudo más la curiosidad.

El príncipe besó la mano de la Elegida y se despidió hasta el día siguiente. En cuanto salió de la casa, sus padres entraron junto con el padre León.

—¿Qué es lo que ha pasado, hija? —preguntó Leala con el corazón encogido.

—Solo que el futuro que nos describió Thyra puede que esté mucho más cerca de lo que pensábamos.

## 16. DEBISTE DECÍRMELO

Wêranker se retorció de placer una vez más bajo la crudeza de las embestidas de Xwînxwar. La había mantenido gimiendo toda la noche, orgasmo tras orgasmo. No había quedado ni un palmo de la alcoba donde no la hubiese penetrado sin descanso. Ella disfrutaba tanto con el dolor ajeno como con el propio, así que Xwîn le proporcionó todo el que necesitaba y más, forzándola a suplicar en alguna ocasión para que se detuviera. Pero él no había cedido, sino que había recrudecido el castigo, obligándola a adoptar todo tipo de posturas mientras derramaba cera en su espalda. El vampiro no le dio más opción que la de que lo obedeciera hasta cumplir sus propios deseos. En un par de ocasiones, la inmovilizó de pies y manos, en otras tantas la azotó sin contenerse al tiempo que se perdía en su cuerpo una y otra vez, dejando salir la rabia que sentía por haberlo mantenido al margen sobre la captura de los errantes.

Wêr ahora se encontraba de pie con las palmas apoyadas en la tosca piedra y el torso doblado hacia adelante. Sin previo aviso, él cogió su preciosa mata de pelo atezado y tiró hacia atrás con fuerza. Ella lo miró con rabia contenida. El guerrero respondió a su gesto enredándose su cabello en una mano mientras que con la otra comenzó a estrangularla de manera controlada.

Cuanto más le daba él, más le exigía ella. Ambos habían entrado en un círculo perverso donde las fantasías de uno se estaban transformando en los deseos del otro. Con una última investida, él acabó por dejarse ir, provocando que las terminaciones exacerbadas de la vampira explotaran en un nuevo clímax.

Sin avisar, salió de su cuerpo, le dio la vuelta y hundió la lengua en su boca para evitar que pudiera seguir gimiendo. Acto seguido, metió dos dedos en su interior y los hundió hasta el fondo, provocando que volviera a convulsionarse a su alrededor. Un orgasmo más bajo el influjo de la desesperación de Xwînxwar por lograr estar a la altura de las exigencias de Wêranker, cuyo aguante parecía no tener fin.

De nuevo, se apartó de su intimidad con brusquedad y la cogió en brazos. La miró con ira y volvió a comenzar otro asalto. Su condición le hacía recuperarse en un tiempo récord. La resistencia sobrenatural que le proporcionaba la maldición de ser un «No Muerto» distaba muy lejos de la que había disfrutado cuando estaba vivo.

Mientras Wêr se deshacía nuevamente entre sus brazos, él se perdió un instante en sus caóticos pensamientos. Envite tras envite, se preguntó qué había llevado a aquella imponente mujer, cuyo aspecto parecía el de una muchacha inocente, casi celestial, a ser la depravación en estado puro. No tenía ni idea, pero esa «velada» juntos, que no se parecía en nada a las que habían compartido hasta ahora, le estaba dejando claro que ella no era quien él creía.

Xwînxwar sabía que esa noche le había hecho verdadero daño. Se había ensañado a placer, aumentando su brusquedad conforme le exigía que subiera el nivel. Si se hubiese comportado de esa manera con otra mujer, incluso con cualquier vampira de su ejército, estaba seguro de que habría salido huyendo y hubiera buscado venganza. Pero Wêranker era diferente. Disfrutaba sintiéndose expuesta, a merced de toda la crueldad que él pudiese ejercer sobre ella. Quizás Xwîn no debería haber entrado en su juego, pero satisfacerla, aunque no fuera con sus métodos

preferidos, estaba muy por encima de permitirle que experimentase ese placer con otro que no fuera él. Justo antes de que volviera a gritar, él le tapó la boca con su enorme mano, impidiendo así que nadie pudiera oír cómo volvía a estremecerse por un nuevo orgasmo.

La miró a los ojos sin sentir el más mínimo remordimiento. Aún estaba muy enfadado, pero ya había llegado el momento de parar y tener esa conversación que estaba pendiente.

—Suficiente por hoy —dijo, saliendo de su cuerpo. La dejó en el suelo y se dirigió a la mesa para refrescarse con el agua de la jarra.

Wêr sonrió de una forma enigmática que él no vio, puesto que ya estaba de espaldas. Mientras se peinaba el cabello con los dedos, caminó con calma los pocos pasos que los separaban.

—Estás enfadado —dijo sin ningún tipo de inflexión en la voz.

—Mucho. Debiste decírmelo en cuanto supiste qué eran.

—Lo sé.

La vampira unió las manos y él vertió en ellas un poco de agua. Divertida, se echó un poco en la cara. El resto cayó por su pecho, bajando despacio hasta el ombligo.

—Bueno, ¿qué quieres saber? —añadió melosa.

—¿Hace falta que te lo pregunte?

—Un grupo de reconocimiento los capturó por casualidad. Pensaban que eran campesinos que huían del castillo. Los soborné con ración doble si no lo contaban. Solo quería entretenerme un poco.

—¿Y ninguno los reconoció como errantes?

—Uno solo, pero le convencí de que se equivocaba.

—¿Yaciste con él?

—Tres veces, pero no estuvo a la altura.

—¿Entiendes que esta situación es muy complicada para mí? Has ocultado a dos prisioneros en plena tregua.

—¿Plena tregua?

—Llevamos más de medio siglo sin luchar contra ellos. Sabes que Helmet logró que dejaran de perseguirnos y aniquilarnos sin más. Mientras no matemos a diestro y siniestro a los humanos, todo se mantendrá en equilibrio.

—Si eso es cierto, ¿qué demonios hacen aquí?

—Aún no lo sé.

—Me parece increíble que seas incapaz de imaginártelo. ¿Es que no lo sabes? Pues yo te lo diré, ya que parece que no ves lo evidente. ¡Nos acechan! Están siempre en las sombras esperando a que cometamos un error. Ellos quieren acabar con nosotros tanto como nosotros queremos acabar con ellos.

—Lo sé, pero ni tú ni yo estamos al mando.

—Porque tú no quieres. Helmet es débil. Derrotarlo sería tan sencillo como un juego de niños. Abbadon lo sabe y por eso...

—¿Qué, Wêranker?

—Nada.

—No, nada no. ¡Dime ahora mismo lo que sabes! —exigió fuera de sí ante su actitud insolente.

—Solo es que me gustaría pertenecer al ejército de la casa Ursu, eso es todo. Creo que me convirtió el vampiro equivocado.

—Estás loca... —La miró sorprendido—. Si Helmet supiera lo que piensas de él, acabaría

contigo. En cuanto a mí, yo jamás estaré bajo el yugo Abbadon. Pero ¿y tú? Dime, ¿es que quieres lamerle las botas al perro de Mørket?

—No me des ideas... —Se mordió el labio inferior y entrecerró los ojos imaginando la escena.

Xwînxwar perdió la poca paciencia que le quedaba. La sujetó con fuerza de los hombros y la miró a los ojos.

Lo que vio en ellos no le gustó ni un ápice.

—¿Has hecho algún trato con él? —preguntó con voz grave, ciñendo la mano sobre su cuello sin contemplaciones.

—¿Otra vez quieres jugar?

—Contéstame o no verás otro amanecer.

Le enseñó los colmillos para darle a entender que había creído su amenaza.

—No he hecho ningún trato, solo he oído algunas cosas.

—¿Y a quién has metido en tu lecho para saber algo así?

—Ah, Xwîn, los machos de la casa Drăgoi sois tan simples que no veis lo que está ante vuestras narices.

—Suéltalo ya o juro que te azotaré hasta que consiga hacerte llorar.

Wêr dibujó una sonrisa de autosuficiencia.

—Sabes que eso es imposible.

—¿Seguro? ¿Quieres averiguarlo?

Ella volvió a enseñarle los dientes ante la promesa del dolor que podría proporcionarle. Se humedeció los labios y elevó el mentón.

—Quiero. Así que cumple tu amenaza y tal vez te lo cuente.

Xwînxwar dejó escapar un gruñido desde el fondo de la garganta. La cogió por sorpresa y la cargó en su hombro. Aunque fuera a golpes, le sacaría todo lo que necesitaba saber sobre la traición de Abbadon.



Yngvar caminó zigzagueando mientras se sujetaba las costillas. Cuando entró en la tienda principal de los Sjaman, ya tenía la tez muy pálida. A cada momento que pasaba, se sentía más débil. En cuanto vio que se acercaban a él para preguntarle, dejó escapar un suspiro de alivio y se desplomó. Dos guerreros impidieron que se diera de cabeza contra el suelo. Por mucho que lo intentó, no fue capaz de recobrarse. Los sonidos le llegaban amortiguados, igual que si se encontrara bajo el agua. Trataba de mantenerse despierto, pero apenas podía abrir los ojos.

El calor de unas manos en su rostro apaciguó su preocupación. O se encontraba en el cielo o aquello tan solo era un sueño.

—¡Yngvar! —repitió Unne, nieta de uno de los sanadores más sabios de la casa Sjaman—. Quitadle la ropa, ¡rápido!

Sus ayudantes obedecieron al instante. Ella cerró los ojos y paseó sus manos encima del enorme hematoma que se le veía en el costado. Tenía varias costillas rotas y las astillas lo habían destrozado por dentro. Se estaba desangrando. Si no hacían algo pronto, acabaría muriendo.

Sin perder un instante, corrió hacia el aparador donde guardaban los remedios antiguos. Buscó a toda prisa hasta dar con lo único que podría salvarlo. Si a esas alturas el guerrero no había comenzado a recuperarse por sí mismo, su final estaba cerca.

—Abridle la boca —ordenó.

Un guerrero le inmovilizó la cabeza y otro le sujetó la mandíbula para lograr que

mantuviera los labios separados. Con cuidado, Unne derramó un líquido resplandeciente en su boca. Tras hacerlo, asintió y se retiró. Ellos se apartaron de él.

Complacida, cerró los ojos de nuevo y llevó sus manos al costado.

—Måtte englenes tårer helbrede din kropp og sjel<sup>[14]</sup> —susurró como una plegaria.

Instantes después de que el líquido hubiera recorrido cada parte de su cuerpo, Yngvar inspiró con fuerza y abrió los ojos de golpe. Había estado malherido en alguna que otra ocasión, pero ahora acababa de regresar del borde de la muerte, y no había sido un camino de rosas.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó confuso.

—Podéis iros —ordenó a los dos guerreros. Tras quedarse a solas, se puso a la altura de su oído y susurró—: Los ángeles te han traído de vuelta.

—Dime que no has... ¿Los tuyos saben...?

—Mi deber es salvar a todos y cada uno de los heridos que entran en nuestra casa.

—Tendrás problemas por esto.

Unne elevó los hombros e hizo una graciosa mueca con los labios. Había utilizado «Las lágrimas de los ángeles» sin permiso, y eso iba a acarrearle duras consecuencias. Las escasas dosis que quedaban estaban reservadas en exclusiva al rey y a su descendencia, por lo que, desde hacía siglos, tenían prohibido utilizarlas en cualquier errante sin consultar antes al propio Eirik.

—¿Y cuándo no? No pasará nada, tranquilo. Ha sido una emergencia. Además, no podemos perder a ningún guerrero. En cualquier momento podría romperse el pacto, y entraríamos en guerra con los vampiros o incluso algo peor.

—Unne, si te has arriesgado por... Sabes que lo nuestro acabó hace mucho. Espero que no lo hayas hecho para que te perdone.

—No digas insensateces. Lo hubiera hecho por cualquiera de los nuestros —dijo mientras recogía el envase y se lo guardaba en un bolsillo oculto en su túnica.

Él no la creyó, pero decidió no hurgar en la herida. Durante una década, habían sido pareja en secreto. El rey no había designado a ninguno de ellos y aprovecharon la ocasión para amarse libremente. El error que cometió Unne fue pensar que Yngvar solo estaba disfrutando del sexo nada más, por lo que no dudó en entregarse a otro guerrero sin antes aclarar su situación con el de la casa Knutsen. Él no pudo perdonar su traición y juró no volver a enamorarse. Si el rey le elegía a una errante para unirse, lo aceptaría. Pero estaba convencido de que no podría sentir nada por esa guerrera, pese a que todos aseguraban que después de consumir el *sjelevenner* el amor nacería por sí mismo.

Sin cambiar la expresión, decidió que había llegado el momento de irse. Ya se encontraba bien y no había motivos para permanecer allí ni un instante más.

—Me alegra haberlo aclarado. Aun así, gracias —respondió con cierta brusquedad.

Yngvar se levantó sin esfuerzo. Se vistió con sus ropas y salió de la tienda sin mirar atrás. Debía encontrar cuanto antes a Vidar. Su amigo y la princesa estaban desaparecidos y él haría lo imposible para traerlos de vuelta antes de la siguiente luna.

Mientras caminaba hacia las tiendas de los pertenecientes a la casa de Eide, vio pasar al rey junto con Vidar y Gudrun. Se dirigían hacia la zona destinada a las celdas. Se apresuró para llegar hasta ellos, pero el primero al mando negó con la cabeza al tiempo que vocalizaba «Te buscaré». El joven Knutsen asintió y se retiró para hablar con los suyos.

Eirik avanzó a paso ligero porque quería acabar con lo que tenía por delante lo antes posible. Su prioridad era encontrar a Thyra y averiguar por qué habían llegado tan al norte las tropas de Abbadon. Pensó en el pacto al que había llegado con Helmet años atrás. La paz se había mantenido más o menos estable, pero la falta de precisión en sus visiones no garantizaba

que no se desatara la guerra con la casa Ursu, puesto que Abbadon era imprevisible. De momento, todo estaba en calma, no obstante, nadie podía asegurar que las circunstancias no cambiasen de la noche a la mañana y tuvieran que prepararse para la lucha.

Cuando los tres llegaron a la casa Fengsel, encargada de mantener el orden en el campamento, el rey exigió que le llevaran ante el prisionero de inmediato. Al acercarse a las celdas, Eirik se sintió muy orgulloso de lo que sus guerreros construían con su don. Era imposible escapar de aquellos calabozos cuyos barrotes tornasolados quemaban al más mínimo roce. Tan solo un errante Fengsel era capaz de destruir su hechizo y abrir la puerta, por lo que nadie había podido escapar de ninguna prisión por mucho que lo hubiese intentado.

—Mi rey —dijo Leifur, dirigente de la casa prisión, ofreciéndole el brazo como saludo.

Eirik mostró una sonrisa cansada, pero apretó con fuerza su antebrazo para demostrarle cuánto los unía. Vidar y Gudrun saludaron con un gesto de cabeza.

—Leifur, amigo mío. ¿Qué te ha dicho? —preguntó refiriéndose al prisionero que habían encerrado esa mañana.

—Nada. No ha dicho ni una palabra.

—¿Crees que nos entenderá o hablará otra lengua?

—Mi rey, el miedo al acero *himmelsk* no se puede disimular. Ha sido mostrarle mi daga y su expresión ha cambiado. Nos entiende, pero no quiere colaborar.

—Está bien. Hagamos que le sea imposible mantenerse en silencio.

El guerrero los llevó hasta la celda donde retenían al vampiro. Pese a haber sido torturado previamente, no mostraba ni un rasguño. Al ver la pequeña comitiva, sonrió. Si el mismo rey iba a interrogarlo, solo podía significar que estaban desesperados por conocer los planes de su señor. Aquello le insufló las fuerzas que necesitaba para afrontar otra ronda. Por mucho daño que le causaran, jamás confesaría el verdadero motivo por el que se hallaban en aquellas tierras.

—Bien, esclavo de Ursu. Veo que me has reconocido —comenzó Eirik muy serio.

Este elevó el mentón y le mostró los colmillos. Después se llevó la mano a su emblema y se golpeó en el pecho.

—Mi rey —dijo Gudrun—, ¿estáis seguro de que no preferís otros métodos?

—Mi leal guerrero, creo que el «No Muerto» sabe que solo tiene dos opciones. O nos dice dónde está mi hija y su guardián o mi daga —se llevó la mano al cinto— dará buena cuenta de él.

El preso frunció el ceño un instante. Esa no era la pregunta que esperaba tener que contestar. De hecho, no tenía idea de lo que le estaba hablando. El rey solo leyó ignorancia en sus ojos, por lo que supo al momento que no conocía el paradero ni de Thyra y ni de Oskar.

—Ya veo —agregó con pesar—. Bien, entonces dime qué hacen los vuestros en Inglaterra y por qué os envían al norte.

La expresión del encarcelado cambió levemente. Eso sí que se acercaba a lo que esperaba tener que ocultar.

—Mi rey —intervino Vidar—, no tenemos tiempo para esto.

—Lo sé. —Eirik frunció los labios y bajó la mirada al suelo. Un instante después fijó los ojos en el vampiro y este sintió temor por primera vez—. ¿Hablas ya o prefieres que te obligue a tragar mi daga?

El prisionero trató de mostrar indiferencia ante la amenaza del rey, pero al ver que el carcelero abrió la puerta y entraban los cuatro, se preparó para resistir todo lo que pudiera a la tortura a la que iban a someterlo.

Poco después, Eirik se despedía de Leifur y regresaba con sus dos guerreros a la tienda

principal tras doblegar al vampiro que se había presentado como Taiat. Acababan de enterarse de las intenciones de Abbadon. Aquello cambiaba las reglas de juego por completo. Ahora solo quedaba saber qué papel desempeñaba Helmet en todo eso.

El *Šāhanšāh* siempre había pensado que el de la casa Drăgoi era bastante sensato y que, pese a todo, todavía contaba con cierta conciencia, aun formando parte de una raza que rompía las leyes de la Naturaleza y el favor del Creador. La reunión que habían tenido medio siglo atrás los había llevado a una situación de calma transitoria, solo que Abbadon estaba a punto de echar a perder aquel periodo de paz porque su ambición no tenía límites. Se preguntó si Mørket estaba detrás de todo aquello. De lo contrario, la sed de poder del de la casa Ursu estaba volviéndose verdaderamente peligrosa.

Bajo ningún concepto debían dejar que se saliera con la suya. Ahora, más que nunca, tenían que encontrar a su hija y a su prometido. Su unión podría cambiar las tornas de los acontecimientos. Además, detener a Abbadon acababa de convertirse en su prioridad. Si lograba su objetivo, el infierno se desataría en la tierra, los humanos desaparecerían y una guerra que llevaba siglos latente pondría fin a cuanto ser vivo existiera.

Eso no iba a permitirlo jamás.

—Debemos detenerlo como sea —dijo el rey con vehemencia.

—Sí, mi rey —contestaron a la vez los dos guerreros.

—Llévate a cuantos de los nuestros necesites y busca al joven Yngvar —agregó mirando a Vidar—. Partiréis de inmediato.

—Por supuesto, señor. —Su mano derecha asintió y salió a toda prisa para terminar de preparar la partida.

Gudrun se mantuvo en pie sin decir nada. Sentía rabia por lo que supondría entrar en guerra, pero también por la falta de confianza del rey hacia él y los suyos.

—Amigo mío —continuó Ragnasson—, no creas que dudo de ti. No te he enviado de nuevo a rescatar a Thyra porque voy a encomendarte la empresa más difícil a la que nos hemos enfrentado nunca, y confío en que solo tú podrás llevarla a cabo.

Gudrun abrió los ojos de golpe. Había dudado de él, pero sus palabras acababan de lograr que sus deseos de venganza se esfumaran por completo. Eirik lo había colocado por delante de Vidar, y eso le devolvió la lealtad hacia el imponente errante que estaba mirándolo como si el futuro del mundo estuviera en sus manos.

## 17. ¡ENCONTRADLO!

Rău replegó los colmillos y se limpió el hilo de sangre que caía por una de sus comisuras con el dorso de la mano. Había degustado el sabor salado y metálico de las venas de aquel campesino lentamente, recreándose en cada sorbo. Se relamió mientras sopesaba qué iba a hacer con él. Podría terminar con su mísera existencia, pero aquel regusto a campo e inocencia que aún podía saborear en sus labios le había traído recuerdos de otra época, de otra vida.

Miró al pobre diablo. Su voluntad relegada a cuanto quisiera pedirle. Incluso sería capaz de degollarse si se lo ordenara. Para su sorpresa, decidió mantenerlo cerca hasta que abandonasen la zona, puesto que no quería renunciar a regresar a ese momento que creía haber olvidado.

Elevó la mirada al cielo, el mediodía se acercaba. Esperaría a la noche antes de seguir buscando. Pese a pertenecer a la variante de los que gozaban de la capacidad de caminar bajo el sol, en su caso, se sentía demasiado debilitado como para exponerse a un enfrentamiento cuerpo a cuerpo. Aquello era un gran inconveniente, dado que ya llevaban demasiado tiempo sin obtener resultados. Los que estaban bajo su mando llevaban cerca de mil años tratando de encontrar lo que se les había ordenado. No podía tener más retrasos ni tampoco quería fallarle a su señor. Abbadon, tras convertirlo, había hecho de él lo que era en todos los sentidos, y esperaba con impaciencia conocer sus avances. Ya había enviado varios emisarios para exigir resultados, pero parecía que la tierra se hubiera encargado de hacer desaparecer al maldito portador.

Poco a poco, comenzaron a llegar las patrullas que habían salido el día anterior. Uno a uno, sus secuaces le confirmaron que no habían encontrado a nadie que tuviera un mínimo parecido a la descripción que les había proporcionado. Por supuesto, la decepción que mostró el temible vampiro avivó la disposición de los suyos a continuar con la búsqueda.

Llegando la tarde, comenzó a impacientarse. El grupo de su vasallo de más confianza, su mano derecha, Taiat, no había regresado. Esperaba que estuviese tras alguna pista que lo llevara por buen camino, pero le extrañaba que aún no le hubiera enviado a nadie para informarlo.

De pronto, oyó un alboroto en el improvisado campamento. Apenas unos instantes después, un subordinado entró en su tienda.

—Señor, han encontrado los cuerpos de Blimet y Karzan en el bosque.

—¿Qué demonios dices? —gritó Rău—. ¿Y Taiat?

—No estaba con ellos. Dicen que han visto huellas de unos tres o cuatro hombres más, además de los nuestros —agregó el acólito—. Señor, han sido degollados y el corte...

Rău se puso en pie y lo miró con los ojos desorbitados.

—Dime que no ha sido con acero *himmelsk*.

Él bajó la mirada al suelo mientras asentía. El primero de Abbadon gritó con fuerza porque, si se confirmaban sus sospechas, eso solo significaría que su mejor acólito estaba en manos de los errantes. Había oído habladurías sobre sus métodos de tortura, pero nadie jamás había sido capaz de confirmar si eran ciertos, puesto que ningún «No Muerto» había regresado después de ser capturado. Por suerte, conocía el trato que existía entre ellos y Helmet, así que

trataría como fuera de dar con alguno para exigir que liberaran a su secuaz en el caso de que lo hubiesen atrapado.

Si los errantes rompían el trato, su amo, aunque no formaba parte de él, tendría la excusa perfecta para comenzar la guerra que tanto tiempo llevaba esperando. La idea de destripar a errantes y humanos por igual no le pareció una mala opción, aun así, primero trataría de rescatarlo para evitar que se fuera de la lengua.

—¡Salid ahora mismo y encontradlo! —vociferó.

—Sí, señor —dijo el secuaz, temiendo que descargara su frustración en él.

—Tráeme enseguida a un emisario. He de notificárselo a Abbadon. Esto no puede quedar así.

El informante se retiró lo más rápido que pudo para librarse de un posible castigo y transmitir sus órdenes cuanto antes.



Athelstan miró a través de la ventana de su alcoba hacia el bosque. El sol comenzaba a descender. Se fijó en la entrada del castillo. Esta era un hervidero de hombres que iban y venían haciendo acopio de provisiones para marchar cuanto antes. Debían rescatar al príncipe y a los pocos soldados que aún permanecían con vida.

Reprodujo en su cabeza lo que la vampira les había relatado. Helmet parecía estar tan sorprendido como él, así que ahora no solo debía lidiar con el trato aberrante al que había llegado con el «No Muerto», sino que se encontraban a merced de unas tropas que estaban atacando a los suyos sin razón aparente. Formó media sonrisa. Sí que tenía que haber una razón para todo aquello, y algo le decía que Abbadon buscaba lo que él mismo: poder. El poder corrompía hasta el alma más pura. Trató de imaginar qué sería capaz de hacer un ser cuyo corazón no latía y que había olvidado lo que era la compasión. Inspiró con fuerza porque estaba seguro de que se avecinaba una batalla como jamás había conocido.

Se apartó de la ventana y mandó llamar a sus dos consejeros más cercanos: sir Avery Callen y sir Thane Atwater. Ambos habían formado parte del primer almuerzo con su invitado. Ninguno recordaba nada de lo habían hablado, pero debía confiar en alguien o podría morir y nadie sabría la verdad. Se lamentó de no haber puesto sobre aviso a Landon, pero las paredes parecían tener oídos. De haberlo hecho, quizás estarían en serio peligro, y eso no habría sido lo más acertado. Youngblood debía tener la mente despejada para proteger a su hijo, aunque estaba seguro de que su amigo siempre arriesgaría su propia vida para salvar a Alistair si fuera necesario. No es que ahora la situación fuera muy diferente, pero si comenzaba a dudar de la lealtad del ejército de Helmet, le sería imposible mantener su posición.

Varios golpes sonaron en la puerta.

—¡Adelante! —dijo con voz grave.

Callen y Atwater entraron. El rey los miró un instante y se llevó el dedo a los labios para que no dijese nada. Después señaló la mesa que tenía en un lateral de la alcoba e hizo un gesto con la mano para que tomaran asiento.

—Bien, amigos míos —prosiguió, creo que ha llegado el momento de hablar de los casamientos de vuestros vástagos. Ya va siendo hora de que nuestra descendencia se propague por cada rincón del reino.

Ellos obedecieron sin entender a qué venía ese tema. Athelstan les acercó un pliego con unas palabras escritas. Ambos lo miraron con verdadero temor, pero comenzaron a seguirle el juego. Mientras uno hablaba de sus hijas, el otro escribía su parecer. Así hicieron durante el

tiempo que duró la conversación.

Al acabar, Athelstan se levantó y arrojó todos los pliegos a la chimenea para que ardieran. Tras asegurarse de que no quedaba ni rastro, los tres se despidieron con despreocupación. En realidad, no habían concretado nada con respecto al tema sobre los esponsales, pero quedó patente que el rey era fiel a su nuevo «amigo». Como se suponía que ninguno de ellos conocía la situación en la que se encontraba el príncipe, actuaron como si todo fuera a las mil maravillas con el trato al que habían llegado con el extranjero. No podían estar seguros de si alguien los había estado espiando, pero Athelstan estaba tan desesperado que no dudó en arriesgarse a ser delatado, aunque eso desatara la ira del vampiro contra él.

Cuando todo quedó en silencio, Qiloçker se deslizó como una sombra hasta estar a unos pocos pasos de los aposentos de Helmet. Por suerte, nadie lo había visto entrar en la alcoba continua a la del rey ni tampoco salir de ella.

Tras asegurarse de que no había un alma alrededor, se materializó sin mayor problema. Se acercó con su particular forma de caminar y saludó con un gesto de cabeza a los dos soldados que estaban custodiando la puerta.

—¿Y bien? —preguntó Helmet con interés.

—Solo traigo noticias insignificantes, señor.

—¿Insignificantes? —Sonrió de medio lado—. Deja que eso lo decida yo.

Qiloçker le reprodujo con exactitud todo lo que había oído, pero no cayó en la cuenta de que la conversación ininterrumpida de los tres humanos había sido una farsa para tapar el leve sonido que hacía la pluma sobre el pliego mientras el rey volcaba en sus palabras la verdadera situación que estaban viviendo.

—¿Y no has oído nada más? ¿Ni cómo se levantaban o si movían algo por la habitación?

—No que yo recuerde. He prestado mucha atención, pero no dejaban de parlotear sobre pretendientes, acuerdos matrimoniales para endosar a sus vástagos y los beneficios que obtendrían con cada unión.

—Los humanos nunca cambiarán. Dinero y poder es lo que les mueve. Solo eso.

—¿Y a nosotros no? —bromeó.

—Por supuesto, pero la sangre es el mayor tesoro de todos.

—En eso he de darte la razón.

—¿Solo en eso?

Ambos se echaron a reír. Después concretaron cómo protegerían a la compañía de caballería ligera de Athelstan para rescatar al heredero. Pese a que el rey había ordenado que los hombres salieran lo antes posible, los humanos iban demasiado lentos. Los vampiros se quejaron del retraso, pero no tuvieron más remedio que esperar a que hicieran el mínimo acopio de víveres.

Alistair tendría que aguardar un poco más en aquel pueblo, mientras tanto, Helmet enviaría a patrullar a los suyos regularmente por los caminos para asegurarse de que las tropas de Abbadon habían abandonado ya toda esperanza de acabar con la vida del príncipe.



Alana cerró los ojos, pidió un deseo y tiró una pequeña piedra al río. Hacía mucho que no reproducía aquel ritual que se había inventado de niña cuando quería que algo se cumpliera. Recogió la pieza de lana donde había estado sentada y se agachó un instante para arrancar una florecilla.

El camino de vuelta lo hizo menos alegre que el de ida. Llevaba casi todo el día esperando

a que Alistair fuera a visitarla, pero no había rastro de él ni tampoco de sus acompañantes, así que supuso que ya no volvería.

Saludó con la mano a su padre, que estaba acabando de arar, y se encaminó a la casa. Su corazón dio un vuelco al ver a cinco hombres ocultos bajo unas capas acercarse a caballo.

En cuanto Alistair la vio, se quitó la capucha para que lo reconociera. Después le dio las riendas a Youngblood y bajó de su montura de un salto. Ella no pudo contenerse y acabó sonriendo abiertamente.

—Buenas tardes, Alana —dijo el príncipe. Después miró a Landon y asintió. Youngblood ordenó a los soldados que se retiraran una distancia prudencial para dejarles algo de intimidad.

—Buenas tardes, Alistair.

—Siento no haber podido venir antes. A mi tutor no le parecía buena idea que los aldeanos nos vieran caminar juntos por el pueblo.

—Teme que le reconozcan.

—Que «te» reconozcan —la corrigió.

—Que te reconozcan.

El heredero sonrió satisfecho. Sabía que aquello no estaba bien. No podía enamorarse de ella, ni siquiera podía soñar con compartir una noche, puesto que jamás la deshonraría después de lo que había hecho por él. Alistair se debatía entre el deber al que le obligaba su nacimiento y los deseos que ansiaban su cuerpo y su corazón, pero cometió el error de mirarla. Aquellos ojos de color azul profundo lograron que olvidara que iba a decirle que no volverían a verse y que solo había ido a agradecerle de nuevo su ayuda.

Sin decir una palabra, se mantuvo inmóvil mientras se repetía que Landon tenía razón. No debería estar allí, sino encerrado en esa maldita posada que olía a ciervo asado y cerveza rancia. Su comportamiento distaba tanto de su posición que se sintió avergonzado. En realidad, eso era sobre lo que había estado discutiendo con él toda la mañana y buena parte de la tarde: que debía alejarse de aquella chica y centrarse en que en pocos días partirían para conocer a su prometida. Poco le importaron los argumentos de su mentor, porque permitió que su corazón se impusiera sobre su sensatez. Youngblood le había dejado claro que veía una locura exponerse de esa manera por culpa de un capricho. El heredero lo reprendió severamente y le ordenó que cumpliera su voluntad. Tras discutir con él un poco más, y ante su tozuda insistencia, él acabó aceptando que todos lo acompañaran, ya que tenerlos cerca era lo más razonable.

Alistair sabía que era una locura lo que iba a hacer, pero debía verla una última vez. Una segunda última vez.

—Te has quedado muy callado —dijo ella sonriendo.

—Había olvidado lo bella que eres.

—Me viste ayer.

—Pues debí de tener una ceguera momentánea para no recordar esta mañana tu precioso rostro.

Alana bajó la mirada con el corazón bombeándole muy fuerte en el pecho. Jamás ningún joven le había hablado de esa manera. Con sus dieciséis recién cumplidos se sentía una mujer de pleno derecho, solo que aún no se había enamorado de nadie ni había experimentado lo que era ser el centro de atención de un hombre. Alistair había derrumbado sus defensas con sus palabras, pero debía rechazar cualquier acercamiento. Tanto su madre como el padre León le había prevenido de lo que ocurriría si se dejaba embaucar. Ella no era de sangre real, pese a llevar la sangre de Cristo en sus venas. Sin embargo, esa información no debía conocerla nadie, ni siquiera el hombre que formara parte de su vida en un futuro hasta estar segura de que era el

adecuado.

Inspiró profundamente y buscó la determinación necesaria para acabar con aquello, aunque todo su cuerpo le pidiera justo lo contrario.

—¿Y qué te trae por aquí? —preguntó como si no estuviera soñando con tocar sus manos y besar sus labios.

—Tú, por supuesto.

—¿Te encuentras mal?

Él sonrió por su expresión sincera de preocupación.

—No exactamente. Quería verte una última vez. Dentro de unos días, he de marchar... —agregó con pesadumbre—. No podía irme sin pasear contigo, aunque solo sean un instante.

Fairfax se acercó hasta ellos. Llevaba un rato observándolos y pensando que tal vez no entendiera nada de lo que iba a significar para su hija ser la Elegida, pero el lenguaje del amor lo conocía muy bien. En alguna parte estaba escrito que Alana llegaría a ser la reina de Inglaterra. Por eso mismo, él no iba a permitir que nadie le impidiera ser feliz. Mucho menos que la obligara a rechazar al hombre de su vida por un maldito legado al que ella no había podido negarse.

—Padre —dijo ella, dedicándole una bonita sonrisa.

—Príncipe Alistair. —Bajó la cabeza en señal de respeto—. Hija, aunque nuestro hogar es muy humilde, creo que deberías invitarlo a entrar o podríais dar un paseo. Aún tardará en anochecer.

—Señor, para mí sería un honor si Alana me permitiera acompañarla, aunque solo sea hasta llegar a la linde del bosque. —Alistair la miró de un modo que ella fue incapaz de negarse.

—Me parece bien —respondió el campesino.

—Mis hombres estarán cerca, no tenéis de qué preocuparos.

Fairfax asintió y le dio un beso a su hija en la frente. Después, saludó con la cabeza a los soldados y entró en la casa.

—Al final te has salido con la tuya —lo recriminó ella.

—Lo mío me ha costado —bromeó él, ofreciéndole el antebrazo.

Alana trató de disimular su nerviosismo y puso la mano en su antebrazo. Alistair colocó la mano encima de la de ella y comenzó a caminar despacio.

—Ahora quiero saber más sobre ti —prosiguió mientras jugueteaba con sus delicados dedos—. ¿Has nacido en este pueblo?

—Sí. Toda mi familia es de aquí —respondió, aguantando un instante la respiración por las sensaciones que le estaba transmitiendo aquel roce.

—¿De qué vivís?

—Mi padre cultiva todo tipo de verduras y hortalizas. Después las vende en el mercado. Nuestra vida es sencilla, mucho más comparada con la tuya, ¿me equivoco?

—Mi vida es complicada, pero no en el sentido que crees. Mis obligaciones con el reino me llevan a aceptar situaciones que escapan de mi control.

—¿Por ejemplo?

—Este viaje.

—¿A dónde os dirigíais?

—Eso no puedo decírtelo.

—¿Temes que sea una espía escocesa?

—¡Estoy convencido!

Ambos se echaron a reír. Alistair cogió su mano y se la llevó a los labios. Una vez más, las

palabras del padre León se le colaron en la mente, pero el corazón de Alana decidió ignorar las exigencias de su nueva condición porque comenzaba a enamorarse de él. Pese a todo, sacó fuerzas e hizo una pregunta que llevaba quemándole en la garganta desde que lo había salvado.

—Dime, ¿por qué os perseguían esos... seres? —Alana prefirió no ponerles nombre.

—No sé a qué te refieres.

—Vamos, ¿quieres hacerme creer que te atacó un oso?

—No fue un oso, fueron unos... indeseables.

—¿Unos indeseables con colmillos?

Él se detuvo de pronto y bajó la mirada a su altura. Ella elevó el mentón con naturalidad y dibujó una tímida sonrisa para hacerle entender que su secreto no era tal. No para las gentes de la zona, quienes, por desgracia, habían padecido agresiones en el pasado o tenían a familiares y amigos que también habían perdido a seres queridos a manos de los «No Muertos» en algún momento de la historia.

—Es mejor no hablar de eso —dijo él para zanjar el tema.

—Me parece bien.

Tras dar unos pocos pasos, Alistair no pudo contenerse.

—¿Habéis sufrido algún ataque en el pueblo?

—No que yo sepa. Creo que no ha habido ninguno desde que mi abuela era una niña, pero el temor siempre está latente. Ellos son más rápidos y fuertes, y las azadas poco pueden hacerles.

—Desde luego que no.

Al llegar a la linde, Alistair se dio cuenta de que sentía algo más que el simple interés de disfrutar de su belleza. Notaba una conexión que era incapaz de explicar. Necesitaba tocar su piel. Deseaba con todas sus fuerzas protegerla de cualquier mal que existiera ahí fuera.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alana, poniendo su otra mano sobre la de él.

El príncipe sintió un escalofrío porque sabía que renunciar a ella iba a suponer la mayor de las desgracias.

—Me dirijo a mi propia tumba —dijo desesperado.

—¿Cómo?

—Mi padre va a firmar una alianza con Ricardo de Normandía. El precio parece ser poca cosa para él, puesto que es a mí a quien manda para casarme con la hermanastra del duque. Ni siquiera la conozco, y después de... —Se tocó el pecho, justo donde ella había puesto sus manos—. No puedo casarme con ella, Alana. No quiero tener una vida de mentiras e intrigas, pero he de obedecer al rey. Inglaterra depende de esta alianza, aunque a mí me destruya por el camino.

—Siento mucho que tengáis esa carga sobre vuestros hombros.

—Ya no me tuteáis.

—No, y nunca debí hacerlo, príncipe Alistair. Vos seréis el rey, y yo permaneceré aquí con mis recuerdos.

—¿Tus recuerdos?

Ella asintió despacio.

—El día que os salvé. La mañana que vinisteis a verme y el paseo hasta el bosque.

—Es muy poco para lo que desearía darte.

—Es cuanto puede ser.

—Pero no debería ser así.

—Ni tú ni yo podemos elegir, Alistair.

Él sonrió al escuchar cómo volvía a tutearle. Entonces, ella hizo algo que minó la

determinación del hombre que ostentaba un título que tampoco había pedido. Elevó la mano hasta su mejilla y se la sostuvo un instante. Cuando iba a separarse, él se lo impidió poniendo su propia mano encima de la de ella.

Aquella mirada que compartieron supuso mucho más que mil palabras. Sin poder detenerse, Alistair se acercó a su boca y depositó un dulce beso en sus labios. Landon miró primero a Hereward y después a sus hombres. Les indicó con un gesto que se dieran la vuelta.

De pronto, el viento silbó de una manera extraña. Un soldado desapareció delante de las caras estupefactas de ambos. Youngblood desenvainó la espada y Hereward corrió hacia el príncipe. Los otros dos soldados se dirigieron hacia el lado donde había desaparecido su compañero y lucharon con dos seres cuya similitud les impactó de lleno.

Alistair protegió a Alana con su cuerpo, mientras el capitán se ponía delante de ellos.

—¡No llegaremos al pueblo! —gritó Landon.

—¡A los caballos! —respondió Hereward.

Terrel silbó con fuerza. Los animales, acostumbrados a su tono, tiraron con fuerza y se liberaron de la sujeción al fino poste donde los habían dejado.

En el transcurso de lo que tardaron en llegar, uno de los soldados fue herido, pero el capitán logró acabar con su asaltante. En cuanto los caballos estuvieron a su lado, Alistair subió a Alana y después se montó él. Landon y Hereward hicieron lo mismo. Trataron de dirigirse hacia el pueblo, pero, de la nada, aparecieron más seres con los cabellos blanquecinos y pinturas extrañas enmarcando sus rostros.

Pese a ser lo más peligroso, no tuvieron más remedio que cabalgar hacia el bosque, ya que los atacantes les cortaban el paso.

La muerte los perseguía por doquier y los cuatro se preguntaron si volverían a ver amanecer o sucumbirían bajo su acero.

## 18. ¿DÓNDE ESTÁN?

Yngvar avanzaba junto a Vidar y los suyos por el bosque. La mano derecha de Eirik había dividido a las tropas en dos grupos para cubrir más terreno. El de la casa Knutsen los llevaba directamente al pueblo donde habían encontrado a la princesa. Tal vez la Elegida supiera algo de su paradero, o al menos hacia dónde se habían dirigido después de que él se marchara.

Miró a su alrededor. Pese a haberse pasado toda la noche buscando huellas o algún rastro que les indicara qué los había hecho cambiar de rumbo, los guerreros no mostraban ningún signo de cansancio o debilidad. Lo preocupante era que aún no habían encontrado nada. Parecía que la misma tierra se los hubiera tragado.

Unos cuantos pasos más adelante, el mejor de sus rastreadores, Borgervern, los hizo detenerse al silbar la melodía característica de su casa, la Volger. Corrieron hacia su posición. Vidar mostró una expresión de preocupación cuando el guerrero negó despacio.

—Lo siento, señor. Me ha parecido distinguir un leve rastro de la sangre del *Šāhanšāh*, pero parece que se han empleado en hacerla desaparecer.

—¿Y no percibes nada de Oskar?

—No, señor. Ambos rastros se pierden aquí. Por las huellas, creo que los cogieron a traición.

—Eso es un gran inconveniente. ¿Puedes ver algo más, cualquier pista de quiénes han podido ser?

El joven siguió leyendo las pocas pisadas que aún quedaban tras haber llovido.

—Mirad, los atacaron en este punto. Ella cayó al suelo, dejó aquel pequeño surco. Oskar bajó de un salto. Por la profundidad de las pisadas diría que alguien se le subió encima, pero logró deshacerse de él. Trató de llegar a la princesa. No lo logró. Esta marca de aquí... —Borg se detuvo para asegurarse. Asintió al verlo claro—. A ambos se los llevaron a cuestras. Todo sucedió muy rápido. Alguien muy veloz. Señor, fueron vampiros. Unos cinco o seis.

—¡Maldita sea! —gritó Yngvar—. ¡No debí hacerle caso! Tenía que haber vuelto con ellos. Mi obligación era protegerlos...

—Calma, muchacho —lo interrumpió Vidar, apoyando la palma en su hombro para apaciguar su ira—. Los encontraremos, pero debemos informar de inmediato al rey. Si los han capturado los del ejército de Helmet, quizás tengamos alguna posibilidad de rescatarlos con vida. El pacto aún sigue en vigor. Esperemos que solo haya sido un error y no los hayan reconocido.

—Pero ¿y si han sido las ratas de Abbadon? —Yngvar hizo la pregunta que todos temían.

Aquel acuerdo al que habían llegado Eirik y Helmet no lo incluía. Él había rehusado hacer ningún tipo de trato con los errantes, pero, en cierto modo, había acabado por cumplirlo. Si había cambiado de parecer y raptado a la princesa y a su prometido, las cosas iban a ponerse muy complicadas para todos. Una guerra abierta entre vampiros y errantes podría dar lugar a nuevas alianzas, y era mejor no despertar a los latentes. Aquellas razas formadas por seres ancestrales permanecían ocultas desde hacía siglos entre las montañas y las cuevas más frías conocidas en el este. Antaño fueron enemigos tanto de estas como de los «No Muertos», pero quién sabía de lo

que eran capaces de hacer los perros de Mørket con tal de servir a su señor.

Vidar lo miró con una expresión seria.

—Reza para que no, muchacho. Vamos a centrarnos en lo que sabemos. Se los han llevado. De acuerdo. Pensemos por un momento que han sido las tropas de Abbadon. Lo más probable, si los han reconocido, es que se hayan dirigido a un puerto. El de Richborough es el más cercano, así que vosotros dos iréis hacia allí e informaréis al rey lo que hayáis averiguado.

Los dos guerreros partieron al instante. Vidar se quedó callado mientras trataba de ordenar sus pensamientos.

—No han sido los de Abbadon —dijo Yngvar mirando la zona que había señalado el rastreador.

—¿Por qué dices eso?

—Cualquiera de ellos no hubiera dudado en atravesar a Oskar con una daga. No hay restos de sangre. Ni de vampiro ni de errante.

—¿Y eso te hace pensar que no han sido los «No Muertos»?

—No, eso me confirma que ha sido una avanzadilla de Helmet. Parece que no los han herido siquiera. Alguno de ellos debió de reconocer quiénes eran, o tal vez se los llevaron porque tenían órdenes de no matar a ningún humano.

—Puede que tengas algo de razón, pero no lo sabremos con seguridad hasta dar con ellos.

—Si alguno...

—Yngvar, ahora no es el momento. Recuerda nuestro dogma: «Hielo por corazón y mente serena».

—No es fácil cuando la vida de tu «hermano» y su prometida penden de un hilo.

—Nadie ha dicho que sea fácil, pero es nuestro deber para con los nuestros. Si no puedes pensar con claridad, será mejor que regreses. El amor o la venganza no pueden guiarte en esto. Si son tus prioridades, harás que nos maten. Y eso no puedo permitirlo.

—Estaré bien.

—No, Knutsen. O lo estás ahora mismo o te envío de vuelta al campamento. Tú decides.

—«Hielo por corazón y mente serena». Mis sentimientos no guiarán mis decisiones, puedes creerme.

—De acuerdo. Ahora, escuchadme. Esto es lo que vamos a hacer...

Mientras Yngvar no dejaba de darle vueltas a cómo habían podido atraparlos, Vidar mandó avisar al otro grupo, que no tardó en llegar. Tras dar las nuevas indicaciones para el rescate, reanudaron la marcha con el convencimiento de que debían esforzarse aún más. Ahora la única pista con la que contaban era la de llegar al pueblo de la Portadora para tratar de averiguar todo lo que había hablado con ellos.

Por consideración al joven Knutsen, ninguno de los guerreros se atrevió a especular sobre lo que les podría estar pasando a manos de los «No Muertos», sino que continuaron acortando la distancia para tratar de llegar a su destino antes del amanecer.



Durante gran parte de la noche, Thyra trató de sonsacar a Oskar cómo se encontraba. Él le aseguró que estaba bien y que su torturadora no se había ensañado mucho, por lo que su piel estaba ya casi recuperada. A ella le resultó muy difícil de creer que Wêranker no hubiera descargado toda su ira en cada latigazo. Sin embargo, el tono de voz del errante le transmitía fuerza y determinación, de modo que quizás los suyos tuvieran la suerte de recuperarse antes que el resto.

Dejó aquel pensamiento para otro momento y volvió a preguntarle.

—¿De verdad estás bien? —insistió, sacando el brazo por los barrotes para coger su mano.

—Sí, Thyra. Confía en mí. —Él hizo lo mismo.

—¿Seguro que eres protector? ¿No será ese tu don, que puedes regenerarte con más rapidez?

—No que yo sepa. Creo que no me golpeó tan fuerte porque pretendía estar toda la noche. —Volvió a ocultarle la verdad—. Me azotó con medida, estoy seguro.

—¿Para alargar tu sufrimiento? —preguntó angustiada, imaginando qué les esperaba en cuanto regresara aquella vampira; una de las más sádicas que habían conocido nunca.

—Probablemente.

—Dios... —susurró.

—Thyra, «Hielo por corazón y mente serena».

—En estos momentos, no me veo capaz de cumplir ni lo uno ni lo otro. ¿Cómo puedo estar fallándole a mi padre de esta manera? Mi deber es el de ser fuerte hasta el final. He de honrar a la casa Ragnasson, y aún no han vuelto...

—¿Sigues sin tener visiones? —la interrumpió.

—Nada. Todo es una marea de humo negro. —Se llevó la mano a la zona donde había recibido el golpe. Cerró los ojos por el dolor.

—¿Te queda algo de agua limpia?

—No. Me la bebí toda.

—Yo también, lo siento. En cuanto aparezca el soldado, le pediremos más. Quizás servimos agua esté dentro de sus órdenes.

—Espero que sí, pero ¿para qué la quieres?

—Es para que te limpies la herida. No sabemos si tienes restos de acero o si es una astilla la que te está impidiendo ver.

—Cuando me toco, no noto nada. Solo la zona hinchada y mucho dolor.

—Eso es muy extraño. Por los días que llevamos aquí, ya debería haberse curado.

Thyra cerró los ojos, se llevó la mano al corazón y trató de conectar con Alana. Nada. El vacío. De pronto, la cabeza comenzó a dolerle tanto que tuvo que parar.

—Creo que tienes razón. Si tengo un fragmento de acero *dojehî*...

—No lo digas, por favor. Pensemos en que puede ser otra cosa. Cualquier resto puede que obstaculice tus visiones.

—Oskar...

—¡No, Thyra! No podemos darnos por vencidos.

—Pero si lo es, no creo que resista más de una o dos lunas. Quizás menos.

—No pienso estar aquí tanto tiempo.

—¿Y cómo vas a sacarnos?

—Confía en mí. La próxima vez que venga, lograré que nos libere.

En ese momento, el soldado apareció con la comida. Supusieron que acababa de amanecer, puesto que siempre la traía al alba.

—Por favor, necesito otra vasija con agua limpia. Tengo mucha sed.

—¿Más agua? —preguntó el joven sin voluntad.

—Sí, por favor. Agua, toda el agua limpia que puedas traerme para beber, puesto que tengo mucha sed —pidió con un tono de voz dulce y suplicante.

—Agua. Sí. Agua sí puedo traerte.

Sin más, se dio la vuelta y desapareció escaleras arriba. Poco tiempo después, reapareció con un cubo reluciente lleno de agua cristalina. Se lo dejó delante de los barrotes.

—¿Podrías hacerme a mí otro favor? —preguntó Oskar.

El chico caminó hasta ponerse delante de los barrotes. El errante trató de tocarlo. De forma instintiva, el inglés echó un paso atrás al verlo sacar el brazo. El de la casa Isaksen apretó los puños por haber perdido la oportunidad de someterlo.

—¿Qué quieres? —acabó diciendo el soldado.

—¿Podrías dejar la antorcha encendida? La dama que os controla me dijo ayer que lo harías.

—A mí no me ha dicho nada.

—Se le olvidaría. Siempre está muy ocupada. ¿La dejas encendida?

—A mí no me ha dicho nada. No sé nada de eso. Volveré más tarde —añadió mientras se daba la vuelta. Volvió a subir las escaleras y los dejó en la más profunda oscuridad.

—Gracias por intentarlo —dijo Thyra, que antes había bebido y ahora se derramaba agua sobre la herida.

—Es lo mínimo que podía hacer.

—El agua fría me está viniendo bien.

—¿Puedes notarte algo?

—No. El cabello me lo impide, pero me siento un poco mejor. Ha sido muy buena idea —dijo con voz cansada.

—Me alegro. Ahora come lo que ha traído. Después dormiremos. Si esta noche vuelve, haré lo imposible para sacarnos de aquí.

—Eso ya lo has dicho antes —trató de bromear la errante.

—Lo sé —agregó él, forzándose a reír para tratar de tranquilizarla.

En realidad, no se lo decía a ella, sino que estaba intentando grabárselo a fuego en su propia mente. Por suerte, Thyra no vio la cara de preocupación que tenía Oskar por la desaparición de su don. Aquello solo podía significar que la herida era más profunda y grave de lo que ambos imaginaban.

Ahora, más que nunca, debían escapar. Si lo que provocaba que no pudiera tener sus visiones era lo que imaginaban, quizás no tuvieran tanto tiempo como suponían.

Tras decirle que iba a tratar de dormir un rato, él comenzó a pensar en cómo abordaría la situación esa noche. Por suerte, las intenciones de la del ejército de Helmet no eran complicadas de entender. La bebedora de sangre solo quería divertirse con él a base de infligirle mucho dolor. Con eso podría lidiar sin problemas, pero lo que realmente le preocupaba era el otro vampiro que los había descubierto, quien parecía estar por encima de ella en el mando. Las buenas intenciones que había mostrado en su primer encuentro podían cambiar en un parpadeo. Y mucho se temía que acabar con la vida de ambos era tan fácil como tapiar la puerta de acceso a esas mazmorras para dejarlos que se pudrieran sin la posibilidad de que sus gritos se oyesen.

Sí, aquella noche tenía que hacerse con el control de la «No Muerta» en cuanto apareciera, aunque tuviese que sacrificar su cuerpo y su alma en el camino. Todo por liberar a Thyra. Todo por el amor que compartiría con ella por siempre.



El grupo de errantes corría como si el propio Mørket les pisara los talones. En cabeza, Yngvar. Él ya conocía el camino, por lo que tomó la desviación para subir por la vereda del río. Las últimas lluvias habían aumentado el cauce, lo que hacía intransitable algunas partes para los

humanos, pero no para los errantes.

Con destreza, saltaron de roca en roca. En otras ocasiones, se vieron obligados a caminar con el agua hasta la cintura. No importaba. Su raza podía soportar el frío y el calor mucho mejor que otras, lo que no significaba que fuera de su agrado sentir las miles de agujas atravesándoles la piel cuanto más tiempo permanecían bajo el fuerte torrente helado.

Al fin lograron volver a caminar sobre tierra. Los colores violáceos y anaranjados de la salida del sol ya habían sido eclipsados por la luz blanca del alba. Por suerte, no se veía ni una nube, por lo que los primeros tibios rayos que incidieron sobre ellos fueron recibidos como un auténtico regalo.

De pronto, el de la casa Knutsen silbó una melodía conocida por todos. La que indicaba que parasen de inmediato. Yngvar se volvió hacia Vidar, quien acabó por dar la orden de reunirse.

Una vez que se hallaron a cobijo del bosque, el joven guerrero compartió lo que sabía.

—Estamos muy cerca de la casa de la Elegida, pero tenemos un problema.

—¿Qué ocurre? —preguntó Vidar.

—Ella no me conoce. Cuando Oskar encontró a la princesa, yo me quedé en el bosque. No había necesidad de revelar ni mi posición ni mi existencia.

—¿Y no te pareció oportuno compartir esa información antes de salir? —añadió la mano derecha de Eirik en tono seco.

—Debí hacerlo, pero entonces no me habríais permitido venir.

—Ahora no importa. Hemos de presentarnos y tratar de averiguar qué saben de la princesa y de tu amigo.

—Iré yo solo —dijo atropelladamente. Imaginar que otro errante hablara con la Elegida consiguió que todos sus músculos se tensaran. Por fortuna, nadie achacó su buena disposición a otra explicación que no fuera la que querer salvar a su amigo.

—De acuerdo. Guíanos y te esperaremos en la linde del bosque. Si tienes cualquier problema, avísanos y acudiremos en tu ayuda.

—Sí, señor.

Avanzaron un poco más hasta que llegaron al punto donde Oskar y él se habían desviado. La casa de la Portadora se veía fácilmente a través de los árboles, de modo que el grupo quedó a la espera de que el joven guerrero volviese.

Conforme Yngvar caminaba hacia la casa, el corazón comenzó a retumbarle con fuerza. Volver a verla se había convertido en un sueño inalcanzable, pero ahora estaba a pocos pasos de su puerta.

Se pasó la mano por el cabello y tocó un par de veces. El alma se le cayó a los pies al ver a la que seguro era su madre con los ojos enrojecidos.

—¿En qué puedo ayudarle? —dijo Leala con un hilo de voz.

Wade tiró con fuerza de la puerta y se puso delante de ella, tratando de protegerla con su pequeño cuerpecito. En la mano llevaba su fiel espada de madera, con la que no dudo en amenazar al extraño que tenía delante.

—¡Como intente hacerle daño a mi madre, lo atravesaré como a un jabalí! —soltó tratando de mostrar valentía, pero, en el fondo, estaba muerto de miedo.

—Perdone a mi hijo... —añadió, quitándole el juguete de la mano y metiéndolo de nuevo en casa.

—No se preocupe —dijo mirando hacia el interior—. Mi nombre es Yngvar, de la casa Knutsen. Pertenezco a la raza de los Errantes. Estoy buscando a la princesa Thyra, de la casa

Ragnasson y a su prometido Oskar, de la casa Isaksen.

Leala lo miró sorprendida. Su tez era un poco más morena que la del muchacho que se había ido con Thyra. Sus cabellos oscuros le rozaban los hombros. Al igual que el otro errante, su mirada era intensa pero amable, aunque de un color negro profundo. Sus modales, porte y ropas también eran muy parecidos.

—Hace días que se marcharon. —Trató de mantenerse entera, pero acabó por dejar escapar un sollozo.

—¿Qué os ocurre?

Yngvar la empujó suavemente para entrar en la vivienda. Cerró la puerta y le pidió que le contara por qué se encontraba en ese estado. Leala envió al pequeño Wade a su habitación y cerró su puerta. Después se dirigió al extranjero con el corazón hecho pedazos.

—No puedo decíroslo.

El errante la miró un instante y le susurró unas palabras de consuelo para que se tranquilizara. Poco a poco, ella dejó de llorar. Cuando se hubo recuperado, él le pidió que le relatará lo que había sucedido. Necesitaba saber dónde estaba la Elegida.

Como si hubiera perdido el control de sus pensamientos y de su boca, la mujer le confesó cuanto sabía. Primero, que Alana había salvado la vida al príncipe Alistair. Después, cómo él se había quedado prendado de su belleza y que la había ido a visitar en dos ocasiones. Conocer aquello hizo que Yngvar sintiera un fuego abrasador en las entrañas. Puede que solo fuera su necesidad como errante de salvaguardar a la Elegida, pero no cabía duda de que mataría al príncipe si osaba ponerle una mano encima.

Leala prosiguió contándole que la tarde anterior el heredero al trono y Alana habían ido a dar un paseo por el camino hacia el bosque. Los protegían cuatro soldados, pero unos seres que jamás había visto antes los habían atacado. En la posada se encontraban dos de los soldados. Ambos habían sido heridos. El que corrió hacia el pueblo para dar la voz de alarma, estaba muy grave. De hecho, se debatía entre la vida y la muerte. Del otro, no sabía nada.

—¿Qué clase de seres dice que los atacó?

—Eran de tez pálida. Llevaban un dibujo rojizo pintado en la frente. Algunos tenían los cabellos grises, otros negros. Eran dos hombres y dos mujeres. No sé si dar crédito a lo que nos relató, el pobre hombre desvariaba por las heridas. No creo que exista nadie así.

—¿Algo más que le llamara la atención? —insistió Yngvar.

—Sí, algo imposible. Todos eran pares de gemelos. Dijo que hablaban en un idioma extranjero.

—¿Qué querían?

—No lo sé. El soldado estaba convencido de que su intención era la de acabar con el príncipe.

—Entiendo. ¿Y por qué llorabais cuando he llegado? ¿Dónde está vuestra hija?

Aquella pregunta provocó que Leala volviera a sollozar. Yngvar la volvió a mirar a los ojos y le pidió que le contara lo que la estaba atormentando. Ella le reveló que el soldado había visto al príncipe subirla en su montura y correr hacia el bosque, puesto que aquellos seres se habían interpuesto en el camino hacia el pueblo. Con ellos iban el capitán Hereward y otro hombre, a quien el padre León había identificado como el tutor del heredero, Landon Youngblood. Los cuatro se habían internado en el bosque. La madre de Alana volvió a llorar. El amor por su hija y el dolor por su desaparición eran más fuertes que el dominio que ejercía el guerrero sobre ella.

Yngvar la liberó de su influjo. La pobre mujer tuvo que sentarse y negó con fuerza al darse

cuenta de que le había detallado a aquel extraño cuanto sabía.

—Leala, sé quién sois. Como errante, mi deber, al igual que el de la princesa Thyra, es el de proteger a vuestra hija. Incluso con mi propia vida. Perdonad por haberos forzado a contarme lo sucedido.

—¿Cómo lo habéis hecho? —preguntó mientras se limpiaba las lágrimas.

—Portadora, lleváis la sangre de Cristo en vuestras venas, así que no os mentiré. Mi don es el de doblegar la voluntad de cuanto ser vivo existe. No os he obligado a olvidar, puesto que debéis saber que todo el pueblo errante ha estado y estará siempre al servicio de las descendientes de Raisa, la primera Portadora.

—¿Cómo conocéis...? —dijo con el semblante demudado.

—ÉL nos creó mucho antes de que naciera para protegerla. A ella y a todas sus sucesoras hasta el día en que no seamos necesarios.

—No puedo creerlos. Jamás había oído hablar de vosotros antes de conocer a Thyra.

Yngvar bajó la mirada.

—Vos no necesitabais conocernos. Protegemos a la Elegida.

—A Alana...

—Así es.

—Pues no lo habéis hecho —dijo con una mezcla de rabia y temor.

—Alguien ha manipulado el futuro.

—¿Cómo decís?

—Ahora no puedo explicároslo. Debo hablar enseguida con el soldado que los vio partir.

—Os acompañaré ahora mismo a la posada, pero prometedme que salvaréis a mi hija.

—Os lo he dicho, con mi vida.

—Acompañadme. ¡Wade, nos vamos! —dijo elevando la voz. El pequeño entró en la sala y se quedó paralizado al ver a aquel al que había amenazado.

—Madre...

Yngvar bajó la cabeza como saludo mientras le susurraba algo a Wade que Leala no oyó. Después le guiñó un ojo y el niño se sintió a salvo.

—Venid conmigo —dijo con seguridad.

Cerró la puerta y se dirigieron a la posada. Yngvar miró hacia el bosque. Hizo una señal con la mano para que esperaran allí.

Debía averiguar dónde estaba «ella» y por qué el príncipe aún no la había traído de vuelta.

## 19. HE DE PROTEGER TU VIRTUD

Alistair había pasado gran parte de la noche con Alana entre sus brazos para evitar que se congelara. Se habían cubierto con su capa, pero el frío de la gruta donde habían logrado esconderse calaba hasta los huesos. Lamentó haber dejado sus pieles en la posada, pero ninguno podía esperar que volvieran a ser atacados a poca distancia del pueblo.

Por suerte, los seres que los habían asaltado no eran tan veloces como sus caballos. Hereward conocía aquella zona como la palma de la mano, así que, a su orden, cabalgaron como alma que lleva el diablo para tratar de llegar a las cuevas donde jugaba de niño. Muy poca gente conocía su existencia, por lo que el capitán rogó para que los dos pares de gemelos que los seguían se perdieran en el bosque. Más tarde pudieron comprobar que no eran buenos rastreadores, algo que los benefició para salvar la vida. El inconveniente con el que se encontraron fue que no podían encender fuego. Pese a estar bien ocultos, Landon se negó a asumir ese riesgo, de modo que los cuatro casi se helaron a la espera de que llegara el amanecer.

El príncipe apenas pudo pegar ojo. Alana temblaba sin parar y farfullaba cada cierto tiempo algo ininteligible. En una de las ocasiones, sí pudo distinguir una sola palabra: «Thyra...», pero Alistair no sabía a quién podía estar llamando con esa desesperación. No sabía qué hacer. Jamás había cuidado de nadie hasta ese momento. Miró a Landon, pero estaba durmiendo mientras Terrel hacía la segunda guardia. El capitán se hallaba cerca de la entrada para asegurar que nadie pudiese encontrarlos.

En cierto modo, el heredero se sintió más solo que nunca, pero a la vez más completo que en toda su vida. De forma inexplicable, después de la extraña experiencia que habían compartido, se sentía más unido a ella que a nadie que hubiera conocido. Besó su frente y la acurrucó contra su pecho. La rodeó aún más con sus fuertes brazos antes de cerrar los ojos. Su corazón gritaba alto y claro, pero su cabeza se resistía a desobedecer a su padre. De todos modos, después de lo que había ocurrido esa noche, tenía claro que su vida estaría siempre en peligro. Si la vampira había cumplido su promesa, un destacamento del ejército ya se encontraría de camino para rescatarlos, aunque mucho se temía que no llegaran a tiempo. Pensar en morir no lo aterró tanto como perder a la muchacha a la que abrazaba como si hubiera nacido para ello. Apoyó la mejilla en su cabello e inspiró. Si no hubiera sido imposible, habría jurado que toda ella olía a rosas, pero debía de ser la preocupación de ser masacrados, además del cansancio, lo que hacía que estuviera perdiendo la cabeza.

Un ruido hizo que abriera los ojos de golpe.

—¿Landon? —susurró.

—Shh... Voy a relevar a Hereward. Manteneos en silencio.

—¿Cuánto falta para el amanecer?

—Ya ha amanecido, pero descansad un poco más —ordenó su tutor.

—Me es imposible.

—Entonces, cuando volvamos.

—¿Crees que podremos salir?

—Ya veremos.

Youngblood le puso un instante la mano en el hombro para darle seguridad y después caminó hacia el exterior. La distribución caprichosa en la piedra había sido decisiva para que no pudieran ser descubiertos.

A los pocos pasos, Alistair dejó de ver su figura. Miró a Alana de nuevo y fue consciente de que no quería dejarla marchar. Se regañó severamente, puesto que apenas la conocía. Sin embargo, sentía que entre ambos había mucho más. Un vínculo que lo atraía hacia ella sin remedio. Volvió a repetirse que debía cumplir con su deber. En Richborough esperaba la que iba a ser su esposa. Su futuro ya estaba decidido. Su obligación era proporcionar un heredero al reino.

Sacrificio. Lealtad. Honor.

Las palabras de su padre se le clavaron en el corazón como dagas envenenadas. El amor por su tierra, su hogar, los suyos... Inglaterra lo necesitaba. El pueblo rogaba por la paz y la estabilidad. Demasiadas veces había oído que otra guerra sería insostenible para el futuro de todos, aunque nada de eso iba a ser posible si acaba asesinado antes de tiempo.

Un escalofrío le recorrió la espalda, lo que le provocó un espasmo. Aquel movimiento inesperado hizo que ella despertara.

—¿Ha amanecido? —preguntó mirándolo a los ojos.

Alistair sonrió de forma instintiva al pensar que, sin duda alguna, se encontraba en el cielo del que hablaban los sacerdotes. La voz que acaba de oír era la de un ángel.

—Aún no. ¿Tienes frío?

—Gracias a ti no.

Él no la soltó, si no que se acercó aún más a su rostro. Se sentía tan atraído por su boca que no pudo evitar besarla. Alana respondió con timidez. Era la segunda vez que notaba el calor de los labios de Alistair en los suyos, algo que debía rechazar de pleno si seguía las indicaciones del padre León. No obstante, hizo todo lo contrario. Se incorporó ligeramente, subió una mano y la enredó en los rubios cabellos del hombre que estaba tratando de conquistar su boca.

Él se detuvo en cuanto oyó a Hereward carraspear.

—Mi príncipe, ha amanecido —confirmó lo que ya le había dicho Landon—. Debemos regresar al pueblo.

—Está bien. Esperadnos un momento en la entrada. He de hablar con Alana antes de irnos.

—El tiempo apremia —dijo el capitán, al que le parecía que aquel no era el momento ni el lugar adecuados para robarle la inocencia a una campesina.

—Es una orden.

—Sí, mi príncipe.

Terrel lo dejó a solas mientras se dirigía a la entrada de la cueva farfullando una queja.

—¿Todo el mundo tiene que obedecerte? —preguntó ella poniéndose en pie.

—Casi todo el mundo. El rey no, claro está.

—Me imagino. —Sonrió.

—Alana, siento algo por ti que no puedo explicar. Si por mí fuera... —Alistair dejó en el aire lo que realmente quería decirle.

—Regresemos. Esto solo ha sido un sueño...

—Eso fue lo que me dijiste justo antes de irte de la posada.

—Y así es.

—Aún me muero por volver a besarte.

—Lo sé, pero tu vida es otra. Y yo jamás me convertiría en algo que pudiera avergonzar a

mi familia o a mí misma —dijo con firmeza, rechazando de pleno con esas palabras la posibilidad de convertirse en su amante.

—Yo jamás os pediría tal cosa.

—Adiós, Alistair.

—Alana...

Ella caminó un par de pasos, pero él la detuvo. Sin tener en cuenta que aquello podría terminar por arruinar su honra, se hundió en su boca para saborearla una última vez. Maldijo su destino una vez más y se separó sin disculparse por haberse dejado llevar.

—Vamos. —Le ofreció la mano, ella la aceptó. Caminaron en silencio hasta la entrada, donde sus hombres los esperaban.

—Alistair —dijo Landon—, no podemos regresar al pueblo. Terrel ha distinguido dos grupos dirigiéndose hacia allí. No sabemos a qué ejército pertenecen. Podrían ser... —se detuvo un instante al mirarla.

—Habla con libertad. Después de lo de anoche, no creo que ella dude de que aquellos seres no eran humanos.

—Está bien. Si son del ejército de Helmet, estaríamos a salvo; aunque, si forman parte del Abbadon, ya no estoy tan seguro. Sus ropas eran distintas a la de los seres que nos atacaron anoche, pero llevaban la cabeza cubierta, así que no nos podemos arriesgar.

—Entonces, ¿qué pretendes que hagamos?

—Avanzar en sentido contrario. Creo que lo más seguro es dirigirnos a Colchester —intervino Hereward.

—¡Eso es imposible! —dijo Youngblood—. Él debe ir a Richborough de inmediato —añadió entre dientes. Después miró al capitán con los ojos muy abiertos.

—No, si quieres mantenerlo con vida —insistió Terrel—. Nuestro ejército no ha llegado, y no podemos regresar al pueblo. Así que tú me dirás qué prefieres hacer.

Landon miró a Alana. El problema de tenerla con ellos comprometía la situación en todos los sentidos. Por un lado, ambos soldados veían que aquellos dos se estaban enamorando. Algo bastante normal dada la juventud de ambos. Por el otro, Landon intuía que algo debía de haber sucedido entre ellos la noche que ella le salvó la vida. Nada de eso tendría importancia en otras circunstancias, pero la hermanastra de un duque esperaba encontrarse con su prometido para convertirse en la próxima reina de Inglaterra, y el príncipe no dejaba de ser atacado constantemente para impedir esa unión.

Mientras discutían sobre lo que iban a hacer, Alana se dio cuenta de que ese no era su sitio. Ella debía regresar cuanto antes junto a sus padres para asegurarles que nada había cambiado. Pese a que los hombres del rey y el propio príncipe solo la habían protegido, si se sabía que había pasado la noche con tres extraños, aquello podría ser su ruina. Y no estaba dispuesta a destruir su reputación y la de su familia por un par de besos, aunque, en realidad, hubiesen sido tres.

—Lo siento —dijo ella muy despacio—, yo he de volver.

—No pienso dejarte marchar —concluyó Alistair.

—Yo no soy su presa, príncipe —añadió muy seria—. Si voy por la vereda del río, llegaré antes del mediodía. Sé dónde estamos, y no buscan a una mujer.

—Ahí fuera hay seres que pueden despedazarte. No permitiré que regreses sola.

—Pero vos no podéis protegerme.

—Te equivocas. Mi deber como futuro rey de Inglaterra es proteger a mi pueblo. He de proteger tu virtud y asegurar de que has sido respetada como mi invitada ante los ojos de todos.

—Nadie podría dudar de ello —dijo Alana sin estar muy convencida. Conforme más tiempo pasara a solas con ellos, más difícil sería de creer que no había ocurrido nada.

—Shh... —musitó Hereward—. Adentro, ¡deprisa!

Los cuatro volvieron a la cueva a tientas. La oscuridad se había hecho más patente después de haber visto el amanecer.

—¿Qué queréis hacer, Alistair? —preguntó Landon temiendo la respuesta.

—Ella irá con nosotros.

—Mi príncipe, eso la comprometería para siempre.

—No, si nos desposamos.

—¿Qué? —soltó Youngblood elevando demasiado la voz.

—¿Queréis que nos maten? —se quejó Hereward—. ¡Bajad el tono!

—¡No podéis hacer tal cosa! —soltó su tutor.

—Cuidado, Landon. Tú no eres mi padre, y él no está aquí.

—Si os desposáis con ella, la alianza no se llevará a cabo. Los hombres de Ricardo no se lo perdonarán al rey ¡y son muy capaces de casar a la bastarda con un escocés con tal de destruir el reino!

—Eso no podéis saberlo ni mi padre ni tú.

—Por todos nuestros ancestros, ¡si solo es una campesina! ¿Es que habéis perdido la razón? —insistió.

—No vuelvas a hablarme de esa manera, Landon. ¡Soy el príncipe!

—¡Y vuestro padre os cortará la cabeza por haber cometido semejante locura y la mía rodará después de la vuestra!

—¡Basta! —dijo ella mostrando las palmas de las manos—. No soy vuestro juguete y no voy a desposarme con vos. Menos aun sabiendo que hay otra mujer esperándoos.

—No eres tal cosa, y la que espera desposarse conmigo no me conoce. Ni siquiera me ha visto una sola vez. Es una unión que le conviene a mi padre y al reino, pero yo no la amo ni jamás la amaré —dijo mirándola a los ojos con tal intensidad que ella entendió el motivo sin tener que volver a preguntarle—. Alana, delante de mis hombres, te declaro mi amor. Si me aceptas, nos desposaremos hoy mismo.

Ella se quejó estupefacta. El futuro del que le había hablado Thyra estaba sucediendo ante sus ojos. Las palabras de la errante resonaron con fuerza en su cabeza: «Alana de Essex, futura reina de Inglaterra». Su expresión cambió al instante. Dibujó una sonrisa y le ofreció la mano al hombre que se había ganado su corazón. Quizás aquella fuerza invisible que había salido de su interior para salvarlo tuviera mucho que ver, pero decidió no caer en la trampa de la duda. Si Thyra lo había visto, nada impediría esa unión.

—Te acepto, Alistair —susurró con lágrimas en los ojos.

Él se acercó para besarla. No le importó ni la mirada horrorizada de Youngblood ni la expresión indescifrable de Hereward. Ella lo amaba y nadie iba a separarlos.

Después de abrazarla, se dirigió a los dos soldados, que seguían sin poder creer lo que pretendía hacer.

—Decidme, ¿quién de los dos puede desposarnos? —preguntó con premura.

—Ninguno de los dos somos párrocos —le recordó Landon.

—Ni lo necesitamos. Para mí es suficiente saber que ambos sois hombres de honor y soldados leales al reino. Vuestro testimonio me basta para formalizar nuestros esponsales.

—Sin embargo, vuestro padre no la reconocerá como vuestra esposa si no os une un hombre de Dios —le advirtió su tutor—. Sabéis cuán religioso es y las múltiples donaciones que

ha hecho a la Iglesia de Essex.

—Está bien. Tú formalizarás nuestra unión hasta que encontremos al primer párroco. Pero, ante los ojos de Dios y de los hombres, Alana será mi esposa.

—Cometéis un grave error por el que todos seremos severamente castigados —presionó Landon, sabiendo de sobra que aquella ceremonia se consideraba legal.

—No, si ella lleva al futuro rey de Inglaterra en sus entrañas —contestó con firmeza.

Alana lo miró muy sorprendida. No esperaba que él quisiera tal cosa en tan poco tiempo. Esto la hizo pensar en que tal vez Alistair solo quería aquella unión porque estaba huyendo de un matrimonio impuesto, no porque la amara en absoluto.

—Yo no seré la sustituta de nadie y menos la excusa para libraros de algo a lo que no queréis hacer frente —dijo ella echando los hombros hacia atrás y elevando el mentón.

—¿Cómo puedes pensar eso de mí? —dijo mirándola a los ojos y sujetándola de los brazos—. Desde que me salvaste la vida, solo he pensado en ti. Siento que te amo más que a nada. Por desgracia, ya ha amanecido. Eso, muy a mi pesar, significa que tu virtud será puesta en entredicho. Aunque me pronunciara ante el pueblo asegurando que eres inocente, las malas lenguas jamás te perdonarían —trató de convencerla diciendo justo lo contrario que antes—. Lo sabes muy bien, pero ese no es el motivo. Todo mi ser me pide amarte, y no puedo imaginar qué será del resto de mi vida si no te tengo a mi lado.

Landon miró a su pupilo con verdadero asombro. Lo conocía desde su nacimiento y jamás le había oído hablar de esa manera. A esas alturas, no dudaba de que sintiera algo por ella, pero esa insistencia le estaba resultando extraña. Parecía que algo inexplicable estaba sucediendo después de la intervención de la muchacha, y mucho se temía que un propósito oscuro y siniestro estuviera detrás de aquel encaprichamiento sin pies ni cabeza.

—Mi príncipe —intervino Youngblood para acabar con esa declaración absurda—. Yo mismo validaré esta unión, pero antes me gustaría hablar con vos en privado.

—Os aseguro que no es necesario —confirmó el heredero.

—Esa es mi única condición para complaceros.

—Si no lo haces tú, puede unirnos Hereward.

Landon miró al capitán de tal manera que lo entendió al momento.

—Señor, yo no sabría ni qué decir —se excusó Terrel.

—Por favor, Alistair —insistió Landon una vez más—. Nos llevará poco tiempo. Os lo ruego.

Él se giró hacia Alana, quien puso la mano en su antebrazo mientras asentía.

—Alistair, quizás sea buena idea que habléis en privado —añadió ella ante la reticencia de su tutor—. El capitán me protegerá, ¿verdad? —agregó, mirándolo mientras esperaba una confirmación.

—Por supuesto —dijo Hereward porque su deber era obedecerlo.

—Está bien —accedió por fin.

Ambos caminaron hacia la bifurcación, pero no se acercaron a la entrada de la cueva. Youngblood trataba de ganar tiempo, aunque la expresión del príncipe le dejó clara su postura. Había tomado una decisión y dudaba mucho de que lograra hacerlo cambiar de opinión.

—Bien, tú dirás —dijo Alistair muy seco.

—¿La amáis o solo queréis poseerla? —soltó Landon temiendo las represalias del rey.

—Siento que la amo —aseguró, pero después bajó el tono de voz—, pero lo segundo me tiene obsesionado.

Su mentor cerró los ojos al entender qué estaba sucediendo allí.

—Sabéis que esta ceremonia tiene validez, aunque dudo mucho de que el rey quiera aceptarla. Os garantizo que, si ella queda en cinta, vuestro padre no reconocerá a su vástago como vuestro heredero, sino que será un bastardo ante sus ojos.

—Ya lo sé.

—¿Entonces...? —dejó la pregunta en el aire. Alistair lo miró y sonrió un instante mientras subía los hombros—. No la desposaréis nunca ante la Iglesia.

—He de casarme con la bastarda, ¿no?

—¿Y todo lo que le habéis dicho?

—Ella me gusta mucho. Mucho.

—Pero estaréis casados ante Dios.

—Yo no creo en vuestro Dios ni en la Iglesia. Para mí, no es una unión válida.

—Pero para el resto sí lo será. ¿Acaso no os importa arruinarle la vida? Si no la desposáis como es debido, esto la convertirá en una perdida ante su familia y los ojos del mundo.

—Le pagaréis bien. Después puede marcharse a cualquier parte donde nadie la conozca. Además, ¿quién dice que es fértil? Es muy delgada, quizás no pueda engendrar hijos.

—No tenemos tiempo para esto, Alistair; y tampoco me parece bien.

—Soy el príncipe y es lo que deseo. Ella me gusta de verdad.

—¿Ya no la amáis?

—Bueno, puede que algo sí, pero no lo sabré con seguridad hasta que no...

—Ya.

—Venga, Landon. Solo serán unos días. Sabes que esos seres están deseando acabar con mi vida. No quiero morir sin conocer el calor de su cuerpo aprisionando al mío.

El capitán Youngblood frunció los labios con un gesto de desaprobación. El príncipe había logrado engañarlo con aquella confesión de amor. Si él le seguía el juego, arruinaría a la muchacha sin remedio. Sabía que aquello no estaba bien, sin embargo, conocía por experiencia propia el maldito ardor que surgía en el interior de un hombre cuando una determinada mujer se cruzaba en su camino. Quizás Dios le perdonara más tarde, pero el príncipe deseaba a la chica, y él no iba a ser quien impidiera que satisficiera su deseo. De todos modos, debían ir hacia el este, y no iban a dejarla allí a merced de los peligros que acechaban en el bosque. En realidad, si Alistair no la poseía, aunque fuera con bellas mentiras, tal vez otro tomara por la fuerza lo que él se moría por tener.

Tras un momento deliberando, Landon inspiró con fuerza y acabó por asentir. Su pupilo sonrió abiertamente y apoyó un instante la mano en el hombro de su tutor antes de regresar al lado de Alana. El joven príncipe estaba a punto de cometer el primero de los muchos pecados que iban a engrosar su lista de acciones, de la que más tarde tendría que dar cuenta cuando abandonara este mundo. Pero ¡qué diablos! Lo haría con una sonrisa en los labios y con la satisfacción de haber obtenido cuanto quería.

## 20. LA PRIMERA TRAICIÓN

Athelstan caminó pesadamente escaleras abajo. Sumido en un mar de preocupaciones, ignoró a cuantos sirvientes se detuvieron para hacerle una reverencia mientras le daban los buenos días con su mejor cara. ¡Qué demonios sabían ellos de lo que era un maldito buen día! Ya había pasado cerca de una semana y Alistair aún no había llegado a su destino.

La misiva que acababa de leer no auguraba nada bueno. Los consejeros del duque de Normandía le instaban a que el trato se cerrara cuanto antes y le recordaron que permanecerían en Richborough cinco lunas, ni una jornada más. Por suerte, eso le proporcionaba tiempo más que suficiente como para que sus tropas llegaran a donde se encontraba su hijo y lo escoltaran hasta allí. Lo que escapaba de su comprensión era cómo el emisario del duque había logrado llegar al castillo mientras sus hombres solo habían conseguido cubrir poco más de la mitad de la distancia. Aunque, claro, a ninguno los perseguía una caterva de seres infernales con el único propósito de acabar con su vida. Otra cuestión que tendría que aclarar con Helmet, puesto que ya estaba harto de que eludiera una respuesta concreta a por qué Abbadon quería impedir esa alianza a toda costa.

Nada más verlo, un soldado le abrió las puertas. Caminó con paso firme por el salón hasta que fue consciente de lo que estaba sucediendo. Sus consejeros más cercanos, Callen y Atwater, permanecían de pie, cual dos estatuas esculpidas, en mitad de la sala con el pecho descubierto. Ambos ofrecían sus gargantas sin el más mínimo pudor y no había rastro alguno de vida en sus miradas.

Athelstan miró hacia atrás un instante, la puerta estaba cerrada. No había escapatoria. El nudo de ira que se le había formado en las tripas le recordó en qué lugar se encontraba ahora. Tratando de no mostrar debilidad, avanzó hasta sentarse en el trono. Helmet formó en su rostro el rictus que consideraba como una sonrisa y esperó a que él hablara.

—Vuestros métodos me asquean.

—«Mi rey» —dijo alargando las dos palabras—, de sobra sabéis que no deberíais haber compartido nuestro secreto.

—Si no puedo hablar con nadie, terminaré volviéndome loco.

—Lo entiendo, pero me tenéis a mí para comentar cualquier tema que os preocupe —añadió con ironía.

—Como comprenderéis, no confío en vos.

—Es razonable. Si estuviera en vuestro lugar, yo tampoco lo haría. ¿Pero acaso tenéis otra alternativa?

El inglés le dedicó su mejor mirada de odio, algo que divirtió momentáneamente al «No Muerto».

—Supongo que no.

—Quiero dejaros claro que yo no estoy tras los ataques a vuestro hijo. Os he cedido una avanzadilla de veinte de los míos para proteger a los hombres que habéis enviado para rescatarlo. Qiloçker, Bêwestan y Nîga, a la que aún no conocéis, están al mando. Así que puedo

garantizaros que llegarán a Felsted a tiempo.

—Eso espero. Y ahora me vais a contar por qué Abbadon quiere acabar con esta alianza además de con la vida de mi hijo.

Helmet ensombreció su níveo rostro y elevó las cejas mientras se quedaba absorto en el recorrido de una hormiga alrededor de la bota de Atwater, que aún continuaba en la misma posición.

—Eso aún no puedo contestároslo.

—¿No podéis o no queréis?

—De esto ya hemos hablado. No sé cuáles son las intenciones de Abbadon y por qué pretende acabar con esta alianza.

Athelstan miró a sus hombres y sintió cómo un fuego abrasador le subía de pies a cabeza. Deseaba degollar al vampiro con todas sus fuerzas, pero sus dos secuaces, Xwînxwar y Wêranker, no le quitaban ojo de encima.

—Si ya habéis averiguado de ellos cuanto necesitabais saber, ¿seríais tan amable de liberarlos? —preguntó el rey, guardando para sí lo que de verdad hubiera deseado decirle.

—Vuestros modales son envidiables cuando ponéis de vuestra parte. No os lo repetiré. Si volvéis a contarle a alguien...

—Os doy mi palabra de que no lo haré —interrumpió Athelstan, cansado de tanta palabrería.

—Eso es más que suficiente para mí.

Helmet levantó la mano con languidez. Sus secuaces ordenaron a los dos hombres que se vistieran y que volvieran a sus habitaciones para descansar. El rey se preguntó cuánto tiempo llevarían en aquella incómoda postura, pero prefirió no averiguarlo.

Cuando sus hombres se marcharon, el inglés le pidió hablar a solas. Este aceptó y envió a Xwîn y a Wêr a supervisar el campamento.

—Bien, ¿qué queríais hablar conmigo? —dijo el «No muerto» con curiosidad.

—Estoy en desventaja —comenzó Athelstan. Su invitado asintió—. Bien, quiero cambiar eso.

—Mi rey... —Por primera vez, no lo dijo con condescendencia.

—No, Helmet. Somos dos guerreros, la única diferencia es que yo respiro y vos no. —Ambos sonrieron—. Necesito que esa alianza se lleve a cabo. Mi hijo no debe morir.

—Le he enviado a mis tropas sin pedirlos nada más a cambio.

—Lo sé, y creo que nunca seré capaz de devolveros el favor.

—¿Entonces?

—No puedo ofreceros lo que ya habéis tomado por la fuerza, pero sí lo que es solo mío y que tal vez os interese —Helmet lo miró sin entender a dónde quería llegar—: mi propia vida. He luchado desde que tengo uso de razón por lo que ahora tengo y soy, de modo que no voy a permitir que nadie me lo arrebate a mí o a mi estirpe.

—Os entiendo.

—Y yo a vos. Abbadon no es ni vuestro amigo ni vuestro aliado.

El vampiro sonrió de verdad. Un brillo inusual iluminó su rostro, así que Athelstan comprendió que estaba en el buen camino.

—Sois más agudo de lo que pensaba.

—¿Cómo podríamos deshacernos de él? —soltó sin dar más rodeos.

—Eso es algo que llevo preguntándome demasiado tiempo.

Ambos se miraron con extraña satisfacción. Acababan de encontrar un punto en común

que podía unirlos para afrontar el futuro que les estaba alcanzando. La cuestión no era si esa alianza beneficiaría a ambas partes por igual, sino cómo iban a quitarse de en medio a Abbadon sin que Mørket sospechara de su traición.

De pronto, Helmet cayó en la cuenta de que aún no le había revelado al rey a quién pertenecían. No era necesario. En realidad, reconocer su verdadera naturaleza podría acarrearle más problemas que otra cosa. Pero detestaba a Abbadon desde lo más profundo y podrido de su muerto corazón, así que aquel acuerdo quizás le reportara más de lo que esperaba.

El vampiro entrecerró los ojos y comenzó a contarle su historia. Las peores pesadillas del rey eran un simple juego de niños con lo que aquel ser le estaba relatando. Athelstan, pese a haber vivido más de una guerra cruenta, pensó que los castigos infligidos por aquellos seres no podían compararse con nada que hubiera conocido.

Mørket era el creador de ambos; también el horror que azotaba la tierra. Athelstan asintió a todo lo que le compartió Helmet y aceptó que aquel nuevo acuerdo no solo era necesario, sino obligatorio si quería cumplir su deseo más oscuro.

El «No Muerto» fue el primero en ofrecer su mano helada ante la posibilidad de deshacerse de su único competidor. Aunque le fuese la «vida» en ello, de un modo u otro, por fin acabaría con Abbadon. El rey cerró el trato ofreciendo también su mano, que desprendía un calor abrasador. Ambos obtendrían lo que más ansiaban. Athelstan, poder gobernar durante el resto de su vida, y, Helmet, acabar con su peor enemigo de una vez por todas.



Yngvar no podía dar crédito a lo que aquel soldado, preso del terror, le acababa de confesar. A ojos de Leala, Fairfax y el padre León, el pobre hombre, que había sobrevivido al ataque de dos tipos distintos de seres sobrenaturales, parecía estar perdiendo la cabeza. Para desesperación de todos, tuvieron que aceptar que sus palabras no eran las de un loco y que no mentía. Aquellas razas que había descrito existían. De hecho, su pueblo había luchado contra ellas en otras épocas.

El errante les contó que la raza de los Tvillinger era tal y como el inglés los había descrito. Altos, muy delgados. Tez pálida con dibujos ancestrales en sus rostros pintados con tierra roja pulverizada de sus montañas y aceites fabricados con grasa de animal. La mayor ventaja que poseían era la fuerte conexión entre ellos, por lo que en la batalla resultaban brutales, puesto que parecía que se pudieran leer la mente, aunque no fuera así en absoluto. En contra, eran pésimos rastreadores y su longevidad de apenas un siglo. Su casta se caracterizaba porque las hembras solo parían gemelos. Rara vez nacían macho y hembra a la vez. Y, en esos casos, estaba bien visto entre ellos que mataran a sus vástagos antes de que su especie pudiera debilitarse. Yngvar también les habló de su sed de muerte, que no tenía límites. Acababan sin piedad con todos: humanos, errantes y vampiros. Su maldad superaba con creces a la que ostentaban los «No Muertos», y eso ya era decir mucho.

Aquella maldita propagación de gemelos depravados fue en otro tiempo algo de lo que tuvieron que encargarse, pero el errante pensaba que jamás volverían a dejar sus tierras, ya que Eirik los amenazó con aniquilarlos la próxima vez que lo hicieran. Ahora habían regresado, y no tenía idea de cómo iban a afrontar al mismo tiempo a vampiros y tvillinger. Una buena noticia era que nadie había comentado nada de otras razas, así que, por el momento, solo debían preocuparse por aquellas dos.

Yngvar se despidió del soldado malherido. El otro, por desgracia, no había sobrevivido por las múltiples heridas. Los cuatro salieron de la habitación con una expresión sombría.

—Habéis traído la desgracia a esta familia —dijo el padre León, quien sentía la presencia

de los errantes como un mal presagio en lugar de una bendición.

—Os equivocáis, párroco —respondió Yng con voz grave—. Aquí lo único que debería preocuparnos es saber dónde se ha llevado el príncipe a la Elegida. ¿Por qué los ingleses no se enfrentaron? ¿Por qué decidieron salir huyendo hacia el bosque en vez de rodearlos y regresar al pueblo? Tenían la ventaja de ir a caballo. Los tvíllinger no son tan rápidos a pie, por lo que no entiendo la reacción de dos soldados expertos como deben de ser el tutor del heredero y uno de los capitanes del rey.

—No sabemos nada —dijo Leala con lágrimas en los ojos.

—Mataré a ese malnacido si toca a mi hija —agregó Fairfax. Él había sido el primero en oír los gritos de auxilio del soldado. Cuando llegó donde se hallaba, vio que el resto había desaparecido.

—No creo que Youngblood permitiera tal cosa —señaló León.

—Si no es así, ¿cómo va a llegar a ser mi hija reina de Inglaterra? —Leala sacó un pequeño pañuelo y se limpió los ojos con él.

—¿Quién os ha dicho tal cosa? —preguntó Yngvar, sintiendo como si alguien acabara de golpearle en el torso.

—Vuestra princesa, Thyra —aclaró la mujer.

—El futuro...

—Exacto. Ella lo ha visto. Aunque jamás pensé que tuvieran que darse estas circunstancias para que se cumpliera su destino.

—El futuro no es inalterable. Ni siquiera Thyra puede estar segura de que ese sea el de la Portadora —dijo colérico, por la ira que sentía en aquellos momentos.

—Entonces, ¿creéis que Alana no se desposará con el heredero?

—Eso no puedo confirmároslo, pero lo que sí os aseguro es que haré cuanto pueda para devolveros a vuestra hija —afirmó el guerrero.

—Ella ya ha pasado por la transformación —añadió el padre León.

—Y ha devuelto al príncipe a la vida, lo que nos resta tiempo para recuperarla —puntualizó Yng.

—¿Por qué decís eso? —quiso saber el párroco.

—Porque habéis sido un imprudente mostrando su don —respondió con un tono grave que acompañó con una mirada de severidad.

—Yo no estaba seguro de que pudiera hacerlo —se defendió, elevando el mentón.

—Pero teníais que averiguarlo, ¿verdad? —añadió con rabia.

—¿Era mejor dejarlo morir?

—Era mejor no exponerla a la codicia del hombre, sacerdote. Tened en cuenta que, si sigue con vida, no va a ser gracias a vos.

—Me estáis ofendiendo. ¡Y si me ofendéis a mí, ofendéis a Dios!

Yngvar se acercó a él y se agachó para ponerse a su altura.

—Cuidado con vuestras palabras, humano. Sois el aliento del Creador, pero nosotros somos «Su Mano». Somos los protegidos de sus Altos Guardianes, así que no blasfeméis en mi presencia porque no lo os lo permitiré.

—Él no me habló de vos, pero está claro que sois de los suyos —dijo León elevando una comisura.

El errante se lo quedó mirando sin entenderlo.

—¿Quién no os habló...? —se detuvo al comprender que se estaba refiriendo a alguien de su raza, pero no pudo imaginar quién.

—Ahora no es el momento, muchacho.

—Lo sé, pero espero volver algún día y oír la historia de vuestros labios.

—Así será.

El joven Knutsen se volvió hacia los padres de Alana para despedirse. Debía regresar cuanto antes con los suyos para comenzar la búsqueda de la Elegida e impedir que el heredero la hiciera suya.

—Que Dios os proteja —susurró Leala.

—Os agradezco vuestras palabras. ÉL siempre está conmigo.

Yngvar asintió una vez y salió a toda prisa de la posada. Una idea no paraba de atormentarle. Imaginar que el príncipe y Alana fueran uno le revolvía el estómago. Corrió hacia la salida del pueblo para encontrarse con su grupo porque no podía soportar esos pensamientos. Él era un errante. Su origen impedía cualquier unión con ninguna otra raza, aunque una de ellas contase con la humana más bella que había visto nunca sobre la faz de la tierra.

Apretó la mandíbula y apuró el paso. El primero en verlo fue Vidar, que se temió lo peor al reconocer aquella expresión.

—¿Qué ocurre, Yngvar?

—Se la ha llevado el heredero. Él y sus hombres fueron atacados anoche por los tvillinger.

—No puede ser. ¿Qué hacen esos aquí?

—No tengo idea, pero el soldado que ha sobrevivido me los ha descrito. No hay duda de que son ellos.

—¿Y qué buscaban?

—Al príncipe.

El joven guerrero relató cuanto le había compartido el inglés. Lo que no entendieron fue por qué habían sido atacados por lo que parecían ser secuaces de Abbadon y qué había impulsado a las tropas de Helmet a protegerlos. Ahora, para complicar aún más la situación, la raza de los malditos gemelos había aparecido de la nada y también quería acabar con el hijo del rey.

Vidar se frotó con energía el mentón, tratando de resolver aquel acertijo. Eran demasiados frentes abiertos como para encontrar una explicación sencilla a todo aquello.

—Todos van a por el príncipe —comenzó el de la casa Eide—. Por nuestros informantes sabemos que Athelstan quiere unirse al duque normando. Ese pacto aportaría un grueso de tropas importante a su ejército, lo que serviría para mostrar a todos su enorme poder y mantendría a raya a los *lairds* escoceses. Lo que no entiendo es cómo ellos han dado con la Elegida.

—Tras ser atacados por los perros de Abbadon, el heredero estuvo a punto de morir. El padre León la llevó para que lo salvara.

—¿Es que la Elegida puede...?

—Posee la imposición de manos.

Vidar cerró los ojos un instante, se llevó la mano a la altura del corazón y susurró algo solo para sí.

—El futuro de todos está en sus manos —dijo el antiguo guerrero con vehemencia.

—Lo sé. —El de la casa Knutsen inspiró tratando de aplacar la ira que sentía en su interior.

—Bien, pongámonos en marcha. Nos llevan mucha ventaja, pero daremos con ellos.

—Si él la ha tocado, lo mataré —masculló Yngvar.

Después se dio la vuelta y se dirigió a la orilla del río para beber un poco de agua. Después, llenó sus manos y se la echó por la cara.

Ardía de rabia. Su deber era proteger a la Portadora y a los humanos. Pero que Dios no

permitiera que él la hubiese deshonrado, porque entonces ni toda el agua de la tierra sería suficiente para aplacar su furia ni evitaría que destripara de una sola estocada al maldito inglés.



A cobijo de la pequeña pared que ofrecía la cueva justo antes de salir al exterior, Youngblood, con Hereward a su izquierda, cogió las manos de Alistair y Alana entre las suyas.

—Estamos aquí, en presencia de Dios, para unir a dos almas que sienten el amor en sus corazones —dijo Landon, tratando de recordar qué dijo el párroco en las nupcias de su sobrina unos meses atrás—. Soy un soldado de Inglaterra, un ferviente seguidor del rey Athelstan. Mi único poder es el que vuestro padre —añadió mirando a Alistair— me ha otorgado. En su nombre, y en la fe que él profesa, yo os uno en matrimonio a vos, príncipe Alistair de Wessex y a vos, Alana...

—Shaw —susurró avergonzada por lo haberle dicho antes su apellido.

—Y a vos, Alana Shaw. Sois esposo y esposa hasta que un siervo de la iglesia formalice vuestros votos. Con mi bendición, podéis besarla.

Alistair se giró hacia ella y depositó un casto beso en sus labios. Alana respondió con timidez, pero totalmente convencida de que, con esa ceremonia, su futuro se había cumplido.

Hereward no pronunció palabra mientras su amigo y compañero de múltiples batallas encabezaba la ceremonia. Aquel matrimonio era válido ante los ojos de Dios y de los hombres. El único problema que se iban a encontrar era que solo el rey podía decidir con quien se desposaba su hijo, así que no sabía a qué estaba jugando Landon.

Observó la expresión del príncipe y solo vio satisfacción en ella. Supuso que era el deseo lo que le había impulsado a cometer semejante locura. Si su padre se llegaba a enterar de esa unión, pondría el grito en el cielo y los despellejaría a Youngblood y a él mismo. A esas alturas, deberían estar de vuelta en el pueblo de la muchacha o de camino a Colchester, pero habían perdido un tiempo precioso para que las necesidades del heredero fueran cubiertas.

El capitán observó el brillo en los ojos de la chica. Su alegría era tan contagiosa que no pudo evitar sonreír.

—Enhorabuena a los dos —dijo con seriedad.

El príncipe estrechó su mano y después volvió junto a su «esposa», a quién besó en la sien como si el amor que mostraba fuese del todo real. Aunque en cierto modo sentía que estaba siendo justo con sus deseos, en el fondo sabía que aquello era su primera traición hacia ella.

Landon y Terrel se marcharon a por los caballos, que habían dejado atados en una cueva cercana. Tras ocupar sus monturas, Alana fijó su mirada al frente. Alistair la llevaba bien sujeta de la cintura y, cada cierto tiempo, le decía al oído cuánto la quería y lo felices que iban a ser para siempre.

A poca distancia de allí, Yngvar corría tras la pista que había encontrado Borgervern. Mientras ella iba a comenzar su vida junto al heredero, el joven Knutsen iniciaba su descenso a los infiernos.

Y no había peor castigo para un errante.

## 21. PASE LO QUE PASE, NUNCA DEJARÉ DE AMARTE

Rău andaba como loco esperando noticias. Las patrullas no habían sido capaces de encontrar el campamento de los errantes y tampoco había llegado la misiva que Abbadon ya debería haberle enviado. Abrió la tela espesa que hacía las veces de cortina en su tienda y miró al cielo. Pasaba del mediodía. Las cosas se estaban complicando por momentos. Si no recibía órdenes concretas, él mismo tomaría el mando de la situación. Puede que después su amado jefe lo cubriera con brasas para divertirse viendo cómo se le derretía la piel, pero no iba a quedarse de manos cruzadas.

Pensó en su subordinado, su mano derecha. Ya había pasado tiempo suficiente como para que Taiat hubiese regresado. El que no estuviera allí le confirmaba que había sido atrapado por los malditos protegidos de los Altos Guardianes.

Sentía tanta rabia, que necesitaba hacer algo o acabaría por masacrar el pueblo más cercano sin ayuda de nadie. Por suerte, la respuesta que esperaba llegó. Un emisario le traía varios mensajes de Abbadon, algo que le agradó bastante.

Tras leer las órdenes, sonrió. Debían ponerse en marcha lo antes posible, así que dispuso una reunión urgente de todas las patrullas.

—Nos desplazamos al oeste.

El murmullo general lo molestó de inmediato.

—¿Qué ocurre? —preguntó de malos modos.

—Señor, ¿qué pasa con Taiat? —preguntó un acólito—. ¿Es que vais a permitir que se pudra bajo el yugo de los errantes?

—¡Silencio! ¡Serás inútil! ¡Tú y todos vosotros sois unos verdaderos ineptos! ¿Acaso habéis encontrado su campamento o alguna pista que nos diga por dónde empezar a buscar?

El que se había atrevido a preguntar bajó la mirada al suelo. Pese a ser bestias sin corazón, los que formaban parte de la sección de Rău habían encontrado algo cercano a la lealtad y compañerismo entre ellos. Una cosa era masacrar al enemigo y otra, muy distinta, abandonar a uno de los suyos sabiendo que tratarían de sonsacarle, a cualquier precio, todo lo que supiera.

—Yo quiero seguir intentándolo, señor —añadió.

—¡Tú no tienes nada que decir! Obedecerás como el resto. Partiremos enseguida. ¡Recoged vuestras cochambrosas pertenencias y en marcha!

Rău regresó a su tienda y exigió que le llevaran una presa concreta. Estaba tan enfadado que solo la sangre podría calmar sus ansias de venganza y la rabia que sentía por dentro. Convertirse en el ser que ahora era solo había exacerbado su odio por todo y hacia todos.

Cerró los ojos y deseó poder respirar para centrarse en aquella cadencia que echaba tanto de menos, aunque, para qué iba a engañarse: adoraba ser un vampiro. Cuando era humano, se le consideraba un hombre bastante alto, fuerte y apuesto, pero la sangre de Abbadon lo había convertido en un ser poderoso, veloz y despiadado. Su transformación, experimentada siglos

atrás, no le había importado en absoluto, sino todo lo contrario. Tener la seguridad de vivir eternamente sabiendo que siempre habría alimento a su disposición le había dado el empuje para hacer cuanto se le había antojado: matar, violar, reducir a cenizas poblados enteros... Sentir que el mundo estaba a sus pies era algo que lo embriagaba, aunque puede que no tanto como llenar su boca de sangre humana templada y espesa.

El acólito al que había ordenado traerle al hombre que lo había transportado al pasado lo avisó de que estaba listo para entrar en cuanto lo deseara. Sin perder tiempo, lo hizo pasar. Tras ordenarle que se despojara de la camisa, Rău se lanzó a su garganta sin piedad. Cerró los ojos para permitir aquel sabor inigualable llenara su paladar. Lamió despacio, recreándose en lo que le regalaba cada latido. Maravillado por los recuerdos que aquel insignificante humano lograba devolverle, decidió que no acabaría con él. Mientras el joven estuviera vivo, siempre podría regresar para alimentarse. Su sangre le permitiría oír los ecos del pasado, oler el campo de su niñez y ver a los suyos una vez más.

Cuando sintió que el chico se desvanecía, se detuvo. Pasó la lengua por las incisiones y esperó a que se le cerraran las heridas. Se había dado un festín como despedida, pero en esta ocasión sería generoso.

Después de ordenarle que se vistiera, buscó entre sus pertenencias una pequeña bolsa. La llenó con unas cuantas monedas y le obligó a guardarla hasta que llegara a su casa, donde podría ver el contenido.

Durante un instante, se preguntó por qué lo había hecho. Tras relamerse los labios, lo entendió a la perfección.



Vidar, debido a lo que acababan de averiguar, decidió volver a dividir a los suyos en dos grupos. La situación se había complicado demasiado. Por un lado, debían encontrar a la princesa y al joven Isaksen. Por otro, era crucial que rescataran a la Elegida. Por mucho que se repitieran que «ella» tenía el futuro de todos en sus manos, en realidad, solo Eirik tenía la última palabra, ya que eran sus visiones las que los guiaban. Por fortuna, los acontecimientos a los que se iban a enfrentar no habían cambiado ese destino, así que incluso darían su propia vida para que los descendientes de los humanos siguieran poblando las vastas tierras de su amada Gaia.

El de la casa Eide, tras la insistencia de Yngvar en liderar al otro grupo, eligió a los que formarían cada patrulla. Después de acordar que se verían en aquel mismo punto en un par de días, los fornidos guerreros se despidieron. La mano derecha del rey continuó en sentido contrario. Mientras Gransker, otro rastreador de la casa Volger, trataba de utilizar todo su don en hallar cualquier pista de hacia dónde se habían dirigido aquellos vampiros. Por desgracia, la posibilidad de dar con la cuadrilla que había raptado a la princesa se desvanecía conforme avanzaban los días, y, con ella, las esperanzas de encontrarlos sanos y salvos.

Yngvar, dio una señal a su patrulla para que se pusieran en marcha. El ritmo que les imprimió fue demencial. Cada cierto tiempo, se detenían para que Borgervern inspeccionara la zona. Se alegraba de que se hubiera unido a ellos, ya que conocía menos al otro rastreador. La experiencia de Borg era indiscutible, de modo que, en cuanto vio una pista clara, le indicó hacia dónde debían dirigirse. Justo antes del atardecer, el de la casa Knutsen corrió hacia las cuevas que le había señalado como si la vida le fuera en ello. Aunque había llovido gran parte de la noche anterior, no todas las huellas estaban borrosas; algo que los ayudó a continuar con un poco más de esperanza. Sobre todo a Yngvar, que temía no llegar a tiempo debido a que les llevaban un día entero de ventaja. Pero ahora no era el momento de lamentarse, sino de evitar que ella

sufriera cualquier daño.

Se separaron para cubrir el máximo de terreno. Había unas cuantas entradas, pero solo dos tenían pisadas de caballos. Yng hizo a toda prisa una tosca antorcha y entró en la cueva. Se fijó en que había una bifurcación. Borg lo detuvo con el brazo antes de entrar en la galería de la izquierda. Antes debía inspeccionarla para asegurarse de que las huellas eran recientes. Tras hacerlo, le aseguró que allí no había entrado nadie. De todos modos, estaba ciega y no tenía más salidas. Volvieron sobre sus pasos. Esta vez, el rastreador vio con claridad decenas de pisadas en la gruta situada a la derecha.

Ambos se miraron. El de la casa Volger le confirmó que habían pasado allí la noche. El suelo de tierra fina mostraba huellas de tres botas pesadas y unas de pies pequeños.

Él, tras fijar la mirada en aquellas diminutas botas, no pudo evitar la pregunta.

—¿Ves algún resto de sangre, Borg?

El experimentado rastreador se empleó a fondo para no equivocarse. Era de vital importancia que la Elegida siguiera con vida.

—No, y tampoco la huelo.

—¿Nada? ¿Estás seguro? —insistió—. Iban tres hombres con ella. ¿No ves...? ¿No la han...? —Fue incapaz de acabar ambas preguntas.

—Ninguno estaba herido ni hubo forcejeo. —Aseguró Borg, que acabó por entender qué era lo que le estaba preguntando—. Estuvieron aquí sentados —señaló la zona—, y caminaron unas cuantas veces desde la entrada hasta aquí. Lo más probable es que hicieran varias guardias durante la noche. Dada la forma de la cueva, te aseguro que la pared de piedra que precede a la bifurcación ha sido lo que los ha salvado.

—Yo también he pensado lo mismo —dijo Yngvar, dirigiéndose hacia la salida.

Otro guerrero del grupo los avisó de que había encontrado las pisadas de sus caballos en la cueva colindante.

—Señor —se dirigió Borgervern con seriedad—, por los restos de los caballos, las tres monturas pasaron allí la noche.

—Entonces, partieron al alba. Pero ¿hacia dónde?

—Está claro. Van camino opuesto al pueblo de la Elegida.

—¿Estás seguro?

—Sí. Según el mapa que tenemos de la zona, hay una posada hacia mitad de camino a Colchester.

—¿A Colchester? ¿Y por qué iban a dirigirse allí? —preguntó Yngvar, cada vez más enfadado.

—Eso no podemos saberlo —agregó el rastreador, mirando con sobriedad a los suyos.

—En Colchester hay posadas, comercios, una iglesia...

—¿Qué estás insinuando? —dijo Yng elevando el tono.

El guerrero que había comentado aquello echó un paso al frente. Se llamaba Modig, de la casa Eide.

—¿Puedo hablar con libertad? —quiso asegurarse antes.

—Hazlo —respondió bruscamente el joven Knutsen.

—Tres hombres, una mujer. Si no ha ocurrido nada porque los ingleses han sido los caballeros que se supone que deben ser, habrán pernoctado en la posada. Pero... —se detuvo.

—Pero ¿qué?

—¿Hace falta que te lo diga?

—Quiero oír todo lo que se te pueda haber ocurrido —respondió Yng de malas maneras.

—Tres hombres y una mujer. Lo más probable es que alguno de ellos la haya forzado. Puede que los tres.

—En la cueva no hay indicios de que eso haya sucedido.

—El camino es muy largo. Muchas de las pisadas del bosque estaban borradas. No ha tenido por qué ser en la cueva.

—Habría restos de sangre.

—No, si se hubiera limpiado después.

Yngvar se dio la vuelta para no destrozar a puñetazos a aquel guerrero que lo único que pretendía era exponer una situación que, por desgracia, parecía no tener un buen desenlace para Alana.

Respiró un par de veces y se dirigió a todos.

—Está bien. Iremos a esa posada y preguntaremos si los han visto. Nos llevan mucha ventaja, pero, si se han detenido allí, los alcanzaremos.

El grupo asintió. Volvieron a la carrera hacia donde les había indicado Borgervern. El joven guerrero rogó en silencio que no hubiera sido mancillada a la fuerza. Cualquier otra posibilidad estaba fuera de su pensamiento porque ¿quién podría imaginar que ella se enamorara del príncipe en tan poco tiempo? Nadie, ni siquiera la preocupada mente del errante que buscaba la forma de dejar de concebir todo tipo de situaciones terribles por las que podría estar pasando.

Cada una peor que la anterior.



De forma milagrosa, desde que habían dejado la cueva, el pequeño séquito inglés no se había topado con ningún contratiempo. Los caminos estaban despejados y pudieron continuar sin problemas. Habían cabalgado toda la mañana y buena parte de la tarde, así que todos se encontraban hambrientos y exhaustos.

Conforme el sol bajaba, los nervios de Alana comenzaron a aflorar. Por una parte, la seguridad que tenía antes sobre que aquella ceremonia era válida comenzó a resquebrajarse un poco dada las miradas que le habían dedicado los dos capitanes en varias ocasiones. Por otra, confiaba en Alistair plenamente.

Él le había insuflado ánimos, le había dicho una y otra vez que la quería y que nadie lograría separarlos nunca. La realidad era que aquella noche pernoctarían juntos. Algo para lo que no sabía si estaba preparada, pero que deseaba con todas sus fuerzas. La conexión que sentía con él iba más allá de lo comprensible. Una vez más, regresó al momento en el que lo vio al borde de la muerte.

De repente, sintió un escalofrío al pensar que podría perderlo. Se removió nerviosa, lo que el heredero percibió enseguida.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Alistair.

—Estoy agotada. Nunca había montado a caballo y me duele todo el cuerpo —confesó avergonzada.

—¿¡Nunca!? —dijo sorprendido.

—No —respondió ella, sonrojándose.

—Lo siento de veras, pero no podremos detenernos hasta que lleguemos a la posada.

—Lo entiendo, pero creo que no podré caminar después —añadió, subiendo el tono un poco para que la oyera.

—No te preocupes, yo te llevaré en brazos hasta nuestro lecho —le susurró al oído.

A Alana se le erizó la piel de la nuca. De pronto, fue consciente de que él era su esposo y

que aquella noche dejaría de ser doncella. A su madre no le había dado tiempo de explicarle qué sucedería. Solo sabía lo que sus amigas le contaban que habían compartido sus hermanas desposadas, pero todo con el mayor ostracismo. Lo cierto era que no creía ni la mitad de lo que había oído, así que confiaba en que Alistair tendría paciencia con ella y que la guiaría en todo momento.

Pensar en lo que ocurriría volvió a tensarla de tal modo que dejó de apoyar la espalda en el torso de él.

—Discúlpame. Me he comportado como un bruto —añadió el príncipe preocupado por cómo había reaccionado ella.

—No. Es solo que yo no...

—Tranquila, soy tu esposo. Puedes confiar en mí.

Alana asintió para convencerse de que él tenía razón. Si iban a pasar el resto de su vida juntos, no podían comenzar con secretos. Menos aún con uno que terminaría siendo un bonito recuerdo.

—No sé nada de... Mi madre aún no me ha explicado qué pasará esta noche.

Él sonrió al notar cómo su cuerpo respondía a esa preocupación. Se pegó a ella y la besó en el cabello.

—No te preocupes, mi amor. Yo te enseñaré cuanto tengas que saber. Relájate porque lo que va a ocurrir es algo natural. Procuraré ser muy cuidadoso contigo. Haré cuanto esté en mi mano para que te sientas protegida, pero, más que nada, amada.

Alistair se sorprendió al oírse a sí mismo. Su comportamiento cambiante lo tenía desconcertado. Por momentos, se sentía fuertemente unido a ella y lo que decía era cierto: ansiaba protegerla. En cambio, una vez pasado el obstáculo del amor, por encima de todo, quería poseer su cuerpo.

Por ese motivo había organizado aquello, que, para él, seguía siendo una farsa.

—Confío en ti —dijo ella emocionada.

Volvió a colocarla pegada a él en la montura y continuaron el camino. Según acababa de decirles Hereward, faltaba poco para llegar a la posada, que se encontraba a mitad de camino de Colchester.

En cuanto la divisaron, todos se sintieron aliviados. La zona estaba muy concurrida. Había mercaderes, viajeros y campesinos que llevaban diversos tipos de productos en sus carros. El ambiente, a pesar de ser un caos, desprendía despreocupación. Lo que les hizo pensar que allí aún no habían llegado los «No Muertos» o aquellos gemelos aterradores.

Landon buscó al tabernero y le pagó una cuantiosa suma para que les facilitaran un par de habitaciones y se ocupara de los caballos. También pidió un baño para los esposos, además de otro para ellos en cuanto hubieran acabado de cenar. Estaban helados, sucios y agotados.

El hombre se desvivió por atenderlos de la mejor manera. La espléndida bolsa de monedas que había recibido cubriría los gastos e imprevistos de las próximas tres lunas, así que se volcó en proporcionarles todo lo que habían pedido.

Alana le susurró a Alistair si podían sentarse en la mesa situada junto al fuego. Landon habló con el posadero. Poco después, apareció con una generosa bandeja de venado, hortalizas braseadas, zanahorias y nabos encurtidos, pan, vino y un enorme trozo de queso.

Mientras degustaban aquellas viandas, que a todos les parecieron un manjar, Youngblood decidió organizar el día siguiente para tratar de alejarse lo máximo posible del peligro.

—Alistair, mañana tendremos que partir al alba. Aún falta una jornada para llegar Colchester, puede que dos. Cuanto antes lleguemos y os escondamos, antes podremos enviar un

mensaje al rey.

—¿Crees que es seguro, Landon?

—Es todo lo que podemos hacer —dijo mirando a Terrel.

—Mi príncipe —intervino el capitán—, ahora más que nunca debéis protegeros. A vos y a vuestra esposa —añadió con vehemencia, dejando a un lado lo que su unión supondría para todos al regresar.

—Ambos tenéis razón, pero es imperativo descansar al menos un día más. Mi esposa lo necesita.

—Alistair...

—¡Ella no ha cabalgado nunca, Landon! —lo interrumpió el príncipe con el gesto hosco.

Youngblood no pudo distinguir si su expresión se debía a que castigar a la muchacha con otra jornada a caballo era una crueldad o que su intención se ceñía a tenerla en la alcoba un día entero para poder satisfacer sus deseos carnales.

—Está bien. Un día. Pero pasado mañana nos iremos al alba. No tendremos más retrasos.

—Está bien. Ahora, mi esposa y yo nos vamos a retirar.

Alana no había dicho ni una sola palabra en aquella conversación. Se había limitado a comer y a tratar de calentarse. Tenía calambres tanto en el interior como en el exterior de los muslos, le dolía la espalda desde la nuca hasta las nalgas y temía quedarse dormida en cualquier momento.

Alistair le ofreció la mano y ella la aceptó. En cuanto se puso en pie, todo le dolió al mismo tiempo. Se preguntó por qué, si era la Elegida, no tenía alguna ventaja en el plano mortal. Pero no, parecía que la hubieran azotado con saña y lamentaba no haber corrido hacia el cobijo de su hogar en vez de estar Dios sabe dónde con tres desconocidos. Aunque uno de ellos se hubiera convertido en su dueño y señor.

—Estás muy callada —dijo para romper el hielo.

En realidad, subir las toscas escaleras estaba siendo un verdadero tormento para la joven. Recordó las palabras de él de camino hacia allí: «Puedes confiar en mí». Se detuvo un instante, lo miró a los ojos y solo vio amor en ellos. Esto la hizo decidirse a compartir por qué se estaba comportando de esa manera.

—¿Qué? —preguntó preocupado al ver su expresión.

—Tengo calambres en todas partes —confesó mientras trataba de no reír—. Los muslos me queman y siento como si la carne de la espalda quisiera despegarse de mi cuerpo. ¿Esto es normal?

Él contuvo la sonrisa. Después se apiadó de ella y le dio un suave beso en los labios.

—Lo siento, amor. Cabalgar es algo que debe aprenderse poco a poco. Por desgracia, tú no has tenido más remedio que hacerlo por las malas. Te aseguro que todo lo que sientes es normal.

—¿Te ha pasado a ti también?

—¡Pues claro! —dijo riendo al fin. La cogió en brazos y salvó los últimos escalones sin esfuerzo. Ella era menuda y él fuerte como un roble.

Caminó por el estrecho pasillo hasta la alcoba que le habían asignado y abrió la puerta. De pronto, recordó una antigua tradición que le había contado su padre decenas de veces desde que era niño y que había recreado con su madre la noche de su unión: con Alana aún en brazos, adelantó el pie derecho y entró.

—Bienvenida a nuestro pequeño hogar —dijo emocionado.

—Gracias, pero esto solo es la alcoba de una posada —bromeó ella.

—Imagina que es nuestro hogar. Aunque sea solo por un día.

Alistair cerró un instante los ojos al darse cuenta de lo que había dicho. Se estaba comportando como un joven enamorado, y puede que, de algún modo, lo estuviera. Sabía que lo correcto sería detener aquella locura. Solo que, para lograrlo, antes tendría que recobrar la sensatez. Confesarle la verdadera naturaleza de aquel engaño también sería lo justo. Lo que como príncipe y futuro rey era su deber.

Sacrificio. Lealtad. Honor.

El lema de su padre lo atravesó. Entre esas cuatro paredes, la única que iba a sacrificarse era Alana. Él, en cambio, sí mantendría esa lealtad, pero solo a sí mismo. A sus deseos. A sus más oscuros anhelos. En cuanto al honor, prefirió olvidar esa parte. Aceptó que, cuando acabara aquel «sueño», tendría que comportarse como un rey para afrontar sus propios actos; pero, de momento, se hallaba justo donde quería estar.

Estaba seguro de que lo que estaba a punto hacer lo iba a condenar al infierno. En cuanto los soldados los encontraran, dejaría todo atrás para dirigirse hacia sus verdaderas nupcias y así cumpliría las órdenes de su padre. Con la vista perdida en un punto indeterminado de aquella humilde alcoba, se prometió que así haría; aunque, para eso, sería imperativo que olvidara a Alana y el tiempo que habían compartido juntos. Sellar sus recuerdos en lo más profundo de su corazón se convertiría en una de las tareas más difíciles de su vida, pero se convenció de que no le quedaría más remedio. Pensar en el pasado no beneficiaría en nada al reino, y él se debía a Inglaterra y a su pueblo.

Ella lo miró divertida. Alistair se había quedado paralizado nada más cerrar la puerta. Aún no la había dejado en el suelo, así que Alana se preguntó por qué se había detenido mientras parecía debatirse con algún pensamiento que, a su entender, lo estaba atormentando.

—¿Qué te ocurre? Ahora eres tú el que se ha quedado callado. —La Elegida dejó escapar una leve risa que lo trajo devuelta.

Mirarla fue el peor error que pudo cometer. Sus preciosas facciones lo embrujaron. Aquellos rosados labios. Esos ojos del color del mar bajo la tormenta. Unos cabellos dorados, que enmarcaban su rostro angelical. Todo en ella parecía atraerlo. Todo en ella parecía invitarlo a olvidarse del mundo, a compartir su alma y su cuerpo durante el poco tiempo que les quedaba hasta que aquel espejismo acabase.

El heredero dibujó una sonrisa y supo que su condena sería eterna. Sin soltarla, se acercó a sus labios y comenzó a besarla. Despacio, como si quisiera recordar cada momento. Como si lo que antes se había prometido a sí mismo hubiera desaparecido sin más.

Unos golpes en la puerta los interrumpieron.

—Traigo el agua caliente para el baño, señor —dijo la voz de una joven al otro lado de la puerta.

Alana se mordió el labio inferior porque estaba deseando refrescarse. Él asintió para darle a entender que era lo mejor. Ella tenía los músculos doloridos, y ese baño seguro que la ayudaría a aliviar un poco las molestias que sentía.

Alistair la dejó en el suelo y fue a abrir la puerta.

—Adelante —dijo con seguridad.

La chica pasó con varios cubos. Seguidamente, entró un muchacho con un barreño de buen tamaño. En poco tiempo, ya estaba todo preparado. El heredero les dijo que buscaran a su tutor, él les daría unas monedas como agradecimiento.

Una vez se quedaron a solas, el ambiente pareció volverse más espeso. Puede que fuera el vapor que emanaba del agua, pero ambos sabían que allí había mucho más.

—Eres increíblemente bella —dijo justo antes de volver a besarla.

El calor que desprendía su aliento lo embriagó. Trató de contenerse para no abrumarla, pero ella entreabrió los labios en respuesta a la exigencia sutil de su lengua. Aquello fue demasiado para ambos. Alistair olvidó cuanto se había dicho de ir despacio y se hundió en su boca con la esperanza de que Alana respondiera a su necesidad. Y lo hizo. Ambos descubrieron con ese beso que la conexión que habían experimentado hasta ese momento comenzaba a debilitarse para dar paso a los verdaderos sentimientos que los estaban inundando de forma arrolladora.

—En tus labios guardas el mayor de los pecados —susurró él, poseído por el deseo más primitivo.

—No digas eso... —respondió ella contrariada.

—No me estoy refiriendo a que no seas... Quería decir que tu belleza incita a perder la cabeza. Y yo ya la he perdido por ti.

Ella sonrió al entender a qué se refería.

—Creo que yo también la he perdido por ti.

—¿Te apetece antes un baño?

—Sí, por favor.

Esta vez fue Alistair quien sonrió abiertamente. Poco a poco, fue retirando las prendas que ocultaban el esculpido cuerpo de Alana. Desató el cordón que rodeaba su esbelta cintura y lo dejó a un lado. Acto seguido, puso una rodilla en el suelo y desató los cordones a sus botas. Ella sacó un pie, después el otro. La miró desde su posición y comenzó a subirle el bajo del vestido. Despacio, aunque sin detenerse. Se puso en pie y ella subió los brazos.

Cuando estuvo completamente desnuda ante él, Alistair se quedó extasiado al ver su piel inmaculada. Toda ella parecía estar hecha de alabastro. Sus pechos estaban llenos y dispuestos. La estrechez de su diminuta cintura destacaba aún más ahora que podía compararla con la proporción de sus caderas. Era perfecta. Era una diosa.

El príncipe se acercó y volvió a besarla, posando sus manos en el final de su espalda. El fuego de sus manos sorprendió a Alana y despertó algo en ella que no logró distinguir.

—Deja que te ayude a entrar en el agua.

—Gracias...

Una vez estuvo sentada, él se quitó la cota de malla que le había cedido Landon tras el primer ataque. Alistair sintió un alivio inmediato al desprenderse de aquel peso. Por suerte, su padre no le había obligado a llevar la armadura. Aunque de poco le hubiera servido con los seres infernales que los habían atacado.

Justo en el momento en el que iba a desprenderse de la camisa, alguien llamó a la puerta.

—¿Y ahora qué? —preguntó malhumorado. Aquella era su noche nupcial, y parecía que todo el mundo estaba tratando de impedirla.

—No lo sé —dijo ella mientras trataba de no reír.

Abrió la puerta lo suficiente como para ver quién era.

—Landon...

—Mi príncipe, he de hablar con vos.

—¿Ahora? Déjalo para mañana.

—No, mucho me temo que debe ser ahora. —La expresión de su rostro no le dio opción a su pupilo.

—Está bien —masculló enfadado. Después, se giró hacia Alana—. Volveré lo antes posible.

—De acuerdo.

Tras cerrar la puerta, su tutor le hizo un gesto con la cabeza. Ambos recorrieron el pasillo hasta su habitación. Lo hizo pasar y se encontró con que Hereward estaba sentado sin armadura en una de las camas. Se sintió intimidado al ver sus músculos bien definidos y la envergadura de sus fornidos brazos y piernas.

—¿Se puede saber qué ocurre? ¿Qué es tan importante como para haber interrumpido la noche de mis nupcias? —dijo enfadado.

—Esa es la cuestión, Alistair, que no debería serla.

—Antes estuvisteis conforme. No entiendo a qué viene esto.

Hereward se puso en pie. Le llevaba casi una cabeza al príncipe, por lo que su altura obligó al heredero a mirar hacia arriba. Después, Alistair centró su atención en su tutor.

—Mi príncipe, siempre os he sido leal. A vuestro padre y a vos.

—¿Y bien? —preguntó impaciente.

—¿Qué ocurrirá si ella queda preñada de vuestro hijo? Si fuerais cualquier otro hombre, podéis estar seguro de que no os hubiera interrumpido. La cuestión es que no lo sois, y no sé qué opinará el rey de todo esto.

—¿Y qué tendría que decir mi padre al respecto? Ya he yacido con ramera antes, no veo la diferencia.

—Ellas saben protegerse, Alistair. Esa muchacha no es una de ellas.

—Lo sé. —Se llevó la mano a la frente y después se la pasó por el resto de la cara—. Es poco probable que ocurra. De todos modos, si llega a pasar, le daré un cofre lleno de oro para que pueda vivir holgadamente el resto de su vida.

Ambos soldados se miraron y aceptaron que aquella sería una buena solución para acallar la conciencia del príncipe y sellar los labios de la chica que se encontraba al otro lado del pasillo.

—Está bien —aceptó Landon—. Disfrutad del tiempo que tenéis.

—Eso haré.

Se dio la vuelta y regresó a su habitación. Al entrar, se quedó sin aliento al verla tumbada con los ojos cerrados. Sin duda, estaba agotada por la tensión y el esfuerzo. Se deshizo de sus ropas y entró en el agua para asearse. Ella merecía un pequeño descanso antes de hacerla temblar entre sus brazos. Su cuerpo se endureció al instante al pensar que pronto se hundiría en ella. Se secó deprisa y se metió en la cama sin pensar en que aquello era una verdadera infamia.

Nada más notar su cuerpo, la Elegida parpadeó.

—Lo siento, me he quedado dormida.

—No te preocupes, amor. Yo haré que estar despierta sea lo más placentero que has sentido nunca.

Ella se humedeció los labios sin saber muy bien qué era lo que deseaba, pero su cuerpo le estaba rogando y quería descubrir con él todo lo que le habían contado.

Alistair se debatía entre enterrarse entre sus piernas o seguir al pie de la letra lo que aquella ramera, con la que perdió la virginidad, le reveló para hacer que una mujer lograra entregarse por completo. Por supuesto que eso le llevaría más tiempo, pero el resultado sería mucho más satisfactorio que un simple revolcón. Así que luchando para que su instinto no tomara el control, cogió su mejilla y depositó un inocente beso para intentar que ella se relajara.

Despacio, se fue recreando en sus comisuras. Lamió sus labios. Recorrió su rostro con la punta de los dedos para regalarle decenas de caricias, deleitándose así con cada sensación que iba provocando en su cuerpo. Mientras los corazones de ambos repiqueteaban con fuerza en sus pechos, él se entretuvo en besarle los párpados. De nuevo, volvió a sus mejillas y acabó en su boca con el hambre de un depredador que espera a que su presa se entregue sin reservas.

Alana respondió con timidez al baile de su lengua. Todo en ella le estaba rogando responder a ese beso, aunque se moría de la vergüenza. Notó cómo un escalofrío la recorría cuando él comenzó a acariciar uno de sus senos. Sin detenerse demasiado, Alistair fue bajando por su abdomen, notando la calidez de ella desprendía bajo sus atenciones. Le besó el mentón, el cuello, se recreó un instante a la altura de la clavícula mientras sus dedos continuaban el camino hacia el centro de sus piernas.

De forma instintiva, Alana detuvo su mano con las suyas. Él la miró y sonrió.

—Haré todo lo posible para que no te duela. Puedes confiar en mí —Volvió a hacer aquella promesa.

Esas palabras fueron el detonante que provocó que ella se entregara. Subió los brazos y lo sujetó de las mejillas para besarlo. Su entrega lo volvió loco, de modo que apartó las mantas para tener mejor acceso y poder moverse con total libertad sobre ella.

—¡No! —dijo Alana, tratando de que no lo hiciera.

—Querida, es natural que nos veamos desnudos. Yo ya te he visto, ahora quiero que me mires. Todo lo que ves es tuyo, y, dentro de muy poco, seremos uno solo.

Ella tragó con dificultad al ver la dureza y envergadura de su miembro. Alistair sonrió al ver su expresión, pero no la dejó apartarse. Con delicadeza, cogió una de sus manos y la instó a tocarlo allí donde su cuerpo pulsaba con intensidad.

—Vas a hacer que me derrame sin ni siquiera poseerte —dijo a punto de correrse.

—No sé qué es eso.

Él apartó su mano para no estropear el momento. Deseaba mantener intacta la sensación de anticipación, aunque tuviera que pensar en una batalla para contenerse.

—Ya lo descubrirás.

Alistair volvió a sus labios, pero no se detuvo demasiado. Rehízo el camino con su boca hasta detenerse en uno de sus pechos mientras con la mano rozaba su intimidad. Con cierta torpeza, buscó aquello que le había dicho la furcia que lo había instruido. Sin entender qué le estaba ocurriendo, Alana elevó las caderas. Los dedos de su «esposo» estaban consiguiendo que sintiera fuego por todas partes, aunque justo donde se estaba esmerando era como si estuviese a punto de explotar.

Él reconoció las señales y continuó sin descanso hasta que ella se convulsionó tal y como le había visto hacer a aquella mujer, a la que agradeció en silencio haberlo enseñado.

—¿Qué me ha...? —preguntó ella con la mirada turbada y los labios enrojecidos por el esfuerzo.

—Acabas de descubrir el placer, Alana.

—Ha sido... maravilloso —reconoció ella, tratando de recuperar el aliento.

—No, amor, aún no has sentido todo lo que puede llegar a ser —dijo él, deseando meterse entre sus piernas.

—Confío en ti.

Sus palabras y la expresión de su rostro avivaron la excitación de Alistair, que le faltaba poco para dejarse ir. Se dijo que había sido mucho más que paciente. Había logrado que ella culminara antes que él, pero, en realidad, lo había hecho para que penetrarla fuera más sencillo, ya que había conseguido que estuviera completamente lubricada.

Sin perder tiempo, la dejó en la mitad de la cama y se puso encima. Le abrió las piernas despacio y se colocó en su entrada. Poco a poco, comenzó a hundirse. La cara de Alana se debatía entre decidir si aquella intrusión le estaba gustando o, de lo contrario, prefería que se detuviera.

Alistair sabía lo que estaba a punto de suceder, así que decidió acabar con aquello lo antes posible para que el dolor pasara y pudieran centrarse en lo que verdaderamente quería, enterrarse hasta el fondo y perder la cabeza mientras ella volvía a convulsionarse, pero, esta vez, aprisionándolo con su propia excitación.

—Lo siento, amor. Esto te va a doler, pero solo será un instante. Puedes confiar en mí.

Alana asintió con los ojos muy abiertos. No sabía bien qué estaba a punto de ocurrir. Había oído cosas horribles de boca de sus amigas sobre las experiencias de sus hermanas, pero como mujer no le quedaba más remedio que pasar por ello. Al menos él estaba siendo muy cuidadoso en comparación con ciertas historias que le habían contado.

—Confío en ti.

Él no se lo pensó dos veces y rompió la barrera que la separaba de un plumazo de la niñez. Ella dejó escapar un par de lágrimas, pero no dijo nada. Alistair besó con devoción sus párpados, después su rostro y, por último, se centró en sus labios. Sin moverse, la besó una y otra vez, hasta que Lana le instó a que lo hiciera. Él acató su petición con el mayor de los placeres. Salió y entró sin descanso. Primero, con lentitud. Al poco, más rápido. Alana comenzó a sentir de nuevo aquello que había notado cuando los dedos de Alistair le había hecho perder la razón. Sin saber lo que buscaba, levantó las caderas y encontró que, con cada envite, él le proporcionaba mucho más.

Sin esperarlo, sintió un placentero fuego que le subió de pies a cabeza. Se dejó llevar y él notó cómo lo apretaba desde su interior con fuerza, aquello le dejó claro que acababa de llegar a la cumbre. Solo después de haberla satisfecho, tomó el control de sus movimientos. Tras hundirse cuatro veces más, se derramó con tanta intensidad que creyó rozar el cielo.

Agotado, se dejó caer un instante sobre ella. Al volver a ser consciente de su posición, apoyó los codos para no aplastarla.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó, vanidoso por corroborar que se había comportado como un verdadero hombre.

—Tenías razón —dijo sonriendo, también exhausta.

—¿Te ha dolido mucho?

—Un poco, pero se ha pasado enseguida. —Empañó la verdad para no herirlo.

—Ven, el agua aún estará templada.

Alana miró hacia abajo y entendió lo que él le había dicho antes. También vio las manchas de sangre en el lienzo que demostraban que allí había quedado su virtud para siempre.

—¿En qué piensas? —preguntó Alistair al verla tan callada.

—He dejado de ser una niña.

—Por supuesto. Ahora eres mi esposa, y te protegeré de cuanto ocurra en el mundo. Te aseguro que, pase lo que pase, nunca dejaré de amarte.

De nuevo, la intensidad del momento hizo que pusiera en sus labios unas promesas que no debería haber pronunciado si hubiese sido capaz de refrenar sus deseos. En definitiva, si tuviera honor. Una ligera punzada le atravesó el pecho al darse cuenta de lo que iba a suponer para ella vivir el resto de su vida llevando el estigma de haber sido la amante del príncipe.

Alana, ajena a las consecuencias con las que tendría que lidiar más adelante por haber sido traicionada por quien había prometido protegerla, le dedicó una espectacular sonrisa mientras tomaba su mano para volver al barreño. Aquello logró que Alistair apartara de un plumazo sus posibles remordimientos y compartió con ella el poco espacio subiéndola a su regazo.

Mientras la instruía en cómo moverse en la nueva postura, el heredero se dijo que disfrutaría de su cuerpo todo el tiempo que pudiera hasta que tuviese que volver a sus

obligaciones. Al fin y al cabo, ella solo era una campesina, pero él sería el futuro rey de Inglaterra.

Nada ni nadie impediría que el día de mañana llevara la corona.

Sin duda, tras desposar a la bastarda, era lo mínimo que iba a merecer.

## 22. UNA ESCARAMUZA CRUENTA

Bêwestan iba a la cabeza de los jinetes del rey junto a Nîga, una de las pocas vampiras que consideraba como algo parecido a una amiga. A su izquierda y derecha respectivas, llevaban a un subordinado. Los flancos de la compañía iban protegidos por los destacamentos asignados y Qiloçker cerraba la marcha junto al resto de los suyos.

Pese a haber advertido a Helmet de que era probable que fuesen atacados, el de la casa Drăgoi no aceptó el número de refuerzos que ella había solicitado. Cincuenta guerreros le parecían una exageración para cubrir al mismo número de soldados, por lo que había rebajado esa cifra a tan solo la mitad. Bêw le había mostrado abiertamente que no lo veía razonable, pero tuvo que acatar sus órdenes sin volver a rechistar.

Miró un instante hacia atrás y distinguió a Qil hablando de forma distendida con uno de los suyos. Su actitud ante el peligro al que se enfrentaban consiguió crisparle los nervios. Se removió en su montura. Detestaba ir a caballo, pero era lo más prudente para no levantar sospechas. De hecho, llevaban las mismas vestimentas que los hombres del rey. Estaba de mal humor porque los humanos habían tardado una jornada entera en prepararse. Al menos habían salido antes del alba y ya llevaban un buen trecho adelantado.

Nîga iba atenta al camino y también a la conversación repetitiva de los soldados. Se mostraban inseguros y temerosos, ya que habían oído habladurías sobre las bestias que acechaban en el bosque. Bêwestan le había revelado a qué se enfrentaban. Para ella, luchar contra los perros de Abbadon sería un desahogo. Estaba cansada de estar de aquí para allá bajo las órdenes de Helmet, que parecía no saber qué demonios estaba buscando. Llevaban demasiado soportando aquella situación. Si sus cuentas no le fallaban, entre siete u ocho siglos, puede que incluso más.

Un suspiro en su existencia. Una eternidad para los hombres.

Cansada de todo, se pasó el dorso de la mano por la garganta. Aquel gesto llevaba repitiéndolo desde su transformación. Se preguntó cuánto hacía de eso. Miles de lunas, demasiadas en realidad. Mørket había convertido a Abbadon y a Helmet al principio de los tiempos, aunque a ellos los engañó diciéndoles que los había creado. Ninguno sabía cómo había sucedido ni la verdadera razón de su existencia ni por qué, pese a estar muertos, podían caminar sobre la tierra.

Ella volvió al momento exacto en el que fue convertida a manos de Helmet y cuántos de los suyos fueron aniquilados sin piedad ese día mientras otros pasaron a engrosar las filas del Ejército de la Sangre. Miró sus manos apoyadas en la montura y recordó cómo había luchado con todas sus fuerzas contra él, pero el «No Muerto» tenía órdenes de formar un linaje directo de Mørket, por lo que, de alguna manera, tanto Bêwestan como Qiloçker, Wêranker, Xwînxwar y ella misma se podían considerar «hermanos». La primera línea de sucesión. Nîga formaba parte de los *yekem*<sup>[15]</sup>, los transformados por los «hijos» del Príncipe de la Oscuridad, de *Ketî*<sup>[16]</sup>.

En cierto modo, debía estar agradecida de no pertenecer a cualquier otro vampiro. Aunque

jamás había sentido nada parecido a la lealtad hacia ninguno de ellos. Ni siquiera a su propio creador, o asesino, según se mirara. Ella se ceñía solo a cumplir con su deber. A obedecer sin cuestionarse nada, pero, desde que habían llegado al castillo, se sentía distinta. Aunque deseaba escapar desde que su conversión la había anclado en aquella extraña naturaleza, hacía mucho que había dejado de intentarlo debido a los crueles castigos que recibían los desertores.

Para su desgracia, las reprimendas no se ceñían a acabar con la idea de ser libre. Había recibido cientos de latigazos solo por preguntar por qué motivo necesitaban beber sangre humana para no consumirse. A esas alturas, se negaba a pasar de nuevo por esa experiencia, pero le resultaba inquietante que nadie hubiera podido, o querido, darle una respuesta a una cuestión tan simple. Tras años y años existiendo en ese limbo, a la única conclusión a la que pudo llegar fue que el verdadero motivo de la aparición de su raza había sido para afrentar directamente a un dios o a varios, pero no conseguía saber a cuáles. Muchos siglos después, descubrió que ellos solo eran el resultado de la rebeldía de un ángel caído. Pero no de uno cualquiera, sino del preferido de aquel que se suponía que lo había creado todo. Ese a quien la Iglesia y los humanos llamaban Dios redentor, justo y piadoso. Todo lo contrario a ellos. A toda la maldita raza vampira.

Acabó sonriendo por la divagación de sus pensamientos, algo que no pasó desapercibido a ojos de Bêwestan.

—¿Has visto algo? —preguntó mirando hacia todos lados.

—No, Bêw. Son cosas mías, no te preocupes.

—¿Cosas tuyas? Pues lo que sea que estabas pensando te ha hecho sonreír. ¡Creo que he sentido un escalofrío! —Ambas rieron al mismo tiempo—. A todo esto, ¿por qué has tardado tanto en llegar a Inglaterra? Por un momento, temí que te hubiera ocurrido algo —dijo con preocupación genuina.

—¿Temer... tú?

—Ya sabes lo que quiero decir —agregó, poniendo los ojos en blanco. Nîga curvó los labios al ver su gesto.

—Estaba acabando mi anterior encargo.

—¿Algo que pueda saber?

—Lo mismo de siempre. Someter, saquear y alimentarse.

—Lo dices como si te aburriera.

—¡Para nada! —Rieron por lo bajo—. Bueno, ahora dime, ¿qué estamos haciendo aquí? ¿Por qué somos el ama de cría de estos soldados?

—Vamos de camino al próximo pueblo para proteger al príncipe Alistair. Después lo acompañaremos hasta Richborough para que conozca a su prometida.

—Ajá... ¿Y qué es lo que está buscando Helmet? ¿Lo sabes?

—No, aún no nos ha dado ninguna explicación.

—¿Por qué no me sorprende?

Aquella respuesta hizo que Bêw se sintiera algo incómoda. En cierta manera, su amiga estaba criticando al jefe de ambas, y eso era inadmisibile.

—¿Y no se lo ha contado a Xwînxwar o a Qiloçker?

—Nîga, eso no es asunto nuestro.

—Hum... Hum... ¿Y por qué no paramos de una vez?

—Shh... —la reprendió—. ¿De qué hablas?

—¿Es que no estás cansada de estar dando tumbos de unas tierras a otras, de aceptar órdenes sin más? ¡¿Cuánto llevamos así, por todos los demonios del maldito infierno!?

Bêwestan se la quedó mirando con una expresión que la otra vampira entendió como que había cruzado el límite. Se arrepintió en el acto de haber cometido el error de decir en voz alta lo que hubiera conseguido que le hirviera la sangre si estuviera viva.

—No me hagas caso —añadió para quitarle importancia—. Será que estoy cansada.

—Si fueras humana, aceptaría tu palabra.

—Creo que necesito alimentarme. ¡Me pongo insoportable cuando no tengo una vena cerca! —trató de disimular.

—No lo dudo, pero sabes que lo que has dicho es muy grave. Mi deber es informar de esto.

—Lo sé. ¿Y vas a hacerlo? —dijo Nîga, apretando la mandíbula.

—Hoy no, aunque quedas advertida. No vuelvas a hablar así. Ni delante de mí ni de ninguno de los nuestros —soltó con hosquedad.

—Venga, Bêw. ¡No es para tanto! —Sonrió. Su compañera de viaje no cambió la expresión—. En serio, ¿no te gustaría vivir de otro modo?

—¿Otro modo?

—Me han hablado de que hay... Que puede que exista una facción en otras tierras que no acaban con los humanos ni tampoco los someten.

La otra vampira la miró extrañada.

—¿De qué estás hablando? ¿Quiénes son esos?

—No sé dónde viven —mintió—, pero tal vez yo... —Se detuvo un instante—. Dime, ¿qué harías si fueras libre? —le preguntó ansiosa.

—Ya lo soy. Al menos yo lo siento así.

—Pues no, Bêw. No lo eres para nada. No lo somos, y desde hace demasiados siglos.

—¿Qué quieres decir?

—Estamos a merced de las decisiones de Helmet —susurró—. De lo que Mørket quiera hacer en todo momento. ¿Acaso eso es libertad?

—¿Y qué te han prometido los otros? —preguntó entrecerrando los ojos—. ¿Crees que van a dejarte tomar tus propias decisiones? —Se quedó mirándola y calculó muy bien sus palabras antes de continuar—. Tienes razón. Somos esclavas, Nîga. Desde nuestra conversión, le pertenecemos; pero así es nuestra existencia. Cuanto antes lo aceptes, mejor será.

—¿Y no te gustaría cambiar eso?

—¿Vivir según mis reglas?

—¡Exacto!

Bêwestan se quedó pensando. En cierto modo, ya lo hacía. Tenía pleno dominio de su cuerpo y de con quién yacía. Podía elegir aquel del que quería alimentarse, pero sin acabar con su vida. Todos los vampiros tenían prohibido convertir a ningún humano sin antes consultarle a Helmet. Al menos el de la casa Drăgoi conservaba algunos escrúpulos. Además, el equilibrio debía mantenerse. Si había más «No Muertos» que seres vivos, la existencia de todos podría complicarse notablemente.

Miró a la que había considerado su amiga durante mucho tiempo y negó con la cabeza.

—No vuelvas a decir nada parecido o te castigaré yo misma. Por esta vez, y solo por todo lo que hemos compartido, lo dejaré pasar. Intenta escapar o vuelve a insinuar que quieres la libertad y te encerraré en una mazmorra. ¿Queda claro?

—Bêw...

—Silencio, vampira. Soy tu superior. Siempre leal a Helmet. Por toda la eternidad servidora de Mørket. ¿Qué te ha pasado?

—Nada. Puede que haya estado demasiado tiempo separada de vosotros. —Nîga enderezó su espalda en la montura y añadió con un tono de voz que parecía sincero—: Perdóname, amiga mía.

La joven subordinada, que había sido degradada con anterioridad, quería salvarse y evitar un castigo físico. Había cometido un error, pero lo enmendaría a base de mentiras. Ahora, más que nunca, tendría sumo cuidado con sus palabras.

Bêwestan la miró un instante y vio verdadero arrepentimiento en sus ojos. Esto la hizo relajarse. Pese a haber realizado el cambio hacía siglos, debía aceptar que la naturaleza humana permanecería siempre bajo la piel de todos los conversos. Inevitablemente, era algo con lo que tenían que luchar; pero no sería ella quien la condenara por tener un momento pasajero de debilidad.

—Te perdono, pero te alimentarás en cuanto lleguemos y no volverás a formar parte de ninguna misión hasta que yo decida que estás preparada.

—Gracias, Bêw. No sé qué me ha podido ocurrir...

Malhumorado, Qiloçker avanzó por el exterior y llegó hasta la cabeza del grupo. Se veían obligados a parar para que los humanos comieran y pudieran estirar las piernas. Les faltaban poco menos de dos jornadas para llegar al pueblo, pero, a ese ritmo, a los hombres de Abbadon les daría tiempo a masacrarlos y a hacerse abrigos con su piel.

Tras acordar el alto hasta el mediodía, los de Helmet se reunieron para sopesar qué iban a hacer cuando tuvieran que acampar aquella noche. Después de descansar lo justo, el grupo de vampiros e ingleses no tuvieron otra opción que seguir avanzando al trote. No podían galopar, puesto que les hubiera sido imposible encontrar tantos caballos de refresco en las siguientes jornadas.

Nîga prefirió mantenerse en silencio después de haber reanudado la marcha. Había intercambiado con Qiloçker su posición al lado de Bêwestan, ambos necesitaban aclarar algo de otra misión. A ella le vino bien tomarse un descanso de las miradas reprobatorias y condescendientes que le iba dedicando su amiga cada cierto tiempo por haber insinuado que deseaba una existencia propia lejos de ellos.

La que en otro tiempo fue hija de campesinos miró hacia el bosque con un sentimiento cercano a la nostalgia. Echaba de menos sus tierras en el este. A su familia, masacrada por los que desde hacía demasiado tiempo eran los suyos. El hedor a miedo que desprendían los humanos le trajo demasiados recuerdos dolorosos, pero no le quedaba más remedio que seguir en aquella prisión al aire libre y a plena luz del día.

Por un momento, deseó ser de los afortunados que solo podían caminar de noche. Un clan cerrado a cal y canto que se ceñían a proteger el campamento y a dormir hasta la caída del sol.

Lamentaba conocer tantas lenguas y lugares. Sin embargo, sentía que ya no pertenecía a ninguno. Su facilidad para aprender cualquier dialecto la había llevado a las zonas más recónditas para inspeccionar a las nuevas poblaciones que surgían. Si Helmet consideraba que aún no era el momento para que esa tribu, familia o linaje destacara, los suyos acababan con ellos sin plantearse lo que iba a significar su pérdida para el desarrollo y el futuro de la humanidad.

Bêwestan le contó hacía mucho que así había sucedido desde el principio de los tiempos y que ninguna de ellas estaba allí para cuestionar las decisiones no ya de Helmet, sino del propio Mørket.

Estaba tan inmersa en su propio mundo, maldiciendo su existencia, que tardó un instante más que el resto en ver la carreta que estaba en medio del camino y que impedía que el pelotón

pudiera seguir adelante.

—¡Alto! —gritó Qiloçker—. ¡Atentos a los flancos! ¡Retaguardia!

Ninguno de los humanos estaba preparado para afrontar el caos que estaba a punto de desatarse. Con valentía, empuñaron sus espadas y afianzaron sus escudos para tratar de repeler el posible ataque. Miraron alrededor, pero no oyeron nada más que el susurro del bosque.

—Han colocado ahí ese carro a propósito —dijo Bêwestan, con ganas de bajarse del caballo.

—Lo sé —respondió Qiloçker, pensando en qué iban a hacer. Miró hacia atrás y señaló a tres de los suyos—. Vosotros, apartadlo. ¡Enseguida!

Ellos saltaron de sus monturas con una destreza y velocidad que dejaron a los hombres del rey estupefactos. Ninguno conocía su verdadera naturaleza, pero aquella demostración de agilidad y fuerza iba a ser difícil de ocultar a la tropa. Qil se dijo que ese no era el momento de preocuparse por ello. Más tarde tendrían que borrarles los recuerdos para que no se fueran de la lengua y revelaran al resto del ejército lo que habían visto.

En cuanto los tres llegaron a la carreta, vieron el cuerpo del campesino que la llevaba. Se habían alimentado de él hasta desangrarlo por completo. Uno de ellos miró a Qiloçker y susurró algo que solo oyeron los suyos.

—Las tropas de Abbadon.

Aquellas palabras fueron el detonante para que el caos se desatara alrededor de la compañía. Decenas de «No Muertos» aparecieron por ambos lados del camino, castigando los flancos del grupo sin piedad.

Los de Helmet se lanzaron contra los enemigos y trataron de repeler a cuanto traidor atacaba, pero no eran suficientes. Pese a ser entrenados a conciencia por Xwînxwar y Qiloçker, parecían no ser capaces de contener la avalancha de hostiles que iban mermando a los humanos delante de sus propios ojos.

Nîga se encaramó a uno que acababa de arrancarle media garganta a un soldado. Aquel vampiro parecía tener una fuerza descomunal. Era enorme, pero ella no se amilanó, sino que le rodeó el cuello con su fino brazo y trató de hacer palanca con el otro para partírselo. Él se rio al notar su patético intento de ataque. Sin darle tiempo a reaccionar, subió sus musculosos brazos y tiró de ella con tanta fuerza que salió despedida hacia un árbol. Una rama le atravesó el hombro y la dejó empalada antes de golpearse la cabeza contra el tronco.

Aquella mole continuó avanzando entre la tropa en tanto apartaba los caballos de un manotazo y desmontaba un jinete tras otro para terminar acabando con todos ellos. Un soldado trató de pararlo, pero él contraatacó agarrándolo por el escudo. El pobre hombre intentó asestarle un golpe de espada, pero el «No Muerto» lo levantó en volandas. Mientras sonreía, llevó el brazo hacia atrás. Después le hundió el puño en el torso y le arrancó el corazón.

Bêwestan había liquidado a un par de rivales cuando vio lo que ese gigante le acababa de hacer a su amiga. Avanzó hacia ellos al tiempo que iba devastando todo a su paso.

—¡Qil, a la retaguardia! —gritó con todas sus fuerzas.

—¡No, defiende a estos humanos!

Ella quería negarse a seguir aquellas órdenes, pero no tuvo más remedio que olvidar sus intenciones de salvar a Nîga. Cuatro adversarios se le echaron encima. Cada uno cogió una de sus extremidades y comenzaron a tirar con todas sus fuerzas. Logró liberar sus piernas girándose sobre sí misma. Ese movimiento cogió por sorpresa a los dos que la sujetaban por los tobillos. Del impulso que Bêw imprimió a su cuerpo, uno chocó con la montura de un jinete, quien le rebanó la cabeza. El otro recibió una estocada en el pecho, circunstancia que aprovechó uno de

los de Helmet para quitarle la espada al soldado y partirlo en dos. Los dos enemigos que aún la sujetaban también se vieron obligados a soltarla, puesto que ella los había forzado a girar sus muñecas de una forma antinatural, con lo que la primera reacción fue dejarla ir. Pero Bêwestan no perdió el tiempo. El vampiro que acababa de rebanar el cuerpo de su atacante le lanzó la espada, ella levantó la mano y la cogió en vuelo. Se giró sobre sí misma y le cercenó la cabeza a uno mientras Qil hundía sus manos en la garganta del otro para extraerle la tráquea. Sin esperar ni un momento, lo sujetó por la cabeza y se la arrancó de cuajo.

El empuje de las tropas de Abbadon se fue viendo diezmado conforme las de Helmet acababan con ellos. Algunos soldados del rey también fueron capaces de derrotar a otros pocos. Sin embargo, la fuerza del enorme guerrero que había herido a Nîga parecía no tener fin.

Qiloçker y Bêwestan miraron a su alrededor. Más de la mitad de los humanos había muerto y otros tantos de los suyos estaban malheridos o a punto de caer. Ella buscó a Nîga en el improvisado campo de batalla, pero no fue capaz de verla. Qil gritó que rodearan al gigante, que parecía estar al mando, y que lo sujetaran de los brazos. Los suyos trataron de hacerlo, pero salían despedidos dada la fuerza que aquella mole imprimía a cada uno de sus golpes.

—¡A ambos lados! —ordenó mientras corría hacia su posición—. ¡Bêwestan —gritó a todo pulmón—, a dos espadas!

Ella lo entendió a la primera. Qiloçker se colocó justo delante y logró encajarle un puñetazo en la mandíbula. El terrible bastardo rio con ganas porque apenas había sentido un cosquilleo. Cuatro vampiros trataron de asirlo por los brazos mientras Qil castigaba con saña su abdomen y costados.

Nada parecía afectarle hasta que Bêwestan llegó por detrás y le seccionó ambas corvas con los afilados aceros. El enemigo cayó de rodillas mientras maldecía en la lengua antigua. Los suyos aún lo sujetaban por los antebrazos, así que, sin pensárselo dos veces, ella avanzó varios pasos y le cercenó la cabeza de un solo tajo. Al ver lo ocurrido, el resto de los atacantes pareció enloquecer. Aquel monstruo parecía ser el que los comandaba. Verlo derrotado los llenó de temor. Como si hubieran sido advertidos de no ser capturados, uno a uno fueron desapareciendo en el bosque tal y como habían llegado. Por desgracia, los de Helmet no tenían tiempo para perseguirlos. Su orden era clara: debían llegar al pueblo donde estaba el príncipe, pero habían sido diezmados de tal manera que dudaban mucho de que pudieran resistir una jornada más.

Qil miró alrededor e hizo recuento. Apenas quedaban veinte hombres en pie. Y aunque los suyos estaban en muy malas condiciones, por suerte, acabarían curándose. Sin embargo, los humanos no contaban con una recuperación rápida. Algunos estaban en las últimas, y el resto no podría resistir otro ataque. Muy a su pesar, tuvo que tomar una decisión que iba en contra de sus principios y de las órdenes recibidas: debían regresar al castillo. Reunió a su grupo y comentó la situación. Ellos le aseguraron que acatarían lo que él considerara oportuno. Tras acordar con los humanos que volverían a por los caídos para que pudieran enterrarlos más tarde, se prepararon para tomar el camino de vuelta.

Bêwestan buscó por todas partes a Nîga. No se encontraba allí. Unas huellas le advirtieron que la vampira se había marchado, así que le pidió a Qil no acompañarlos para poder ir a buscarla.

La discusión duró muy poco. Ella no estaba dispuesta a ceder y él tampoco quería perder ni a más humanos ni a ninguno de su tropa, de modo que accedió a que se marchara. Bêw era una de las primeras convertidas. Eso significaba que era más fuerte, veloz y capaz que la mayoría de los perros de Abbadon. De un modo u otro, sabía que no lograría hacerla cambiar de opinión, así que le permitió irse con la condición de que, si no volvía al alba siguiente, iría a buscarla.

Ella se despidió convencida de que Nîga se había escapado. Con la rabia instalada en todo su cuerpo, corrió tras sus huellas.

La haría volver y la castigaría duramente por haberla desobedecido.

## 23. HE DE VOLVER

Alana se quedó boquiabierta al ver cómo Alistair salía de la alcoba dando un portazo. Tras despertar uno en los brazos del otro, habían hecho de nuevo el amor como si ya conocieran sus cuerpos desde siempre. Famélicos, decidieron que había llegado el momento de bajar a desayunar. Ella estaba acabando de vestirse mientras él luchaba por subirse una de sus botas cuando la Elegida insinuó que, en vez de ir a Colchester, deseaba regresar junto a los suyos. El motivo era simple: debían formalizar sus esponsales y, por descontado, quería que fuera el padre León quien los uniera.

En primera instancia, él trató de persuadirla diciéndole que no era seguro. Pero, poco después, exasperado por su insistencia, terminó por ordenarle que se mantuviera callada y que aceptara que su lugar era el de esposa. Jamás se le debía volver a ocurrir contradecirlo o tomar decisiones de las que no entendía nada. Después, lleno de ira, se había marchado de la habitación y la había dejado sola.

Sin comprender qué era lo que le había dicho para enojarlo de aquella manera, se acercó a la ventana y la abrió para respirar el fresco de la mañana. El sol se veía entre las nubes, pero calentaba lo suficiente. Cerró los ojos y recreó cómo había despertado en sus brazos. En ese momento, había sentido que el mundo era un lugar mucho más hermoso. Aunque, después, la realidad había vuelto de golpe al oír como si algo o alguien le susurrara que no podía seguir huyendo, que su deber era regresar porque el destino de todos estaba en sus manos.

El timbre de aquella voz la sorprendió. Jamás había oído nada semejante. Además, era completamente distinto al de Thyra. De pronto, sintió la necesidad de conectar con la errante para contarle lo que había ocurrido entre el príncipe y ella, pero, por mucho que se concentró, no lo logró. Supuso que se debía a la distancia entre ambas, por lo que no le dio importancia. Acto seguido, pensó en sus padres y en que merecían estar a su lado cuando el padre León los uniera ante Dios. No veía el momento de confirmarles que la visión de Thyra se había cumplido. Incluso se había llevado las manos a su vientre mientras imaginaba que tal vez hubieran engendrado una vida después de aquella noche.

Alana cerró los ojos para aguantar las lágrimas. El amor y el cariño que parecían haber compartido se había esfumado tan rápido como había llegado. Aunque el tutor del heredero era un hombre del rey, una duda comenzó a germinarse en su corazón. ¿Y si su unión no fuera válida? ¿Y si él solo lo hubiera hecho para poseerla?

Dos golpes la hicieron girarse. La puerta se abrió, era Alistair.

—Lamento haberte hablado de esa manera —dijo muy serio.

—Solo quiero regresar a casa.

—He hablado con Landon. Opina igual que tú. Nada nos garantiza que en Colchester no puedan atacarnos. Nuestra única oportunidad es volver a Felsted y esperar a las tropas de mi padre.

—¿Entonces?

—Dejaremos que los caballos descansen hoy y partiremos mañana al alba —le confirmó,

acercándose a ella.

Alana le sostuvo la mirada sin moverse un ápice.

—Es lo mejor —agregó aliviada.

Él le rozó la mejilla con el dorso de la mano mientras trataba de suavizar su expresión.

—No vuelvas a contradecirme —dijo con voz dulce pero cargada de hiel.

A ella le sorprendió aquella advertencia. De repente, recordó lo que su padre le había contado y temió que el príncipe también quisiera hacerla entrar en razón a la fuerza. Tal vez fuera su inconsciencia la que la llevó a responder. De lo que estaba segura era de que no iba a permitir que, dado el don que le había sido otorgado, su vida fuese un mar de golpes y malas palabras.

—No sois mi dueño, sois mi esposo —replicó.

—¿Ha pasado solo un día y ya crees que puedes decir lo que te plazca? —respondió Alistair a punto de cometer un error.

—Habéis dicho justo lo que estaba pensando.

Él fue a alzar la mano, pero llamaron a la puerta.

—Retomaremos esta conversación más tarde. No se te ocurra decir nada de esto delante de Youngblood o de Hereward, ¿entendido? —Su voz amenazante la hizo asentir en silencio—. ¡Adelante!

—El posadero dice que podrá traernos caballos frescos al anochecer, después llevará los nuestros de vuelta —dijo Landon con un tono afable—. Si habéis acabado de vestiros —añadió mirando a Alana—, os acompañaremos a desayunar. Mejor no salgáis ninguno de esta habitación sin que os escoltemos. No sabemos quién puede estar observando.

—Claro que no —respondió el heredero. Se giró hacia ella y le ofreció el antebrazo—. ¿Vamos?

Ella elevó los pómulos para formar una sonrisa que duró apenas un instante.

—Claro —dijo con un hilo de voz.

Ambos pasaron delante de Youngblood, quien percibió algo extraño. Aunque qué podía saber él de una recién desposada. Apenas había tenido tiempo entre batalla y batalla de escoger una mujer que le calentara el lecho. Quizás había llegado el momento de elegir a una lo suficientemente entregada como para darle media docena de vástagos.

Cerró la puerta y sonrió mientras pensaba que aún era demasiado joven para eso.



Rău llegó con su escuadra al campamento principal, situado cerca de Bedford. Caminó con determinación hacia la tienda de Abbadon y entró sin anunciarse. Privilegios de ser su mejor creación.

La escena que vio no le causó ninguna sorpresa, ya había presenciado cientos de veces muchas similares. Tres doncellas bailaban completamente desnudas ante él. Se había alimentado de todas. Los regueros de sangre seca que manchaban su tersa piel eran la evidencia de que llevaban varios días siendo su entretenimiento.

Al verlo, Abbadon las obligó a parar.

—Sírrete tú mismo —le dijo a su lacayo.

Él eligió a la más hermosa. Se agachó hasta ponerse a la altura de su cuello y le clavó los colmillos con saña. Cuando se sintió satisfecho, pasó a la siguiente, a quien no trató mucho mejor que a la primera. Por último, probó a la tercera, pero no le agradó del todo su sabor. Volvió a la segunda para eliminar aquel regusto de su lengua. Tras lamer las incisiones de cada

una, se limpió los labios con el dorso de la mano.

Abbadon les ordenó vestirse a toda prisa y regresar a sus hogares. Ya se había aburrido de ellas. Además, estaban demasiado débiles como para seguir alimentándose.

—Muy agradecido.

—Mi mejor guerrero no se merece menos.

Rău asintió. Se llevó la mano al pecho para reiterar su lealtad, pero la complacencia le duró poco.

—Mi señor...

—Bien, ahora me vas a contar cómo los errantes han conseguido atrapar a Taiat y ¿por qué aún no has dado con él!? —vociferó con tanta fuerza que algunos pájaros salieron espantados de los árboles.

Rău aceptó con resignación la reprimenda. Se la merecía, pero sabía que su jefe le estaba pidiendo algo imposible.

—Hemos buscado el campamento de los errantes.

—¡Eirik no puede esconderse para siempre! —volvió a gritar.

—Llevamos siglos sin poder dar con él. Con ninguno de ellos.

—Sucia rata... ¡Es un maldito cobarde! Se esconde tras unos dones que deberían ser nuestros.

El guerrero no dijo nada. Solo movió la cabeza para darle la razón. Sabía que en esos momentos era mejor no interrumpirlo o volcaría sobre él toda su frustración.

El imponente vampiro de siete pies se levantó de su asiento y se acercó a su lacayo.

—¿Crees que habrán conseguido sonsacarle algo? —agregó con los ojos inyectados en sangre.

—No lo sé. Taiat es fuerte, y su lealtad está fuera de dudas.

—Ambos sabemos que la lealtad dura lo que se tarda en ver el filo *himmelsk* de cualquier daga.

—Él preferiría morir antes que traicionarnos.

—¿Tú crees? —preguntó con una mueca de sorna.

—Yo lo haría —aseguró Rău con determinación.

—Eso no lo dudo, pero ya veremos qué ocurre. De todos modos, debemos prepararnos...

Un guerrero apareció en la tienda para informar de que el grupo que había atacado a los hombres del rey había regresado y traían noticias.

—¡Hacedlos pasar! —ordenó su señor.

Uno de los que había sobrevivido se arrodilló antes de comenzar a hablar. Sabía que era mejor mostrar sumisión que dárseles de importante. Había visto azotar a otros por mucho menos y, con lo que acababa de tener que lidiar, prefería no tentar a la suerte.

—¡Habla de una vez! —escupió a viva voz.

Él se puso en pie y comenzó a relatar cuanto había ocurrido. Abbadon perdió la paciencia al enterarse de que Helmet había enviado a un pelotón para proteger a los hombres del rey. Aquello se lo tomó como una afrenta personal. Si su «querido hermano» había decidido ponerse del lado de los hombres, eso cambiaba las reglas del juego. A todo esto había que añadir que uno de sus mejores capitanes había muerto a manos de los de su especie. Eso era considerado alta traición y razón suficiente como para iniciar una guerra entre ellos.

Despachó al maltrecho vampiro y volvió a sentarse mientras le daba vueltas a una idea: si Helmet le estaba plantando cara, no tendría mejor oportunidad para poner a Mørket enteramente de su parte. Pero, claro, eso sería si él mismo no lo estuviera desobedeciendo; así que miró a Rău

con una expresión que provocó que este ladeara la cabeza.

—¿Señor?

—Estoy pensando en que... Creo que Athelstan merece una visita, ¿no te parece?

—Helmet sigue allí —puntualizó su mano derecha.

—Lo sé. Vamos a darle una buena razón al rey para que se ponga de nuestra parte.

—¿Cómo?

—Secuestraremos a su hijo.

—¿Ya no queréis matarlo? —se sorprendió.

—Creía que lo mejor era que ese mequetrefe no se casara con la bastarda normanda, pero, si nos hacemos con él, el rey hará cuanto le pida.

—Podríamos con todos ellos.

—Lo sé. Pero luego, ¿qué? No, Rău. No podemos acabar con el rebaño. ¿De qué nos alimentaríamos entonces?

—Tenéis razón.

—Eso siempre —dijo mientras dejaba la mirada fija en un punto. Su acólito se mantuvo en silencio—. Haré que Alistair se case con ella, pero previamente someteré al padre y al hijo. Ese ejército debe pertenecerme y estar bajo mi voluntad. He de encontrar aquello perdido, y debo hacerlo antes que Helmet.

—Señor, estoy a vuestra entera disposición. Pedid y será vuestro —añadió el guerrero, bajando la cabeza en señal de sometimiento.

—¿Puedo confiar en ti, Rău? —preguntó entrecerrando los ojos.

Él lo miró con los suyos abiertos de par en par, ya que la pregunta lo tomó por sorpresa. Su lealtad era incuestionable, de modo que frunció el entrecejo ante la posibilidad de que su señor dudara de su palabra. Abbadon lo había convertido en lo que era hacía tanto que su vida humana ya no tenía cabida en su pensamiento, por lo que el que tuviese un resquicio de desconfianza hacia él había movido la tierra bajo sus pies.

—Por y para siempre, «padre». —Cayó de rodillas y volvió a agachar la cabeza.

El viejo vampiro sonrió complacido. Se acercó a su lacayo y le tocó con la mano sus oscuros cabellos, tan negros como la boca del mismo infierno.

—Bien. No esperaba menos de ti. Primero, enviarás emisarios para que las tropas se reúnan en menos de siete días en un lugar que creo que nos puede dar ventaja.

—Dadlo por hecho.

Abbadon se quedó mirándolo. Después de haber compartido tantas batallas, asaltos, muertes y sangre aceptó que tal vez su subordinado fuera mejor de lo que pensaba.

Sonrió de soslayo porque por fin parecía que todo empezaba a ir justo como quería.

—«Hijo mío», creo que ha llegado el momento de contarte la verdadera razón de por qué llevamos cerca de mil años buscando algo que es imposible de encontrar.

Si Rău aún poseyera un corazón latiente, seguro que se le habría detenido. Después de tantos siglos, su amado señor iba a revelarle el motivo de su búsqueda incesante. Y nada ni nadie evitaría que, tras conocerlo, no diera su vida para que él lo consiguiera.



El camino de vuelta al castillo se hizo en silencio y casi al galope. De los cincuenta humanos que partieron en un principio, solo quedaron dieciocho en pie y seis malheridos. El resto permaneció a la espera de que pudieran ser devueltos a sus familias para poder ser enterrados. Los soldados estaban destrozados física y mentalmente. Algunos de sus mejores compañeros habían sido

despedazados y sus cuerpos se encontraban diseminados en aquel camino, aunque lo más duro fue tener que dejarlos allí para tratar de salvar la propia vida. Ninguno dijo nada sobre lo que habían visto en aquella cruenta escaramuza, puesto que, antes de partir, los vampiros se habían encargado de hacerles olvidar qué clase de seres eran.

Los guerreros de Helmet habían tenido mejor suerte. Pese a ser heridos en la batalla por los de su misma especie, habían logrado restablecerse rápidamente. Por fortuna, ninguno poseía acero *himmelsk*, así que cuando llegaron a la zona del campamento erigido por los suyos ya estaban recuperados. Los hombres malheridos fueron llevados a toda prisa dentro del castillo para ser atendidos. El resto de los soldados y guerreros se dispersaron, menos Qiloçker y el capitán al mando, que se dirigieron a informar al rey.

A media tarde, ambos entraron con gesto fúnebre en la sala del trono. Su llegada había sido anunciada con antelación por los vigías. Las expresiones de Athelstan y de sus consejeros Callen y Atwater no podían compararse con la que mostraba Helmet. Pese a mantener el rostro hierático, el «No Muerto», acompañado de Xwînxwar y Wêranker, parecía estar a punto de despedazar a alguien con sus propias manos. Sin embargo, se contuvo hasta conocer las nuevas por boca de su propio subordinado.

Primero dejaron hablar al humano a fin de que pudiera ir a que lo curaran. Una vez describió lo que según él había ocurrido, el rey ordenó cerrar las puertas.

—Ahora contadnos la verdad —dijo Athelstan muy serio.

Qiloçker no se dejó un detalle atrás y relató a lo que se habían enfrentado. Xwîn y Wêr se miraron un instante. Era la segunda vez que se veían obligados a acabar con algunos de los suyos. Sabían que aquello no le iba a gustar nada a Abbadon, quien los delataría a Mørket a la más mínima oportunidad, obviando, por supuesto, que él había sido el primero en atacarlos.

—Se está arriesgando demasiado... —comenzó Helmet—. No creo que estos asaltos sean solo para evitar que vuestro hijo se despose con la hermanastra de Ricardo. Él no es tan simple, nunca lo ha sido... —Se quedó pensando.

—¿Y cuántos han sobrevivido de los míos? —preguntó el rey, que seguía sin creer que, después de todo lo que había luchado, existiera la posibilidad de perder su reino por culpa de aquellos seres infernales.

—Veinticuatro, rey Athelstan. Seis de ellos muy malheridos. Puede que no sobrevivan.

Miró a Helmet, que seguía dándole vueltas a una idea que le estaba pareciendo cada vez más acertada.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo elevando la voz—. Tenemos un trato, ¿no podéis impedir que masacren a los míos?

—Si fuera sencillo, os aseguro que habría acabado con ellos hace siglos. Pero somos seres complejos. Nuestro creador nos imprimió una fuerza y velocidad descomunales. Y aunque no todos tenemos las mismas cualidades, resultaría muy difícil que un ejército acabara con el otro.

—¿Su ejército es mayor que el vuestro?

—No debería si quiere perder todo tipo de privilegios ante nuestro señor.

—¡Pero eso a él no le importa en absoluto! ¿Acaso no te das cuenta de que cada vez están más cerca de aquí?

—Sí, «mi rey», me he dado cuenta —endureció el tono.

—¿Qué será lo siguiente que harán? ¿Atacar el castillo?

—No creo...

—¿¡No crees!? ¿Eso es todo lo que tienes que decir? —vociferó—. ¡La vida de mis hombres está en peligro! ¿De qué demonios sirve nuestra alianza si no eres capaz de defender a

los míos?

Con esas palabras, el rey acababa de herir profundamente el orgullo del «No Muerto», quien lo miró con una expresión de querer arrancarle la cabeza a dentelladas.

—No os debo nada ni a vos ni a nadie que no sea mi señor —dijo Helmet en un tono profundo y sin pestañear siquiera—. Aun así, yo soy un vampiro de palabra.

Callen y Atwater se miraron un instante antes de dirigirse al rey.

—¿De qué habla, mi rey? —preguntó Callen.

—¿Vampiros en el castillo? —interpeló Atwater.

Athelstan asintió mirando a su invitado, quien ordenó a Wêranker someter a los dos consejeros.

—Sacadlos de aquí —añadió el inglés.

Ella les susurró unas palabras. Los dos hombres hicieron una pequeña genuflexión y abandonaron la sala del trono con una sonrisa en los labios, como si aquella hubiera sido una reunión placentera.

—Decidme, ¿puedo hablaros con libertad? —agregó Athelstan recorriendo con la mirada a sus tres guerreros.

—Por supuesto.

—Tenemos dos opciones —el extranjero elevó las cejas esperando con cierta diversión aquella disertación—: o nos enfrentamos en una batalla con sus tropas, algo que veo que va a acabar en tragedia, o aceptamos reunirnos con él para hacer un «pacto».

—No pienso pactar nada con Abbadon...

—Cuando digo pacto —lo interrumpió—, me refiero a acabar con ese indeseable dentro de estos muros.

Helmet le enseñó los colmillos ante la idea de quitarse de en medio a su piedra en la bota desde hacía demasiado.

—Creo que es la mejor idea que se os podía haber ocurrido, Athelstan. —Aquella fue la primera vez que lo llamó por su nombre.

En contra de lo que el mismo rey pensaba que sería escuchar su propio nombre de labios de un vampiro, asintió complacido.

—Me alegra oír eso —respondió el inglés, reclinándose un poco más relajado en el trono.

—Pero, para ello, antes hemos de encontrar a vuestro hijo —agregó su invitado.

—Lo sé.

—Convocaré a todo mi ejército. Enviaré emisarios para que vengan de inmediato y tendréis a vuestro servicio a mis mejores cuatro guerreros.

—Os lo agradezco —añadió el rey, asintiendo una vez.

—Qiloçker, haz que venga Bêwestan de inmediato.

—Señor, mucho me temo que no podré.

Qil le relató lo que había ocurrido con Nîga. Reconoció que Bêw no estaba dispuesta a regresar sin ella y había insistido en que debía atraparla. Tras considerar que era lo mejor, le había permitido marchar porque tener una desertora entre sus filas solo podría traer problemas. En realidad, acababa de adornar la verdad. Confesar ante los suyos que no había sido capaz de retenerla no iba a dejarlo en buen lugar, pero la situación en aquel momento no era la ideal como para ponerse a discutir; así que, para evitar un enfrentamiento entre ellos, prefirió que se fuese.

—Has obrado con sabiduría. Nîga será castigada duramente cuando Bêwestan la traiga de vuelta. Ahora, con vuestro beneplácito —dijo mirando al rey—, id a alimentaros. Los tres saldréis de inmediato con veinte de los nuestros. Elegidlos a vuestro criterio, Xwînxwar. Debéis

rescatar al heredero lo antes posible. Felsted está relativamente cerca para vosotros, así que espero que lo traigáis de vuelta en menos de tres días.

—Si aún está allí, así será —respondió Xwîn.

Los tres guerreros se despidieron al momento. Debían preparar a los suyos cuanto antes. Solo esperaban no tener que luchar con más tropas de Abbadon hasta llegar al pueblo en cuestión.



Alana y Alistair volvieron a su habitación algo más tranquilos después de haber podido dar un pequeño paseo por los alrededores. Bajo la mirada reprobatoria de Landon y Hereward, estuvieron caminando cogidos del brazo mientras hablaban de nimiedades. Por suerte, la posada había sido durante todo el día un hervidero de carretas llenas de alimentos, viajeros y gentes de la zona. Por sus rostros, parecía que el temor no formaba parte de sus vidas, por lo que supusieron que ni los «No Muertos» ni aquella raza de gemelos había llegado hasta allí.

Ella se acercó a la ventana y la abrió. Tras una generosa propina de Youngblood, los sirvientes habían arreglado la habitación y cambiado las sábanas manchadas. Como agradecimiento por su generosidad, les dejaron un jarrón pequeño con flores silvestres y una bandeja llena de fruta. Mientras veía cómo el sol de la tarde estaba cerca de ponerse, Alistair se colocó a su espalda y le rodeó la cintura. Después apoyó la cabeza en la suya y disfrutó de un instante de paz.

—El padre León se va a enfadar mucho con nosotros —dijo la Elegida sonriendo mientras se apartaba un mechón de cabello.

—Él no tiene nada que opinar. Cualquier hombre del rey vale más que su dios.

Aquella respuesta hizo que Alana se removiera en sus brazos. Él notó su rechazo y se apartó un par de pasos.

—¿Y ahora qué ocurre?

—Su Dios es el mío, Alistair. No es cualquier dios.

—En eso os parecéis bastante a mi padre. Lleva años obsesionado con la Iglesia y con hablar de la voluntad de «Dios». —Hizo un gesto en señal de burla.

—Que tú no creas no significa que no exista —dijo ella en un tono de voz tranquilo pero contundente.

—¿Es que acaso tú lo has visto? ¿Es que puede existir el dios del que habláis cuando hay tanta mezquindad en el mundo? —al decirlo, un malestar se le instaló en el pecho. Él era el último que debía hablar de mezquindad después de lo que había hecho.

Ella se quedó mirándolo mientras pensaba cómo podría hacerle entender su visión.

—Si tuvieras un hijo, ¿no querrías que fuese libre para tomar sus propias decisiones, aunque se equivocara?

—¿Y permitir el mal?

—Si no lo permites, él ya no sería libre.

—¿Y si todos mis hijos fueran terribles? ¿No me convertiría eso en un pésimo padre? —dijo para molestarla.

—¿Acaso los errores de tu padre son también tuyos?

—¿Y si él no me ha enseñado a obrar de la manera correcta? ¿Y si el bien no formaba parte ni de sus actos ni de sus palabras?

—Entiendo lo que quieres decir, pero está en ti ser la mejor versión de ti mismo. Si no puedes cambiar, tal vez es que no quieras.

—Eso no tiene sentido, querida —dijo con retintín—. Todos somos como somos, nadie cambia.

—No puedo estar más en desacuerdo. Una costumbre no tiene por qué ser una ley. Si tu dejas que lo sea, es debido a que es más fácil anclarte en lo que conoces antes que tratar de ver un punto de vista diferente.

—Entonces, según tú, ¿todos podemos ser bondadosos?

—Sí, pero no solo hay que desearlo, Alistair. Con nuestras acciones y palabras demostramos quiénes somos.

Esa conclusión hizo que él se diera la vuelta. No podía seguir soportando cómo lo miraba.

—Bueno, todos podemos cometer errores. ¿No es así?

—Exacto. Y serán tus errores, no los de tus padres. Solo tuyos.

—Bueno, amor. Entonces, afrontaré mis propios errores cuando llegue el momento.

Se acercó a ella y la besó. Alana respondió al fuego de sus labios. Aquella conversación lo había turbado solo un momento, pero en cuanto tocó la cálida piel de su «esposa», olvidó todo lo demás.



Al anochecer, Bêwestan se detuvo un momento para inspirar el olor que desprendía el bosque. Llenar los pulmones era algo que solo hacía de vez en cuando, pero llevaba demasiado tiempo buscando a su compañera y le pareció que ya había llegado el momento de agotar el último recurso. De pronto, oyó algo a lo lejos. Giró la cabeza de golpe y pudo distinguir con claridad cómo alguien se encaramaba a un árbol. Agradeció las ventajas de su condición y dibujó media sonrisa. Solo un vampiro podría trepar a esa altura.

Nîga llevaba gran parte del día corriendo en círculos. Su orientación siempre había sido de lo peor. Para colmo, en la emboscada había perdido el mapa que llevaba encima. La oscuridad, además, había empeorado su situación. Desesperada, trató de encontrar algo distintivo que la ayudara seguir avanzando, pero no conocía la zona y todos los árboles le parecían iguales. Por si fuera poco, no había tenido tiempo para alimentarse, por lo que la enorme herida que le había provocado aquella bestia no estaba cerrando con la rapidez de costumbre.

Se miró el orificio y negó con la cabeza. Podía ver cómo sus músculos trabajaban lentamente para unirse. De pronto, un conejo se cruzó en su camino. Eso tendría que bastar por el momento. Lo atrapó con facilidad, hincó los colmillos y bebió de él hasta que su cuerpo quedó inerte. Lo dejó en el suelo para que otros animales pudieran aprovecharlo. Aquella sangre no la sació igual que la humana, pero fue la suficiente como para cerrar la lesión. Al sentirse recuperada, decidió subir a un árbol para tratar de ver desde la copa hacia dónde tenía que dirigirse. Una vez arriba, la escasa luz que proporcionaba la luna la ayudó a divisar el camino de donde había escapado. Ubicó el río y trató de recordar dónde estaba situada la ruta hacia la costa. Debía llegar a Francia como fuera. Se negaba a continuar con aquella existencia sembrada de muerte y destrucción. Era cierto que hacía mucho que los suyos habían dejado atrás los asesinatos en masa, pero el recuerdo de los lamentos de los que quedaban moribundos mientras veían cómo su hogar quedaba reducido a cenizas estaba siempre presente en su cabeza.

La sangre de Helmet no había logrado cambiarla del todo. Y aunque el tiempo se había encargado de diluir su pasado, ya no estaba dispuesta a permitir que su futuro siguiera siendo una repetición continua.

Cerró los ojos para pedir a sus antiguos dioses que la ayudaran. Pese a todas las atrocidades que había cometido en su vida bajo el mandato de su creador, no había dejado de

rezarles para que llegara el día en que pudiera vengarse. Ahora su revancha parecía estar más lejos que nunca, así que decidió conformarse con escapar para dejar atrás todo cuanto conocía.

Mientras subía el mentón para que su plegaria alcanzara al cielo, notó que algo le asía de la pierna.

—Ven aquí, ¡maldita traidora! —gritó Bêwestan, que tiró de ella con tanta fuerza que terminaron en el suelo.

La distancia desde la que cayeron podía haber destrozado a cualquier humano, pero ambas se levantaron sin mayor dificultad.

—¡Déjame ir! —gritó Nîga.

—Ni puedo ni quiero. Si Helmet se entera de que he permitido que te vayas, acabará por clavarme una daga *himmelsk*. ¡Y no estoy dispuesta a pagar por las malas decisiones de nadie!

La luna fue cubierta por espesas nubes y comenzó a llover profusamente. Los truenos ensordecieron sus voces y los relámpagos iluminaron sus demacrados rostros.

—¿De nadie? —se burló Nîga—. ¡No me hagas reír!

—Para, no digas nada más y ven conmigo.

Bêwestan se adelantó para cogerla del brazo, pero la otra se movió con rapidez y la esquivó.

—No tienes nada que hacer, ¡soy más fuerte que tú! —gritó la que años atrás había sido su mentora.

—Pero no eres mi dueña. ¡Nadie lo es!

—¿Se puede saber a qué viene esto?

Bêw logró golpearla justo donde la rama había atravesado su carne. Esto hizo que la prófuga echara un paso hacia atrás, lo que provocó que trastabillara solo un instante.

—¡Quiero vivir mi propia vida! ¿Es que no lo entiendes?

Nîga se lanzó contra ella y acabó por asestarle un puñetazo en la cara. La antigua guerrera giró la cabeza y escupió una buena cantidad de sangre. Se limpió con la mano y sonrió.

—¡Qué desperdicio!

—¡Déjame ir, te lo ruego! —gritó tras caer de bruces porque Bêwestan se movió tan rápido que acabó detrás de ella y la lanzó al suelo de una patada.

—¡No! Tú no mereces que yo sea castigada.

—¡Sabes que Helmet jamás te dejaría morir! Solo serían unas pocas jornadas de tormentos. ¿Y qué es eso en nuestra larga existencia?

La lluvia arreció tanto que apenas podían verse.

—¿Y qué me llevaría yo a cambio? —agregó Bêw.

Nîga vi un resquicio de posibilidad en aquellas palabras. Si le permitía escapar, le daría cuanto poseyera.

—¡Todo mi oro! ¡Lo que quieras!

Bêwestan saltó sobre ella. Se encaramó a su espalda, la sujetó del cuello y entrelazó sus piernas alrededor de la cintura de la desertora.

—¡No quiero ser castigada por tu culpa!

Sin darle tiempo a responder, Bêw golpeó su cabeza. Se bajó de ella y la empujó, haciéndola caer al suelo. Le hundió la cara en el fango y le arrancó el cinto. Después tiró con fuerza de sus muñecas hacia delante para sujetárselas.

—¡Tú eres la traidora! —gritó Nîga—. Si quisieras irte, yo te dejaría marchar.

—Ahí reside la diferencia entre tú y yo. Yo soy leal a Helmet y tú eres una mentirosa a la que debí matar con mis propias manos hace mucho.

Sin perder más tiempo, Bêwestan la obligó a correr a su par de vuelta al castillo. Llegaron bien avanzada la madrugada. Los vampiros que hacían guardia las reconocieron enseguida y las dejaron pasar. En cuanto cruzaron las puertas, un silencio ensordecedor las recibió.

—Tienes suerte, Helmet ya estará en sus aposentos. Ahora te toca a ti disfrutar de los tuyos.

—Algún día pagarás por esto.

—¡Cierra la boca!

Bêw la golpeó en la sien sin importarle cuánto habían compartido en todo ese tiempo. Al no tener que dar explicaciones, decidió llevarla ella misma a las mazmorras.

Aquel sitio era deprimente, pero nada comparado a donde iba a abandonarla a su suerte. En cuanto se topó con el que supuso que era el carcelero, le ordenó que le enseñara la celda más oscura que hubiese en el castillo. El sometido por Wêranker obedeció sin decir nada. Avanzó lentamente por el pasillo y bajó al siguiente nivel. Bêwestan conjeturó que allí llevaban a los condenados a muerte, pero qué más le daba.

Cuando la antorcha iluminó las celdas, vio que allí dormían otros dos presos, aunque no se detuvo a mirarlos, pese a que uno de ellos no dejaba de exigirle que los liberaran.

El soldado abrió la celda situada enfrente de la de Thyra. Ella empujó dentro a Nîga, quien juró matarla en cuanto tuviera la oportunidad.

La disidente trató de abrir los barrotes, pero se extrañó al ver que le era imposible. No sabía de qué estaban hechos, pero ni con toda su fuerza logró doblarlos lo más mínimo.

## 24. HIJA MÍA, ¿QUÉ HAS HECHO?

El grupo de Yngvar llegó a la posada a medio camino de Colchester bien pasada la medianoche. Su primera orden fue la de enviar a Modig a revisar las cuadras. Sin hacer ruido, el errante miró uno a uno los animales. En cuanto vio los escudos que portaban las tres monturas, confirmó que pertenecían a los hombres del rey. Regresó al bosque junto a los suyos para comunicarlo. El joven Knutsen los dividió por zonas para que vigilaran cualquier movimiento. A Borgervern y a Modig les tenía reservada una misión mucho más compleja y temeraria.

La partida se desplegó alrededor de la posada para cubrir las posibles salidas, mientras tanto, los tres se emplearon en encontrar alguna ventana que se hubiese quedado abierta. Todo estaba en silencio y cerrado a cal y canto. Por una parte, forzar cualquiera puerta del exterior solo podría traerles problemas, ya que no sabían cuántos humanos pernoctaban aquella noche. Por la otra, estaban dispuestos a arriesgarse, puesto que no iban a dejar a la Elegida a manos de los ingleses.

—Hemos de entrar —dijo Yng con la determinación en su mirada.

—¿¡Estás loco!? —soltó Borg, que veía lo mal que podía acabar todo si cometían esa imprudencia.

—¿Y qué hacemos? ¿Y si la están forzando en este momento?

—¿Acaso oyes algo?

—Pueden tenerle tapada la boca.

—Presta atención —exigió el experimentado rastreador.

—No puedo quedarme con la duda.

—Está bien. Pero si nos hieren, será culpa tuya.

—Si te hieren, haré lo que me pidas durante doce lunas.

—No hagas promesas que no vas a cumplir. Anda, vamos.

Con verdadera destreza, Borgervern forzó una de las ventanas de la zona correspondiente a la cocina. Logró abrirla sin hacer apenas ruido. Entraron de forma sigilosa y avanzaron hasta la taberna. Al otro lado, divisaron unas escaleras. Se dirigieron hacia allí para acceder al piso superior, donde supusieron que se encontraban las habitaciones. Tras decidir que solo Borg y él subirían, dejaron a Modig vigilando.

El rastreador no podía creer que lo hubiera convencido para abrir las puertas de las alcobas y mirar dentro. Pero ahí estaba, a punto de ser descubierto como si fuera un ladrón. De pronto, vio cómo Yngvar se quedaba paralizado delante de una y se apoyaba en ella. Se acercó a él y le tocó el hombro. Sacudió la cabeza mientras fruncía el entrecejo a modo de pregunta.

El de la casa Knutsen apartó las manos y señaló con un dedo que estaba ahí.

—¿Cómo puedes saberlo? —susurró Borg.

—Lo sé —vocalizó negando mientras le enseñaba las palmas.

El de la casa Eide asintió, instándolo a abrirla. Yng le pidió que se echara un par de pasos atrás y se llevó el dedo a los labios a fin de que se mantuviera en silencio. Después, cerró un

momento los ojos antes de girar la manilla.

Apenas separó un palmo la puerta. Lo que vio le heló la sangre. El príncipe abrazaba a Alana, que tenía la cabeza reposando en su pecho. Ambos estaban desnudos y con tal expresión de satisfacción que no tuvo que imaginar cuál era el motivo. No la había forzado. Ella se había entregado en cuerpo y alma sin oponer resistencia.

Descubrirlo fue tan duro como ser herido con acero *dojehî*.

De repente, ella levantó la cabeza y lo vio. Durante un instante, él creyó que iba a gritar, pero Alana no lo hizo. Yng, con el rostro entristecido susurró con pesar: «Han fortjener deg ikke<sup>[17]</sup>».

Ella reconoció su voz y entreabrió los labios para responderle, pero el errante cerró sin hacer ruido. Le hizo un gesto brusco con la cabeza a su compañero y bajó las escaleras a toda prisa. Borgervern no entendió su reacción, aunque tampoco era el mejor momento para preguntar, por lo que se ciñó a seguirlo en silencio.

En cuando se reunieron con Modig, volvieron a las cocinas y salieron al frío de la noche. Corrieron hacia la posición convenida en el bosque y se mantuvieron a cubierto.

—¿Qué has visto? —preguntó el rastreador ante la expresión de decepción y rabia que mostraba el joven Knutsen.

—Lo suficiente.

El guerrero lo miró a los ojos y entendió a qué se estaba refiriendo.

—No ha sido forzada.

Yng simplemente negó con la cabeza.

—Es normal que haya pasado.

—¿Normal?

—¿Y qué esperabas? Él es un príncipe y ella una campesina. Al menos alégrate de que no ha sido por la fuerza.

—¡Es la Elegida! —respondió con rabia—. Su deber es salvarnos a todos, no retozar como...

—¡Cuidado con lo que dices! —lo reprendió Borg—. En cierto modo, tienes razón. Pero ella ha de vivir como lo que aún es: una humana.

—Ella, ahora mismo, es cualquier cosa menos una simple humana. Y debería estar por encima de eso.

—¿De qué? ¿De la propia vida? ¿Del orden natural?

—Su destino no es distraerse con el príncipe.

—Cualquiera diría que los celos hablan por ti.

Yngvar se giró hacia él y lo sujetó del peto con fuerza.

—No vuelvas a insinuar nada parecido.

Borg sonrió lo suficiente como para hacer que él sintiera ganas de estamparle el puño en la mitad de la cara, pero se aguantó para no descubrir su posición.

—¿Se puede saber qué os pasa? —preguntó Modig sin entender qué había hecho que uno estuviera a punto de golpear al otro.

—Nada. Ya hemos acabado —soltó él lleno de ira.

La noche avanzó mucho más despacio de lo que hubiera deseado. Poco a poco, las luces del alba fueron iluminando la oscuridad. Ninguno de ellos se había movido desde que habían ocupado sus posiciones y estaban empezando a impacientarse.

Justo antes de que amaneciera, Yngvar los hizo llamar. Debían asegurarse de que no se escapaban, así que tenían que estar muy atentos a su señal para seguirlos en cuanto tomaran el

camino hacia Colchester. Lo más seguro era seguirlos por el bosque, pero Borg les había advertido que se acababa de forma abrupta poco antes de llegar al pueblo. Ya pensarían más tarde cómo se las iban a apañar para no levantar sospechas.

Nada más despuntar el día, los guerreros vieron salir de la posada a dos soldados. Observaron cómo daban la vuelta para llegar a las cuadras. Poco después, regresaron con tres caballos. Uno de ellos entró de nuevo en la posada y al momento salió con una pareja. La joven apoyaba su mano en el antebrazo de él.

Yngvar inspiró para sujetar su rabia y les hizo una señal a los suyos para indicarles que eran su objetivo. Todos esperaban que se dirigieran hacia el este, pero, en contra de lo pensaban, el cuarteto se encaminó al suroeste.

—¿Pero qué...?

—¿A dónde van? —preguntó Modig.

Yng y Borg se miraron.

—¡Regresan a Felsted! —dijeron los dos, llegando a la misma conclusión.

Mientras los errantes corrían tras ellos para protegerlos, Yngvar no pudo dejar de pensar en cómo hubiera sido ocupar el lugar del heredero. Se regañó con severidad porque su destino no era junto a la Elegida. Sin embargo, su futuro no estaba aún escrito, así que bien podía soñar lo que le viniera en gana.

Puede que jamás volviese a compartir un instante con ella, pero nadie podría arrebatarse la forma en la que lo había mirado justo antes de que cerrara aquella puerta.



Vidar comenzó a preocuparse de verdad porque parecía que nadie había visto ni a la princesa ni al joven Isaksen por ningún lado. Pese a que había pagado con generosidad para obtener cualquier tipo de información, nadie había podido darle la más mínima pista. Si los vampiros los habían atrapado, y no dudaba de que Borgervern tuviera razón, iba a ser muy complicado rescatarlos sin ayuda. El de la casa Eide pensó en la posibilidad de que los hubieran llevado al castillo. Según los últimos informes recibidos muchos días atrás, las tropas de Helmet habían levantado un campamento alrededor, y este aumentaba cada jornada conforme iba llegando el grueso de su ejército. El errante se dijo que, gracias al pacto, quizás pudiera negociar con ellos tras el pago de un rescate, pero si se los habían llevado los perros de Abbadon... Prefirió no pensar en esa posibilidad hasta que no hubieran comprobado el otro asentamiento. De todos modos, había pasado tiempo más que suficiente y debían regresar a Felsted. Si los que estaban a cargo de Yngvar habían tenido más suerte que ellos, al menos la Elegida estaría a salvo.

Sin pensarlo dos veces, dio la orden de volver al punto de encuentro. En cuanto se reunieran, se dirigirían al castillo de Athelstan.



Bien entrada la tarde, León golpeó un par de veces la puerta de los padres de Alana. Leala lo saludó con el rostro cansado y lo invitó a pasar. Tras preparar un poco de leche caliente con miel, ambos se sentaron a la mesa.

—¿Cómo te encuentras, hija?

—Desolada. Siento un vacío en el corazón que me está destrozando.

—¿Y Wade?

—Lo hemos enviado con los padres de mi marido a Hertford. No quiero que sepa nada de

esto.

—Es lo mejor.

Ella se quedó un momento callada. No pudo retener su angustia y el mentón comenzó a temblarle.

—No sé qué voy a hacer si... —Leala no pudo acabar la frase.

—Algo me dice que el joven errante la traerá de vuelta —trató de insuflarle ánimos.

—Eso lo sé, pero ¿en qué condiciones?

—He rezado para que vuelva tal y como se fue.

—Eso no lo sabremos hasta que... —Sollozó sin poder evitarlo. El párroco acercó la silla para consolarla.

—No temas, hija mía. Dios sabe qué es lo mejor para ella. —Le pasó el brazo por los hombros para reconfortarla.

—No lo dudo, pero no sé si será lo mejor para el resto.

—¿Dudas de sus designios?

—Mi pequeña lleva demasiados días fuera como para creer que no le haya ocurrido nada.

—No pongas en duda Su Voluntad. Además, tú más que nadie deberías confiar en ÉL —la regañó.

Leala apretó la mandíbula con fuerza antes de echarse hacia atrás. Una cosa era que él tratara de darle consuelo y otra que ella aceptase cuanto hubiese sucedido sin más.

—Y vos deberías ceñiros a escuchar y no a dar consejos de los que no tenéis ningún conocimiento —le respondió indignada.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que me sorprende de cómo podéis ser capaz de decirme que confíe —replicó con dolor y rabia—. ¡ÉL también está en mí! ¡En mi propia sangre! Si ni quisiera a mí me ha revelado que ella sería la Elegida, ¿con qué derecho venís a decirme que acepte sin más sus designios, sean cuales sean?

—Leala...

—¿Es que no ha tomado ya de mí más que suficiente? —insistió—. Decidme, ¿cuánto más he de sacrificarme y sufrir?

León la miró sin tenerle en cuenta sus palabras. La que hablaba era la mujer, no la Portadora. El dolor de una madre por la pérdida de un hijo debía de ser indescriptible. Él nunca osaría pretender demostrar que la comprendía cuando jamás podría estar en su lugar. Sin embargo, sí iba a responder a su última pregunta.

—Cuanto seas capaz de soportar, hija mía —dijo al fin.

Ella se quedó sin palabras un instante.

—Pero eso no es justo.

—¿Para quién?

—¡Para Alana! ¡Para mí misma!

—No quieras encontrar una explicación a aquello que no puedes comprender.

—¿Y vos sí?

—¿Yo? —Negó con la cabeza—. Yo no comprendo ni la décima parte de lo que tú entiendes.

Fairfax entró en casa. Llevaban tanto tiempo hablando que no se habían percatado de que casi había anochecido.

—Buenas noches, padre.

—Buenas noches, hijo. ¿Qué tal el campo? —preguntó para darle tiempo a Leala a secarse

las lágrimas.

—Como siempre.

El campesino miró a su mujer y sintió un dolor terrible al ver que de nuevo había estado llorando. Giró la cabeza hacia el hogar y se extrañó de que aún no hubiera comenzado a cocinar.

—¿Os quedáis a cenar con nosotros, padre?

Su mujer se acercó a él y le dio un beso en la mejilla. Después, avivó el fuego y puso una olla encima.

—Mejor otra noche. Se ha hecho más tarde de lo que esperaba y es mejor que me vaya a descansar.

La puerta se abrió de golpe. Los tres se giraron con verdadero temor tras los últimos acontecimientos. La Elegida los miró con una enorme sonrisa y se lanzó hacia sus padres para abrazarlos.

—¡Lana! —gritó Leala mientras se aferraba a ella—. ¡Mi niña, mi preciosa niña!

Fairfax cerró el abrazo y lloró de felicidad al tenerla de vuelta. Habían sido pocos días. Apenas tres, pero parecía que hubiesen pasado varias lunas.

—¿Estás bien? ¿Te han herido de algún modo? —preguntó él con suma preocupación.

—No os preocupéis, estoy bien. ¡Os he echado mucho de menos!

El príncipe apareció con un gesto indescifrable, pero trató de ser lo más amable posible dadas las circunstancias. Youngblood permaneció en el exterior. Previamente, Hereward se había desviado hacia la posada para reservar un par de habitaciones.

Cuando los tres se separaron, Alana saludó al párroco, pero, en vez de abrazar de nuevo a sus padres, se colocó al lado de Alistair y apoyó la mano en su antebrazo. Aquel gesto sorprendió a los tres.

El padre León fue el primero en entender qué era lo que estaba ocurriendo y no pudo contenerse.

—Alana, ¿qué significa esto?

—Madre, padre —miró al heredero con una enorme sonrisa—, Alistair y yo nos hemos desposado.

Ellos no supieron qué responder. Solo se acercaron y los felicitaron con respeto. Él era el príncipe y su hija acababa de convertirse en princesa.

—¿Y en qué iglesia os habéis desposado? —preguntó León sin siquiera inmutarse.

—Bueno, fue su tutor, el capitán Youngblood, quien se encargó de llevar a cabo la ceremonia —añadió ella mirando hacia el exterior.

—Padre León —dijo el heredero—, no os preocupéis. En cuanto lleguemos al castillo, mi padre ordenará los esponsales para hacerlo oficial —mintió de forma descarada.

Alana se giró hacia él sorprendida y después bajó la vista al suelo. Lo que acababa de declarar Alistair significaba que su unión no era real, pero decidió no darle importancia, puesto que él le había prometido que sí lo era y que siempre la protegería.

—Bueno, ¿para qué esperar? Podemos ir a la iglesia ahora mismo y formalizar vuestra unión.

—Eso no será necesario —respondió muy serio—. Ahora nos retiramos. El viaje ha sido largo y debemos ir a la posada.

—No, príncipe Alistair —lo cortó el padre León muy serio—. Sabéis de sobra que habéis cometido pecado. Vuestro casamiento es legal ante los ojos de Dios y de los hombres, pero ha de hacerse por escrito. No os preocupéis, el obispo es magnánimo y os perdonará si aceptáis lo que os he propuesto.

Él se quedó sin respuesta. Aquel maldito párroco tenía razón. Landon, que podía oír todo lo que estaban diciendo, decidió intervenir para zanjar aquella conversación y sacar de allí al heredero lo antes posible.

—Mi príncipe, no podemos arriesgarnos a atravesar el pueblo en mitad de la noche. No es seguro. Deberíamos ir ya a la posada.

—¿Eh? Sí, sí. Bueno, padre León, ¿qué nos aconsejáis entonces? —Alistair, al oír en su declaración que el obispo podría enterarse, no supo reaccionar a tiempo.

—Pasar la noche separados y formalizar por la mañana los esponsales. Mi deber es informar al obispo de todo cuanto suceda. Por la tarde, vendrá el correo oficial para llevarle mi correspondencia —adornó la verdad.

El heredero lo miró con los ojos muy abiertos y asintió hacia él. Después, repitió el gesto con los padres de ella.

—Querida, mañana nos veremos.

—No lo entiendo, Alistair. ¿Acaso no somos esposo y esposa? —preguntó, sintiendo cómo el cuerpo se le helaba.

—Claro que sí. Para mí lo somos —volvió a mentir.

Ella se giró hacia Youngblood, quien permaneció con un gesto impasible. En ese momento, apareció Hereward, quien les comentó que todo estaba dispuesto en la posada y podían irse cuando quisieran.

—Buenas noches —dijo Alistair—. Nos veremos por la mañana. —Besó la mano de Alana y se perdió con sus hombres.

—Hija mía, ¿qué has hecho? —preguntó el padre León en nombre de los tres.

Al ser consciente de que había sido engañada, cerró los ojos con fuerza antes de responder.

—Confiar en su palabra.



Yngvar había observado con una expresión severa cómo Alana entraba en la casa de sus padres. Poco después, Alistair también lo hacía, mientras que Youngblood se quedaba vigilando.

—¿Has visto suficiente? —preguntó Borgervern, que ya no albergaba dudas de por qué el de la casa Knutsen había insistido tanto en rescatar a la Elegida.

—Mucho más de lo que debía —dijo entre dientes.

—De acuerdo. Volvamos entonces al punto de encuentro. Lo más seguro es que ya estén allí esperándonos.

—Lo sé, pero era nuestra obligación asegurarnos de que volvía sana y salva —se defendió—. Anda, vamos.

El rastreador asintió. Se reunieron con el grupo y avanzaron por el bosque hacia donde se tenían que encontrar con Vidar.

Antes de acercarse, silbaron una melodía conocida para ellos. Al oír la respuesta, prosiguieron hasta alcanzar su posición.

—¿La habéis encontrado? —preguntó la mano derecha de Eirik.

—Sí, ya ha vuelto a su casa —dijo Yng, apretando la mandíbula—. ¿Alguna pista de Thyra o de Oskar?

—Ninguna. Solo nos queda dirigirnos al castillo de Athelstan.

—¿Al castillo? ¿Por qué iban a estar allí?

—Fueron capturados por vampiros. Ojalá que hayan sido los acólitos de Helmet. Si fueran los de Abbadon...

—Mejor no decirlo.

—Exacto. Partiremos al alba.

—¿Por qué no esta misma noche? —añadió Yngvar, deseoso de marcharse de allí cuanto antes.

—No, todos estamos exhaustos. Esta noche debemos descansar y reponer fuerzas —ordenó Vidar—. Mañana nos dirigiremos al oeste. Gran parte del ejército de Helmet se encuentra en un campamento a las afueras del castillo del rey y no cesan de llegar patrullas. Que los retengan allí es nuestra última esperanza, si no, tendremos que buscar a las huestes de Abbaddon como sea.

—Quiera el cielo que no sea necesario.

—Sabias palabras.

Vidar decidió que enviaría a dos del grupo para avisar al rey de los errantes del nuevo cambio de planes e informarle de cuanto habían hecho. La misión del día siguiente no iba a ser nada fácil, así que rezaron a los Altos Guardianes y al Creador de todo cuanto existía para que estuviera de su parte y así lograr rescatar a los suyos, impidiendo que ninguno cayera bajo los colmillos de los «No Muertos».



Xwînxwar, Qiloçker, Wêranker y Bêwestan, junto a diez más de los suyos, habían llegado al pueblo hacía horas. Mientras su pequeño séquito se dividía en parejas para tratar de averiguar algo preguntando a las gentes de Felsted, ellos se habían dirigido directamente a la posada con la esperanza de encontrar sano y salvo al príncipe, pero se toparon con la noticia de que allí solo quedaba un soldado malherido.

Tras someter a cuanto humano fue necesario, consiguieron hablar con el inglés, quien, poco a poco, se iba recuperando. El hombre les contó que hacía tres jornadas habían sido atacados por unos seres que no habían visto nunca. Dos hombres y dos mujeres casi idénticos entre sí. Una vez les relató cuanto recordaba, los cuatro salieron al pasillo para hablar en privado. Coincidieron en que la desaparición del príncipe era un verdadero inconveniente. Eso reducía sus opciones a dos: o sometían a todo el pueblo e intentaban averiguar algo más o buscaban su rastro. Lo segundo sería más difícil, ya que el tiempo no había tenido clemencia en las dos últimas jornadas y los caminos estaban embarrados. Si en la huida había dejado alguna huella, seguro que ya habría desaparecido; por lo que era una pérdida de tiempo intentarlo siquiera.

—¿Qué opinas? —preguntó Xwînxwar mirando a Bêwestan—. ¿Crees que volverán?

—Puede que sí, Youngblood es muy juicioso. Veo más probable que se hayan escondido en alguna parte cerca de aquí y que terminen regresando. Les aseguré que los hombres del rey vendrían a rescatarlos.

—Los hombres del rey no han sido de mucha ayuda —se burló Qiloçker.

—¿Qué se puede esperar de los humanos? —dijo Wêranker mientras ponía los ojos en blanco.

Los cuatro rieron. Xwînxwar le susurró al soldado que olvidara su visita y se reunieron a las afueras del pueblo con los suyos. Acordaron en esperar un día más. Aunque, si no aparecían pronto, se verían obligados a continuar con la búsqueda.

A poca distancia de allí, varias patrullas de Abbaddon los estaban acechando. Desde que los habían visto pasar camino a Felsted, los iban siguiendo. Les pareció una coincidencia demasiado grande que los de Helmet se desplazaran a la misma zona donde los suyos habían atacado a los hombres del rey la última vez. Pero ahora sus órdenes eran muy distintas: ya no tenían que

acabar con el príncipe, sino raptarlo.

En vista de que los enemigos de su amo se quedaban en el pueblo, ellos decidieron hacer lo mismo. Puede que al final el heredero regresara. Eso les daría la oportunidad de acabar con algunos a los que consideraban traidores a su señor, y así podrían llevarse a su presa. Una victoria por partida doble.



Alistair anduvo en silencio con sus dos fieles capitanes de camino a la posada. Hereward aprovechó para ponerlos al día con lo que había sucedido cuando se escaparon de aquellos seres. Por desgracia, uno de los soldados había fallecido mientras que el otro estaba curándose de las heridas.

Para silenciar posibles comentarios, Terrel había prometido al mesero una suma generosa en nombre del príncipe. Por supuesto, este había accedido muy satisfecho, y con ello saldaba la cuenta que había quedado pendiente.

—¿Habéis hablado con él? —le preguntó Landon antes de llegar.

—Aún no, esto me lo ha contado el posadero —confirmó Hereward.

—Bueno, no creo que pueda aportar más de lo ya que sabemos. Al menos logró salir con vida, que no es poco.

—Exacto. Lo que me preocupa es que todavía no ha llegado la tropa. Por los días que han pasado, ya deberían estar aquí.

—Lo sé.

Youngblood lo miró un instante y negó de forma imperceptible para que Alistair no se preocupara, pero él parecía no estar prestando atención a lo que decían.

—Mi príncipe, ¿os encontráis bien? —dijo Landon, deteniéndolo mientras lo sujetaba con amabilidad del brazo.

—No lo sé, pero mejor lo hablamos dentro.

En cuanto ocuparon las mejores habitaciones, Youngblood pidió que les trajeran una tina con agua bien caliente a las dos alcobas. Los tres necesitaban quitarse los restos de tierra y la humedad del camino. Terrel, mientras tanto, fue a visitar al soldado herido. El hombre le repitió la misma historia que le había contado a los cuatro vampiros. Solo que ese detalle no pudo compartirlo, puesto que Xwînxwar le había ordenado que olvidara que habían estado allí.

Tras informar al heredero y a Landon de lo que había ocurrido después de escapar, el capitán los dejó solos. El tutor lo ayudó a desvestirse. En cuanto Alistair entró en el agua, se le desató la lengua.

—¿Qué voy a hacer mañana? —dijo con el gesto muy serio.

—¿Qué os pide el corazón?

—He de reconocer que Alana es preciosa. También creo que sería una buena esposa. Es dulce, cariñosa y entregada.

—Muchas jóvenes lo son, pero no habéis respondido a mi pregunta —agregó Youngblood con la seguridad de que no iba a elegir llegar al altar al día siguiente.

—Le daréis dos cofres de oro —soltó mirando a la nada.

—¿Y si está en cinta?

—¡Entonces serán tres cofres! —gritó, cerrando con fuerza los ojos.

—¿Qué os ocurre?

—No lo sé. Creo que me embrujó de algún modo cuando me salvó la vida. Por un lado, quiero desposarme con ella porque sé que me haría feliz; pero, por el otro, me debo a mi padre y

a mi pueblo. ¿Me convierte eso en un monstruo?

—No, mi príncipe. Vuestro comportamiento es muy natural en un hombre joven. Deseáis la belleza, y poseerla se convierte casi en una obsesión. Todos hemos pasado por ello.

—¿Tú también mentiste para deshonrar a una doncella que no se lo merecía?

—Peor aún, laforcé.

—¿Y qué ocurrió después?

—Ella se quitó la vida. De eso hace mucho. Es mejor no remover los errores del pasado, aunque sí es necesario aprender de ellos.

—¿Y no has forzado a ninguna otra?

—¿Para qué? Mi bolsa está llena y no me interesa dejar vástagos por el mundo.

—Eres muy extraño, Landon —dijo Alistair, saliendo de la tina.

—No, mi príncipe. He causado demasiado dolor y muerte en batallas como para hacerlo por mera diversión.

—Sois un hombre de honor.

—Me temo que no. Hace mucho que dejé de serlo.

—Pero ¿cómo le voy a decir que no me desposaré con ella? ¿No podrías hacerlo tú por mí?

Youngblood lo miró con un gesto de desaprobación mientras sopesaba qué supondría que la joven estuviera en cinta. Su deber sería contárselo al rey, de modo que decidió que su pupilo debía afrontar las consecuencias al igual que él lo había hecho años atrás.

De todos modos, aquello había sido una pregunta y no una orden, así que se agarró a esa idea para dar su opinión.

—Podría, pero ¿en qué lugar os dejaría?

—No te entiendo.

—Nunca os he considerado un hombre incapaz de resolver sus propios asuntos. Sois Alistair de Wessex, futuro rey de Inglaterra. Rechazar a una muchacha será la decisión más sencilla que tendréis que tomar en vuestra larga vida.

—No creo que pueda soportar verla llorar.

—Sí, claro que sí. Y lo haréis porque debéis curtir vuestro corazón. Creedme cuando os digo que mañana morirá la parte más débil del joven que aún sois, pero nacerá un hombre que podrá enfrentarse a cualquier eventualidad en el futuro.

Él se quedó pensativo, asimilando las palabras de su tutor.

—Tenéis razón. He de destruir todo aquello que me impida cumplir el destino para el que he nacido —dijo con seguridad en la voz. Landon asintió—. Mañana, al alba, iré a verla.

—Sabía decisión.

Ambos se reunieron con Hereward y bajaron para cenar algo. Esperaban que al día siguiente llegaran las tropas. Si querían cerrar aquel pacto, debían ponerse en camino cuanto antes. Ya llevaban demasiado retraso, y Ricardo no esperaría en Richborough para siempre.



Aquella noche fue una de las más duras que había pasado Alana, sin contar la de la transformación. De un lado, sus padres tenían la esperanza de que Alistair cumpliera lo que había prometido. Del otro, el padre León echaba chispas porque veía claro que con solo unas pocas palabras bonitas se había ganado su corazón. La promesa de amor eterno era algo que jamás fallaba. Pero, más que nada, culpaba una y otra vez a la princesa Thyra por haberle puesto aquella idea en la cabeza que la había incitado a cometer semejante locura.

La cuestión era que el párroco no confiaba en que el heredero cumpliera y resarciera su honor. Leala, cansada de la reprimenda hacia Alana, detuvo la conversación.

—Ya es suficiente, padre León. Es mi hija, no la vuestra. Sus cuentas son y serán siempre con Dios.

—¿¡Cómo puedes decir eso si se encuentra en pecado mortal!? —replicó el sacerdote muy enfadado.

—¿Pecado mortal? Pecado es hacer el mal aun sabiendo que se hace. —Leala se detuvo un momento para pensar—. Aunque no sea válida la ceremonia de su mentor, sí lo es la promesa ante nosotros de que la desposará. Eso tendría que ser suficiente, así que démosle el beneficio de la duda.

—Si vuestra hija está en cinta, no podré ayudaros.

—Acabáis de mostrar lo que a Dios repulsa: el rechazo sin esperar arrepentimiento. Son jóvenes. Además...

—Basta —intervino Fairfax, cansado de oírlos discutir mientras Alana estaba sentada en una silla con uno de pie a cada lado.

—Tú no lo entiendes, hijo —soltó León con un tono reprobatorio.

—Entiendo que es hija mía, que vos sois su párroco y que el príncipe ha hecho una promesa. Por mucho que discutamos, esa es la realidad. Hasta mañana no sabremos si es un infame o un hombre de honor que cumple su palabra. De todos modos, para mí, esa unión es válida.

León reconoció en su expresión la mezcolanza de vergüenza por lo ocurrido y la esperanza porque todo acabase bien. De un modo u otro, el mal ya estaba hecho y solo podían esperar.

—Está bien, Fairfax. Tienes razón. Mañana vendré muy temprano a por Alana. Es necesario que comparta con ella algo que solo concierne a la Elegida.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Leala con gesto de extrañeza. Pensaba que a ella le había revelado cuanto sabía.

—Lo siento, es algo que solo puede conocer vuestra hija. Lo entendéis, ¿verdad?

La mujer asintió. Los reproches de León no tenían nada que ver con que la joven portara en sus venas la sangre de Cristo. Primero siempre sería el deber, y el de la Elegida era mucho más grande que el que podrían llegar a imaginar.

Tras despedirse del párroco, los tres se quedaron a solas. Alana volvió a contarles cómo habían sucedido los acontecimientos que, de alguna manera, la habían llevado a creer en aquella unión. A medianoche, los tres se fueron a dormir, solo que la Elegida no pudo conciliar el sueño.

Antes de despuntar el alba, cansada de dar vueltas y vueltas, se escabulló de su alcoba y salió de la casa. Sabía que era una temeridad dados los ataques a los que se había tenido que enfrentar Alistair. Vampiros y seres extraños que jamás creyó que pudieran existir. Pensó qué más le quedaría por ver teniendo en cuenta quién era, pero todo aquello no le importó. Necesitaba que le diera el aire.

Anduvo por el sendero hacia el río. Los recuerdos del ataque se agolparon en su mente. Llegar hasta allí era demasiado arriesgado, así que se quedó en la linde bosque caminando de arriba abajo.

El padre León tampoco había podido dormir. También se había levantado temprano y había decidido ir a hablar con ella. Era necesario que conociera la existencia de algo que le había entregado el sacerdote de la portadora anterior y que solo debía poseer la Elegida. Poco antes de llegar, la vio salir. Quiso avisarla para que le esperase, pero era demasiado temprano y podía alertar a seres con los que era mejor no cruzarse. La siguió hasta que la vio detenerse antes de

adentrarse entre los árboles.

Se sorprendió al verlo allí, pero no mostró nada en su rostro que lo invitara a irse. En su interior bullía un mar de dudas, y todo en ella le pedía compartirlo.

—Buenos días, padre.

—Aún es de noche, hija.

—Pronto amanecerá.

—Lo sé. ¿Por qué estás aquí?

—Necesitaba pensar. No he podido dormir.

—Yo tampoco, pero no deberías haber venido. Sabes que estás arriesgando tu vida de forma innecesaria.

—No, si soy quien se supone que soy y puedo defenderme.

Al otro lado del bosque, los perros de Abbadon estaban acechando el camino de entrada al pueblo. Se acercaron a ellos un poco más para oír lo que decían. Durante un momento, pensaron en acabar con los dos. Tenían hambre, pero Rău les había dado una orden. Mientras su amo y señor se dirigía al castillo de Athelstan, a ellos les tocaba esperar allí por si al príncipe se le ocurría volver donde había sido visto por última vez.

—Alana —dijo León—, que tengas la sangre de Cristo en ti no significa que seas invencible. Aún no has entrenado ni un solo día, así que no creas que con tu fortaleza será más que suficiente para vencer al Enemigo.

El siniestro grupo miró a su capitán, quien sonrió mientras asentía hacia sus tropas con cara de satisfacción. Si el príncipe llegaba a aparecer, se llevarían a los tres. Si no, se conformarían con la chica y el cura. Aquello de lo que hablaban podía interesarle a Abbadon, y ninguno iba a desperdiciar la ocasión de complacerlo.

—Tal vez. Por suerte, a mí no me buscan —agregó ella.

—Dime, ¿qué te ha hecho venir aquí?

León la apreciaba. En realidad, sentía verdadero cariño por ella. La conocía desde su nacimiento y la había visto crecer; pero ahora un terrible dolor le atravesaba el pecho porque su pupila se había dejado llevar por una falsa promesa.

—No quiero ni decirlo en voz alta.

—Puede que no tengas más remedio.

Alana cerró los ojos y reconoció lo que más temía.

—Él no volverá, ¿verdad?

—Creo que no.

El vampiro jefe miró a los suyos y les pidió calma. Esperarían a averiguar algo más, si no, no desaprovecharían la ocasión. Mientras tanto, muy cerca de allí, los secuaces de Helmet seguían aguardando a que aparecieran los tres ingleses. Pese a estar relativamente cerca, ninguno de los dos bandos había descubierto al otro. Uno se encontraba en el bosque, el otro, cerca de la posada. Se habían pasado la noche montando guardia y aguardando a que llegara el alba sin saber que no se habían cruzado con el heredero por muy poco.

—Vayamos dentro, hija —añadió León—. Hace frío, y necesitas un poco de leche caliente.

Ella asintió con una expresión de tristeza. Ambos se giraron para regresar, pero se detuvieron al ver que Alistair, acompañado de sus dos protectores, caminaba hacia ellos.

Poco antes, nada más salir de la posada, uno de los de Helmet los reconoció. Enseguida avisó a Xwînxwar, que no entendió cómo ninguno de los suyos los había visto llegar. Sin perder tiempo, comenzaron a seguirlos en las sombras. Volver a someter a los humanos que se cruzaran

con ellos les llevaría demasiado tiempo, así que se trasladaron en silencio hacia donde les había indicado el que estaba de guardia.

Alana recobró las esperanzas de no convertirse en el desprecio de todos. Si él estaba allí, solo podía significar que iba a cumplir su palabra.

Justo detrás, los perros de Abbadon distinguieron al heredero. El capitán de su séquito les obligó a esperar hasta que estuvieran más cerca. Debían caer sobre los tres como una exhalación para llevárselos. No iban a perder el tiempo en luchar, los raptarían y volverían al punto acordado en el que Rău había convocado a todas las partidas.

—Has venido... —susurró ella.

—Por supuesto, pero antes he de hablar contigo.

El grupo se quedó esperando al acecho la orden del jefe, que sintió curiosidad por saber qué le iba a decir a aquella preciosa humana.

—Padre León —dijo Youngblood—, ¿nos acompaña?

—Claro, hijo —respondió asombrado de verlos allí.

En cuanto se separaron, los dos se acercaron unos pasos más al bosque. Algo que benefició a los de Abbadon.

—Temí que no vendrías —confesó Alana.

—¿Por qué?

—Mi madre y el padre León dicen que nuestra unión es falsa, pero mi padre asegura lo contrario.

—Todos tienen razón.

—¿Todos? —dijo con un hilo de voz.

Alistair asintió con gesto austero.

—Alana, desearía que la situación fuera diferente.

—¿Qué quieres decir?

—Soy el príncipe. He de cumplir con mi deber.

—¿Y ese cuál es?

—Desposarme con la hermanastra de Ricardo. Mi padre y sus consejeros han llegado a un acuerdo: concertaron esta unión para fortalecer nuestro ejército.

—Entonces, ¿por qué...?

—Te deseaba. En cierto modo, creo que lo que hiciste me nubló la mente. Creí amarte de verdad, por eso dije todo aquello. Pero no te preocupes por nada. Youngblood volverá con un cofre de oro para compensarte...

—¿Oro para compensarme? —lo interrumpió elevando el tono, desesperada—. ¿Él qué? ¿¡Que me has mentido y deshonrado por un simple capricho!? ¡Me hiciste la promesa de desposarme delante de tus hombres..., de mis padres..., y hasta del padre León!

Los dos soldados y el sacerdote se volvieron hacia ellos. Después, todo sucedió muy deprisa. Los de Abbadon salieron de su escondrijo como si fuese el viento quien los manejara. Uno de ellos, olvidando lo que había dicho el jefe de su patrulla, empujó con tanta fuerza a Alana que cayó casi a diez pies de donde se hallaban.

—¡Idiota! ¡A ella también! —gritó el secuaz de Ursu.

El que la había lanzado, se quedó paralizado solo un instante.

Al verlos, Qiloçker fue el primero en dar la alarma. De la nada, los de Helmet corrieron hacia donde se encontraba el heredero. Youngblood y Hereward desenvainaron sus espadas para tratar de repeler el ataque, pero aquellos seres eran demasiados fuertes y rápidos como para rozarlos siquiera con su acero. Xwînxwar se abalanzó hacia uno, al que destrozó la garganta de

un solo golpe. Bêwestan y Qil trataban de deshacerse de otro enorme y Wêranker atravesó con su daga el torso de uno más pequeño. Acto seguido, se la hincó a la altura del corazón y se lo extrajo mientras mantenía una sonrisa aterradora.

Alana trató de levantarse, pero sintió que la misma tierra giraba más rápido al ver que uno de los atacantes se subía a la espalda del padre León y se desquitaba en su garganta bebiendo sin importarle lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Cuando se sintió satisfecho, susurró algo que ella no supo cómo pudo entender: «Bienvenido, padre». Después lo dejó caer al suelo y comenzó a luchar con los que parecían estar defendiendo al príncipe.

De pronto, ella se volvió hacia Alistair. Extendió el brazo y vociferó un enorme «¡¡¡No!!!». El vampiro que había tratado de raptarlo, en un acto desesperado, acababa de hacerle un corte en el cuello. Ella se quedó sin aliento al ver cómo se desplomaba. Al fin consiguió ponerse en pie y avanzó hacia él entre la terrible escaramuza que estaba teniendo lugar.

Pasó corriendo al lado de Hereward, que estaba hundiendo su espada en el pecho de uno de ellos. Otro, que no conocía, apartó de su camino a un asaltante al que arrancó un brazo de cuajo. Sin mirar lo que sucedía a su alrededor, para evitar que la determinación la abandonara, llegó a altura del príncipe, que tenía el rostro azulado.

—¡Alistair! —gritó, cayendo de rodillas y sujetándole la cabeza.

Bêwestan se acercó a ellos.

—¿Quién sois?

Sin darse cuenta de que sus palabras iban a cambiar su destino para siempre, dijo lo que había creído durante cerca de tres largos días:

—Su esposa.

Los cuatro de más confianza de Helmet parecieron oírlo al mismo tiempo, incluso a través de las voces, los sonidos del acero al chocar y los estertores de sus enemigos.

A la Elegida no le importó que Bêw estuviese mirando, impuso las manos encima de la herida abierta del príncipe, que trataba por todos los medios de no atragantarse con su propia sangre.

—No existe mayor honor —susurró bajando la mirada.

La vampira no entendió qué hacía hasta que vio la carne del heredero cerrarse ante sus ojos.

—¿Cómo habéis hecho eso? —preguntó aturdida. Si no lo creyera imposible, habría jurado que acababa de ver un milagro.

—Soy bruja —mintió Alana.

Alistair perdió el conocimiento y esto hizo reaccionar a Bêwestan.

—¡Xwînxwar! —vociferó con todas sus fuerzas mientras apartaba a aquella chica.

Él se giró al instante y vio cómo ella cogía al heredero en sus brazos. Pensando que el inglés estaba a punto de morir, el vampiro asestó un golpe mortal al enemigo con el que luchaba. Después le arrebató a Youngblood su espada y cercenó las cabezas de dos a la vez. La crudeza de la refriega se intensificó hasta tal punto que los pocos que quedaban de Abbadon salieron huyendo hacia el bosque.

—¡Alistair! —gritó Landon.

—¡Al castillo! —ordenó Xwîn—. ¡Lleváoslos a todos!

Qiloçker se hizo con Hereward mientras que Wêranker se ocupaba de Youngblood. Bêwestan le pasó el príncipe a Xwînxwar y ella se echó al hombro a la joven inglesa. El grupo corrió como alma que llevara el mismísimo diablo para evitar que el heredero muriera, ya que no estaban seguros de qué había sucedido.

Alana gritó y gritó que la soltara, pero la vampira sabía que no podía permitir que se presentara como la esposa del heredero. Si además era una bruja, como le había asegurado, se verían en un verdadero lío por inmiscuirse en sus asuntos. De un modo u otro, debía consultarlo con Helmet. Algo le decía que, en cuanto Athelstan supiera de su existencia, todo iba a irse al infierno.

El padre León oyó de lejos unas voces, pero no consiguió abrir los ojos. Mientras notaba cómo se le escapaba la vida, se sumió en un profundo sueño donde Alana desaparecía de su vista y los «No Muertos» los raptaban a todos.

## 25. EL DESPERTAR INMORTAL

El grueso del ejército de Abbadon había llegado la noche anterior al improvisado campamento. Aún faltaban muchas de las patrullas que estaban desplegadas por la zona, pero la que más en falta se echaba era la de Sfert, uno de los mejores generales de Abbadon. La suya había sido la primera en atacar al príncipe, aunque aún no había noticias de dónde se habían metido.

Rău pensaba que temía las represalias de su señor, y con razón. La incapacidad de su compañero por acabar con la vida del heredero había quedado manifiesta. Mientras tanto, él se había tenido que encargar de enviar al resto de los suyos a los pueblos más cercanos. Entre ellos, Felsted.

El suministro de aldeanos que habían llevado al campamento era digno de un verdadero festín. Tras salir la luna creciente, se habían alimentado de ellos sin piedad. Antes de dejarlos al borde de la muerte, les ordenaban volver a casa y olvidar cuanto les había ocurrido. Aquello había subido la moral de la tropa, que estaba dispuesta a entregar su vida por su creador al sentirse agradecidos por lo mucho que hacía por ellos.

Rău entró en la tienda de Abbadon para confirmarle que pronto estarían todos los destacamentos que había hecho llamar.

—Señor, aún faltan algunos de los nuestros, aunque no creo que vuelvan hasta tener noticias.

—¿Se sabe algo de Sfert?

—Aún no.

—Avísame en cuanto llegue, quiero que me explique qué lo hizo fracasar para no haber acabado con el príncipe. Debí enviarte a ti, pero ahora eso no importa. Mañana partiremos al alba hacia el castillo. Estoy deseando ver la cara de Helmet cuando me vea llegar. —Clavó los colmillos en el cuello de una doncella semidesnuda.

—Será un verdadero placer para mí saludar a Qiloçker. Sé lo mucho que me aprecia.

Aquellas palabras hicieron sonreír al líder de la casa Ursu, quien lamió las incisiones y apartó a un lado a la muchacha.

—Rencillas del pasado —dijo con una expresión grotesca—. ¿No va siendo hora de que te agradezca cuanto hiciste por él?

Su secuaz no pudo evitar dejar escapar un gruñido de satisfacción. Estaba deseando ver a su rival para hacerle recordar aquel horror.

—Sois muy generoso —respondió Rău, inclinando la cabeza.

—Lo sé, pero eres mi debilidad. Mi primer «hijo», al que he logrado moldear a mi imagen y semejanza.

—Y nunca podré agradecerlos lo suficiente que me hayáis concedido tal honor —añadió con verdadero fervor.

Abbadon sonrió de nuevo. La maldad y devoción de su fiel lacayo eran muy gratificantes. Al menos él podía decir que estaba orgulloso de los humanos que había convertido. No como Helmet, cuyas tropas estaban formadas por simples labriegos que seguían a un loco débil y

prescindible.

Con un chasquido de dedos, hizo volver a la muchacha y se la ofreció a su lacayo. Rău asintió con gratitud y se lanzó a su garganta. Él movió con ligereza la mano, como dándole a entender que podía acabar con ella. La sed de sangre de su perro más fiel no desperdició la oportunidad de beber hasta la última gota.



Poco después del amanecer, el grupo de Helmet llegó al borde del campamento de los vampiros. Se habían empleado a fondo para recorrer la distancia que separaba Felsted del castillo del rey. En cuanto alcanzaron las inmediaciones, dejaron a los soldados en el suelo. Youngblood y Hereward, exhaustos a la par que enfadados por haber sido transportados como fardos de pienso y abandonados mucho antes de alcanzar los muros, echaron a correr para ver al rey. Mientras tanto, Xwînxwar continuó hasta el salón del trono con Alistair en sus brazos y Bêwestan con Alana en los suyos. Los cuatro entraron sin anunciarse. Qiloçker y Wêranker sometieron a toda prisa a los pocos consejeros que allí se hallaban. Los hicieron salir y cerraron las puertas.

El corazón de Athelstan se paró al ver a Alistair en brazos del «No muerto».

—¿Qué ha ocurrido? —gritó fuera de sí, pero se tranquilizó un poco cuando lo vio abrir los ojos.

—¿Padre? —dijo algo aturdido.

—¡Llévadlo a sus aposentos!

Helmet imaginó que habían vuelto a ser atacados por las tropas de Abbadon, sin embargo, todo pensamiento quedó eclipsado al percibir la energía de la chica a la que Bêwestan tenía tapada la boca.

Antes de seguir al rey, que estaba a punto de salir de la sala del trono con su hijo, Helmet le preguntó a su guerrera:

—¿Quién es ella?

—Su esposa.

Athelstan los oyó justo antes de atravesar las puertas. Se giró hacia Xwîn y miró a Alistair. Parecía tener un poco más de color en las mejillas. Le pidió al vampiro que lo llevase a su alcoba y se dio la vuelta. Entró en el salón y cerró tras de sí.

—¿Qué has dicho? —se dirigió directamente a Bêwestan.

Alana trató de zafarse de su agarre, pero el miedo la tenía en gran parte paralizada. Bêw miró a Helmet, quien asintió para que hablara con libertad. Wêranker se colocó al lado de su señor, mientras que Qil se puso al otro lado de su pareja para observar a la chica que retenía.

—Dice que es la esposa de vuestro hijo —aclaró ella mirando al rey.

—¡Déjala hablar! —gritó él.

Ella apartó la mano de su boca. El empujón que le dio la Elegida la hizo retroceder un par de pasos. Aquello la sorprendió, pero negó al instante para darle a entender a su señor que solo había tropezado.

—¿Y bien? —añadió Athelstan furioso—. ¿Por qué mientes?

—¡No hago tal cosa, mi rey! —dijo muy angustiada—. El capitán Youngblood nos desposó hace cuatro días. Alistair me prometió delante de mis padres y del párroco de Felsted que vos nos daríais vuestra bendición y que el obispo nos casaría ante Dios.

Alana varió un poco la verdad y también decidió obviar todo lo que le había dicho el príncipe cerca del bosque antes de ser atacados. Ella debía redimir su situación como fuera. Si el rey los obligaba a formalizar el matrimonio, no tendría que vivir con aquella vergüenza el resto

de su vida. Y, además, debía proteger a su familia por encima de todo.

—Dime que no has yacido con él.

—Podéis estar seguro de que somos esposo y esposa. Yo confié en su palabra y en la de vuestro fiel capitán.

El rey la miró y torció el gesto. Después se giró hacia Helmet mientras se llevaba la mano a la frente. El vampiro entendió enseguida el problema que suponía que su hijo ya estuviera desposado. Puso los ojos en blanco un instante mientras negaba con la cabeza por las artimañas empleadas por el príncipe, única y exclusivamente para conseguir la honra de la muchacha.

—¿Estás en cinta?

—Solo hace cuatro días que nos desposamos y solo hemos yacido dos noches. No puedo saberlo.

Athelstan se mordió el labio inferior mientras pensaba en qué iba a hacer con ella. Si llegaba a saberse que su hijo había cometido semejante desatino, el trato con el duque de Normandía no tendría lugar. No estaba dispuesto a permitirlo. El futuro de Inglaterra dependía de aquella unión, así que dijo lo único que podía resolver esa situación.

—Bien. Creo que no me has dejado más opción que la de llevarte a donde perteneces. Espera fuera con ella —dijo mirando a Bêwestan.

La «No Muerta» volvió a pedir permiso con la mirada a su creador, quien asintió para que hiciera lo que el rey le había pedido. Después, Helmet ordenó a Qiloçker y a Wêranker que subieran a los aposentos del príncipe para proteger al heredero.

Una vez se volvieron a cerrar las puertas y los dos se encontraron a solas, el rey comenzó a caminar de arriba abajo.

—El futuro de vuestro hijo pende de un hilo —dijo el de la casa Drăgoi, sorprendido de que no hubiera subido aún para estar a su lado.

—Mi hijo acaba de cometer el peor error de su vida.

—¿Y esos esposales son válidos según vuestras costumbres?

Athelstan se detuvo en seco para atravesarlo con la mirada. Aquella reacción divirtió a su «invitado».

—¡Por supuesto que no! —Emitió un gruñido de desesperación—. Maldita sea..., ¡sí lo son! El verdadero problema es que si ella alumbró a un bastardo, eso no les gustará a los normandos en absoluto.

—¿Es que ellos no tienen bastardos?

—Sí, ¡claro que sí! ¡Maldita sea! —repitió.

—Entonces, no veo el problema.

—El principal consejero del duque es un creyente ortodoxo. Detesta la concupiscencia. Odiaba al anterior duque por haber cometido adulterio y ahora no soporta a la hermanastra del niño, por eso es la moneda de cambio para acceder a su ejército. ¿Comprendéis?

—Ya veo. Si se llega a conocer la imprudencia de vuestro hijo, eso os dejaría en mal lugar.

—¡Y tanto! ¡Puede incluso que ese malnacido le pidiera al papa que anulase el matrimonio! ¿Sabes lo que eso supondría?

—Pero no se han desposado aún por la Iglesia.

—Según lo que ha dicho ella, no. Sin embargo, es cuestión de tiempo que su párroco se lo comuniqué al obispo. Siempre y cuando no lo haya hecho ya.

El vampiro sonrió de forma imperceptible y asintió.

—Bien, entiendo la situación. Solo os queda una posibilidad. En base a nuestro nuevo

pacto, ¿qué deseáis hacer con ella?

Athelstan lo miró con los ojos desorbitados. Por una parte, quería quitarla de en medio. Por otra, tal vez ya estuviera gestando a su nieto bastardo en las entrañas. Si eso llegaba a saberse, su reino y su descendencia correrían grave peligro.

—Metedla en la mazmorra más oscura hasta que se pudra, traiga lo que traiga.

—Por supuesto. «Mi rey...».

Helmetladeó la cabeza y se dirigió a la puerta. Nada más salir, le hizo un gesto a su acólita para que se apartara unos pasos de la muchacha. Alana se quedó en mitad de la enorme entrada abrazándose a sí misma mientras veía cómo él le susurraba algo que no alcanzó a oír. La vampira asintió, sabiendo de inmediato dónde iba a dejarla hasta que sus días llegaran a su fin.

El rey pasó por delante y Helmet se le unió. Las dos observaron cómo se perdían escaleras arriba.

—Ven, «princesa» —dijo con sorna Bêwestan—. Voy a llevarte a tus aposentos.

Alana sintió un escalofrío al oír su tono de voz.

—No. Quiero regresar a mi hogar.

Trató de echar el paso, pero la «No Muerta» se lo impidió. En esto, llegaron Youngblood y Hereward.

—¡Malditos! —gritó Landon a la acólita de Helmet—. ¿Por qué nos habéis dejado a las afueras del campamento?

—No somos mulos de carga —se burló Bêw.

—¿Dónde está Alistair? —exigió.

—Arriba.

—Capitán —se interpuso la Elegida en su camino—, llevadme de vuelta a mi casa.

—Niña, el juego se acabó. —La apartó de un empujón y Hereward lo siguió hasta la alcoba del heredero.

Alana notó cómo se le cerraba la garganta. La vampira avanzó hacia ella mirándola como si fuera solo un trozo de despojo.

—¡No! —gritó muerta de miedo.

Bêwestan la sujetó con fuerza del brazo y la llevó a rastras hasta las escaleras opuestas por donde se había marchado el rey.

—¡No! Dejad que me vaya, ¡soy inocente! —pidió desesperada.

—Eso haberlo pensado antes de engañar al príncipe con tus malas artes, ¡bruja! —La cogió en volandas.

Alana se retorció para zafarse de su agarre, pero aún no creía en sí misma ni en que pudiera acabar con cualquiera de ellos. Bêw, cansada de aquella actitud infantil, dejó que apoyara los pies en el suelo y le asestó un puñetazo. Aquello tomó por sorpresa a la Elegida, quien cayó de bruces. Se llevó la mano a la cara y acabó vomitando de puro terror.

—¡Qué asco! —dijo mientras la agarraba de cabello sin cuidado.

—¡Ahh! ¡Soltadme! ¡No he hecho nada! —rogó sin éxito mientras las lágrimas inundaban su rostro.

—¡Calla o te arrojaré por las escaleras!

Bêwestan la soltó para ponerla delante, obligándola a empujones a descender a los infiernos.

En cuanto el carcelero sometido las vio, se puso en pie.

—¡Abajo! —ordenó.

Él cogió la antorcha y desaparecieron hasta llegar a las celdas del segundo nivel. Alana,

situada entre Bêw y el soldado, se dio la vuelta y trató de apartarla para huir, pero la vampira se lo impidió mientras reía.

Al entrar, un fuerte olor a humedad, corrosión y podredumbre inundó la respiración de la Elegida.

—Busca una celda vacía —le ordenó la guerrera al hombre.

—El resto están inundadas.

—Pues, mejor aún. ¡Métela en esa! —Señaló la de Nîga—. Bienvenida a tu nuevo hogar, «princesa».

—¡Maldita bastarda! —gritó la «No Muerta» encerrada—. ¡Déjame salir y lucha conmigo!

Bêw le arrebató la llave al soldado. En un parpadeo, abrió la puerta, empujó a Alana dentro, que chocó de mala manera con la guerrera, y volvió a cerrarla.

Oskar vociferó que los dejaran salir. Exigía ver al vampiro que les había prometido ponerlos en libertad. Con tanto jaleo, Thyra despertó. Cada vez se encontraba peor, así que tardó un poco más de lo normal en enfocar la vista. Al reconocer a Alana, sintió que el suelo se abría para arrastrarla hasta la mismísima morada de Mørket.

Ignorando las súplicas y las exigencias de los que dejaban atrás, Bêwestan y el soldado se marcharon con la antorcha y sumieron a los cuatro en la más profunda oscuridad. La Elegida no los reconoció. Apenas podía ver nada. De pronto, oyó su voz. Creía que solo era capaz de escucharla en la mente, hasta que su compañera de celda la instó a responder.

—¿Thyra? —preguntó destrozada.

—¡Por los Altos Guardianes, Alana! ¿Qué haces aquí?

—Estoy aquí por tu culpa —dijo con rabia mientras se limpiaba las lágrimas—, ¡porque confíe en ti! El príncipe me ha engañado. Tu visión era solo un sueño, ¡y me han encerrado para que muera en este agujero!

—No puede ser...

—Y tanto que sí —ironizó Nîga para desgracia de todos—, de modo que poneos cómodos. Sobre todo tú, «princesa» —se burló.

Oskar volvió a tirar de los barrotes mientras Thyra se dejaba caer en el suelo. El destino de los cuatro acababa de sellarse, y solo un milagro podría cambiarlo.



Los padres de la Elegida se despertaron cuando la escaramuza estaba en pleno apogeo. Al no encontrar a Alana en su alcoba, Fairfax decidió salir a buscarla, pensando que estaría en el río. Al abrir la puerta, vio a lo lejos la refriega. Su hija se dirigía hacia el príncipe, que estaba en el suelo. Unos hombres vestidos con ropas oscuras luchaban contra otros con lo que le pareció dagas o con sus propias manos.

—¡Alana! —gritó angustiado.

Leala se asustó al oírlo. Fue hacia la puerta y salió tras él. Al contemplar el baño de sangre, todo empezó a darle vueltas. Su corazón se detuvo cuando distinguió a su pequeña arrodillada en el suelo. Miró a su esposo y dejó caer al suelo el paño con el que se estaba secando las manos.

—¡Yo la salvaré, Fairfax!

Echó a correr a toda prisa. Él trató de alcanzarla, pero Leala era demasiado veloz como para poder siquiera ponerse a su altura. Ninguno pudo llegar a tiempo para evitar que aquellos seres se llevaran a su hija, al príncipe y a los dos soldados. Ella dejó escapar un grito desgarrador mientras caía al suelo de rodillas.

Poco tiempo después, el pobre campesino, agotado tras la carrera, se agachó a su lado.

—¿Dónde está Alana? —le preguntó mientras la ayudaba a ponerse en pie.

—¡La han raptado! ¡A todos ellos!

De pronto, oyeron el lamento de alguien que pedía ayuda. Se giraron hacia donde venía la voz. Ambos sintieron un escalofrío al verlo malherido y cubierto de sangre.

—¡Padre León! —dijo el campesino, impresionado.

—¡Ayuda...! —susurró al escuchar su nombre. Una neblina espesa comenzó a cegarle.

—¿Qué ha ocurrido? —gritó Fairfax mientras le quitaba de encima algunos restos de cuerpos desmembrados.

—Vam...piros. —Tosió de forma agónica al tiempo que trataba de incorporarse—. Se la han llevado los vampi...

León no logró decir nada más. Puso los ojos en blanco y perdió el conocimiento. Leala le pidió que lo llevara a casa. Ella regresó a toda prisa y comenzó a preparar el ungüento de hierbas entre tanto ponía agua a hervir. Durante todo el camino, el padre recobraba y volvía a perder la consciencia. En el tiempo que permanecía con los ojos abiertos, no dejaba de farfullar que se habían llevado a la Elegida. Fairfax caminó todo lo rápido que pudo. Al fin llegó y dejó al herido en la cama de su hija. Leala ya tenía listo aquel remedio que le había enseñado su propia madre hacía años. Era el mismo que había empleado con la princesa Thyra. El emplaste servía para curar infecciones y ayudaba a que las heridas se cerraran más rápido.

Cuando entró en la alcoba, miró a su esposo. Él mostró un semblante serio mientras negaba despacio. Se acercó al sacerdote y pudo comprobar cómo la vida se le escapaba. Su tez estaba completamente demacrada y su cuerpo parecía no responderle.

—Dudo que sobreviva —dijo apenado.

—Eso no lo sabemos —respondió decidida a hacer cuanto pudiera para no dejar que muriese—. Ayúdame a quitarle el hábito.

—Pero Leala...

—¡Pues quítaselo tú y tápalo con la manta! He de lavarle las heridas del cuello o morirá.

Se dio la vuelta y él hizo lo que le había pedido.

—Ya puedes.

Ella lo miró solo un instante antes de pasar un paño limpio y húmedo por las hendiduras. Se sorprendió al ver que tenía unas marcas extrañas a la altura de la garganta, como si hubiera sido mordido por un animal.

—¿Qué es esto? —dijo en voz alta.

Fairfax se acercó para verlas mejor.

—Parecen los colmillos de un lobo.

La madre de Alana volvió a limpiar la herida. Después la secó con cuidado y la cubrió con el emplaste.

—Esperemos que esto lo ayude —agregó mientras cerraba los ojos y rezaba una plegaria.

—¿A dónde crees que se los han llevado?

—No lo sé, Fairfax.

—El padre León dijo antes de desmayarse que eran vampiros. Jamás imaginé verlos en nuestra amada Inglaterra. ¿Crees que fueron esos los que atacaron al príncipe cuando Alana lo salvó?

—Puede ser. —Se cubrió la boca con la mano y ahogó un sollozo.

—La encontraremos —dijo él, abrazándola.

—¿Cómo? No somos soldados y tampoco podemos pagar un rescate. Temo que esta vez

no regrese.

—Pero ella es... Ella es...

La mujer lo miró con los ojos anegados en lágrimas.

—La Elegida. Ahora ruega porque tenga la fe suficiente como para creérselo.

Fairfax la abrazó con fuerza mientras miraba al padre León debatiéndose entre la vida y la muerte. Lamentó que Alana no estuviera allí para salvarlo. De repente, un pensamiento lo dejó sin aliento: si su hija no confiaba en quién era, puede que incluso ella no fuera capaz de salvarse a sí misma ni cumpliera su destino.

Cerró los ojos y rogó porque aquello no se cumpliera.



Athelstan, seguido de Helmet, entró en los aposentos de Alistair. Allí lo encontró tumbado en la cama, aunque con mejor color en las mejillas. Se acercó a él y lo sujetó sin miramientos del mentón. Después le giró a un lado y a otro la cara antes de soltarlo.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó con un tono que sorprendió al heredero.

—Mejor, aunque estoy un poco aturdido. Uno de los del otro bando me atacó, pero el peto debe de haber parado el golpe.

—Me gustaría hablar con mi hijo en privado —dijo mirando al «No Muerto», que les hizo un gesto a Xwînxwar, Wêranker y Qiloçker para que salieran de la habitación.

El rey esperó a que se marcharan y aceptó de mala gana que Helmet permaneciera en la estancia. De todos modos, no le quedaba otra.

—Bien, ahora me vas a contar lo que ha ocurrido de verdad.

Alistair le relató una versión de lo acontecido en las últimas jornadas. Athelstan negó y chasqueó la lengua, cada vez más enfadado por la sarta de mentiras que estaba oyendo de sus labios.

Por supuesto, su hijo había olvidado mencionar a la ramera que aseguraba ser su esposa y que él había enviado a las mazmorras. Cansado de escuchar sandeces, miró al vampiro, que entendió a la primera lo que le estaba pidiendo. Este se acercó al príncipe y sometió su voluntad con unas pocas palabras.

Tras oír la verdadera historia, Athelstan asintió para que lo liberara.

—Entonces, ¿la chica que dice ser tu esposa miente? —soltó el rey.

—¿Cómo dices? —dijo Alistair, que abrió los ojos de golpe.

—¡La zorra que han traído los suyos! —gritó mirando a Helmet—. ¡La que dice que Youngblood os desposó!

—Padre, yo... Bueno, ese casamiento no es legal. Nada de eso tiene validez, ¿verdad?

—¡Claro que sí lo es! ¡Maldito ignorante! ¡Y el hijo que puede llevar en sus entrañas también lo es!

—Yo le he prometido un cofre de oro. Con eso bastará.

—¿Es que te has convertido en un idiota desde que saliste por esa puerta? —vociferó—. Si los normandos se enteran de que tienes un vástago fuera del matrimonio, ¡pueden cancelar el enlace con la bastarda!

—Pero si ella también es...

A Alistair no le dio tiempo de acabar la frase. Su padre se acercó y le cruzó la cara. Él se llevó la mano a la mejilla mientras veía cómo le gritaba.

—¡Eres un maldito iluso! ¡Tanto te costaba mantener el rabo dentro de los pantalones!

—Padre, yo...

—¡Cierra la boca! Has hundido la vida de esa pobre infeliz por un simple revolcón. ¡Tú eres el único culpable de lo que me has obligado a hacer!

—¿Qué te he obligado a hacer? ¿De qué estás hablando? ¿Dónde está Alana? —dijo el heredero, incorporándose en la cama.

Un par de golpes en la puerta los interrumpió. Youngblood y el capitán Hereward aparecieron sudorosos y manchados de sangre de arriba abajo.

—Mi rey —dijeron ambos, hincando una rodilla en el suelo.

—¡Por los clavos de...! ¿Qué diablos os ha pasado? ¿Por qué no habíais llegado aún?

Ambos se pusieron en pie y Landon respondió por los dos.

—Sus vampiros —dijo mirando con desprecio a Helmet— nos han dejado a propósito a las afueras del campamento.

El rey dejó escapar un suspiro de cansancio mezclado con hartura.

—Ahora explícame por qué no debería degollarte por haber permitido esa farsa de casamiento solo para contentar a mi hijo.

El capitán miró a su pupilo y entendió que el engaño ya había sido descubierto. Se volvió hacia el rey con determinación.

—Señor, solo es una campesina. No traerá problemas.

—No traerá problemas... —repitió despectivamente—. ¿¡Te parece poco problema que pueda parir a un maldito bastardo!? ¿Acaso tú también tienes la cabeza tan vacía como él? —preguntó, señalando a su hijo.

—Lamento si esto puede causar algún inconveniente.

—Sí, lámentate y con eso está todo solucionado. ¿Y tú, Hereward? ¿No pudiste impedir esta locura?

—Cometí un error, mi rey —dijo bajando la cabeza.

—Idiotas... ¡Estoy rodeado de idiotas! —vociferó Athelstan con unas ganas terribles de estrangular a los tres.

Otros golpes en la puerta volvieron a cortar aquella dura reunión.

—Mi rey —dijo un sirviente—, acaba de llegar un emisario de Abbadon de la casa Ursu.

—El que faltaba... —soltó mirando hacia el techo.

Helmet apretó la mandíbula y se volvió hacia él con una expresión que lo preocupó al instante.

—¿Te ha dicho algo? —preguntó al muchacho.

—No, señor. Pero ha exigido hablar con vos, solo con vos. Os espera en la sala del trono.

—¡Pues que espere un poco más!

El vampiro negó para que no se demorara. Athelstan cerró un instante los ojos y giró la mandíbula inferior hacia un lado en señal de estar a punto de explotar.

—Creo que es mejor oír lo que tiene que decirnos —soltó Helmet, que aún no se había pronunciado en la conversación.

—Dile que bajaré enseguida.

—Sí, señor.

El sirviente cerró la puerta y Alistair aprovechó para poner los pies en el suelo. Aún no sabía si sus piernas aguantarían su peso.

—Padre, ¿dónde está Alana?

—Ahora no es el momento de hablar de eso. Te quedarás aquí hasta que decida qué voy a hacer contigo.

—No, ¡exijo saber dónde está! Ella no tiene la culpa de nada de esto. Si se ha quedado en

cinta, entregaremos el niño a la iglesia.

—Eres tan estúpido que me avergüenzo de que seas mi hijo. Tú —gritó mirando a Youngblood—, no dejes que salga de aquí. Y tú —le ordenó a Hereward—, ¡regresa al campamento ahora mismo!

El capitán asintió ante esa orden. Al verlo salir, Alistair empleó todas sus fuerzas para ponerse en pie. Sonrió levemente al conseguirlo.

—Padre, ¡dime ahora mismo dónde está! —volvió a exigirle.

Athelstan le hizo un gesto a Helmet, que lo siguió hasta la puerta. Justo antes de salir, se giró hacia Alistair.

—En las mazmorras, maldito necio.

Cerró de un portazo antes de que el heredero llegara hasta él. Su tutor lo detuvo mientras gritaba que la sacaran de allí.

Mientras el rey bajaba las escaleras con el vampiro, no dejaba de pensar en que sus vidas habían empeorado mucho tras su llegada.

—¿Qué es lo que querrá Abbadon? —le preguntó a Helmet con un tono de desprecio.

—Todo.

Athelstan lo miró antes de entrar en el salón del trono. Estaban a punto de conocer las verdaderas intenciones de su peor enemigo.



El soldado encargado de alimentar a los cautivos se perdió escaleras abajo para llevar la primera bandeja. El carcelero que se encargaba del piso superior lo vio. Se acercó hasta la puerta que daba acceso a las celdas abandonadas y se quedó extrañado al ver dos bandejas en el suelo. No tenía conocimiento de que hubiese más presos.

Al escuchar los pasos de su compañero, lo esperó.

—¿Qué haces? —preguntó intrigado.

—Tengo orden de alimentar a los prisioneros.

—¿Están en las celdas de abajo?

—Claro.

—Ya veo, a mí me han ordenado lo mismo —mintió. Se moría por saber quiénes estaban encerrados en semejantes condiciones.

—A mí no me han informado de eso —respondió el sometido.

—Me han dicho que te lo comunicarán más tarde —dijo lo primero que se le ocurrió.

—Bien, coge esa bandeja. Yo bajaré la otra.

El carcelero agarró otra antorcha y lo siguió. El golpe de hedor que recibió casi le hizo cambiar de opinión, aunque tenía demasiada curiosidad como para dar marcha atrás. Aquella completa oscuridad se vio invadida por la luz que desprendían las dos teas.

—Vaya, ¿qué tenemos aquí?

Oskar se levantó y exigió que llamaran al que había prometido sacarlos de allí. Thyra lo miró sin decir nada. Estaba demasiado débil como para quejarse. El carcelero ignoró las quejas de aquel infeliz y continuó hasta la última celda. Allí había dos chicas preciosas. Reconoció las vestimentas de una de ellas, que eran idénticas a las que portaban los invitados del rey. La otra, sin embargo, llevaba un vestido simple de campesina. Metió la antorcha entre los barrotes para verla mejor. Se quedó impactado al ver lo bellísima que era. De pronto, se le ocurrió un plan para aprovechar aquella situación.

—Oye —dijo mirando al otro—, creo que podríamos disfrutar de un buen rato.

El sometido lo entendió al ver el movimiento que hizo con las caderas. Sonrió y elevó las cejas en señal de que le parecía bien.

—Dame las llaves.

Nîga se puso en pie. Si aquel loco abría la puerta, ella podría escapar. El carcelero leyó sus intenciones.

—Los tuyos custodian la salida de las mazmorras. Aunque escaparas de aquí, no llegarías muy lejos.

—Tal vez, pero podría desgarrar tu cuello por diversión.

—O puedes dejar que disfrute de ella y «tal vez» —enfaticó ambas palabras—, procure distraer a los que están en la entrada al amanecer y se me olvide cerrar la puerta.

El soldado no dijo nada, puesto que Bêwestan había olvidado darle la orden de que no volviera a abrir aquella celda.

—Trato hecho —acabó diciendo la desertora.

—¡No! —gritó Alana.

—¡Déjala en paz! —susurró Thyra con la cabeza apoyada en los barrotes.

—Si la tocas, ¡te mataré! —amenazó Oskar.

El carcelero desoyó las voces y abrió la celda. La vampira se quedó sentada mientras los dos sacaban a rastras a Alana.

—¡No! ¡Soy la esposa del príncipe! ¡Alistair! —chilló desesperada.

—¿¡No me digas que eres la «princesa»!? —Rio el que había iniciado todo aquello.

—Alistair os hará degollar.

—Por supuesto, «princesa» —recalcó—. Ya veo que pronto vendrá a vuestros aposentos reales.

El soldado la sujetó de los brazos mientras el otro trataba de subirle las faldas. Alana se revolvió como pudo. Durante un instante, perdió toda esperanza. Ese iba a ser el futuro que le esperaba por la lujuria del heredero, y ninguno de los que allí se encontraban podría evitarlo.



Athelstan se sentó en el trono. Disimuló para que sus facciones no mostraran preocupación, sino fuerza y determinación. Los consejeros, que fueron llamados para estar presentes en esa audiencia, se situaron a su derecha. Helmet, sin preguntar siquiera, se sentó a su izquierda, parapetado por sus cuatro fieles guerreros detrás.

El emisario de Abbadon tampoco expresó ninguna emoción en su rostro, pero fue muy prudente al esperar que le permitieran hablar.

—Adelante, dime qué es lo que quiere comunicarme vuestro señor —exigió el inglés en un tono frío.

—Mi amo me ha enviado para informaros de que llegará al mediodía con su ejército. Desea tener una audiencia con vos.

—¿A mediodía? ¡Ya casi es mediodía! —gritó enfadado.

—Somos muy rápidos y vos habéis tardado demasiado en recibirme —añadió mientras trataba de no sonreír.

El rey miró a Helmet, quien tenía el rictus de alguien que está a punto de despedazar a otro.

Un sirviente apareció con el rostro demudado.

—¿Qué ocurre ahora? —gritó Athelstan fuera de sí.

—Señor, sus invitados acaban de llegar.

Al chico no le dio tiempo de recibir una respuesta. Como si de la misma muerte se tratara, un séquito de veinte enormes vampiros entró en el salón sin esperar la venia.

Conforme avanzaban, la luz que iluminaba la sala comenzó a debilitarse. Unas nubes espesas coparon el cielo de forma inexplicable y una fuerte lluvia hizo acto de presencia mientras el viento silbaba, haciendo temblar las vidrieras.

El emisario se inclinó hacia él y se apartó a un lado. Abbadon sonrió al ver la cara de sorpresa de los presentes. Aunque la que más le satisfizo fue la de Helmet.

Sus dos generales iban a su par. Rău se encontraba a su derecha, mientras que su otro perro fiel, Erke, caminaba a su izquierda. Detrás, otros cuatro capitanes y una comitiva digna del mejor noble, aunque ninguno de ellos lo fuera.

—Rey Athelstan —dijo con un acento muy cerrado y en un tono que erizó la piel de todos los presentes con sangre caliente en las venas.

—Abbadon —respondió él, elevando el mentón como gesto de superioridad.

—He venido a hacer un trato con vos.

—Os lo agradezco, pero ya tengo uno cerrado con...

—No me habéis entendido bien —lo cortó el vampiro—. He venido para que engroséis y alimentéis a mi ejército.

Los consejeros se miraron entre sí sin entender a qué se refería. El rey no respondió, sino que se volvió hacia Helmet.

—«Hermano» —dijo este con sorna—, ¿sabe padre que estáis aquí?

—Padre tiene sus planes y yo los míos.

Qiloçker estaba a punto de saltar por encima de su señor ante la cara de prepotencia que le estaba dedicando Rău.

—¡Lo que pedís es intolerable! —vociferó el rey.

Abbadon le mostró los colmillos antes de contestar.

—Lo que pido es una nimiedad para lo que quiero conseguir.



Alistair discutió por enésima vez con Youngblood, que se negaba a cumplir sus órdenes. El capitán le había repetido sin descanso que los días de juego habían acabado, por lo que no volvería a aceptar ninguna de sus demandas hasta que el rey le dijera lo contrario.

—¡Sé razonable! —pidió el heredero, que había dejado de exigirle hacía bastante rato.

—¡Sé razonable tú! —replicó Landon, tuteándole por primera vez, cansado de escuchar sus quejas—. ¿Quieres que tu padre acabe con mi vida? ¡Porque eso es lo que hará si permito que salgas por esa puerta!

Un par de golpes los sobresaltó. El tutor abrió de malos modos.

—Príncipe Alistair, el rey os reclama en la sala del trono —dijo el sirviente—. Me ha ordenado que os acompañe.

El heredero miró Landon, que asintió con seriedad. Los tres avanzaron por el pasillo hasta llegar a las escaleras. De un empujón, Alistair apartó al muchacho, que cayó al suelo antes de alcanzar el primer peldaño. Desoyendo la advertencia de su mentor, bajó los escalones de dos en dos para tratar de alcanzar el camino hacia las mazmorras.

Entre voces y maldiciones, Landon apretó el paso hasta que logró alcanzar el borde de sus ropas. Tiró con tanta fuerza tratando de retenerlo que la inercia hizo que ambos cayeran hacia atrás. Alistair aprovechó las circunstancias para ponerse en pie de nuevo. Saltó al siguiente escalón, pero le falló el equilibrio y cayó rodando el largo tramo que llevaba hasta la entrada al

castillo.

—¡Alistair! —gritó Youngblood con desesperación.

El mundo se detuvo para Landon al ver que un charco de sangre comenzaba a rodear la cabeza del heredero. El tiempo se ralentizó mientras se acercaba a él. Aunque se apresuró todo lo que pudo para llegar a su lado mientras pedía ayuda, supo que aquello sería su fin.



Alana se revolvió una vez más. El carcelero no entendía de dónde sacaba la fuerza, pero estaba empezando a hartarse, así que sacó de nuevo la daga y la amenazó con ella.

—¡O te dejas o te cortaré el cuello!

—¡Jamás! —gritó a todo pulmón.

Thyra trató de comunicarse con ella, pero le fue imposible. Aterrada por lo que estaba a punto de suceder, dijo lo último que debería haber compartido delante de una «No Muerta».

—¡Sois la Elegida, Alana! Ellos no son rivales para vos. ¡Luchad!

La errante cayó de rodillas. Sacó el brazo con la esperanza de alcanzar la pierna del soldado, pero no logró agarrarlo.

—¡Luchad, Alana! —gritó Oskar—. ¡Luchad porque el futuro de todos depende de vos!

Nîga levantó la cabeza al oír aquellas palabras. Se acercó a la puerta, que seguía abierta, y observó cómo trataban de mancillar a la humana. Aun siendo una situación que había presenciado miles de veces y no le interesaba lo que iba a suceder, le picó la curiosidad por saber a qué se referían los dos que estaban enfrente. De pronto, se fijó en ellos. Entreabrió los labios al reconocer qué eran. No supo por qué esa idea se le pasó por la cabeza, pero recordó el pacto que existía entre vampiros y errantes. Tal vez pudieran ayudarse mutuamente.

Los dos la tiraron al suelo. El carcelero le pasó la daga al soldado, quien se la puso en el cuello.

—¡Estate quieta y lo disfrutarás! —dijo mientras apretaba el acero contra su garganta.

—¡Alana, podéis hacerlo! —susurró Thyra sollozando—. ÉL está en vos. ¡ÉL está en vos! —gritó con todas sus fuerzas.

La Elegida cerró los ojos y dejó de luchar. Dos lágrimas se le escaparon mientras decía en voz baja:

—No existe mayor honor.

Sin esperararlo, y aprovechando que el carcelero había comenzado a bajarse las calzas, le asestó una patada en la entrepierna. El hombre cayó al suelo mientras se cubría con las manos. El otro, al recibir el impulso que ella había propiciado hacia atrás, hundió la daga en su garganta, desgarrándola.

—¡No! —gritaron Thyra y Oskar al mismo tiempo.

La vampira se relamió los labios y aprovechó la situación para lanzarse a su cuello tras empujar al soldado contra la pared del fondo.

—¡No lo hagáis! —chilló la errante.

De pronto, Nîga se apartó de ella para vomitar cuanto había bebido. El que había recibido la patada consiguió ponerse en pie y se quedó helado al ver lo que estaba ocurriendo.

Cuando la vampira cesó de escupir la sangre, miró hacia la celda de la princesa.

—¿Qué es ella? —Se acercó a los barrotes y la sujetó de las ropas.

—Tu salvación y la mía.

—¿Qué quieres decir?

—¡Ella no puede morir! —dijo desesperada.

—¿Es que pretendes...? ¡No he podido beber su sangre!

—Pero tal vez ella sí pueda beber la vuestra.

Nîga se giró hacia Alana, que tenía las manos alrededor de la garganta y trataba de respirar. La Elegida pensó en que quizás ella misma pudiera salvarse y trató de imponerse sus propias manos; pero estaba tan débil que solo consiguió perder más sangre.

—¡Hazlo y juro que te protegeré con mi propia vida! —se comprometió Thyra.

La «No Muerta» la miró un instante y aceptó aquel juramento como algo sagrado. Si conseguían salir de allí, quizás pudiera encontrar el asentamiento del que le habían hablado.

—Está bien. Confío en tu palabra.

—Una Ragnasson jamás incumple una promesa.

Nîga reconoció las facciones de Eirik en aquella chica. Asintió sin más y se acercó en un suspiro al soldado que estaba inconsciente en el suelo para arrebatarle la daga. Después regresó junto a Alana.

El carcelero que había empezado todo aquel caos trató de agarrarla por detrás, ella se giró y le partió el cuello con las manos. Volvió a arrodillarse para mirarla más de cerca. Sin perder un instante, se remangó un puño de la chaqueta hasta el codo y se cortó el antebrazo con la daga. Sujetó la cabeza de la Elegida y la hizo beber su sangre.

Ella trató de girar la cabeza a un lado y al otro para no hacerlo, pero no tenía fuerzas. La vampira le sostuvo el mentón y la obligó a tragar.

Nada más paladear aquel líquido con sabor a metal y muerte, comenzó a convulsionar.

—¡Alana! ¡No os resistáis! —dijo la princesa entre sollozos.

—Thyra, ¿¡qué has hecho!? —exclamó Oskar, que no podía creer lo que acababa de negociar.

Nîga la dejó en el suelo y se giró hacia la errante.

—Te lo he advertido.

De pronto, la «No Muerta» se giró hacia donde daban las escaleras. Oyó perfectamente lo que gritaban en el piso superior, pero no daba crédito a que pudiera ser verdad.

—¿Qué ocurre? —preguntó el de la casa Isaksen.

Alana inspiró profundamente y se incorporó de golpe. Incluso con la poca luz que ofrecían las dos antorchas, los tres pudieron ver que la herida de su cuello comenzaba a cerrarse.

Miró a la vampira y preguntó:

—¿Qué es lo que están diciendo?

—Que el heredero ha muerto, «princesa».



Las voces de auxilio de Landon alertaron a los sirvientes. Unos corrieron en su ayuda, otros vociferaban que el heredero había muerto. Cogió en sus brazos a Alistair mientras le pedía insistentemente que se despertara.

—¡Avisa al rey! —le gritó a una joven que llevaba una bandeja.

La chica dejó caer el vino y corrió hacia la sala del trono.

—¡Mi rey! —gritó, haciendo que todos los ojos de aquel salón se volvieran hacia ella—. ¡El príncipe está muerto!

Abbadon miró Rău, que negando con la cabeza le daba a entender que ninguno de los suyos era responsable de aquello.

Athelstan se levantó de golpe y Helmet lo siguió. Xwînxwar, Qiloçker, Bêwestan y Wêranker pasaron por delante del séquito. El recién llegado ordenó a sus guerreros que esperaran

y salió a toda prisa tras el resto acompañado de sus generales.

Al llegar a los pies de la escalera, se encontraron con Youngblood, que tenía al heredero entre sus brazos.

—¿Qué demonios ha pasado? —gritó el rey.

—Ha sido un accidente, ¡os lo juro por mi propia vida! —se defendió—. Quería escapar, pero ha tropezado y rodado escalera abajo. Se ha golpeado la cabeza...

Athelstan se agachó muy preocupado. La sangre del suelo no dejaba dudas de que estaba muy mal herido.

El de la casa Drăgoi se acercó y le puso la mano a la altura del corazón.

—Aún late —dijo mirando al inglés—, pero está muy débil.

—¡Llévalo a sus aposentos! —ordenó el rey.

Helmet les hizo una señal a Qiloçker y a Bêwestan, quienes se lo arrebataron a Landon para llevarlo a sus aposentos mientras el tutor trataba de alcanzarlos.

Antes de dejarlo marchar, Abbadon retuvo a Athelstan.

—Si muere, no podréis formar la alianza con el francés —le advirtió.

—¡Y qué me importa eso ahora!

—Yo puedo salvarlo.

—¡Tú no puedes hacer tal cosa! —gritó el otro «hijo» de Mørket.

—Este es mi nuevo trato, rey —dijo el líder de la casa Ursu con voz grave—: salvaré a vuestro hijo y vos estaréis bajo mi mando.

Athelstan se giró hacia Helmet, que negó con firmeza.

—¿Tú no puedes salvarlo? —preguntó exasperado.

—No se nos permite. Os engaña. Si le dejáis hacer esto, le pertenecerá para siempre.

—Pero vivirá —puntualizó Abbadon, dibujando una mueca de satisfacción.

—¿Podrá engendrar un heredero? —preguntó el rey coaccionado por la situación.

—Todo dependerá de su naturaleza.

—Os miente, mi rey.

—¡Yo no soy tu rey! —gritó a Helmet, a quien le había perdido el respeto nada más decirle que no ayudaría a su hijo—. Jamás lo he sido, y en este instante nuestro trato queda anulado. —Se giró a Abbadon y suplicó—: ahora, salvad a mi hijo.

El vampiro mostró los colmillos. Athelstan subió las escaleras corriendo y dejó allí al de la casa Drăgoi junto a sus fieles servidores Xwînxwar y Wêranker.

—El rey ha cometido un error —dijo Xwîn.

—Lo sé, y esto vuelve a cambiar las reglas del juego. —Sonrió abiertamente—. Ten completa seguridad de que haré todo lo posible para que Mørket se entere de que su preferido acaba de incumplir una orden.

Los tres se dirigieron con parsimonia a la alcoba del príncipe, ninguno quería perderse cómo su peor enemigo convertía a aquel joven en la peor pesadilla de su amado padre.



Alana trató de ponerse en pie. Nîga se acercó para ayudarla. La Elegida la empujó sin apenas rozar su cuerpo, sin embargo, ella acabó al fondo de la mazmorra incrustada en la gruesa piedra.

El alarido que soltó por el dolor que le causó el golpe hizo que Oskar y Thyra se giraran hacia ella.

—¡Alana! —dijo la errante justo antes de desplomarse.

—¿Qué le ocurre? —preguntó mirando a su prometido.

—Está herida. Deben de haberle golpeado en la cabeza con acero *dojehî*. Puede que tenga dentro un fragmento.

—¿Por qué no me lo dijo antes? —gritó enfurecida.

—¿Y cómo iba a hacerlo?

Ella lo miró entendiendo que Thyra no le había contado nada de su conexión. Asintió y se acercó a la puerta de su celda. Puso las manos y arrancó de cuajo los barrotes.

—Ven, ¡ayúdame!

Él se quedó estupefacto al ver lo que acababa de hacer. La siguió y vio repetir la misma acción con las rejas de la otra celda.

La vampira se quedó en el suelo sin entender qué estaba pasando.

—¡Thyra! —Oskar la cogió en brazos con delicadeza. Ella no respondió.

Alana trató de distinguir algo, pero allí no había luz suficiente, así que le pidió que la sacara de allí. El errante la dejó en el suelo cerca de las antorchas y sujetó una para que la Elegida pudiera ver mejor.

—No sé qué ha hecho en mí su sangre maldita —dijo mirando a la vampira un instante—, pero trataré de salvarla. Deja ahí la antorcha y sujétale la cabeza.

Él asintió con el corazón bombeándole muy fuerte. Sus ojos empañados mostraban su miedo a perderla. Llevaban demasiados días encarcelados y temía que el amor de su vida no pudiera sobrevivir por culpa de aquella herida.

—Tened fe, Alana —rogó Oskar.

Ella lo miró, pero no dijo nada. Con sumo cuidado, buscó el corte en su cabeza. El pelo estaba manchado de sangre y dificultaba la visión. De pronto, vio una zona ennegrecida, así que supuso que ese era el punto de impacto donde, probablemente, se había incrustado el fragmento.

Trató de tranquilizarse porque su cuerpo y su mente iban mucho más rápido de lo que había sentido nunca.

Cerró los ojos para poder concentrarse.

Pensó en Thyra, en su sonrisa. En sus buenas intenciones. Volvió al momento de su transformación. Al instante en el que sus destinos quedaron unidos para siempre.

Una punzada le atravesó el pecho al verla en ese estado, casi a punto de morir. Se arrepentía de haberla acusado de ser la culpable de sus propias decisiones. La princesa era un alma pura, y todo su ser le respondió a la pregunta que no había dejado de hacerse. «Ella nunca te traicionaría», oyó en su interior.

Dejó escapar el aire entre sus labios y colocó ambas manos a la altura de la laceración. Ante los ojos atónitos del errante y la vampira, que se había acercado cojeando para saber qué iba a hacer, vieron cómo un pequeño fragmento negro salía de la herida. Oskar lo apartó para evitar que volviese a entrar en el corte, pero este empezó a curarse hasta quedar completamente cerrado.

Thyra pestañeó varias veces antes de poder enfocar la vista. En cuanto vio a Oskar, sonrió.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con la boca pastosa.

—Te ha salvado la vida —dijo él mirando a Alana.

La errante pensó cuánto sentía haberse equivocado y no pudo evitar que dos lágrimas recorrieran su manchado rostro.

«Lo siento», se dijo compungida.

«Lo sé», respondió la Elegida con el pensamiento.

La princesa se giró hacia ella con el mentón temblando. Su don había regresado. Alana, incapaz de albergar ni el más mínimo reproche, se agachó a su altura y la abrazó con cariño.

Tras separarse, Oskar la ayudó a levantarse y después la rodeó con sus fuertes brazos.

—Creí que iba a perderte —le susurró con emoción en la voz.

—Lo sé —respondió ella con lágrimas en los ojos.

—Cuando salgamos de aquí, Thyra... —dijo, deseando besar sus labios.

—Cuando salgamos de aquí, guerrero.

Ambos sonrieron y unieron sus frentes para sellar esa promesa.

Nîga se acercó aún más a ellos. Poco a poco, iba recuperándose del fuerte impacto que había recibido.

—Tú no eres una bruja —dijo entrecerrando los ojos.

—No, no lo soy —respondió ella, poniéndose en pie mientras ayudaba a Oskar a levantar a Thyra.

—¿Y qué eres ahora? —dijo la errante muy preocupada por ella.

—Tampoco lo sé, pero no tenemos tiempo para averiguarlo —dijo mirando de tal forma a la «No Muerta» que la hizo sentir verdadero miedo por primera vez desde que había dejado de ser humana.

—¡Ella hizo un trato conmigo y juró que me protegería con su vida! —se defendió con cautela señalando a la errante.

—Lo sé. No temas, no te mataré —aseguró Alana.

—No podrías —dijo Nîga con temor.

—Bien sabes que sí. Pero me has dado tu sangre, y eso ha creado un vínculo entre nosotras.

—¡Exacto! Así que, como tu creadora que soy, te ordeno...

Ella ladeó la cabeza y sonrió.

—Conozco tus más profundos anhelos, vampira.

—Eso... ¡Eso es imposible!

—Deja de preguntarte cómo lo sé porque puedo oír tus pensamientos.

—¿Cómo...? —dijeron a la vez los tres.

—¡Y qué más da! Ahora, salgamos de aquí.

—Antes necesito recuperar mis armas —señaló Oskar.

—¡No perdamos más tiempo! —se quejó la vampira.

—¡No dejaré mi daga *dojehî* ni mi espada al alcance de los vuestros!

—¡Malditos errantes! —escupió Nîga. Caminó hacia el soldado, que seguía inconsciente, y lo abofeteó—. ¡Despierta, humano!

El joven parpadeó con dificultad. Después se sobresaltó al verlos fuera de las celdas.

—¿Dónde están sus armas? —agregó ella, sometiéndolo al instante.

—En un armario, en el piso de arriba —respondió sin titubear.

—¡Llévanos enseguida!

Él asintió. Los cuatro subieron detrás y Oskar lo acompañó hasta donde había dicho. Recuperó la daga que pertenecía a Vidar y su propia espada. Después le devolvió sus armas a Thyra, que casi estaba recuperada.

—Ya podemos irnos —dijo él.

La vampira ordenó al soldado que ocupara su puesto y olvidase lo que había sucedido. El joven se sentó en su silla y se echó a dormir.

—¡Vamos! —ordenó Nîga.

Los tres asintieron y todos comenzaron a subir las escaleras hasta llegar a la entrada del castillo. Los sirvientes corrían de un lado para otro mientras susurraban entre sollozos que el

príncipe había muerto.

—¿Cómo vamos a escapar? —preguntó Thyra, temerosa de que los reconocieran.

—Poneos detrás de mí y mirad al suelo —propuso la «No Muerta».

—No pienso seguir a una vampira —rechazó Oskar, furioso.

—¡Silencio! —intervino Alana—. No miente, quiere sacarnos de aquí. Hacedle caso.

—Bien dicho, «princesa».

Los dos errantes la miraron con rabia, pero asintieron al aceptar que esa era su única oportunidad. Se recolocaron las ropas lo mejor que pudieron para no levantar demasiadas sospechas y se pusieron tras ella.

—Bien, es ahora o nunca —susurró.

Nîga adquirió una expresión de autosuficiencia. Los tres agacharon la cabeza como si fueran sus sirvientes y la siguieron fuera de los muros. El revuelo por la noticia del fallecimiento del heredero por haber caído rodando por las escaleras los libró de ser reconocidos.

En cuanto alcanzaron el bosque, corrieron casi a la par para escapar de allí lo antes posible.

Mientras avanzaban a toda prisa, Alana fue incapaz de no pensar que atrás dejaba el engaño de un joven que se había ganado su corazón a base de mentiras. Sin embargo, lamentó que su final fuera tan precipitado. No sabía qué había ocurrido, pero una sonrisa triste se dibujó en su rostro al pensar que solo fue una quimera aquel sueño de ser reina de Inglaterra.

Miró alrededor, agradecida de haber podido escapar. Una sensación nueva inundó su corazón al ver que presidía aquel cuarteto sumamente interesante. Dos errantes, una vampira y ella. Una combinación perfecta que albergaba el Bien y el Mal en su forma más primigenia.

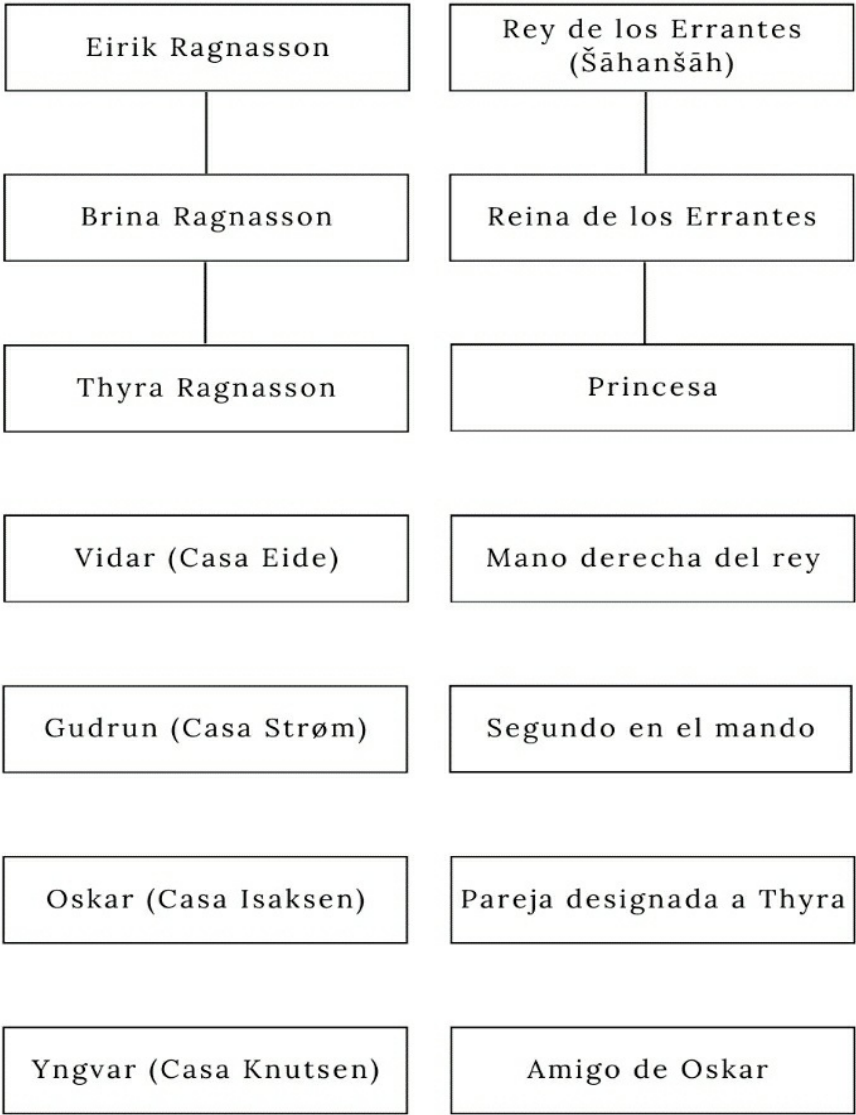
De pronto, las palabras del padre León volvieron a su mente: «Alana, que tengas la sangre de Cristo en ti no significa que seas invencible. Aún no has entrenado ni un solo día, así que no creas que con tu fortaleza será más que suficiente para vencer al Enemigo».

Se preguntó por qué había recordado aquello y se dio cuenta de que aún le quedaba mucho por aprender. Apretó el paso para llegar a Felsted antes del siguiente amanecer.

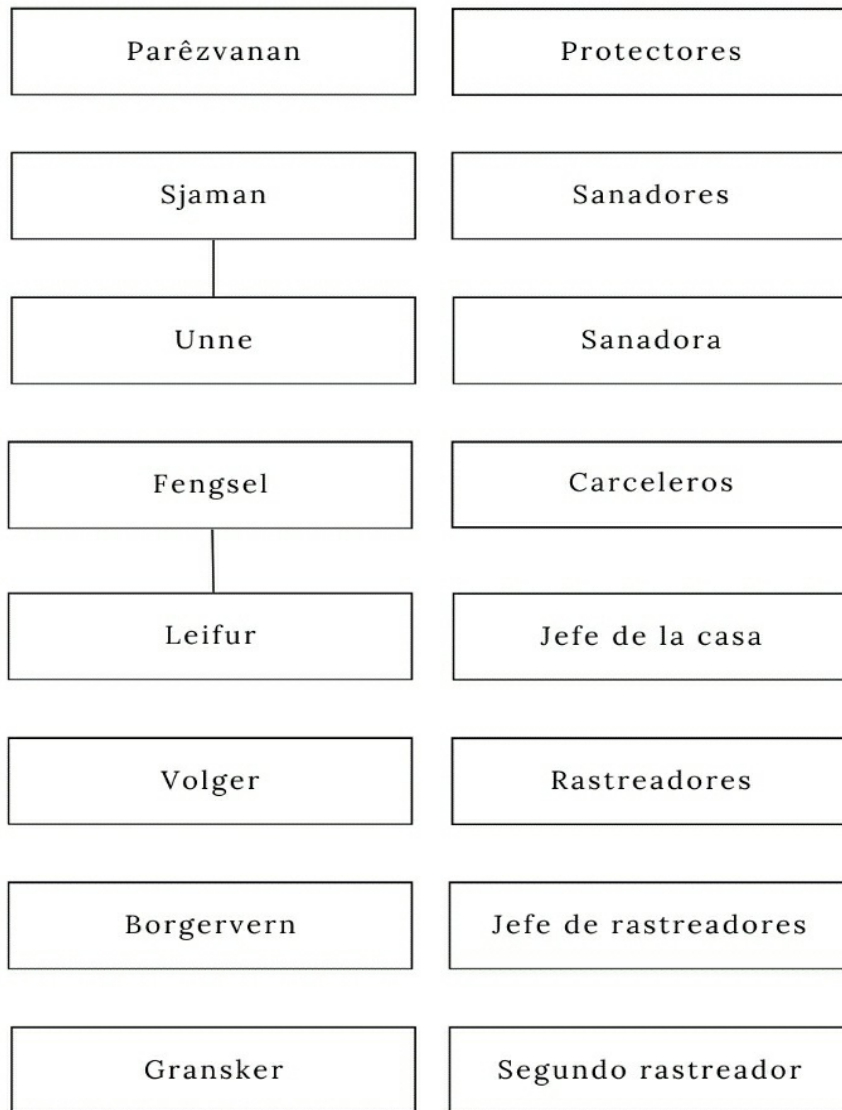
Debía volver a casa.

Debía averiguar qué había sucedido con el padre León.

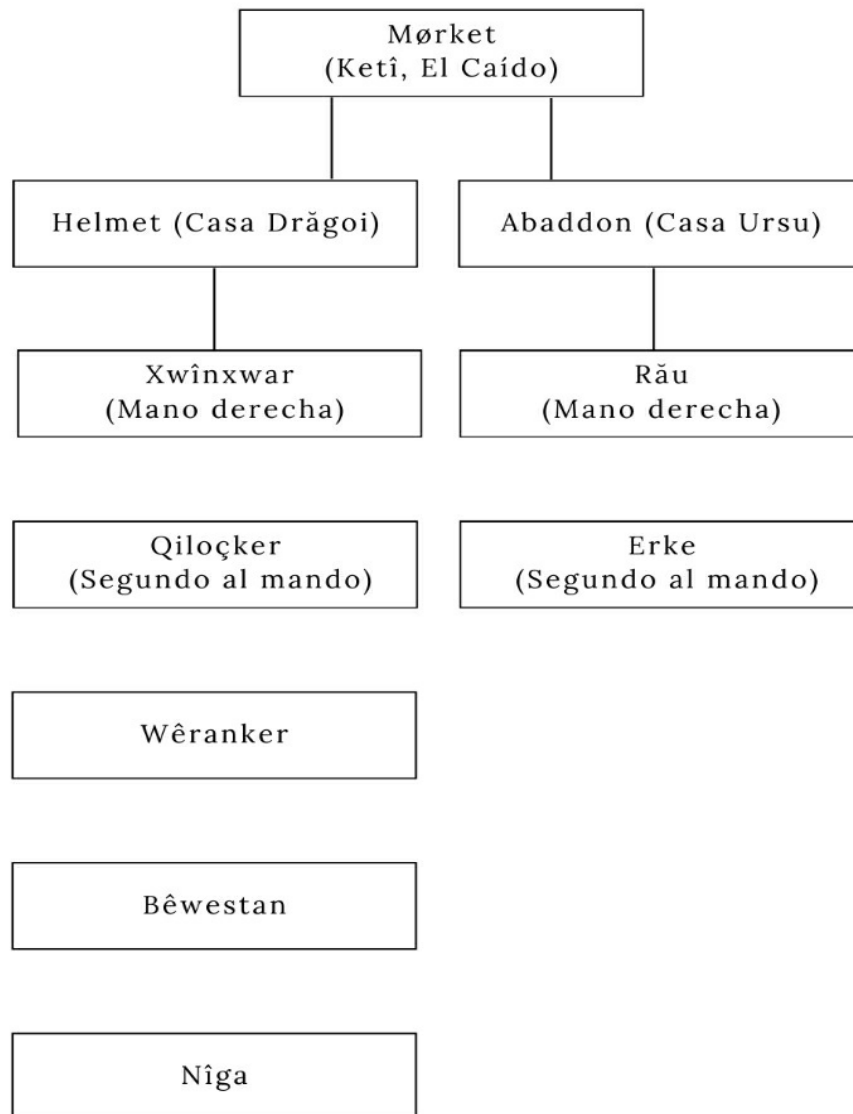
# ERRANTES



# CASAS DE ERRANTES



# VAMPIROS



# ROMA

Raisa

Primera Portadora de  
la sangre de Cristo.

Gaius

Padre de Raisa

Edesia

Aya de Raisa

Flavia

Cocinera

Tiberius Graco

Prometido de Raisa



# INGLATERRA



# INGLATERRA

Alana Shaw (Elegida)

Portadora de la  
sangre de Cristo

Leala

Madre de Alana

Fairfax

Padre de Alana

Wade

Hermano pequeño  
de Alana

Padre León

Sacerdote y maestro  
de Leala y Alana



## ACERCA DE LA AUTORA

Nacida en Málaga, Manuela Ramírez es una autora de romance y fantasía. Sus libros te sumergen en historias llenas de romanticismo, que hacen posible la creencia de que se puede encontrar el amor verdadero a la vuelta de la esquina. Sus personajes son accesibles, divertidos y muy apasionados. La complicidad entre ellos te transporta a un mundo en el que la lealtad, la amistad y la confianza plena son los pilares básicos para que el amor triunfe, pese al bagaje nada sencillo que arrastra cada uno. La autora sella el destino de todos, incluso el tuyo, con la seguridad de que el final será justo el que desees porque, en su universo literario, la luz siempre triunfa sobre las tinieblas.

Tras escribir varios borradores, en 2020 su mundo se paralizó por muchas razones. Fue entonces cuando tomó conciencia de que cada momento cuenta, así decidió volcarse en la historia que llevaba rondándole en la cabeza desde finales del año anterior hasta lograr acabarla.

Todas sus novelas están disponibles en Amazon, kindle y kindleunlimited. Por ahora, tiene publicadas las siguientes:

- *Oculto en mis recuerdos*, que pertenece al género de fantasía romántica.
- *Hasta que me perdones* y *Hasta que te perdones*, Alan. Ambas forman la bilogía El Perdón, una historia cargada de oscuridad con un romance contemporáneo arrebatador.
- *No conseguirás que me enamore de ti* y *No conseguirás olvidarte de mí*. Ambas forman la bilogía Conseguiré Enamorarte, un romance cercano de «*enemies to lovers*» que con el que te será imposible no enamorarte de sus personajes.
- Con la novela *Sangre primigenia. El despertar inmortal* comienza su próxima saga, El Destino de la Sangre, en la que ya está trabajando. La formarán cinco partes. La que tenéis ahora mismo en vuestras manos es la primera entrega.

Como finalista en varios concursos de microrrelatos de terror, entre otros: la antología de *Letras de tinta. Antología 2021*, con «Una noche cualquiera» en la antología *Crónicas MicroVampíricas* y con «No soy una más» en el VIII Concurso de microrrelatos "*Microfantasías*".

Manuela está volcada en la creación de nuevas historias que te lleguen al alma. Con las que te puedas enamorar y con las que las horas, leyendo sus páginas, pasen volando. Y espera, de corazón, que disfrutes con cada una de ellas.

Puedes seguirla y contactar con ella en:

Instagram: @manuelaramirez\_escritora

TikTok: @manuelaramirez\_escritora

Facebook: Manuela Ramírez

Blog: <https://manuelaramirezescritora.wordpress.com>

Allí encontrarás todos sus relatos, novedades e información sobre sus libros y próximos proyectos.

- 
- [1] Nodriz, ama.
  - [2] Tribuno militar de rango ecuestre. Se asignaba cinco de ellos a cada legión.
  - [3] Salsa preparada a base de vísceras fermentadas de pescado de sabor muy fuerte.
  - [4] Rey de Reyes.
  - [5] Almas gemelas. Ritual de unión entre errantes.
  - [6] Matrimonio.
  - [7] Dueña.
  - [8] Amada.
  - [9] Amado.
  - [10] «El oscuro», refiriéndose a Lucifer.
  - [11] Raza de seres gemelos.
  - [12] Raza de las sombras.
  - [13] Maldito destino.
  - [14] Que las lágrimas de los ángeles curen tu cuerpo y tu alma.
  - [15] Los primeros.
  - [16] El Caído.
  - [17] Él no te merece.